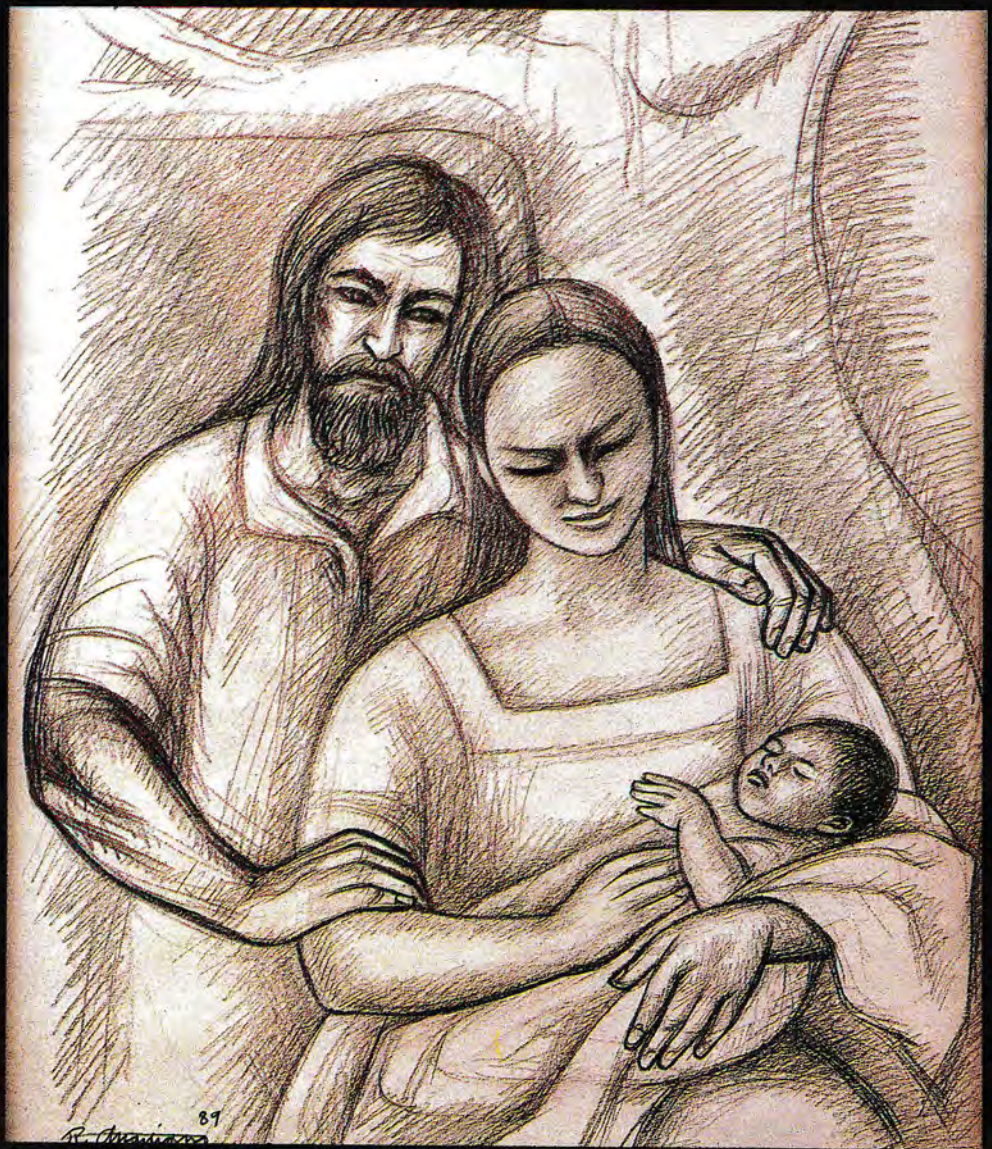
Agustín Basave Benítez

México mestizo

Análisis del nacionalismo mexicano en torno a la mestizofilia de Andrés Molina Enríquez



Agustín Basave Benítez

México mestizo

Análisis del nacionalismo mexicano en torno a la mestizofilia de Andrés Molina Enríquez

n América Latina, la diversidad de nfoques en torno al mestizaje lo ha nvertido en un tema histórico abier- a la controversia. Desde las perspec- vas que lo cuestionan o rechazan talmente, hasta aquellas que lo in- ocan como piedra de toque para lcanzar una definición cultural que ropicie la solución de problemas so- ales. En **México mestizo**, *Agustín asave se avoca a la tarea de aclarar s puntos nodales de lo que él llama nestizofilia", es decir, "la idea de que fenómeno del mestizaje —la mezcla e razas y/o culturas— es un hecho eseable". El autor recapitula en estas áginas las ideas de Andrés Molina nríquez (1868-1940) —a quien con- dera el primer defensor obsesivo de México mestizo— para recorrer jo las premisas de este concepto eta- s cruciales de la historia mexicana: sde la Colonia hasta la actualidad, asando por la Independencia, la Re- rma, el Porfirismo y la Revolución. sto le permite analizar la importan- a que ha tenido el llamado "linaje spano-indígena" en la historia y la ltura mexicanas, y la manera en que rsonajes como Manuel Gamio, José*

(Pasa a la segunda solapa)

MÉXICO MESTIZO

AGUSTÍN F. BASAVE BENÍTEZ

MÉXICO MESTIZO

Análisis del nacionalismo mexicano en torno a la mestizofilia de Andrés Molina Enríquez

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición, 1992
Primera reimpresión, 1993

D. R. © 1992, Fondo de Cultura Económica, S.A. de C. V.
Carretera Picacho-Ajusco 227; 14200 México, D. F.

ISBN 968-16-3715-1

Impreso en M[illegible]o

No hemos encontrado todavía la cifra, la unidad de nuestra alma. Nos conformamos con sabernos hijos del conflicto entre dos razas.

ALFONSO REYES, *La x en la frente*

A México, mi patria y mi filia,
con el reconcomio de haber tenido que alejarme de ella para entenderla mejor

AGRADECIMIENTOS

Hace mucho tiempo aprendí que la gratitud, antes que un deber, es un privilegio. Hoy tengo, pues, el privilegio de dar las gracias a quienes hicieron posible que este libro sea ya una realidad. A aquellos que a lo largo de varios años y en distintos lugares —decidí el tema en 1984, en Monterrey, inicié la investigación en 1986, en Oxford, y terminé de redactar el manuscrito en 1988, en la ciudad de México— me extendieron uno a uno su mano de maestro, de guía, de amigo. Trataré ahora de recordarlos a todos, anticipando mis disculpas por cualquier involuntaria omisión.

Mi *México mestizo* viene de lejos. No puedo dejar de reconocer, así sea de manera general, lo que a mi formación académica deben estas páginas. De mis maestros en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, en la Universidad de Purdue y en la Universidad de Oxford abrevé no sólo conocimientos sino también, y principalmente, método y disciplina. De mis alumnos y colegas en la Universidad Nacional Autónoma de México recibí incontables lecciones como catedrático e investigador; allí obtuve, a petición de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, la beca que me permitió realizar mis estudios de doctorado en Inglaterra, y allí terminé, como miembro del Instituto de Investigaciones Sociales, la tesis que sirve de base a la presente obra. Por todo eso y más considero a la UNAM mi cuarta *alma mater*, pieza fundamental en mi preparación dentro de la Academia.

Cuatro nombres me merecen punto y aparte. Enrique Krauze, por haber creído en mí cuando todo era arrojo y voluntad; David Brading, por haberme orientado en medio de la bruma inicial; Arnaldo Córdova, por haber compartido conmigo los frutos de su propio esfuerzo; y Malcolm Deas, por haberme conducido a través del oficio del historiador. Sin la ayuda de todos ellos difícilmente habría llegado yo a saborear este momento.

Mi trabajo se enriqueció también en conversaciones, orales o epistolares. Las que tuve con don Octavio Paz y con don Carlos Fuentes iluminaron con sus chispazos geniales la senda que hube de recorrer. Igualmente valiosas fueron las discusiones que sobre el nacionalismo sostuve con Anthony D. Smith y con Benedict Anderson, y los diálogos que acerca de la historia de las ideas entablé con los maestros Edmundo O'Gorman, Leopoldo Zea, Carlos Monsiváis, Miguel León Portilla y Luis Villoro. Y qué decir de las charlas que sobre México y su devenir histórico tuve con académicos de la talla de Luis González y González, Moisés González Navarro, Lorenzo Meyer, Soledad Loaeza, Laurence Whitehead y Eugenia Meyer. Fueron intercambios de ideas a veces breves pero siempre ilustrativos.

A Andrés Molina Enríquez (él sabrá perdonar las bravatas de *enfant terrible*) lo entendí mejor hablando con sus estudiosos. Don Antonio Huitrón y

María del Carmen Reyes, a cuya callada labor debemos mucho de lo que del Varón de Jilotepec se sabe, me acompañaron hasta el umbral de una investigación que sin aspirar a ser exhaustiva proveyó el andamiaje básico. Con bonhomía que no escatiman, Álvaro y Luis Molina Enríquez me permitieron penetrar en la dimensión humana de su ilustre abuelo, tal como lo hizo Ángeles González Gamio con respecto al suyo. Y finalmente, mis compañeros investigadores del IIS-UNAM cooperaron con sus críticas a mis conclusiones sobre el pensamiento de Molina. Recuerdo con particular aprecio las de Rafael Loyola, Juan Molinar, Roger Bartra e Hira de Gortari, pero todas en su momento me fueron de gran utilidad.

Otros tipos de apoyo fueron para mí determinantes. Me refiero a aquellos que impulsaron mi proyecto o colaboraron en su cristalización. El doctor Jorge Carpizo, el doctor Pedro Zorrilla y don Rafael Hernández Ochoa (Q.E.P.D.), desde el arranque, se constituyeron en factores fundamentales para la realización de mis estudios y la culminación de mi tesis. Desde luego, la paciencia de Rosío también fue decisiva.

Tampoco olvido la generosidad del maestro Raúl Anguiano y de Foad Khalil Elkhazen (yo sí le hice caso a López Mateos), sin la cual Gonzalo Guerrero, su esposa maya y el primer mestizo mexicano no embellecerían la portada. Y, desde luego, tengo presente el esfuerzo de Manuela García Escalona, quien capturó (la modernidad me obliga a omitir las comillas) con rapidez y precisión mis garabatos.

Por último —*last but not least*— el insustituible aliento que recibí de mi familia. No quiero remontarme a mis antepasados, aunque algo les debo: a los revolucionarios, la herencia-compromiso; a los conservadores, la necesidad de expiar sus pecados criollófilos. Quiero, sí, hacer mención de la deuda que tengo para con los que me son más cercanos. Con mi padre, por su ejemplo; con mi madre (Q.E.P.D.), por la fe que siempre tuvo en mí; con mis hijos, Agustín Carlos y Alejandro Francisco, por el acicate de merecer algún día su amor y su admiración.

A todos y cada uno de ellos, mi profundo y perenne agradecimiento.

AGUSTÍN BASAVE BENÍTEZ

Trayecto México-Monterrey,
29 de mayo de 1990.

INTRODUCCIÓN

El propósito primordial de este libro es estudiar lo que aquí ha sido bautizado como "mestizofilia". La mestizofilia puede definirse, en su más amplia connotación, como la idea de que el fenómeno del mestizaje —es decir, la mezcla de razas y/o culturas— es un hecho deseable. En particular, la tesis mestizófila de Andrés Molina Enríquez —epicentro de la investigación— parte de la premisa de que los mestizos de México, entre los que él incluye fundamentalmente a quienes poseen un linaje mixto hispano-indígena, son los mexicanos por antonomasia, los auténticos depositarios de la mexicanidad, y pretende demostrar histórica y "socioetnológicamente" que México no puede convertirse en una nación desarrollada y próspera mientras no culmine su proceso de mestizaje y logre homogeneizar en lo étnico la población mediante la fusión racial de las minorías de indios y criollos en la masa mestiza.[1] Para realizar el estudio de dicha tesis se ha recurrido tanto al análisis comparativo de la obra de Molina Enríquez, cotejando el instrumental doctrinario empleado en su demostración con las fuentes originales del mismo, como al análisis de la propia argumentación moliniana y a la evaluación de su contribución a la historia de las ideas en México.

No obstante, en virtud de que la mestizofilia mexicana es toda una corriente de pensamiento que antecede y trasciende con mucho a Molina, y tomando en cuenta que pese a ser México un país mestizo no existen trabajos de investigación sobre esa corriente,[2] se juzgó necesario incorporar en este libro un breve recuento monográfico de algunas de las tesis mestizófilas que se dan antes y después de la del jilotepequense. Sin ello la aportación moliniana, que se nutre de unas y alimenta a las otras, quedaría fuera de contexto, y no se contaría en consecuencia con la perspectiva adecuada para apreciarla cabalmente. Por otra parte, se consideró que una exposición cronológica de las posturas que una porción importante de la intelectualidad mexicana ha tomado con respecto al mestizaje,[3] por somera que sea, puede ofrecer la ventaja de propiciar el rescate de una línea de pensamiento hasta ahora olvidada por los especialistas. La tesis de Molina Enríquez es la más rica y elaborada de todas —no por otra razón se decidió hacerla objeto principal del presente

[1] Para efectos de este libro, los vocablos "raza" y "etnia" y sus derivados se emplearán como sinónimos.

[2] Hay una notable excepción: la magnífica (aunque tangencial, puesto que su principal objeto de estudio es el indigenismo) reflexión sobre la tesis de varios mestizófilos mexicanos realizada por Luis Villoro en *Los grandes momentos del indigenismo en México* (ed. de la Casa Chata, México, 1979), especialmente pp. 175-223.

[3] Cabe aclarar que, si bien se reconoce la importancia de las opiniones de extranjeros ilustres —D. H. Lawrence, por ejemplo— con respecto al mestizaje, este libro se ocupará de la forma en que los mexicanos (o novohispanos) han reaccionado frente al fenómeno.

estudio—, pero eso no obsta para que no sea enriquecida por las de sus homólogos.

Ahora bien; la mestizofilia es, en efecto, una idea. Conviene pues aclarar de antemano de qué clase de idea se trata y ofrecer un marco conceptual en el que pueda ubicarse su análisis. Para ello, y por principio de cuentas, vale recordar que la tendencia a vincular mestizaje y mexicanidad responde esencialmente a una búsqueda de identidad nacional. En ese sentido, la corriente mestizófila se inscribe en el ámbito del nacionalismo. Mas en este punto es necesario deslindar conceptos. A pesar de la selva semántica que rodea al polifacético término,[4] varios de los más conspicuos estudiosos del tema coinciden en interpretarlo como el proceso mediante el cual una "nación" —un conjunto de personas que se sienten parte de una misma "nacionalidad" — intenta crear un Estado que la contenga y la separe de las demás. Con énfasis en el lenguaje (Hayes), en la raza (Akzin) o en la religión, las tradiciones y otros factores de unión (Kohn), ya sea explicándolo a partir de la uniformidad cultural generada por la industrialización (Gellner) o de la extrapolación al plano colectivo de la idea kantiana de la autodeterminación individual (Kedourie), los autores más disímbolos ostentan así un común denominador: el eurocentrismo.[5] El blanco de sus observaciones —aun en el caso de los que estudian el nacionalismo desde Estados Unidos— suele ser la historia de Europa. Por eso sus teorías rara vez se aplican a América Latina.[6]

En los países latinoamericanos el proceso fue al revés: primero se tuvieron los Estados y luego se intentó crear las "naciones". Las colonias españolas, al independizarse de su metrópoli, mantuvieron en lo general la división territorial del Imperio. Así, los antiguos virreinatos dieron origen a las nuevas repúblicas, cuyos pueblos carecían sin embargo de conciencia nacional; la ausencia de una cultura propia y homogénea, el ínfimo nivel educativo y la incomunicación de la inmensa mayoría de sus habitantes descartaban el proyecto de unificar el subcontinente y hacían que la idea de "nacionalidad" existiese sólo en la mente de sus élites.[7] En tales circunstancias, era natural

[4] Sobre los distintos conceptos asignados al nacionalismo puede consultarse Louis L. Snyder, *The meaning of nationalism* (Greenwood Press, Westport, 1977).

[5] Véanse Carlton J. H. Hayes, *Nationalism —a religion* (The Macmillan, Co., N. Y., 1960), pp. 2-8; Benjamin Akzin, *Estado y nación* (Fondo de Cultura Económica, México, 1983, pp. 44-52 y 88-129; Hans Kohn, *Nationalism —its meaning and history* (D. van Nostrand, N. Y., 1971), pp. 9–10 y 46–49; Ernest Gellner, *Nations and nationalism* (Basil Blackwell, Oxford, 1984), pp. 1-2 y 19-38, y Ellie Kedourie, *Nationalism* (Hutchinson, Londres, 1985), esp. pp. 9 y 20-91.

[6] De hecho, los pocos estudios que se han realizado sobre el nacionalismo sudamericano —con excepciones como del de Arthur P. Whitaker, *Nationalism in Latin America* (Greenwood Press, Westport, 1976), que analiza la búsqueda de la "argentinidad"— tienden a centrarse en un fenómeno poco conocido en la Europa contemporánea: el militarismo. Véanse, por ejemplo, L. A. Costa Pinto, *Nacionalismo y militarismo* (Siglo XXI, México, 1974), y Ana María Bidegaín de Urán, *Nacionalismo, militarismo y dominación en América Latina* (Ed. Universidad de los Andes, Bogotá, 1983).

[7] Con esto coinciden Anthony D. Smith en *Theories of nationalism* (Duckworth, Londres, 1983), p. 175, y Benedict Anderson en *Imagined communities* (Verso Editions and NLB, Londres 1985), pp. 50-65. Anderson, quien atribuye el surgimiento de los Estados-naciones a la estandarización de las lenguas vernáculas provocada por la imprenta capitalista, considera sin embargo que la integración hispanoamericana no se dio debido al retraso del capitalismo español

que los movimientos nacionalistas se caracterizaran, a diferencia del gradualismo, el integracionismo o el separatismo europeos[8], por la tentativa de definir el elemento con que en mayor medida Europa ya contaba: la identidad nacional.

Así sucedió en México. Pues si bien por un lado la europeización de su *intelligentsia* propició la imitación extralógica de exaltar un abigarrado amasijo histórico y cultural que pretendía representar "lo mexicano", y por otro las tendencias anticolonialistas e incluso las latinoamericanistas se mantuvieron vivas,[9] la preocupación por encontrar comunes denominadores y factores de unidad nacional ganó cada vez más adeptos. Ése fue el caso de la corriente mestizófila, que en sus orígenes atribuyó el desorden y la anarquía del México independiente a las diferencias raciales de la población —pugnando en consecuencia por erradicarlas— y que pronto se perfiló como un longevo movimiento intelectual nacionalista que postulaba el mestizaje como quintaesencia de la mexicanidad. Por ello no deja de ser sorprendente que los estudios de este tipo de movimientos en México se hayan concentrado en el bien llamado "patriotismo criollo", el cual se desarrolló primordialmente en la era novohispana y que, salvo por el guadalupanismo y alguno que otro rasgo, desapareció con ella, desdeñando en cambio el "nacionalismo mestizo", que en más de un sentido se conserva vivo en la actualidad.[10]

Tales son el marco conceptual y los objetivos de este libro; es decir, sus puntos de partida y de llegada. Lo que sigue es el trayecto entre ambos, el cual está dividido en tres partes: "Los orígenes de la corriente mestizófila", "Andrés Molina Enríquez o la mitificación del mestizo" y "El desenlace actual de la mestizofilia". En la primera se relata la actitud de las *élites* coloniales para con el mestizo, pasando también revista a algunos de los pioneros de la mestizofilia ("El México colonial: el mestizaje a contrapelo"); se recuerda la postura de los liberales decimonónicos frente al indio y la cuestión racial ("El México liberal: un buen indio es un indio invisible"); se analizan las

[8] De la primera categoría son, por ejemplo, Inglaterra y Francia, de la segunda Italia y Alemania y de la tercera Hungría y Rumania. Véase Hugh Seton-Watson, *Nations and States* (Methuen, Londres, 1982), pp. 15-191.

[9] Véanse Ignacio Sosa, "De la patria del criollo a la idea de nación hispanoamericana", y Marc Kaplan, "El nacionalismo en América Latina-Vicisitudes y perspectivas", en *El nacionalismo en América Latina* (UNAM, México, 1984), pp. 11-13 y 33-40. Sobre el nacionalismo como resultado de la desigualdad entre las naciones, puede verse Karl W. Deutsch, *Nationalism and social communication* (The Technology Press of the MIT, John Wiley & Sons, y Chapman & Hall, N. Y., 1953), especialmente pp. 164-167. Un análisis marxista del mismo asunto está en Horace B. Davis, *Toward a Marxist theory of nationalism* (Monthly Review Press, N. Y., 1978), pp. 182-201 y 245.

[10] Hoy en día, sin embargo, los estudios del nacionalismo en México tienden a concentrarse en su faceta de lucha política, concibiéndolo a la manera de John Breuilly en *Nationalism and the state* (Manchester University Press, Manchester, 1985), p. 3. Ejemplos de esto son las reflexiones sobre el nacionalismo revolucionario de Rafael Segovia, "El nacionalismo mexicano: los programas políticos revolucionarios (1929-1964)", en *Lecturas de política mexicana* (El Colegio de México, México, 1981), pp. 37-53, y de Enrique Montalvo, *El nacionalismo contra la nación* (Grijalbo, México, 1986). Ya no hay intentos de incluir en un estudio todas las concepciones del nacionalismo, como en el *collage* de Frederick C. Turner, *The dynamics of Mexican nationalism* (University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1968).

tesis mestizófilas de los tres padres de la corriente ("Francisco Pimentel: el genocidio humanitario", "Vicente Riva Palacio: el contrato racial" y "Justo Sierra: el mestizo se vuelve burgués") y, finalmente, el Porfiriato en cuanto a su valoración de lo indígena ("El México positivista: la teoría *vs.* la *praxis*").

La segunda parte, dedicada a Molina Enríquez, se divide a su vez en dos secciones: "Vida y obra: génesis de una obsesión" y "Evaluación crítica: un problema de envoltura". La primera sección incluye una cronología de su vida ("Nota biográfica") y una exposición de su tesis mestizófila a través de tres etapas de su obra ("Su pensamiento mestizófilo en formación", "Consolidación de su tesis pro-mestizaje" y "Su mestizofilia corregida y aumentada"); la segunda contiene la crítica de dicha tesis desde la perspectiva tanto de las teorías en que se inspira como de sus propias contradicciones metodológicas ("Encasillando su inencasillable pensamiento" y "Los entretelones de su mestizofilia") y recoge los aspectos de la mestizofilia moliniana que rindieron frutos en su época o que aún se mantienen vigentes ("El germen y el fruto de su legado").

La tercera y última parte del libro trata del *boom* de la mestizofilia entre los ideólogos revolucionarios ("El México revolucionario: la mestizofilia en su apogeo"), analiza las tesis mestizófilas de los dos más importantes sucesores de Molina ("Manuel Gamio: la reencarnación del indio" y "José Vasconcelos: ¡Mestizos de América, uníos!") y termina con un vistazo a la nueva mestizofilia cultural en algunos estudios de la mexicanidad ("El México posrevolucionario: el mexicano bajo la lupa"). Después vienen las conclusiones.

La bibliografía empleada consiste, en términos generales, en las obras de los pensadores analizados, sus biografías y el material historiográfico necesario para situarlos en su tiempo. Por lo que toca a Andrés Molina Enríquez, se recurrió también a documentos oficiales de carácter biográfico —acta de nacimiento, certificados de estudio, oficios de nombramientos— y a lo que sobre él se ha dicho, así como a los escritos de los teóricos que lo influyeron y a fuentes secundarias sobre las corrientes antropológicas del momento.

Por otra parte, aunque en la exposición de la tesis de Molina sólo se citan sus libros y folletos, se reunieron asimismo varios artículos que escribió para periódicos o revistas y que sirven en las otras secciones para explicar sus posiciones políticas y, sobre todo, para precisar ciertas facetas de su pensamiento. El grueso de su tesis mestizófila, sin embargo, se encuentra en su producción no hemerográfica, particularmente en su obra cumbre *Los grandes problemas nacionales;* antes y después de ésta únicamente hay anticipos y reiteraciones o enmiendas de las muy detalladas ideas del libro en cuestión. Por lo demás, no existe un archivo personal de Molina Enríquez, por lo que su epistolario (probablemente escueto debido a que viajó muy poco y no parece haber tenido mayor correspondencia internacional) y sus documentos inéditos son difíciles de localizar.[11] Las cartas que más adelante se citan fueron halladas en archivos y colecciones de otros personajes históricos.

[11] La única colección conocida de documentos de Molina pertenece a un nieto de Álvaro Molina Enríquez, y desafortunadamente es muy pequeña y no está clasificada. En este libro se identifican simplemente con la sigla AAME.

I. LOS ORÍGENES DE LA CORRIENTE MESTIZÓFILA

I.1. El México colonial: el mestizaje a contrapelo

Mestizaje y latinoamericanidad son conceptos indisolubles. De hecho, con la posible exclusión del cono criollo orma o por Argen ina, Uruguay y, en menor medida, Chile, la región bien podría denominarse Mestizoamérica. Porque a diferencia del *melting pot* yanqui, renuente a amalgamar ya no se diga a blancos e indios (o a blancos y negros), sino a los mismos nórdicos y mediterráneos que emigraron de Europa a los Estados Unidos, en el Sur sí existió un verdadero crisol étnico en el que se fundieron gradualmente las más disímiles razas humanas. La mezcla racial que se ha dado en América Latina, en verdad, no tiene paralelo.[1]

Más allá de las enormes dimensiones cuantitativas y cualitativas de las civilizaciones precolombinas de la zona intertropical *vis-à-vis* los indios del Norte, hubo una causa determinante del gran mestizaje hispano-indígena: muy pocas españolas se embarcaron a "hacer la América".[2] Así, como era de esperarse, la unión de los peninsulares con las indias se constituyó desde un principio en el origen de una nueva población[3] y, en consecuencia, en una fuente de preocupación para las autoridades imperiales. A diferencia de otros imperios, sin embargo, y acaso desinhibida por su propio linaje multirracial, España no rechazó la consanguinidad. Más aún, como Alejandro Magno 18 siglos atrás,[4] las autoridades hispánicas llegaron a promoverlo oficialmente. Apenas 11 años después de que Colón tropezara con América, en 1503, el gobernador Ovando recibió en Santo Domingo la instrucción real de procurar el casamiento de españoles con indios a fin de que éstos se transformaran en "gente de razón". Un poco más tarde, en 1511, Fernando el Católico escribió al virrey Diego Colón para indicarle que evitara amancebamientos y propiciara la unión legítima de ambas razas, y tres años después el mismo monarca expidió la cédula real que autorizaba formalmente los matri-

[1] Véase Magnus Mörner, *Race mixture in the history of Latin America* (Little, Brown and Co., Boston, 1967), p. 1.

[2] Una aproximación estadística divide a los españoles inmigrados a México en 90% de hombres y 10% de mujeres. Véase Gonzalo Aguirre Beltrán, "Los símbolos étnicos de la identidad nacional", en *Obra Polémica* (SEP-INAH, México, 1975), pp. 121-123.

[3] Es importante hacer hincapié en el hecho de que los esclavos negros también contribuyeron, sobre todo en las costas, al mestizaje mexicano, aunque para efectos de este libro se considere primordialmente a la mezcla hispano-indígena. Sobre la influencia negra en México puede verse Gonzalo Aguirre Beltrán, *La población negra de México* (Fondo de Cultura Económica, México, 1972).

[4] Sobre los interesantes intentos de Alejandro Magno —probablemente el primer mestizófilo de la historia— por realizar una integración racial entre Oriente y Occidente, véase, por ejemplo, Cyril E. Robinson, *A History of Greece* (Methuen Educational, London, 1968), pp. 40-41.

monios mixtos. En ese sentido se manifestó también Bartolomé de las Casas[5] en 1516 al sugerir la "mezcla" de los hijos de labradores españoles con los de sus indios. Más pragmático, el cardenal Jiménez de Cisneros, regente de Castilla, giró instrucciones en ese mismo año para que fueran españoles quienes tomaran por esposas a las herederas de los caciques indígenas, viendo en el futuro mestizo un instrumento de control político sobre las colonias.[6]

Con todo, la intervención de la Corona no cambió el rumbo del mestizaje. Ni siquiera la Iglesia, que por su parte favoreció el matrimonio entre españoles e indios bautizados,[7] pudo lograr mayor cosa. Independientemente de regulaciones, el cruzamiento racial proliferó, mas rara vez cobijado por el manto de la legitimidad. El español y la india engendraron un bastardo, el cual pronto fue marcado con el baldón de las castas para recibir la más despiadada discriminación. Mestizaje y bastardía, en efecto, pronto se volvieron sinónimos. Y cuando, en la segunda mitad del siglo XVII, se pretendió enmendar el rumbo poniendo en vigor las leyes de segregación, era ya demasiado tarde: la multiplicación del mestizo era avasalladora, y su situación social deplorable. El nuevo personaje entraba al escenario de la Colonia por la puerta trasera para unirse al elenco de los marginados. Si el Imperio español no se había escandalizado ante la perspectiva de entrelazar su raza con la indígena, tampoco lo hacía frente a la idea de arrojar a la existencia un ser que sólo le merecía el más profundo desprecio.[8]

La historia no fue distinta en la Nueva España. País mestizo entre mestizos,[9] México emprendió su síntesis racial con una excepción: el matrimonio del náufrago Gonzalo Guerrero con la hija de un cacique yucateco, alrededor de 1512, y la procreación de los primeros mestizos mexicanos. Pero la regla no tardó en confirmarse. La parcial legitimidad de los hijos de Guerrero —legítimos para los indios, pero ilegítimos a los ojos de los españoles por ser fruto de un enlace pagano a la usanza indígena— se convirtió tras la Conquista en la total ilegitimidad de la inmensa mayoría de sus hermanos de sangre. Ni siquiera el ejemplo de Hernán Cortés, quien al menos reconoció a cuatro de sus hijos mestizos, fue capaz de inspirar a los demás gachupines. Martín Cortés, el mestizo mexicano por antonomasia, el vástago del conquistador y la Malinche legitimado por el mismísimo Papa y a quien su padre declaró querer tanto como al Martín Cortés criollo, acabó siendo el espejismo en el

[5] Bartolomé de las Casas, "Memorial de remedios para las Indias", en *Obras escogidas* (Biblioteca de Autores Españoles, Ed. Atlas, Madrid, 1958), p. 7.

[6] Ángel Rosenblat, *La población indígena y el mestizaje en América* (Ed. Nova, Buenos Aires, 1954), t. II, pp. 19-20. Véase también Mörner, *op. cit.*, pp. 25-26 y 37.

[7] Richard Konetzke, "La legislación española y el mestizaje en América", en *El mestizaje en la historia de Ibero América* (Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 1961), pp. 59-60.

[8] Sobre la situación del mestizo en la Colonia, véase Mörner, *op. cit.*, pp. 35-90; Rosenblat, *op. cit.*, p. 20, y Konetzke, *op. cit.*, pp. 61-64.

[9] El gran avance del mestizaje en México *vis-à-vis* el resto de América Latina es la premisa de Colin M. Maclachlan y Jaime E. Rodríguez O. en *The forging of the cosmic race* (U. of California P., Los Ángeles, 1980), p. 3, y se puede apreciar en las estadísticas recopiladas por Rosenblat, *op. cit.*, t. I, pp. 137-320.

que se desvanecían las esperanzas mestizas. Con todas las desventajas prácticas de las castas y ninguna de las ventajas legales de los indios, los nuevos híbridos ilegítimos se llevaron la peor parte en el choque de los dos mundos.[10]

La gestación del patriotismo criollo, empero, inició un proceso que a la postre modificaría la imagen del mestizo. Desde la Conquista, los descendientes de españoles nacidos en América habían sido relegados a un segundo plano por los peninsulares, quienes ocupaban el vértice directivo de la pirámide social. Gradualmente, la indignación de cada uno de esos criollos se tradujo en una conciencia colectiva de empresa común *versus* la metrópoli. Surgió entonces, como reacción en contra de su marginalidad, una corriente de pensamiento que pretendía revalorar lo autóctono, aquello cuya paternidad no podía ser reclamada por España. Probablemente la primera manifestación intelectual de ese descontento en México fueron los esfuerzos que van de Sigüenza a Mier por establecer la conexión Quetzalcóatl-Santo Tomás, Tonantzin-Virgen de Guadalupe, cuyo evidente corolario era que la Nueva España no debía el cristianismo a la antigua España.[11] Pero el catalizador que aceleró la consolidación de esa corriente fue, sin duda, la retahíla de diatribas que escritores europeos como Buffon, De Paw y Robertson lanzaron en la segunda mitad del siglo XVIII al "nuevo" continente y a sus habitantes. Herida en su orgullo, la *élite* intelectual criolla respondió a su vez con una andanada de argumentos en defensa no sólo del criollaje sino también, y con significativo empeño, de la herencia prehispánica. En México, donde esta herencia era muy rica y en donde a diferencia del Perú ya no había quien pudiera sublevarse en su nombre, la corriente patriótica desembocó en lo que ha sido atinadamente considerado como la virtual expropiación del pasado indígena por parte de los criollos.[12]

Esa expropiación, sin embargo, reveló al criollo su crisis de identidad. Se trataba de defender una patria, y no quedaba muy claro lo que ésta implicaba. Si por un lado la intelectualidad criolla no tenía más remedio que valerse del indígena para legitimarse en su pugna contra Europa, por otro le parecía imposible considerar a semejante espécimen su compatriota. La solución adoptada fue, naturalmente, la de apropiarse del esplendor del indio muerto a cambio de desvincularse de la miseria del indio vivo. Pero tal transacción, con la que los criollos pretendían romper el cordón umbilical histórico que no les permitía ponerse al tú por tú con la madre patria, no podía sostenerse por mucho tiempo. Les servía, subjetivamente, para alegar una tradición propia y arrancarse así la etiqueta de españoles degenerados cuyo destino no era más que hacer una copia defectuosa de España; mas la realidad de la escisión social novohispana pronto habría de hacerles ver que su "mestizaje

[10] Una breve exposición sobre el mestizaje en México puede verse en Rosenblat, *op. cit.*, t. II, pp. 33 y 54-66.

[11] Sobre esta teoría puede verse Jacques Lafaye, *Quetzalcóatl y Guadalupe* (Fondo de Cultura Económica, México, 1983)

[12] David Brading. *Los orígenes del nacionalismo mexicano* (Era, México, 1983), pp. 37-42.

espiritual"[13] no era suficiente. Porque a pesar del entusiasmo que pudiera tener por el mítico guerrero del Anáhuac, el criollo novohispano no sentía la menor afinidad con el indio que encontraba en la calle, y menos aún con su cultura. No obstante, un tanto incompletamente se había dado el primer paso: si el conquistador reconocía la ilustre estirpe del conquistado, ¿por qué no aceptar el producto de ambos, por lo demás incuestionable fruto del agraciado continente americano? Después de todo, estaba claro que mientras prevalecieran en su suelo mundos antagónicos poco podría hacerse para erigir esa nueva patria que los criollos concebían.

Algo se lo dijo a Francisco Javier Clavijero. Con notable anticipación, este conspicuo representante del patriotismo criollo plasmó desde su exilio en Italia en 1780 un inequívoco preludio de lo que con el tiempo habría de formar la corriente mestizófila, al considerar que

> hubiera sido más acertada la política de los españoles si en vez de llevar mujeres de Europa y esclavos de África, se hubieran enlazado con las mismas casas americanas, hasta hacer de todas una sola e individua nación.[14]

El mérito no estaba en el diagnóstico sino en la velada prescripción. Ni la ausencia de matrimonios mixtos se debía a la presencia de mujeres europeas, que las había muy pocas, ni había que lamentar la falta de acercamiento entre las "casas" americanas y las españolas, que sin haber mediado mayor protocolo estaban ya bastante "enlazadas". Pero el proloquio sentaba un precedente trascendental: el mestizaje dejaba de ser una generosa dádiva de razón humana o un cínico vehículo de manipulación política y se convertía en la fórmula para unificar una sociedad y forjar una nueva nación. Pese a la "conciencia histórica mestiza" de los Alvarado Tezozómoc y los Alva Ixtlilxóchitl es difícil saber lo que los indios o aun los propios mestizos pensaban de la fusión racial,[15] mas es indudable que los criollos, que tras los peninsulares formaban la clase dominante de la Nueva España, empezaban a percatarse de las limitaciones de una patria dividida. Y aunque el desechar el mestizaje como oportunidad perdida sólo embozaba su probable rechazo a la idea de una patria mestiza, Clavijero había abierto la puerta a un nuevo proyecto. De este modo, bajo el criterio racial de la época y en su carácter de único depositario de una posible reconciliación nacional, el mestizo comenzaba a recibir los prolegómenos de su reivindicación.

[13] No es ocioso añadir que, además de la necesidad de legitimación que llevó a los criollos a apropiarse del pasado prehispánico, existió otra fuente de "mestizaje espiritual" del criollo: su convivencia familiar con el indio. Véase Fernando Benítez, *Los primeros mexicanos* (Era, México, 1984), pp. 241-242.

[14] Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México* (Porrúa, México, 1958), t. II., pp. 208-209. Clavijero, por cierto, ejemplifica a la perfección la crisis de identidad del criollo en su uso de vocablos como "mexicano", "nacional" o "español". Véase Lafaye, *op. cit.*, pp. 166-169.

[15] Sobre el historicismo mestizo, véase Enrique Florescano, *Memoria mexicana* (J. Mortiz, México, 1987), pp. 155-181. Desgraciadamente no se cuenta con una cabal recopilación de testimonios que continúe la espléndida labor de Miguel León Portilla y su *Visión de los vencidos* (UNAM, México, 1984) durante la época colonial.

I.2 El México liberal: un buen indio es un indio invisible

Con todo, en las postrimerías de la Colonia el fruto todavía estaba verde. Ni la perspectiva histórica ni el grado de avance del proceso de mezcla racial permitían aún la maduración de un auténtico pensamiento mestizófilo. Medio siglo después de publicadas las palabras de Clavijero, la patria criolla que él, Eguiara y compañía intentaran definir se volvía realidad. La momentánea convergencia de la élite criolla y de las masas indígenas y mestizas en el antiespañolismo había iniciado un movimiento de independencia que culminaba con la supremacía del criollaje.[16] Más aún, el mestizaje salía de la agenda en la disputa ideológica. Para los conservadores el arquetipo era el hispanismo, y aunque el mismo Lucas Alamán concediera que las castas eran "susceptibles de todo lo malo y todo lo bueno",[17] muy poco se podía argumentar en favor del mestizaje desde su punto de vista. Para los liberales —quienes habrían de llevar el hilo de la historia— la solución al problema indígena era el teórico igualitarismo de su credo, que de un plumazo eliminaba todas las diferencias raciales. Así, matemáticamente, la Constitución había hecho desaparecer a los indios, creando en su lugar abstractos ciudadanos mexicanos. Sólo un puñado de visionarios previeron que ese determinismo legal fracasaría (aunque posiblemente ni ellos imaginaron su actual longevidad). Ya desde la proclamación de la efímera Constitución liberal de Cádiz en 1820, José Joaquín Fernández de Lizardi, el célebre "Pensador Mexicano", había satirizado sobre los efectos milagrosos de una legislación sobre los problemas ancestrales de los indios[18], y el ilustre diputado y educador Juan Rodríguez Puebla, indio para más señas, haría lo suyo con la Constitución de 1824. Rechazando el concepto constitucional de equidad y pidiendo un trato especial para los indígenas, su discurso pone de manifiesto el abismo que aún dividía a la sociedad mexicana: "pues por más que me digan que desciendo de un español", exclama, "¿cómo he de creerlo, si cuando vuelvo la cara hacia atrás, en toda la serie de mis predecesores no encuentro uno solo que no haya sido tiranizado por los peninsulares?"[19]

Desde el punto de vista de la igualdad constitucional, ciertamente, el mestizaje no tenía razón de ser. ¿A qué mezclar razas, si la homogeneidad estaba alcanzada? Tal era el razonamiento de la nueva élite en el poder, que archivaba el pasado indígena y el guadalupanismo prehispánico a la Fray Servando para poner en su lugar el expediente de una corriente de origen europeo que adueñaba gradualmente del país: el liberalismo. El México independiente,

[16] Véase Francisco López Cámara, *La génesis de la conciencia liberal en México* (UNAM, México, 1977), pp. 140-146.

[17] Lucas Alamán, *Historia de Méjico desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1803, hasta la época presente* (Jus, México, 1968), p. 26. Originalmente publicada en 1849.

[18] José Joaquín Fernández de Lizardi, *El indio y la india, del pueblo de Actopan* (oficina de don José María Betancourt, México, 1820), pp. 6-7.

[19] Juan Rodríguez, *Discurso [...] sosteniendo el dictamen de que se apliquen al Colegio de San Gregorio los bienes del hospital que fue de naturales* (Imprenta del supremo gobierno, México, 1824), pp. 8-9. Pronunciado el 11 de octubre de ese año.

que rechazaba el pasado colonial y que tampoco parecía necesitar de elementos vernáculos para definir su identidad nacional, se jugó su destino por la idea liberal; para los forjadores de la nación, efectivamente, "nacionalidad y liberalismo fueron una misma cosa".[20] En la batalla por imponer las distintas versiones de la panacea, todo lo demás se volvió irrelevante. La nube de polvo levantada por las escaramuzas entre escoceses y yorkinos ocultó los problemas étnicos de la joven república, que se debatía en interminables luchas de facciones.

Así, durante las primeras tres décadas de independencia, lo mejor de la tradición liberal desdeñó a la población indígena, y en el mejor de los casos los indios se volvieron el lastre que por humanitarismo habría de ser arrastrado. Los ejemplos son elocuentes. Lorenzo de Zavala propone educarlos o, en el caso de los revoltosos, emular a Estados Unidos y obligarlos "a salir del territorio de la República".[21] Para Mariano Otero, mientras no se les eduque y mantenga "su estado semisalvaje", estos seres "apenas pueden considerarse como parte de la sociedad".[22] Y, por si alguna duda quedara, José María Luis Mora se encarga de emitir un decreto de desnacionalización de esos "cortos y envilecidos restos de la antigua población mexicana" y, lo que es más importante, de dejar bien claro que aunque todos eran iguales, los criollos eran "más iguales" que los indios y los mestizos:

> La población blanca es con mucho exceso la dominante en el día, por el número de sus individuos, por su ilustración y riqueza, por el influjo exclusivo que ejerce en los negocios públicos y por lo ventajoso de su posición con respecto a los demás: en ella es donde se ha de buscar el carácter mexicano, y ella es la que ha de fijar en todo el mundo el concepto que se debe formar de la República.[23]

La sentencia era, pues, inapelable. Ningún indio o mestizo osaría deturpar la nívea pulcritud del México idílico de los criollos.

Así las cosas, la fusión racial continuaba y, sin embargo, las partes en ella involucradas parecían más alejadas que nunca. Hubo, es verdad, hechos insólitos como el plan de monarquía mestiza proclamado en 1834 por los curas Carlos Te isteco y Epigmenio de la Piedra, mediante el cual un congreso constituyente formado por los 12 óvenes más cercanos descendientes de Moctezuma elegirían un emperador que, en caso de ser indio, debería casarse con una blanca, y en caso de ser blanco, con una "india pura".[24] Pero la

[20] Jesús Reyes Heroles, *El liberalismo mexicano* (Fondo de Cultura Económica, Mexico, 1982), t. II, p. 454.

[21] Lorenzo de Zavala, "Ensayo histórico de las revoluciones de México desde 1808 hasta 1830", en *Obras* (Porrúa, México, 1969), p. 550. Originalmente publicado en 1831-1832.

[22] Mariano Otero, "Consideraciones sobre la situación política y social de la República Mexicana en el año de 1847", en *Obras* (Porrúa, México, 1967), t. I, p. 130. Originalmente publicado en 1848.

[23] José María Luis Mora, *México y sus revoluciones* (Porrúa, México, 1965), t. I., pp. 63 y 74. Originalmente publicado en 1836.

[24] Véase Moisés González Navarro, "El mestizaje mexicano en el periodo nacional", en *Revista Mexicana de Sociología* (México, año XXX, vol. XXX, núm. 1, ener marzo de 1968).

voz cantante la empezaba a llevar la xenofilia y su obsesión de atraer colonos europeos, y blanquear sería pronto la consigna. Un ejemplo elocuente: entre 1846 y 1848, en plena guerra, el Congreso discutía un proyecto para conceder la tolerancia de culto a los extranjeros, con el ostensible propósito de hacer más atractiva la inmigración a los protestantes de la Europa nórdica.[25] Y mientras los conservadores suspiraban por un príncipe europeo que gobernara el país, los liberales, sin dejar de hablar de igualdad ante la ley y de condenar los prejuicios raciales, pugnaban por un México alternativamente europeizante y "ayanquizado". Monarquía o república, centralismo o federalismo, el modelo estaba en el extranjero, precisamente en los dominios del hombre blanco. Ni el triunfo de las teorías no racistas parecía mejorar la situación: el indio estaba en México demasiado cerca para personificar siquiera al *bon savage* rousseauniano. Por eso, aunque en la generalización pagan justos por pecadores, se ha dicho con razón que los criollos de la pre-Reforma se "erizaban" al pensar que el sistema democrático podía implicar el gobierno de un mestizo como Vicente Guerrero o la participación de la mayoría indígena en la vida política del país.[26] El lema de las clases privilegiadas de la época bien pudo haber sido —y en él los mestizos llevaban su parte— el e que un buen indio es un indio invisible.

Pero los indios se negaron a esfumarse e irrumpieron, redivivos, en la escena. Sus rebeliones convencieron a la *intelligentsia* mexicana, empeñada hasta entonces en soslayarlos, de que el compartir una ciudadanía republicana no había creado lazos de identificación entre los grupos étnicos ni mucho menos una verdadera conciencia nacional. En particular, la Guerra de Castas en Yucatán, librada al tiempo que el país sufría la agresión expansionista norteamericana, sacudió a la opinión pública al cerrarse el medio siglo. A fines de 1848 el periódico *El Monitor* se hacía eco de la disyuntiva que asaltaba a los habitantes de los centros urbanos: o se exterminaba a los indios o se les hacía desaparecer en el crisol racial.[27] En ese mismo año el separatista yucateco Justo Sierra O'Reilly publicaba un libro en el que clamaba por la expulsión de las poblaciones indígenas yucatecas por no "amalgamarse" con el resto de la comunidad[28] El consenso empezaba a tomar forma. Por temor a que los levantamientos se generalizaran y afectasen los intereses de su clase o por el deseo sincero de evitar que la patria se desgajara en refriegas intestinas, los ideólogos criollos cambiaban el rumbo.

En 1849 es el doctor Mora, el mismo que 13 años atrás había decretado la expatriación mental de los mexicanos de color, quien envía desde su misión diplomática en Londres la tajante señal de viraje, aconsejando al gobierno obre

[25] Reyes Heroles, *op. cit.*, t. III, pp. 278-287.

[26] Charles A. Hale, *El liberalismo mexicano en la época de Mora* (S. XXI, México, 1985), p. 306. Vale añadir que Hale coincide con la apreciación sobre el desdén de los liberales mexicanos por lo indígena. Véase *op. cit.*, pp. 221-254.

[27] *Ibid.*, p. 244.

[28] onzález Navarro, *op. cit.*, pp. 36-37.

> la necesidad de hacer que las sublevaciones de castas no sólo cesen, sino que sean en lo sucesivo imposibles, y el único medio de lograrlo es la fusión de todas las razas y colores que existen en la República en una sola.[29]

Es verdad que, acaso por no haber cicatrizado las heridas que la vorágine de las hordas indio-mestizas que seguían a Hidalgo infligieran a su propia familia,[30] el ideólogo de la Reforma continuaba apelando a la inmigración europea, que ahora veía como antídoto contra el oscurecimiento de la raza en el inexorable avance del mestizaje. Pero la enmienda era irreversible. La beligerante irreductibilidad del indio no había podido hacer mucho para librarlo de su explotación, pero sí había logrado, sin proponérselo, poner al mestizo bajo los reflectores de la especulación sobre el futuro rostro del mexicano.

El avance de la mestizofilia continuaba pues inexorable, y quienes soñaban con un México criollo despertaban a golpes de realidad. La mentalidad cambiaba poco a poco, en la medida en que la anarquía reinante se interpretaba como resultado de la heterogeneidad étnica. La nueva generación, con una mejor digestión de las doctrinas humanistas, ya había manifestado en voz de Guillermo Prieto su distinta cosmovisión. Y si bien en ella los indios siguen siendo vistos como "raza abyecta y envilecida", la autopercepción criolla da un giro de 180 grados: "nosotros", se lamenta Prieto, somos "extranjeros en nuestra patria".[31] Más no se podía pedir.

Posteriormente, el ascenso al poder de esa generación atizó la hoguera; ¿quién podía entonces subestimar la sangre que en mayor o menor medida corría por las venas de los Juárez y Ocampo o de los Ramírez y Altamirano? El segundo gran capítulo de la historia de México era escrito hombro con hombro, en el más alto nivel, por indios, mestizos y criollos en un plano de igualdad sin precedentes, y bajo el liderazgo de un descendiente directo de la raza indígena. Cierto, se trataría de indios y mestizos criollizados, que de sus antepasados autóctonos sólo conservaban lo que no podían quitarse de encima; mas para el criterio de aquel tiempo, que estaba lejos de plantearse el mestizaje cultural, eso era más que suficiente. La "raza abyecta y envilecida" producía un líder de gran capacidad de mando y enorme dignidad y a varios de los talentos más preclaros del país. En ese contexto, la mestizofilia tenía que ganar adeptos. Y uno de ellos fue ni más ni menos que Gabino Barreda, el importador del positivismo y artífice del sistema educativo juarista que habría de moldear varias generaciones de mexicanos. Las palabras que Barreda escribía sobre su reforma académica en 1870 merecen ser citadas *in extenso*, porque reflejan el primer intento oficial de poner en práctica la mestizofilia:

> Otra influencia social de la más alta importancia que podrá sacarse de esta fusión

[29] José María Luis Mora, *La gestión diplomática del Dr. Mora* (SRE, México, 1931), p. 151. Comunicación fechada el 31 de julio de 1849.

[30] Hale, *op. cit.*, pp. 26-27.

[31] Guillermo Prieto, "Zacatecas-VI Toltecas", en *Guillermo Prieto* (Club de Periodistas de México, México, 1962), p. 293. Artículo originalmente publicado en *El Siglo XIX* el 28 de noviembre de 1843.

de todos los alumnos en una sola escuela, será la de borrar rápidamente toda distinción de razas y de orígenes entre los mexicanos, educándolos a todos de una misma manera y en un mismo establecimiento, con lo cual se crearán lazos de fraternidad íntima entre todos ellos, y se promoverán nuevos enlaces de familias; único medio con que podrán llegar a extinguirse las funestas divisiones de razas.[32]

El cambio era patente; con la revaluación del indio se perdía todo respeto por la pureza criolla. Y por si fuera poco, dos años después y para cerrar con broche de oro, el "Nigromante" columbra con penetrante visión una raza cósmica: "el hombre de los siglos venideros", vaticina, "no podrá lisonjearse de la unidad de su procedencia; su sangre será al mismo tiempo africana, esquimal, caucásica y azteca."[33] Ciñéndose al plano nacional, otros se sumarían al coro. La República Restaurada era el principio del fin. Muy pronto el México criollo sólo podría manifestarse en la clandestinidad.

I.3. Francisco Pimentel: el genocidio humanitario

La luz republicana, sin embargo, no se había encendido cuando se publicó la primera investigación seria y minuciosa que abordaba propositivamente el tema del mestizaje. En efecto, prevalecían aún las tinieblas de la intervención francesa en la época en que Francisco Pimentel (1832-1893), filólogo aguascalentense de rancia alcurnia criolla, produjo su *Memoria sobre las causas que han originado la situación actual de la raza indígena* (1864), libro que dedicó a Maximiliano "en prueba de amor y respeto".

Poco puede decirse de la vida del autor sin mencionar su malhadada incursión en la política. Tras recibir una esmerada educación de maestros particulares, Pimentel se dedicó de lleno a estudiar las lenguas indígenas. Fue poco después, siendo aún joven, cuando manchó su imagen ante la historia al colaborar como prefecto político de la capital con el espurio emperador austriaco, de quien aceptó además el reconocimiento de su título de Conde de Heras. Retirado a la vida privada al triunfo de los republicanos padeció represalias económicas y morales, manteniendo a pesar de ello su singular mezcla de conservadurismo liberal en la que tanto coincidió con el segundo Imperio. Con el tiempo, no obstante, y dado su prestigio internacional como lingüista, que lo hizo miembro laureado de varias asociaciones científicas de Europa y Estados Unidos, los círculos culturales de México lo rehabilitaron. Curiosamente fue Altamirano quien expresó su admiración por él y lo invitó a colaborar en su semanario de literatura *El Renacimiento*. La Sociedad de eografía y Estadística, de la que había sido expulsado por su actuación en el gobierno imperial, también le readmitió en su seno, y se le hizo miembro

[32] abino Barreda, *Carta que este ilustre filósofo dirigió al C. Gobernador del Estado de México, Mariano Riva-Palacio explicando el Plan de Estudios de la Escuela Nacional Preparatoria* (Tipografía nómica, México, 1909), p. 51. Fechada el 10 de octubre de 1870.

[33] Ignacio Ramírez, *Obras* (Ed. Nacional, México, 1966), t. I., p. 207. Fragmento de un discurso leí to n la eda d grafía y Estadística en 1872.

del Liceo Hidalgo, donde sostuvo renombrada polémica literaria con su director Ignacio Ramírez. El resto de su vida permaneció alejado de la política y dedicado a actividades académicas e intelectuales, y aunque escribió obras sobre economía política e historia de la literatura mexicana, ninguna alcanzó el éxito de su célebre *Cuadro comparativo de las lenguas indígenas de México* (1862).[34]

Lo que lleva a Pimentel a proponer el mestizaje es su análisis de la población indígena. La lamentable situación del indio, razona, se debe a las desfavorables condiciones en que ha vivido. El que sea "grave, taciturno y melancólico, flemático, frío y lento, sufrido, servil e hipócrita", y que únicamente posea "las virtudes propias de la resignación", es "el resultado natural de los tristes acontecimientos que le han educado". El indio es susceptible de civilización —su ángulo facial es tan extenso como el de los europeos— y la clave es educarlo como a los blancos.[35] Su desdichada situación no debe continuar por una razón primordial: es un obstáculo a la homogeneidad del país, al establecimiento de creencias y propósitos comunes y, por lo tanto, no permite que México aspire "al rango de *nación,* propiamente dicha". Porque, "¿qué analogía existe en México entre el blanco y el indio?":

> El primero habla castellano y francés; el segundo tiene más de cien idiomas diferentes en que da a conocer sus ideas. El blanco es católico, o indiferente; el indio es idólatra. El blanco es propietario, el indio proletario. El blanco es rico; el indio pobre, miserable. Los descendientes de los españoles están al alcance de todos los conocimientos del siglo, y de todos los descubrimientos científicos; el indio todo lo ignora. El blanco viste conforme a los figurines de París y usa las más ricas telas; el indio anda casi desnudo. El blanco vive en las ciudades en magníficas casas; el indio está aislado en los campos, y su habitación son miserables chozas. Éste es el contraste que presenta México: ¡con razón dijo Humboldt que era el país de la desigualdad! Hay dos pueblos diferentes en el mismo terreno; pero lo que es peor, dos pueblos hasta cierto punto enemigos.[36]

Debido a esta escisión y a la concomitante falta de cohesión patriótica el mexicano no es un verdadero pueblo. Por ello ha tenido que ser un ejército extranjero el que pacifique al país.

Pocas veces se ha pintado un cuadro más vívido de la realidad sociorracial del México decimonónico. Ciertamente, el de Francisco Pimentel es el típico caso del criollo que, espantado por las insurrecciones indígenas en Sonora y la Guerra de Castas en Yucatán, encuentra en la presencia del Jano étnico la

[34] Sobre la vida y obra de Pimentel puede verse Francisco Sosa, "Noticia preliminar. Vida y escritos de Francisco Pimentel", en Francisco Pimentel, *Obras completas* (Tipografía Económica, México, 1903), t. I., pp. V-CX. Vale la pena mencionar que Sosa fue también mestizófilo, aunque sus comentarios sobre la actitud de los indios ante el mestizaje son tan denigrantes como injustos. Véase *op. cit.*, pp. XLIV-LIV.

[35] Francisco Pimentel, *Memoria sobre las causas que han originado la situación actual de la raza indígena de México y medios de remediarla* (Imprenta de Andrade y Escalante, México, 1864), pp. 210-214.

[36] *Ibid.*, pp. 217-218.

raíz del desorden mexicano. Pero su análisis contiene observaciones que trascienden su conciencia de clase. Al condenar el afán de edificar grandes obras materiales antes que atender los cimientos humanos, Pimentel percibe precozmente un error en el que han incurrido muchos gobiernos latinoamericanos. Su crítica a la modernización espectacular, al desarrollo gigantista del que sólo se benefician unos cuantos, goza *mutatis mutandis* de una gran actualidad:

> Queremos caminos de fierro, y la mayor parte de nuestra población no sabe andar más que a pie; queremos telégrafo, y el indio ve su aparato como cosa de nigromancia; queremos introducir el gas en nuestras ciudades, y casi todos nuestros compatriotas se alumbran con *ocote;* queremos extender nuestro comercio y no hay consumidores.[37]

Y no es que el Conde de Heras haya sido hombre de veleidades socializantes. Todo lo contrario; a pesar de su desliz aristocrático, su ferviente fe en el *laissez-faire* nunca estuvo en tela de duda. Se trata, simplemente, del sentido común de un hombre a quien sus tendencias elitistas no le impidieron ver las trabas que se oponían a la gestación de una nación social y étnicamente viable. Su razonamiento es claro. Si el país, como tal, ha de progresar, es menester "desindianizar" a los indios. Que olviden su idioma, su religión, su propiedad comunal; que adopten, en suma, la cultura del criollo. "Sólo de este modo perderán sus preocupaciones, y formarán con los blancos una masa homogénea, una nación verdadera."[38]

Ahora bien; hasta aquí nada implica la necesidad del mestizaje. De los argumentos esgrimidos se podría deducir que la meta es un país con uniformidad cultural, lo cual desde luego no excluye la diversidad racial. Mas para su autor existe un grave escollo: el indio educado sería peor que el ignorante, porque su rencor contra el blanco tendría mejores medios de venganza. ¿Qué hacer entonces con la población indígena? Destruirla sería inhumano, y el sólo pensarlo le hace "palidecer de espanto". No, lo que hay que hacer es emprender la titánica tarea de vencer su proverbial terquedad y acercar al indio al nivel de educación del blanco, a fin de que éste lo vea como su igual. De ese modo se facilitaría la fusión racial, en la que tarde o temprano los indígenas serían diluidos por una adecuada inmigración europea. Bien educado, el mestizo resultante no heredaría los vicios sino las virtudes de sus progenitores. Y, lo que es mucho más importante, la mezcla no sólo se daría entre blancos e indios sino también entre blancos y mestizos —que ya son mayoría—, con lo cual se garantizaría que la población mexicana sería gradualmente "blanqueada". Así, "la raza mixta [...] sería una raza de *transición;* después de poco tiempo todos llegarían a ser blancos".

La conclusión, desde luego, es un alivio para Pimentel. Pero tal vez pensando que entre las características heredadas por esa "raza mixta" podría colarse la obstinación indígena, lo que podría provocar una imprevista pro-

[37] *Ibid.*, p. 219.
[38] *Ibid.*, pp. 226.

longación del periodo de "transición", don Francisco decide hacer la apología del mestizo. Esto no resulta difícil, habida cuenta de que el hecho de haber sostenido la guerra de independencia prueba que es muy fuerte; la experiencia demuestra que es, asimismo, alegre, gastador, agudo, despejado y de mejor gusto que el indio. Y no hace falta más porque, a fin de cuentas, no se trata de elegir entre el mestizo y el criollo —quien tiene de antemano ganada la batalla— sino entre el mestizo y el indio, lo cual lleva a una obvia decisión: "El mestizo puede corregirse con sólo que se le modere por medio de una saludable disciplina; pero ¿dónde encontraremos un tónico lo bastante activo para elevar al indio a la vida civilizada?"[39]

Es interesante notar las influencias intelectuales de Pimentel. Para resaltar la importancia del papel de la educación en los indios se basa en Clavijero y Humboldt, y cita a Alamán para apoyar su rechazo del determinismo ambiental y de las teorías racistas. Ni el medio ni la raza, sostiene, pueden frenar la acción de leyes, capaces de modificar cualquier comportamiento humano. Pero esta suerte de voluntarismo, evidentemente, no embona muy bien con su obsesión por la inmigración europea como fuente de mutación genética. Por otra parte, demuestra la factibilidad del mestizaje amparado en un hecho que contradice su confianza en la omnipotencia de la legislación. De que el mestizaje es posible dan fe los cuatro millones de mestizos que, aduce, hay en el país; cabe entonces preguntar: ¿de qué sirvieron las leyes de segregación? Ésta y otras preguntas deja sin responder Pimentel.

Pero ninguna de las ambigüedades presentes en sus consideraciones sobre los indios y los mestizos detiene la conclusión de su estudio. Después de todo, su interés primordial no está en ellos, sino en el albo futuro de su México criollo. "Queremos", afirma,

> que el nombre de *raza* desaparezca de entre nosotros, no sólo de derecho sino *de hecho;* queremos que en el país no haya más que unas mismas costumbres, e iguales intereses. Ya hemos indicado el medio: la *inmigración.*[40]

Como se ve, de hipocresía no se puede acusar a Pimentel. Queda bastante claro que los "iguales intereses" que propone implantar son los de los criollos, y que el "nombre de raza" que desaparecería no sería el de los blancos. Como en sus predecesores, en él la mestizofilia es relativa. Su mestizo es, en realidad, un criollo disfrazado, un caballo de Troya caucásico dirigido contra la población de color. El viejo deseo de acabar caritativamente con los indios, de cometer —valga la paradoja— un genocidio humanitario, cristaliza al fin en una fórmula: el mestizaje como vehículo para criollizarlos. De ese modo culmina una labor de varias generaciones. Francisco Pimentel cierra así todo un ciclo de la corriente en pro del mestizaje.

[39] Francisco Pimentel, *op. cit.*, pp. 231-237.
[40] *Ibid.*, pp. 238-240.

I.4. Vicente Riva Palacio: el contrato racial

Veinte años después de publicada la *Memoria* de Pimentel se inauguró una nueva modalidad del pensamiento mestizófilo. La República había sido restaurada, Juárez y la Reforma estaban ya en los textos escolares y el Porfiriato balbuceaba por boca de Manuel González. Apareció entonces una obra que no tardaría en ser considerada, sin lugar a dudas, la historia nacional clásica: *México a través de los siglos* (1884). El responsable de tal *opus magnum* y autor del segundo de sus tomos fue Vicente Riva Palacio (1832-1896), insigne militar, político y hombre de letras capitalino heredero del abolengo mestizo de Vicente Guerrero, su abuelo materno.

Su carrera fue polifacética a cual más. Los estudios que realizó en el Colegio de San Gregorio y en el Instituto Literario de Toluca durante la gubernatura de su padre en el estado de México no impidieron que, tras de una brillante carrera en la milicia, el abogado don Vicente se transformara en el general Riva Palacio. Jefe del Estado Mayor de González Ortega y líder guerrillero contra la intervención francesa en apoyo de Zaragoza, a la muerte de Arteaga se convirtió en general en jefe del Ejército del Centro, y contó entre sus acciones militares contra el Imperio el sitio y la toma de Toluca y de Zitácuaro y su participación en el sitio de Querétaro. Igualmente exitosa fue su trayectoria política, que incluyó tres diputaciones —empezando con una curul suplente en el Constituyente de 1856—, dos gubernaturas —México y Michoacán durante la intervención— y una secretaría de estado —Fomento en el primer gobierno porfirista, en el que por cierto erigió la estatua de Cuauhtémoc en la ciudad de México—. Estuvo a punto de ganarle a José María Iglesias la presidencia de la Suprema Corte de Justicia y pudo haberle ganado al mismo Porfirio Díaz la de la República, lo cual provocó su exilio como Ministro de México en Madrid, donde habría de morir. Su combatividad lo llevó a frecuentar la cárcel, a la que lo enviaron desde Zuloaga y Miramón hasta Manuel González, y precisamente en la de Santiago Tlaltelolco escribió la obra histórica en que plasmó sus ideas sobre el mestizaje. Su arma favorita fue el periodismo satírico, y sus ataques al gobierno de Sebastián Lerdo de Tejada en el periódico *El Ahuizote* hicieron época. En las letras prácticamente no dejó género sin cultivar; escribió drama y comedia, poesía y cuento, y se le considera fundador de la novela romántica de tema y ambiente coloniales. Perteneció a la Sociedad de Geografía y Estadística, a la de Historia Natural y a varias asociaciones intelectuales extranjeras, y llegó a presidir el Liceo Hidalgo.[41]

El enfoque que el mestizo Vicente Riva Palacio da al mestizaje difiere fundamentalmente del de su coetáneo criollo Pimentel. Más que una metamorfosis del indio, Riva Palacio quiere la creación de un pueblo único, de una nacionalidad propia. Para él, la Colonia inicia el cruzamiento que ha de lle-

[41] Sobre la vida y obra de Riva Palacio, puede verse Clementina Díaz y de Ovando, "Prólogo", en Vicente Riva Palacio, *Los cuentos del General* (Porrúa, México, 1968). Este libro se considera, por cierto, lo mejor de su obra narrativa.

var a la formación de "una nueva raza para formar la nacionalidad mexicana", y la emancipación de España se logra gracias al avance de la fusión racial. "Toda tentativa de independencia", sostiene, "era infructuosa mientras el cruzamiento de razas no produjese un pueblo nuevo, exclusivamente mexicano". Ello se explica por el hecho de que en tanto haya en un país distintos grupos étnicos, no puede existir un alma nacional, puesto que a ello se opone su distinta "idiosincrasia de raza", contra la cual todo esfuerzo educacional es poco menos que inútil. "Los hombres sienten y piensan y creen y quieren, no sólo según su particular organismo, sino según la raza a que pertenecen", por lo que para alcanzar la armonía y la fortaleza que da la cohesión patriótica es imprescindible que los individuos de una sociedad estén sujetos "a las mismas vicisitudes morfológicas y funcionales" y "a los mismos peligros epidémicos", es decir, que sean de la misma raza. En el caso de México, la homogeneización racial se lleva a cabo a través de las modificaciones que el indio —absolutamente carente de "preponderancia de transmisión"— hace lentamente a la raza española, que por el momento domina en el mestizo. Esas modificaciones, "acentuándose más y más llegarán a formar, con el transcurso de uno o dos siglos, el verdadero mexicano, el mexicano del porvenir, tan diverso del español y del indio como el italiano del alemán".[42]

Como se ve, el prurito de Riva Palacio es la diferenciación. Ni criollos ni indios son mexicanos *stricto sensu*, porque se parecen a los españoles y a los antiguos aztecas o mayas. Por primera vez se hace una vinculación explícita entre mestizaje y mexicanidad que otorga al mestizo la exclusiva de la nacionalidad mexicana. El razonamiento implícito es revelador. ¿Qué razón de ser tendría México si estuviera destinado a albergar seres que no se sienten extraños en Europa o en alguna reservación? Si Italia es para los italianos y Alemania para los alemanes, México es para los mestizos. Ellos son los únicos que pueden sentirlo como una patria porque nadie más puede distinguirse de los habitantes de España y del Anáhuac, naciones alejadas de la mexicana respectivamente en virtud del espacio y del tiempo.

El criterio de distinción, desde luego, sigue siendo puramente racial. De hecho, en ello estriba la aportación del elemento prehispánico, que según Riva Palacio no tiene mucho que ofrecer al mestizo desde el punto de vista cultural. Antropológicamente, en cambio, y "juzgada conforme a los principios de la escuela evolucionista", la raza indígena supera a la europea. Existen varias pruebas del gran "progreso corporal" del indio: la ausencia de los inútiles "apéndices cutáneos" que cubren varias partes del cuerpo de los blancos, la perfección de la dentadura, que sustituye un canino por un molar y prescinde de la muela del juicio, la presencia de un músculo "supernumerario" en la pierna de los otomíes.[43] He aquí una nueva concepción del mestizaje. La mezcla no mejora sólo al indio, sino también al criollo, que se beneficia de la superioridad evolutiva del primero. El trato propuesto se vuelve

[42] Vicente Riva Palacio, "El Virreinato. Historia de la dominación española en México desde 1521 a 1808", en *México a través de los siglos* (Ballescá y Cía., México, 1884), t. II, pp. 471-472.

[43] *Ibid.*, p. 472. Vale señalar que Riva Palacio creía que la raza indígena era originaria del continente americano.

más equitativo, se convierte en un verdadero intercambio: inteligencia por fuerza antropológica. Y, lo más importante, en él la carga de la transformación recae en ambas partes, que ceden su existencia a un tercero. El pacto se convierte así, inusitadamente, en una especie de contrato racial.[44]

El instrumental analítico de Riva Palacio es claramente de una misma marca: evolucionismo. Los de Darwin y Haeckel son los nombres salientes, Spencer es la referencia tácita. Pero el suyo es un caso más complicado de lo que parece. Don Vicente representa al intelectual de transición entre el liberalismo dieciochesco y el positivismo decimonónico, que deja renuentemente a un lado lo que considera "el santo y noble principio de la fraternidad universal" para internarse en la selva del darwinismo social. De ahí su krausismo y su ambivalencia para con la postura antirracista de Renan[45] y de ahí también su contradictorio desempeño en lo que pronto sería la doctrina oficial del porfirismo. Por ello, poco queda de su argumentación en favor del mestizaje tras su innecesaria caída en el pantanoso terreno de la genética. Si la raza indígena "carece absolutamente" de "preponderancia de transmisión", ¿de qué sirve en el mestizaje el "progreso corporal" de los indios? Algo similar ocurre con su manejo, siempre subrepticio, de la cuestión cultural. Todo parece indicar que, para el General, el mestizaje obedece a un imperativo de divergencia, a la idea de que un conglomerado humano que no sea étnicamente distinto a los demás no justifica su existencia como nación. Esta idea, que más que del nacionalismo romántico alemán le viene —como en menor medida a Pimentel— de la observación estereotipada de las nacionalidades europeas y de la creencia en el instinto racial, lo lleva a pasar por alto o al menos a subestimar el papel igualador-diversificador de la cultura. Nada dice al respecto, y no parece cuestionar en lo absoluto el prospecto de un mestizo culturalmente europeizado, indistinguible en ese sentido de sus ex amos. Podría suponerse en su defensa que de acuerdo con su teoría la conformación de una nueva raza traería como consecuencia la creación de una nueva cultura, pero a decir verdad su exposición no ayuda mucho a la causa.

Donde Riva Palacio se luce es en su novedosa interpretación histórica. Según ésta, mientras que a fines del siglo XVI los indios disminuían en número debido a las epidemias y al maltrato y los españoles se reproducían con normalidad, "los hombres de casta se multiplicaban rápidamente, comenzando a sentirse entre sí unidos por vínculos de desgracia y de esperanza, formando el núcleo de la futura nacionalidad". Esta multiplicación se acentuaba por el deseo de las mujeres de la "raza vencida" de evitar la esclavitud de su descendencia. Pero los españoles detestaban a los mestizos, porque éstos

> eran el germen poderoso de un pueblo nuevo sobre la tierra, que acumulando virtudes y vicios de las razas diversas a quienes debían su origen y multiplicándose con el transcurso de los años, llegarían a adquirir el indisputable derecho de su

[44] En la obra se concede también a los españoles la aportación de una mayor capacidad de adaptación. Véase *op. cit.*, pp. 479-480.

[45] *Ibid.*, p. 471.

> autonomía, formando una nueva nacionalidad en aquel territorio que tantas razas se habían arrebatado unas a las otras, y que por su posición geográfica y por sus elementos naturales estaba destinado a ser el asiento de una nación importante en el continente americano.

Y como los españoles "reconocían y confesaban que su inteligencia era notable, y muy grande su aptitud para las ciencias y las artes", los marginaban y hacían lo posible por cerrarles el paso. Por ello los integrantes de la raza híbrida

> resultaron astutos, porque comprendieron que solamente a fuerza de astucia podrían abrirse paso en aquella sociedad compuesta por dos razas antagonistas por naturaleza, y cada una de las cuales veía en los mestizos, no a una parte de su sangre, sino al representante de la parte contraria [...]

No debe, pues, sorprender que los mestizos hayan sido audaces, intrigantes y poco confiables para el gobierno virreinal. Y más explicable aún es el hecho de que "no dejaron de pensar nunca en independizarse de la metrópoli", una lucha en la cual se "homogeneizaban" con los criollos.[46]

La vindicación del mestizo es, junto con el enfoque histórico de su situación, la gran contribución de Riva Palacio. En forma escueta y casi furtiva, don Vicente pergeña una interpretación étnica de la historia de México en la que el nuevo protagonista es el héroe. El mestizaje abandona su carácter de estratagema criolla para convertirse en fenómeno con vida propia. El mestizo ya no es un medio sino un fin; es un ser que se vuelve deseable no por su cercanía al blanco sino en la medida en que se asemeja a sí mismo. Y es también quien comienza a dominar la escena histórica, quien asume el papel del patriota libertador de un pueblo oprimido. La apología es completa; sus vicios se reparten entre sus progenitores y sus virtudes se acumulan en él:

> La violenta organización y las condiciones históricas de la Colonia habían producido aquellos defectos en el carácter moral de los habitantes de la Nueva España, pero vivían y germinaban las virtudes nacionales de las razas y el patriotismo de Pelayo y de Cuauhtémoc se almacenaba en los corazones de la nueva población, y la constancia y la abnegación y la caballerosidad romanesca iban teniendo sus representantes en la nueva raza.[47]

Riva Palacio no escribe en respuesta a la cuestión indígena, como Pimentel, sino a título personal. En su interpretación histórica el mestizo es, quizá, una proyección de su propia imagen como heredero del patriotismo de Guerrero en la Independencia y como figura señera en la lucha por la restauración de la República. Si en tal análisis el mestizo novohispano no alcanza todavía su total independencia, teniendo que pedir prestados los trofeos criollos de la canonización de San Felipe de Jesús o de los éxitos de Carlos de Sigüenza y

[46] Riva Palacio, *op. cit.*, pp. 478-481.
[47] *Ibid.*, p. 481.

Góngora para no sentirse "raza inferior",[48] ello tal vez se debe a que su autor no experimenta ningún rechazo por el criollaje, con el cual departe sucesivamente en la élite del México liberal y del Porfiriato. Mas su afinidad ideológica con la intelectualidad criolla de la Reforma no se interpone en el camino de la exaltación del mestizo. El criollo podrá ser un buen aliado, pero es el mestizo, y nadie más, el depositario de la auténtica nacionalidad mexicana.

I.5. Justo Sierra: el mestizo se vuelve burgués

Sólo cinco años transcurrieron entre la publicación de *México a través de los siglos* y la obra que continuaría la corriente del pensamiento mestizófilo. Ya entrado el Porfiriato, apareció en los primeros números de la *Revista Nacional de Letras y Ciencias* un ensayo titulado "México social y político" (1889), el cual retomaba la hebra extendida por Riva Palacio. El autor era Justo Sierra (1848-1912), el gran historiador, literato y educador campechano, nieto del cacique independentista criollo de la península yucateca Santiago Méndez, e hijo del recién nombrado representante del gobierno separatista de Yucatán en Washington, el jurista Justo Sierra O'Reilly.

Nacido en medio de la invasión norteamericana y la Guerra de Castas, Sierra pasó sus primeros años en Campeche y Mérida y luego se trasladó a la ciudad de México, donde ingresó al Colegio de San Ildefonso para recibirse poco después de abogado. Su precoz fama como escritor se inició gracias a Altamirano, quien lo apadrinó y le abrió las puertas de las célebres veladas literarias en las que se daban cita las más grandes personalidades intelectuales del momento, gente de la estatura de Ramírez, Prieto, Payno y Riva Palacio. En el primer gobierno porfirista emprendió con Telésforo García, Francisco G. Cosmes y Santiago Sierra la publicación de *La Libertad*, diario "liberal-conservador" que reflejaba su versatilidad política y en el que, tras expiar sus pecados decembristas, se pronunció abiertamente en favor de un gobierno fuerte de "orden y progreso". Al término de esa Administración fue elegido diputado suplente por Sinaloa al Congreso de la Unión, actividad que ejerció sin abandonar sus clases de Historia en la Escuela Nacional Preparatoria. Su postura doctrinal estaba para entonces definida; en su polémica con José María Vigil representó la posición del surgente grupo "científico" en contra de los liberales de la vieja guardia. Fue sucesivamente ministro de la Suprema Corte de Justicia y subsecretario y secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes en la última década del Porfiriato, al fin de la cual fundó la Universidad Nacional. Al triunfo de la revolución maderista fue nombrado ministro de México en Madrid, donde murió. Su espléndida obra abarca prácticamente todo el espectro de las letras; como historiador alcanzó especial relevancia con su *Evolución política del pueblo mexicano* (1910), que constituye un parteaguas en la historiografía nacional. Su fama intelectual

[48] *Ibid.*, pp. 667-669.

trascendió las fronteras de México, y su epistolario incluyó nombres del calibre de Víctor Hugo y Miguel de Unamuno.[49]

De acuerdo con la tesis de Sierra, los indios viven en una "pasividad incurable" debida a la opresión y al paternalismo españoles. Éste es un problema colectivo.

> Suele alguna individualidad poderosa surgir de improviso de esta inactiva y uniforme masa social, como para demostrar de qué vigor en los resortes morales es capaz todavía; pero esa individualidad vive y progresa en otro medio: el mundo indígena permanece quieto, monótono, mudo.

El de la raza indígena no es, empero, más que "un problema de nutrición y educación". Su alimentación hace al indio "un buen sufridor", pero le resta creatividad; copia y se asimila, pero no mejora su situación. Mas no hay que alarmarse porque, en efecto, "el problema es fisiológico y pedagógico: que coman más carne y menos chile, que aprendan los resultados útiles y prácticos de la ciencia, y los indios se transformarán: he aquí toda la cuestión". De hecho, muchos de ellos ya se han "transformado":

> Se han transformado en nosotros, en los mestizos [...]; hoy, la mestiza constituye la familia mexicana, propiamente dicha, con un tipo especial y general a un tiempo, cada día más marcado; la población mestiza confina por un extremo con los indígenas, cuyas costumbres y hábitos conserva, y por otro con los elementos exóticos, blancos sobre todo.

Por eso, porque es susceptible de transformación, el hecho de que el indio no practique "el maltusianismo" derivará probablemente —en una época en que "gobernar es poblar", cabe añadir— en "un bien en todos sentidos". La alimentación, la educación y, sobre todo, el mestizaje, harán el resto. El desafío está claro: "el pueblo terrígeno es un pueblo sentado; hay que ponerlo en pie". Y no será difícil lograrlo, porque la rápida absorción de razas permite vislumbrar "el tiempo no muy lejano en que el mexicano (en el sentido social de la palabra) formará la casi totalidad de los habitantes".[50]

Es evidente que Justo Sierra, a diferencia de Pimentel, no se preocupa mucho por la suerte del mestizaje. Como Riva Palacio, da casi por hecho que la fusión es inexorable. Pero, en contraste con sus dos predecesores, su concepto del mestizo es tanto étnico como sociológico. La categórica inclusión de sí mismo dentro de la "familia mestiza", a la que le atribuye "costumbres y hábitos" indígenas que él distaba mucho de poseer y "elementos" blancos que no le eran en absoluto "exóticos", hace la clasificación aún más engañosa. Racialmente, el mestizo es el indio transformado, que para él constituye seguramente una inquietud que recibe de su padre y de sus propias experiencias en la Guerra de Castas. Socialmente, el mestizo parece ser el repre-

[49] Sobre la vida y obra de Sierra puede verse Agustín Yáñez, "Don Justo Sierra. Su vida, sus ideas y su obra", en Justo Sierra, *Obras completas* (UNAM, México, 1977), t. I., pp. 9-218.

[50] Sierra, "México social y político", en *Obras completas*, *cit.*, t. IX, pp. 126-128.

sentante de la incipiente clase media porfiriana de la que él como intelectual y político forma parte. Si entre los antepasados de Sierra existen indígenas o no es irrelevante; su posición ideológica y social suple cualquier deficiencia sanguínea. No en balde se indigna ante los epítetos denigrantes que "sabios extranjeros" como Gustave Le Bon dirigen a la raza híbrida recreando "la profecía de nuestra incurable impotencia" que provoca "el pesimismo nacional". Como un siglo atrás lo hicieron los patriotas criollos en contra de Buffon *et al.*, Sierra asume ahora la defensa de lo mexicano. Historia en ristre, recuerda que la Independencia y la Reforma fueron "actos de inmensa energía de la *raza bastarda* de México". "El hombre más enérgico que haya aparecido en nuestros breves y trágicos anales", añade contundente, es José María Morelos, el gran mestizo." La diatriba, pues, es refutada.[51]

Pero las cosas no quedan ahí. Don Justo no se detiene hasta sentar un precedente trascendental en el pensamiento mestizófilo: la violación del fuero de los criollos, a quienes acusa de conservadores y, como tales, traidores a la Patria. Amortiguando el golpe con su guante sociológico, se refiere a los "criollos ricos", quienes

> han constituido una clase pasiva, en donde el dogma político ha sido la incapacidad radical del pueblo mexicano para gobernarse a sí mismo y la necesidad de una intervención, y en donde el amor por la patria mexicana es, cuando existe, un sentimiento de vanidad, no un afecto activo y profundo.

Mas con todo y guante, el tabú queda roto. Los criollos ricos forman una "seudoaristocracia sin raíces en el pasado" que se dedicó a gastar sus rentas en los centros de placer de Europa y que se ha visto "disminuida por la mezcla" y "reemplazada por elementos blancos de otra procedencia y otras aspiraciones". A esa "clase pasiva" México no le debe nada. La transformación del indígena, en cambio, "traerá consigo la fuerza y la grandeza para nuestro país, porque una raza entera habrá ascendido entonces a la civilización". Más aún, todo el progreso alcanzado se debe a los mestizos o "neomexicanos", quienes han sido históricamente los patriotas y los demócratas:

> La familia mestiza, llamada a absorber en su seno a los elementos que la engendraron, a pesar de errores y vicios que su juventud y su falta de educación explican de sobra, ha constituido el factor dinámico en nuestra historia [...].

racias a esa "familia" y a nadie más, "la nacionalidad mexicana *fará da se*" en un futuro no muy lejano. Y para acelerar ese proceso y estar pronto en posibilidad de saldar la deuda de los "neomexicanos" ("que ahora gobernamos el país") para con los indios ("nuestros hermanos de infortunio de hace un siglo"), es preciso "activar la mezcla" mediante inmigración europea. Fomentando de ese modo el mestizaje se resolverán los problemas

[51] *Ibid.*, pp. 128-130.

socioeconómicos del país y, sobre todo, el "problema supremo de la nacionalidad".[52]

Como se ve, el análisis etnológico de Justo Sierra no puede divorciarse de la cuestión social. Su caso es, a no dudarlo, el del intelectual porfirista que ha adquirido una clara conciencia burguesa y que se propone acabar con la vieja aristocracia terrateniente cuyos orígenes se remontan hasta el inicio de la Colonia. Como Abad y Queipo, pugna por el surgimiento de una clase media de pequeños propietarios mestizos; pero su mira apunta más alto, hacia la industrialización que consolide la preeminencia de los centros urbanos, coto de los "neomexicanos". Apoyándose selectivamente en Ricardo y en Mill, y rechazando de su admirado Spencer el axioma de "la inacción benévola del Estado", lleva a cabo un examen de "los tres factores económicos por excelencia" —la naturaleza, el trabajo y el capital—, en el que juega con los conceptos de raza y clase.[53]

Y precisamente en ese juego residen, a un tiempo, lo positivo y lo negativo del análisis. Porque si bien es un acierto superar el monismo étnico de sus predecesores y correlacionar la problemática racial con los factores sociales, no lo es el cruzar indiscriminadamente la frontera entre las dos variables, por inseparables que sean en el caso de México. Como buen partidario de la teoría evolucionista, Justo Sierra sabe que las sociedades industriales de Europa no padecieron la heterogeneidad étnica latinoamericana, cuya erradicación considera un paso previo y conducente a la etapa de industrialización que ya estaba avanzada en aquéllas. Se trata entonces de prestar atención a dos puntos en una misma agenda, que en ocasiones son indebidamente confundidos. El hecho de que los indios —pese a ser redimibles comiendo "más carne y menos chile" y educándose mejor— vayan a transformarse en mestizos, no garantiza su urbanización ni mucho menos su ascenso en la escala social. A la inversa, el desarrollo de la burguesía tampoco otorga un salvoconducto a la síntesis racial.

En México existe, es verdad, una íntima relación entre el color de la piel y el nivel social, pero si el mestizaje y la industrialización están destinados a absorber a todos sus habitantes, serán "neomexicanos" también quienes engrosen las filas de la proletarización. Y finalmente, queda la incongruencia de proponer la inmigración europea como catalizador del mestizaje. ¿Qué necesidad hay de colonizar si la "familia mestiza" se ha mostrado tan prolífica y tan progresista? ¿No hay en la propuesta un trasfondo de este nefasto "pesimismo nacional" producto de "la profecía de nuestra incurable impotencia"? Justo Sierra no se plantea estas preguntas. El nudo detiene su aportación —que ya es bastante— a la corriente mestizófila. Tocará a la siguiente generación el deshacerlo y continuar en la tarea de desenredar la difícil madeja.

[52] *Ibid.*, pp. 130-133, 140, 148, 152 y 167.
[53] Sierra, *op. cit.*, pp. 131-151.

I.6. El México positivista: la teoría vs. la praxis[54]

La generación que en el siglo XX coronaría la corriente mestizófila creció y se formó en el Porfiriato. En él encontró, paradójicamente, su freno y su impulso. Por un lado, se enfrentó a la era de la xenofilia institucionalizada, de la obsesión por la inmigración europea, del desprecio social por el "lastre indígena" y de la voluntad política de destruirlo por la fuerza de las armas; a los tiempos, en suma, en que el paradigma social era el afrancesamiento versallesco y el triunfo militar la aniquilación de yaquis y mayas. Pero por otra parte, se halló montada en el punto más alto de la curva ascendente que en la segunda mitad del XIX trazó el pensamiento mestizófilo; en una época en que el medio intelectual, acicateado por la imagen de los grandes hombres de bronce de la Reforma y por la del nuevo dictador mestizo, volvía los ojos al pasado prehispánico y empezaba a aceptar su realidad étnica. Así pues, aunque su *praxis* lo desmintiera, el Estado porfirista sentaba las bases teóricas del indigenismo y del auge de la corriente pro-mestiza a través de aquellos miembros de su *intelligentsia* que evitaron contaminarse con las teorías racistas europeas al adaptarlas a su conveniencia.[55]

Un síntoma inequívoco de lo anterior fue la respuesta al llamado de Altamirano a crear una literatura mexicana, que privilegiaba un género que pese a su tardía aparición —si se considera *El periquillo sarniento* la obra pionera— se constituyó en puntal de la cultura nacionalista: la novela. En la bibliografía narrativa de la época puede apreciarse la revaloración de las raíces indígenas y de la verdad racial de México. Y la tendencia no se quedó en los libros; durante el último decenio del siglo la prensa reflejó las mismas inquietudes.[56] Eran tiempos, pues, de nacionalismo teórico y malinchismo práctico.

Esa ambigüedad del Porfiriato tuvo mucho que ver con su doctrina oficial. Inaugurado por Barreda en 1867, el positivismo[57] recuperó para Francia al México que Napoleón III había perdido. Comte logró lo que Maximiliano nunca pudo obtener: la total adhesión de los liberales, es decir, del grupo que descorría el velo de la historia mexicana. Pero la dinastía comtiana no pudo ser eterna; un nuevo rival apareció pronto disputando el cetro positivista, esta vez procedente de Inglaterra. En efecto, la doctrina de Spencer fue desplazando gradualmente a los comtistas, infiltrándose hasta en su propio feudo. En 1877, la Asociación Metodófila Gabino Barreda realizó un debate sobre el darwinismo —cuya versión sociológica representó la base del evolucionismo spenceriano— sólo para corroborar que, con la notable excepción de su epónimo, dicha teoría gozaba de una gran aceptación entre sus miem-

[54] Véase, por ejemplo, Moisés González Navarro, "El Porfiriato-vida social", en *Historia moderna de México* (Ed. Hermes, México, 1957), esp. pp. 134-184.

[55] Sobre este punto véase Martín S. Stabb, "Indigenism and Racism in Mexican thought: 1857-1911", en *Journal of Inter-American Studies* (Washington, enero de 1959), pp. 405-423.

[56] Véase Juan Gómez Quiñones, *Porfirio Díaz, los intelectuales y la Revolución* (ed. El Caballito, México, 1981), pp. 61-83 y 130-134.

[57] El término "positivismo" será empleado, a lo largo de este estudio, en su acepción genérica, que engloba las escuelas comtiana y spenceriana.

bros.[58] Un año más tarde, la oposición de Barreda a la política porfirista provocaba su destierro, disfrazado de embajada en Berlín; era el fin de la supremacía comtista. Y aunque todavía en la década previa a la Revolución comtianos ortodoxos como Agustín Aragón se aferrarían a su credo desde las páginas de la *Revista Positiva*, la gran mayoría de los intelectuales porfirianos eran desde tiempo atrás darwinistas sociales.[59] El influyente grupo de los científicos, que tanta ascendencia tuvo en la dictadura de Díaz, estaba formado fundamentalmente por políticos de ese corte. Y aunque todo indica que la doctrina spenceriana es, como se verá más adelante, menos idónea aún que la comtista para defender la mestizofilia, resulta significativo observar que hasta uno de los más fervientes admiradores de la ley selvática del darwinismo social como Limantour llega a encomiar el mestizaje mexicano.[60] Sin duda, la adaptabilidad del nuevo grupo positivista porfiriano era considerable. De todo había en la viña del señor don Porfirio.

La mejor muestra tanto de esa variedad como de la tendencia predominante es la polémica que en 1894 desencadenó Francisco G. Cosmes. Este positivista egresado de la redacción de *La Libertad*, ardiente promotor de la tesis de la "tiranía honrada",[61] armó sonora escandalera cuando en una serie de artículos iniciada en el periódico *El Partido Liberal* otorgó a Hernán Cortés la paternidad de la mexicanidad y a Cuauhtémoc tanta nacionalidad mexicana como a Sócrates. El caso es digno de atención. En sus delirantes colaboraciones, Cosmes despliega una apasionada hispanofilia y un rabioso antiindigenismo, llegando a decir que a la civilización española "debemos los mexicanos del día cuanto somos, cuanto valemos, y cuanto habremos de ser y de valer en el porvenir", y a contrastarla con "esa fuente exhausta casi de nuestro dudoso abolengo indígena, que, además del raquitismo cerebral y de la barbarie, representa la abyección de una servidumbre incurable [...]". Obligado a reconocer el mestizaje, sostiene sin embargo que

> hay dos elementos componentes de la actual nacionalidad mexicana: uno de ellos apto para la civilización, el descendiente, por la sangre o por el espíritu, de los españoles; y el otro completamente inepto para el progreso, el indígena.

Y que por ende, si se quiere "triunfar en la lucha por la existencia", es necesario mantener intactos los elementos intelectuales y morales de origen español, que afortunadamente se han "sobrepuesto" en la fusión. Al indio, cuyos instintos "apenas le dan un lugar más elevado que el de las bestias de labor,

[58] Roberto Moreno, *La polémica del darwinismo en México-siglo XIX* (UNAM, México, 1984), pp. 23-26.

[59] Véanse, por ejemplo, las ideas de Miguel Macedo y Manuel Ramos en 1877 en Leopoldo Zea, *El positivismo en México* (Fondo de Cultura Económica, México, 1984), pp. 166-178.

[60] Véase José I. Limantour, "La institución del Homestead", en *Revista Positiva* (México, 1 de febrero de 1901), p. 63. Sobre el racismo "científico" véase William D. Raat, *El positivismo durante el Porfiriato* (SEP, México, 1975).

[61] Sobre sus ideas, puede verse Zea, *op. cit.*, pp. 255-261.

hay que prolongarle caritativamente la existencia "durante el mayor tiempo posible", pero teniendo en cuenta la advertencia de Spencer de que una sociedad que conserva de manera artificial a sus miembros más débiles está condenada a la extinción. Sobre la mayoría mestizo-criolla no hay para el neogachupín motivo de alarma: "intelectual y moralmente hablando, somos españoles, un tanto modificados por el medio".[62]

Lo sorprendente del exabrupto de Cosmes no es tanto su españolismo trasnochado cuanto la reacción que motivó. Polemistas del fuste de Ezequiel Chávez, Del Toro y Justo Sierra contestaron indignados, extendiendo la controversia a las imprentas de *El Monitor Republicano, El siglo XIX, El Diario del Hogar* y otros periódicos. La respuesta se cifró básicamente en defender la herencia prehispánica y en refutar la exclusividad de lo hispánico en la nacionalidad mexicana. Mas el alud de críticas que se precipitó sobre quien creyó hacer una gran concesión al llamar a Cuauhtémoc "heroico salvaje" representa el mejor síntoma del alto grado de aceptación de lo indígena que la intelectualidad porfirista, contra lo que generalmente se supone, había alcanzado. Salvo Telésforo García, quien prologó la compilación de artículos de su compañero de lides pro tiránicas, pocos se atrevieron a apoyar a Cosmes. Y García —por cierto español de nacimiento— lo hace con tan mal tino que a tres lustros de la Revolución mexicana habla de "un indigenismo bien muerto y bien enterrado desde hace siglos en los cementerios de la historia"[63] (sale sobrando decir que cuando el movimiento revolucionario demostró que el indigenismo gozaba de cabal salud las credenciales de visionario de Telésforo quedaron seriamente en entredicho). En realidad, aunque la alta sociedad festejara discretamente las ocurrencias de Cosmes, México era arrastrado por la corriente del creciente mestizaje, y sus mentes más dotadas empezaban a aceptar la mitad indígena. Ser antiindigenista, como ser mestizófobo, se estaba volviendo un asunto delicado. De grado o por la fuerza del debate, de "espíritu" hispánico o no, la aprobación que el mestizo recibía lo acercaba cada vez más al consenso.

Poco después, a cinco años de iniciada la polémica de marras, otro conspicuo científico se manifestó en favor del mestizaje. Justo Sierra había dado el primer paso y ahora Francisco Bulnes, su colega de infortunio, daba el segundo. Famoso iconoclasta y agudo tribuno, Bulnes había probado justamente al lado de Sierra la hiel de la impopularidad cuando en 1884 su actividad parlamentaria en favor del pago de la deuda inglesa se granjeó la enemistad del movimiento estudiantil encabezado por Carlos Basave y Diódoro Batalla, que boicoteó sus clases de Ingeniería en la Escuela Nacional Preparatoria.[64] Bulnes, pues, no rehuía los temas candentes, y consecuentemente tomó el toro por los cuernos escribiendo un libro en el que expuso su punto

[62] Los artículos de Cosmes fueron compilados y publicados dos años después. Véase Francisco G. Cosmes, *La dominación española y la Patria Mexicana* (Imprenta del Partido Liberal, México, 1896), pp. 4, 42-44 y 83-85.

[63] *Ibid.*, p. vi.

[64] Véase Daniel Cosío Villegas, "El Porfiriato-vida política interior", primera parte, en *Historia moderna de México* (ed. Hermes, México, 1970), pp. 771-798.

de vista sobre la cuestión racial. En él arguye que existen tres razas en el mundo, las cuales se distinguen por el cereal del que se alimentan. Dos de ellas, las del maíz y del arroz, son débiles por no consumir suficientes minerales, fósforo, etc. La raza del trigo, en cambio, es la más poderosa gracias a las bondades nutritivas de su alimentación. Ése es el problema de América Latina y de México y no la cuestión étnica *per se;* los mexicanos pueden desarrollarse si comen bien. En particular, el mestizo es "susceptible de gran civilización" porque posee "muy buenas facultades mentales". Es liberal por naturaleza, anticlerical y jacobino, progresista en una palabra. Sus defectos, como los de criollos e indios, se deben en buena parte a la influencia del yugo español, con su conservadurismo irracional. Sin embargo, la mejor manera de acabar con los problemas del país es la colonización, porque

> una buena inmigración acabará por matarnos, esclavizarnos o nos regenerará, si acaso somos dignos de vivir, en virtud de ese resto de sangre celta que aún agita nuestro corazón lacerado por arcaicos sentimientos de bárbaros corrompidos.

La solución, entonces, se encierra en dos palabras: alimentación e inmigración.[65]

Aunque la conclusión es similar a la de Sierra, el razonamiento de Bulnes discurre por cauces menos sociológicos que los de aquél. La biología vuelve por sus fueros, y con ella la añoranza por una insospechada "sangre celta" y el desprecio hacia los "bárbaros corrompidos". No obstante, lo inusitado del caso es el hecho de que un mitófago de la estofa de don Francisco acepta, así sea a regañadientes, lo que a la vuelta de la esquina habría de convertirse en el gran mito mexicano. El efecto que su reconocimiento de la potencialidad del mestizo tuvo sobre el pensamiento de quienes abrevaban en sus ideas es fácil de imaginar. Si hasta el más escéptico de los positivistas porfirianos se pronunciaba en favor del mestizaje, ¿quién podría objetarlo? Bulnes arrojaba la gota que derramaba el vaso, y el agua empezaba a permear la opinión pública: la mestizofilia —franca o solapada, orgullosa o vergonzante— se estaba traduciendo a *vox populi.* Hasta los periódicos se hacían eco de ello, y ya a principios de siglo algunos de ellos identificaban mestizaje con nacionalidad. Se anticipaba así un dogma de los tiempos por venir.[66]

Pero no todo era color de rosa. Curiosamente, parecía como si la teoría estuviese luchando con la práctica. La sociedad porfirista se polarizaba cada vez más, concentrando en unas cuantas manos la riqueza del país y orillando a las masas indígenas y mestizas al abismo de la miseria. Los patrones de comportamiento social y los modelos estéticos eran más extranjerizantes que nunca, y la imagen de México en el mundo occidental difería poco de aquella soñada tiempo atrás por los criollos liberales. El sepulcro blanqueado del Porfiriato recibía los últimos toques al tiempo que sus contradicciones se

[65] Francisco Bulnes, *El porvenir de las naciones latinoamericanas* (El Pensamiento Vivo de América, México, s. f.) pp. 9-42, 137-138 y 253. Publicado originalmente en 1899.

[66] Gómez Quiñones, *op. cit.*, p. 132.

acentuaban. Ése era el aire que respiraba la nueva generación. Un aire enrarecido en el que, a pesar de los pesares y movida por la ineluctable difusión de la mezcla racial y por el pragmatismo positivista imperante, la *intelligentsia* mexicana se abría paso entre prejuicios raciales para aceptar la realidad étnica del país y sacarle el mayor provecho posible. Si la coexistencia de razas "antagónicas" había provocado la inestabilidad del periodo preporfírico, el mestizo, en su calidad de elemento unificador y patriota, era el único capaz de sacar a México del sendero de las inveteradas luchas intestinas. Al menos así interpretaba las enseñanzas de sus maestros uno de los jóvenes que con más fruición seguía el devenir del pensamiento mestizófilo. Un flamante escritor que comenzaba a destacarse por sus ideas progresistas. Alguien que, al paso de los años, habría de darle a la mestizofilia una extensión y profundidad nunca vistas, elevándola al rango de una auténtica teoría globalizadora. Su nombre era Andrés Molina Enríquez.

II. ANDRÉS MOLINA ENRÍQUEZ O LA MITIFICACIÓN DEL MESTIZO

II.1. VIDA Y OBRA: GÉNESIS DE UNA OBSESIÓN

a) *Nota biográfica*[1]

EN EL ocaso del primer tercio del siglo XIX, en algún lugar de la agreste región otomí en el corazón de México, se empezó a gestar el destino de un hombre que habría de nacer tres décadas después. El casamiento entre un criollo y una india significó en esa ocasión mucho más que una simple reincidencia —atípica, a juzgar por su legitimidad— del ya para entonces secular fenómeno del mestizaje. Significó el entrelazamiento de la sangre que tanto habría de pesar en la conciencia de uno de los nietos de ese matrimonio; uno que transformaría sus genes en obsesión y trocaría su herencia en compromiso.

Ésa es la historia, si se ha de dar crédito al nieto en cuestión. Los abuelos fueron el señor Enríquez, propietario de un servicio de diligencias en Jilotepec, de origen aragonés y quizá sefardita, y la señora De la Cabrera, descrita como otomí "de pura sangre".[2] Ambos engendraron a Francisca, quien a su vez casó con Anastasio, hijo del capitán de guarnición de Veracruz de ascendencia antillana llamado Agapito Molina. La secuela de este enlace es digna de mención: don Juan Ignacio Enríquez y su señora se oponían al casorio de su hija Francisca con Anastasio, para entonces abogado jalapeño que de secretario de un ministro de la Suprema Corte se había convertido en notario público de Jilotepec. La razón era tal vez la juventud de la muchacha, quien se hallaba recluida en el Colegio de las Niñas, y el hecho de que para su pretendiente —14 años mayor que ella— aquéllas serían sus segundas nupcias. Así pues, Francisca tuvo que escapar del Colegio para provocar, contra la voluntad de sus padres, su matrimonio con Anastasio. Como suele

[1] Los datos incluidos en esta sección —con excepción de aquellos cuya procedencia se hace explícita en notas a pie de página— han sido obtenidos de las siguientes fuentes: Álvaro Molina Enríquez, prólogo a la *Antología de Andrés Molina Enríquez* (Ed. Oasis, México, 1969); Renato Molina E., "Conciencia de México: Andrés Molina Enríquez", en *Boletín bibliográfico* (SHCP, México, 15 de agosto de 1955); "Historiador indiano", *Pensamiento y obra de Andrés Molina Enríquez* (SEP, México, 1969).

[2] Véase Andrés Molina Enríquez, *La guerra del Pacífico* (SEP-TGN, México, 1937), p. 5. La pretensión de Molina de que su abuela materna era "india de pura sangre" es difícil de comprobar debido a que en los registros bautismales de esa época (1835) en Jilotepec sólo se especificaba el origen indígena del niño bautizado cuando ambos padres lo eran. En todo caso, resulta poco creíble que un criollo acomodado como Juan Ignacio Enríquez se haya casado en ese tiempo con una india, por lo que la hipótesis de que la señora De la Cabrera era mestiza ofrecería una explicación más satisfactoria.

suceder, la pareja se salió con la suya y de su unión nacieron los Molina Enríquez: Everardo, Agustín, Cristina, Elodia y aquel cuya existencia marcaron indeleblemente los mismos abuelos que de algún modo trataron de impedirla.

Andrés Eligio de la Luz pusieron por legítimo y singular nombre a este niño, nacido a las 11 de la noche del 30 de noviembre de 1868 en la tierra de su linaje materno.[3] Su lugar de nacimiento no es anecdótico: población rural de la zona norte del estado de México, Jilotepec fue también determinante en la vida de Andrés Molina Enríquez. El escenario de este su pueblo natal, otrora importante centro ceremonial de toltecas y otomíes, tuvo efectivamente mucho que ver con la imagen del México indio-mestizo que se grabó muy pronto en la mente del niño Andrés. Con 8 255 habitantes en 1867, en su mayoría campesinos indígenas, Jilotepec y sus alrededores fueron durante el Porfiriato un lugar idóneo para palpar las injusticias cometidas por los terratenientes criollos.[4] Y si bien los mismísimos Enríquez se hallaban del otro lado del mostrador gracias a su hacienda de Doxichó, la tradición liberal-progresista del resto de sus antepasados, entre los que se encontraban un gobernador juarista, un guerrillero republicano y, más cercanamente, un director del Instituto de Toluca[5], hacían a Andrés Eligio inmune a la mentalidad latifundista. Su infancia y adolescencia, además, transcurrieron en el seno de una familia de clase media, que pese a provenir de estirpe ilustre se vio en la necesidad de obtener una beca para que él pudiese estudiar.[6]

Ciertamente no fue este Andrés Eligio de la Luz en modo alguno ajeno al medio urbano, y se equivoca quien afirma que aprendió la "lengua indígena" antes que el español[7] —los testimonios indican que ni en su madurez llegó a dominar idiomas autóctonos—, pero es evidente que eso no inhibió su sensibilidad para captar objetivamente la iniquidad del campo mexicano y el sufrimiento de los indios. La casa de la Rinconada de San Fernando en la que vivió en la ciudad de México, descrita por un observador como "mitad ranchera y mitad citadina"[8], fue en más de un sentido representativa del espíritu del hombre encrucijada que pronto llegaría a ser Andrés Molina Enríquez.

[3] Acta de nacimiento núm. 329, Jilotepec, Edo. de México; registrada el 10 de diciembre de 1868. Su fe de bautismo, que lo acredita como hijo legítimo, quedó asentada en el libro 60, partida 552 de la Parroquia de Jilotepec el 1º de diciembre de 1868, siendo su padrino Enrique Molina.

[4] Sobre Jilotepec, véase Antonio Huitrón H., *Jilotepec* (H. Ayuntamiento de Jilotepec de Molina Enríquez, Edo. de México, 1987). Cabe mencionar como dato peculiar que existe la creencia, que Molina compartía, de que la Malinche está enterrada en Jilotepec.

[5] María del Carmen Reyes, "Detalles sobre la vida y obra de Andrés Molina Enríquez", en el *Boletín del Archivo General del Estado de México* (Toluca, núm. 9, sept.-oct. 1981), p. 60.

[6] Véase la "Certificación del Jefe Político del Distrito de Jilotepec, de fecha 2 de junio de 1882 [...] de que el niño Andrés Molina pertenece a una familia pobre de este lugar a la cual no le es posible sufragar los gastos de la colegiatura".

[7] Rafael Heliodoro Valle, "Andrés Molina Enríquez", en (varios autores) *Andrés Molina Enríquez* (Colección Testimonios del Edo. de México, Toluca, 1979), p. 35

[8] Ricardo Cortés Tamayo, "Un sencillo recordatorio de don Andrés Molina Enríquez", en (varios autores) *Andrés Molina Enríquez, op. cit.*, pp. 104-105.

Haya sido por méritos propios o por influencias políticas de su padre[9], el hecho es que Andrés fue becario del Ayuntamiento de Jilotepec para estudiar en el célebre Instituto Científico y Literario de Toluca. Si las imágenes de su abuela materna y de su tierra natal pueden considerarse los dos primeros, su paso por el Instituto debe juzgarse como el tercer hito que habría de dejar huella en su futura producción intelectual. Allí, en esa trinchera contra el conservadurismo que fundara Lorenzo de Zavala, por cuyas aulas pasaran liberales de la talla de Altamirano y *el* "Nigromante" a cuya instancia se fundó el sistema de becas del que se benefició Molina—[10], abrevó el jilotepequense en los veneros del positivismo, se recibió de abogado (1901)[11] e impartió sus primeras cátedras jurídicas. Allí, en suma, recibió su bautizo de fuego como miembro conspicuo de la gran tradición liberal mexicana a la que él habría de dar un nuevo giro. Además, durante su estancia en el Instituto en la última década del siglo contrajo matrimonio con doña Eloísa Rodea Miranda, oriunda de Jilotepec, con quien procreó dos hijos: Andrés Augusto Napoleón —nombres que, dicho sea de paso, reflejan las inclinaciones y la personalidad que no tardaría en manifestar el padre— y José Dolores Renato.[12]

Ya titulado, y con la experiencia que había obtenido en su carácter de escribano público en la notaría de su padre, se desempeñó como juez de primera instancia en Tlalnepantla (1902), distrito este último donde probablemente entabló su amistad con Luis Cabrera, tan decisiva en su vida pública. Tanto su judicatura como su escribanía, vale añadir, la cual ejerció además de en Jilotepec (1891), en Toluca (1893), Sultepec (1894), Tenancingo (1898), Otumba y Tenango (1899)[13], contribuyeron seguramente a consolidar su aversión por las desigualdades étnico-sociales.

En esos años —los del cambio de siglo— editó el periódico *La Hormiga*, hizo sus pininos en la prensa[14] y publicó sus primeros opúsculos. Para el primer decenio del XX Andrés Molina Enríquez había aprendido a combinar sus responsabilidades en el gobierno con su actividad como pensador y es-

[9] La discrepancia al respecto puede verse en Antonio Huitrón H., "Lic. Andrés Molina Enríquez: 1868-1940", en *Lecturas* [...] *de cronistas municipales* (ed. especial, Toluca, 1º de agosto de 1986), p. 5, y Raúl Gustavo de Santiago Gómez, "Teórico del nacionalismo mexicano: Andrés Molina Enríquez", 1, en *El Sol del Centro* (Aguascalientes, 23 de marzo de 1986). Este último sostiene que Molina reprobó algunas materias y que por ello su solicitud de beca fue rechazada en 1880 y 1882, pese a los esfuerzos "fraudulentos" de su padre.

[10] Las becas estaban originalmente destinadas a alumnos pobres y de raza indígena. Véase al respecto Ignacio M. Altamirano, "Biografía de Ignacio Ramírez", en Ignacio Ramírez, *Obras, op. cit.*, t. I, p. 31.

[11] Algunas fuentes afirman que Molina estudió parte de su carrera de Derecho en la ciudad de México, donde se relacionó con personas como Jesús Urueta, Jorge Vera Estañol y Francisco Olaguíbel, pero esa etapa de su vida aún no ha sido aclarada suficientemente. Lo cierto es que existe un documento oficial que prueba que el 26 de agosto, el 10 y 14 de septiembre de 1901 aprobó por unanimidad de votos los tres exámenes profesionales correspondientes ante el Tribunal Superior de Justicia del Estado de México.

[12] De sus ulteriores relaciones amorosas se conoce muy poco, pero es sabido que don Andrés tuvo al menos dos hijos más —Víctor y Gabina— con una mujer de nombre Asunción García.

[13] AAME.

[14] Además de articulista fue editorialista de planta por algún tiempo. Vease Luis Cabrera, "Andrés Molina Enríquez", en *Obra completa* (Edición oficial, México, 1972), t. IV, p. 409.

critor, habilidad que habría de demostrar el resto de su vida. Pero si su carrera en el gobierno de su estado marchó pronto sobre las ruedas del régimen del general Villada, su reputación académica no recibió el primer gran impulso sino cuando, gracias al éxito de su primer libro —*La Reforma y Juárez* (1906)—, Genaro García lo invitó a integrarse al Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía como profesor de Etnología (1907) Encontró entonces el más perdurable y entrañable refugio de su vida intelectual: del Museo ya no se alejaría más que por fugaces y generalmente infortunados momentos.[15]

El primero de esos momentos, acaso el menos fugaz y el más infortunado, llegó muy pronto. Acucioso observador del porfirismo, Molina Enríquez se encontraba sensatamente preocupado por la suerte del régimen, y comprendía que el arreglo de una transición política pacífica era impostergable. Así, como muchos otros intelectuales marginados por el grupo científico, decidió dar su apoyo a Bernardo Reyes como eventual sucesor de Díaz, empresa a la que dedicó buena parte de sus esfuerzos y de la que recibió el beneficio de que su obra cumbre, *Los grandes problemas nacionales* (1909), fuera publicada gracias a los auspicios del general.[16] No obstante, cuando el reyismo recibió el golpe de gracia del dictador, Molina optó por ser institucional como su ex candidato y, a diferencia de sus correligionarios, aceptó la postulación de Corral, intentó persuadir a los científicos de la imperiosa necesidad de realizar reformas sociales y rechazó en un principio a Madero e incluso a la Revolución.[17] Mas el levantamiento popular avanzó y el ex reyista pronto se volvió ardiente y sincero revolucionario, tanto que el proyecto político de su amigo Madero le pareció insuficiente o, más bien, inadecuado.[18] Ya entrados en gastos, razonó, la insurrección debe servir para implantar cambios profundos en la estructura agraria y socioeconómica de México. Y con esa idea en mente, y considerando el pacto del autor del Plan de San Luis con Francisco León de la Barra una traición a los verdaderos móviles de la insurgencia

[15] Se cree que en los primeros años del siglo abrió también un despacho de abogados con Cabrera. Por otra parte, acerca de su cátedra en el Museo, vale mencionar que contó con discípulos de la talla de Miguel Othón de Mendizábal. Véase al respecto Horacio Labastida Muñoz, Prólogo a Andrés Molina Enríquez, *La Revolución agraria de México: 1910-1920* (UNAM-M. A. Porrúa, México, 1986), t. I, p. 20.

[16] La filiación reyista de Molina se manifiesta en varios de sus artículos periodísticos. Véase, por ejemplo, Andrés Molina Enríquez, "Lo que significó el reyismo" y "La fórmula de solución momentánea del conflicto político actual", en *México Nuevo* (México, 21 de septiembre y 20 de noviembre de 1909). Sobre el patrocinio de Reyes, véase Molina, *La Revolución agraria*, t. IV, pp. 45-46.

[17] Véase Andrés Molina Enríquez, "Un buen consejo a los reyistas", y "La solución del conflicto revolucionario", en *El Tiempo* (México, 9 de marzo de 1910 y 31 de marzo de 1911). Poco después, Molina aceptó la existencia de cuatro fuerzas políticas que deberían, a su juicio, constituirse en partidos políticos: el "conservador puro", el "conservador progresista", el "renovador evolucionista" y el "renovador radical", los cuales deberían ser presididos por Manuel F. de la Hoz, Rosendo Pineda, Carlos Basave y Madero o Vázquez Gómez, respectivamente. Véase Andrés Molina Enríquez, "Lo que Madero debería pedir", en *El Tiempo* (México, 27 de abril de 1911).

[18] Molina afirma que él inspiró el artículo 3 del Plan de San Luis, que Madero lo visitó en su [illegible] aunque el caudillo no estuvo de acuerdo con las reformas sociales preconizadas

campesina, don Andrés discurrió elaborar y proclamar el Plan de Texcoco (1911).[19]

El proyecto de subversión era tan revolucionario como romántico. Desconocía a los gobiernos federal y estatales, suspendía el orden constitucional, otorgando provisionalmente a su propio autor los poderes legislativo y ejecutivo, y ponía en vigor cinco decretos reveladores del pensamiento moliniano: sobre el fraccionamiento de las grandes propiedades, sobre la libertad de importación y exportación de cereales, sobre la protección y gradual disolución de rancherías, pueblos y tribus, sobre la supresión de los jefes políticos y sobre la regulación del trabajo a salario o jornal. Sin embargo, y pese a la colaboración de Paulino Martínez y a la supuesta adhesión de Zapata al plan[20], éste resultó un sonoro fracaso. *El Imparcial* informó que Molina Enríquez, "muy conocido en los círculos intelectuales y políticos", pretendía "volar con dinamita el cuartel que ocupa el cuerpo de caballería de guarnición en Texcoco", liberar a los presos y dirigirse a las haciendas. Y aunque el sensacionalismo del periódico involucraba inicialmente a "multitud de partidarios" campesinos, la verdad es que nadie secundó la rebelión y Molina fue fácilmente detenido.[21] Más aún, el secretario de Comunicaciones Manuel Bonilla declaró poco después que el Plan de Texcoco produjo "hilaridad" y que su autor —a quien "un alto funcionario" describía en la nota periodística como un "hombre muy singular"— sería examinado por "alienistas". Pero lo peor del caso fue que hasta al licenciado Emilio Vázquez Gómez, para cuyo liderazgo fue en principio diseñado el plan[22], se atribuyeron comentarios en el sentido de que la fallida sublevación había sido "verdaderamente risible" y que el incitador debería pedir perdón por su desvarío.[23] Que el diario de marras —tribuna reaccionaria que en su momento fue bastión del partido científico— dedicara al Plan los más enconados epítetos era comprensible. No así el que don Andrés se hubiese lanzado a una aventura que de antemano le garantizaba la cárcel. La incógnita la inten-

por él, le ofreció una senaduría. Véase Andrés Molina Enríquez, *Dictamen acerca de la legalidad de las fuerzas zapatistas* (9 de agosto de 1923, BCN 5, 6; 423) y *La Revolución agraria*, pp. 143-146 y 169.

[19] El plan fue promulgado el 23 de agosto y, tras su fracaso, Molina fue aprehendido el 12 de septiembre. Véase el tomo I, cuaderno 4, de la *Historia gráfica de la Revolución, 1900-1940* (editada por Agustín Casasola), p. 338.

[20] Varias fuentes sostienen que Zapata estaba enterado del Plan, y una de ellas que lo apoyaba. Véase esta última en A. N. Molina Enríquez (hijo), *El agrarismo de la Revolución: exégesis, crítica y reencauzamiento* (México, 1953), p. 25

[21] Magaña, amigo de Molina, dice que si éste era "conocidísimo como pensador e idealista en los centros culturales, no lo era entre las masas campesinas", por lo que en el Plan de Texcoco "estaba casi solo". Véase Gildardo Magaña, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México* (Ed. Ruta, México, 1951), t. II, p. 50.

[22] Molina, *La Revolucion agraria*, t. V, p. 86. Véase también A.N. Molina Enríquez, *op. cit.*, pp. 43-44.

[23] Véanse las notas y el editorial dedicados a "La revolución" de Molina Enríquez en *El Imparcial* (México, 25, 26, y 30 de agosto de 1911). Cabe mencionar que la relación de Molina con Vázquez Gómez se mantuvo por mucho tiempo, al menos en su carácter de consuegros por partida doble (Napoléon y Renato se casaron con dos hijas de don Emilio). Respecto a la acusación de demencia, Molina cuenta que intentaron meterlo al manicomio. Véa *La Revolución agraria*, t. V, p. 92.

taría despejar él mismo tiempo después: el Plan de Texcoco estaba destinado al fracaso político-militar en aras del éxito ideológico-propagandístico.[24]

Vale aclarar, no obstante, que esa propaganda ideológica no se la dieron únicamente los periodistas. Ésa fue una de las ventajas que sacó a su estancia en la Penitenciaría, donde pudo hacer proselitismo nada menos que con Pancho Villa y con algunos líderes zapatistas.[25] Allí afianzó además sus ideales revolucionarios, sosteniendo la posición de avanzada en su polémica agrarista con Wistano Luis Orozco. Y fue asimismo durante su paso por la prisión, según se desprende de su correspondencia, cuando se convenció de la inevitabilidad del triunfo de la Revolución.[26] Al recobrar su libertad (1912)[27], reanudó su cátedra en el Museo e inició la efímera primera época de *El Reformador* (1913), periódico agrarista que fue patrocinado por Cabrera y los diputados "renovadores" y que más de 20 años después, en su segunda época, se ufanaría de haber sido el único en circular en plena Decena Trágica.[28] Su posición política en ese periódico —dicho sea como una posible explicación de su postrer antihispanismo— le granjeó la animadversión de un grupo de españoles, de quienes sufrió persecución y saqueo.[29]

Tras el golpe de Estado, Molina Enríquez fue comisionado por Huerta para realizar proyectos de ley y aceptó algunos nombramientos en el gobierno, por lo cual se convirtió después en el blanco de la incomprensión de algunos críticos.[30] El huertismo lo embarcó también en una inútil correría electoral. Ya había probado Molina la miel de las campañas políticas: fungió como síndico en Jilotepec (1890), ganó una diputación local por Otumba (1910) y, previa convocatoria para la formación del Partido Renovador Evolucionista, se lanzó como candidato a la gubernatura del Estado de México (1911).[31] Pero en esta

[24] *Ibid.*, t. v, p. 87.

[25] *Ibid.*, t. v, pp. 92-95.

[26] Cartas de Andrés Molina Enríquez a Carlos Basave y del Castillo Negrete, fechadas en la Penitenciaría de México el 20 y 26 de mayo de 1912. En ellas le pide prestados a su amigo 75 pesos para enviar un correo de Zapata a Pascual Orozco, y habla del inminente triunfo de la Revolución.

[27] En un currículum elaborado por el propio Molina un año antes de su muerte, se afirma que su prisión política se inició el 15 de julio de 1911 y terminó el 25 de marzo de 1912 (AAME). Si la primera fecha es —como se vio— poco confiable, la segunda lo es aún menos, tomando en cuenta las cartas que envió a su amigo Basave.

[28] Molina, *La Revolución agraria*, t. v, p. 118.

[29] Alfonso Taracena, "Molina Enríquez, artículo 27", en Antonio Huitrón H. (compilador), *Andrés Molina Enriquez: la propiedad agraria en México* (Gobierno del Estado. de México, Toluca, 1987), p. 248.

[30] Su apoyo a Huerta fue congruente con sus ideas sobre la dictadura mestiza que México necesitaba y nunca estuvo exento de críticas al dictador, especialmente cuando se convenció del conservadurismo del régimen. Véanse Andrés Molina Enríquez, "El Pacto de la Ciudadela y sus consecuencias inmediatas", "El desenlace de la Ciudadela" y "La finalidad del gobierno del Sr. Gral. Huerta", en *El Imparcial* (México, 21 y 24 de junio y 2 de julio de 1913). Más aún, dos décadas después, cuando Huerta fue consensualmente condenado por los historiadores, Molina continuó defendiendo lo que consideraba positivo de él. Véase Molina, *La Revolución agraria*, t. v, pp. 132-142.

[31] AAME. Véan e también la "Convocatoria (para la formación) del Partido Renovador Evolu i ni ta" n *El Tiempo* (México, 20 de mayo de 1911), y "Dos de las Leyes del Pueblo que

ocasión (1913) se fue a lo grande y fue postulado a la vicepresidencia de la República por el Gran Partido Liberal Republicano, que apoyó al ingeniero David de la Fuente en su ingenuo intento de alcanzar la primera magistratura. Por supuesto, ellos no detentaron el monopolio de la ingenuidad: sus contrincantes y compañeros de ilusión fueron gente de la talla de los católicos Federico Gamboa y Eugenio Rascón y los liberales Manuel Calero y Jesús Flores Magón, quienes también pretendieron derrotar a los militares Victoriano Huerta y Aureliano Blanquet.[32] El resultado es de sobra conocido. Pero es interesante hacer notar que el manifiesto de Molina y De la Fuente deja claro que su objetivo es impedir el triunfo de la reacción y que su apoyo a Huerta emana de la coincidencia con éste en la creencia de que sólo un gobierno autoritario podría controlar el "desbordamiento revolucionario" y "hacerlo fecundo".[33]

Con todo, la actuación de Molina Enríquez en el régimen huertista fue secundaria. El periodo del usurpador le sirvió únicamente para consolidar su futuro *modus vivendi*: trabajar en puestos públicos sin descuidar la producción de su obra intelectual. Su trayectoria en el gobierno del Estado de México fue el inicio; mientras preparaba en diversos escritos su tesis en favor del mestizaje, fue sucesivamente oficial auxiliar de la Oficialía Mayor de la Secretaría General de Gobierno (1900), Jefe de la Sección de Fomento IV en esa Secretaría General (1901), oficial mayor de la misma dependencia (1904) y vocal de la Comisión de Límites (1905), e incluso llegó tiempo después a culminar su carrera escalafonaria como secretario general de Gobierno y, posiblemente, encargado del despacho en ausencia del gobernador (1917).[34] En el Tribunal Superior de Justicia de su estado también destacó como magistrado interino (1908) y dos veces magistrado (1918 y 1938). Pero fue en el Poder Ejecutivo Federal donde sus nombramientos burocráticos proliferaron: oficial de la Dirección General de Agricultura (1911), director del Instituto de Industrias Etnográficas (1914), titular de la Dirección Sexta de Legislación y Trabajo (1914), consultor técnico de la Secretaría de Industria y Comercio (1914), jefe interino de la Dirección de Bosques e Industrias de la Secretaría de Fomento (1916), representante de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público (SHCP) ante la Comisión Nacional Agraria (1916), abogado consultor tanto de la Dirección Auxiliar de la Comisión Nacional Agraria (1916) como

expedirá el Sr. Lic. Don Andrés Molina Enríquez, si es electo Gobernador del Estado de México [...]" (México, junio de 1911), BCN, 1-4 83 (Archivo Basave del Castillo Negrete, CESU-UNAM).

32 Sobre estas candidaturas, véase Manuel González Ramírez, *La revolución social de México* (Fondo de Cultura Económica, México, 1960), t. I., pp. 394-395.

33 "Manifiesto que los señores Gral. Ing. David de la Fuente y Lic. Andrés Molina Enríquez, candidatos del Gran Partido Liberal Republicano para la Presidencia y Vicepresidencia de la República, respectivamente, dirigen a sus conciudadanos, exponiendo su programa en demanda de votos en las próximas elecciones" (México, 19 de octubre de 1913), BCN, 2-1, 91. El manifiesto pone ya de relieve las tendencias dictatoriales de Molina y su desdén por la democracia electoral.

34 En el relato de una expedición que hizo en compañía de Carlos Basave y Antonio Cortés al Mineral de Sultepec, Molina afirma "haber dirigido ese Gobierno (del Estado de México) alguna vez". Véase Andrés Molina Enríquez, "Expedición de estudio del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía al antiguo Mineral de Sultepec, Estado de Méxi o", en *Anales del Museo Nacional [...]* (México, 24 de abril d 1930).

de la Dirección de Aguas de la Secretaría de Agricultura y Fomento (1917), de la Caja de Préstamos para Obras de Irrigación y Fomento de la Agricultura de la SHCP (1919) y de la Secretaría de Gobernación (1922), jefe del Departamento de Legislación y Política Hacendaria de la SHCP (1920), representante de la Hacienda Pública Federal en los Juicios Sucesorios (1925), ingeniero de la Dirección de Población Rural, Terrenos Nacionales y Colonización de la Secretaría de Agricultura y Fomento (1934) y economista de la misma dependencia (1935).[35] Los cargos mencionados eran generalmente de corta duración —pocos se extendieron más de un año— y para subsistir Molina Enríquez debía llenar los huecos dando sus clases de Etnología o, en el mejor de los casos, dirigiendo ese Departamenteo en su fiel Museo Nacional. Su paso por el Poder Legislativo fue igualmente fugaz, primero como asesor del Congreso Constituyente en la elaboración del artículo 27 (1916) y después como consultor supernumerario de la Comisión Técnica de Gobernación de la Cámara de Diputados (1925). Tal vez las únicas excepciones longevas sean sus trabajos como compilador de leyes de la Suprema Corte de Justicia, al cual le dedicó prácticamente una década (1920-1929), y como profesor de Historia del Instituto de Preparación del Profesorado de las Escuelas Secundarias, en el que permaneció otros dos lustros (1927-1937).[36]

A pesar de sus penurias burocráticas y de no haber sobresalido en el ámbito de la política nacional, don Andrés era a sus sesenta y tantos años todo un personaje. Los presidentes y los artistas lo respetaban y varios de ellos fueron sus amigos. Obregón le concedió derecho de picaporte y, al igual que Portes Gil, Bassols y Diego Rivera, llegó a asistir a las comidas de Molina en su casa de Balbuena.[37] Calles lo nombró asesor suyo en Gobernación y le dio, como se verá más adelante, un insólito boletín oficial para defender su interpretación personal de la Constitución de 1917 y en particular del artículo 27; además (seguramente con el fin de que minara al Partido Nacional Agrarista) lo hizo presidente de la Confederación Nacional Agraria (1925).[38] Su prestigio intelectual era ya incuestionable, y la época en que sus críticos podían juzgarlo "loco" por su audacia y originalidad había quedado casi en el olvido.[39] Además, su fama de jurista e ideólogo de la Revolución le daba

[35] AAME. Molina fue también agente fiscal de sucesiones en el distrito de Tlalnepantla, representante de Jilotepec ante el Congreso General de Ayuntamientos de la República Mexicana (1920), abogado consultor del Banco de Guanajuato (1918), y profesor de curso especial en la Secretaría de Educación Pública (1929).

[36] *Ibid.*

[37] Entrevista de A.B.B. con el licenciado Álvaro Molina Enríquez, nieto de don Andrés (México, 19 de diciembre de 1986). Véase también Emilio Portes Gil, "Andrés Molina Enríquez", en *Andrés Molina Enríquez, op. cit.*, p. 43.

[38] Antes había abandonado (en pugna con Marte R. Gómez) la Comisión Nacional Agraria, convirtiéndose en 1924, bajo la presidencia de Gildardo Magaña, en primer vicepresidente de la Confederación callista (y su hijo Napoleón primer secretario). Véanse el *poster* de la Confederación Nacional Agraria posponiendo una Convención (México, agosto de 1924), BCN, 3-5, 325, Andrés Molina Enríquez, "El Partido Nacional Agrarista ha hecho al agrarismo más daño que los mismos latifundistas", en *El Demócrata* (México, 26 de mayo de 1925) y Santiago Cómez, *op. cit.*, V, en *El Sol del Centro* (Aguascalientes, 8 de junio de 1986).

[39] Existen testimonios de que con los primeros escritos de Molina corrió la versión de que

un lugar preeminente entre los veteranos del movimiento, que le valía ser consultado por gobernadores.[40] Había ingresado a temprana edad a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (1902) y a la *Alliance Scientifique Universelle* de la *Association Internationale des Hommes de Science* (1908), y por si fuera poco recibía en vida un notable reconocimiento internacional a *Los grandes problemas nacionales*, libro que un profesor norteamericano equiparaba con los de Humboldt y la marquesa Calderón de la Barca como una de las tres obras más importantes escritas sobre México.[41]

Si a la previamente descrita aura de celebridad se aúna el aspecto patriarcal de Molina Enríquez, se obtendrá una imagen fidedigna de su personalidad. Carlos Basave y del Castillo Negrete, quien fue su jefe en la Caja de Préstamos y su amigo de toda la vida, lo describe como un hombre solemne y adusto, "siempre grave y pausado".[42] Y Ricardo Cortés Tamayo, quien pese a ser mucho más joven que Molina lo conoció bien, ofrece toda una fotografía:

> Recordamos bien a Andresito, mediano de cuerpo —a nosotros se nos antojaba muy alto—, robusto, ancho de hombros, de florida y entrecana barba muy peinada y abundante, largas las guías de bigote, cabeza vigorosa, un tanto a la de don Justo [...]. Vestido de colores claros, pocas veces de oscuro; su sombrero de anchas alas, un sombrero algo bohemio y revolucionario de cinta corta y pedradas a los lados, y su grueso bastón muy de la época.[43]

Una figura hierática que coincidía con su carácter circunspecto. Sedentario, nunca salió del país y rara vez se alejó del Valle de México.[44] Su mundo fue el altiplano, de él se nutrió y a él entregó lo mejor de sí mismo. Ésa fue la realidad que plasmó en su obra, la cual culminaría en la segunda y la tercera etapas de *El Reformador*, transformado en foro de los indios y los mestizos mexicanos (1935-1937).

Pero el de los treintas era ya otro Molina Enríquez. Enemigo de los criollos, desafiaba vehementemente a quienes ponían en duda su paternidad del

estaba loco. Véase por ejemplo, Baltasar Sánchez Vega, *"El pensamiento agrario del licenciado Andrés Molina Enríquez"* (tesis de licenciatura en Derecho, UNAM, 1950), p. 27.

[40] AAME. En una carta fechada el 28 de abril de 1931, el gobernador de Nayarit, Luis Castillo Ledón, solicita a Molina su "cooperación intelectual" para solucionar un conflicto fiscal entre el estado y la Federación.

[41] AAME. El profesor era el doctor Priestley, de la Universidad de Berkeley. Cabe añadir que existe la versión de que esa universidad negó a Molina el apoyo económico que solicitó para escribir *La Revolución agraria*, el cual fue finalmente otorgado por el gobierno mexicano. Véase De Santiago Gómez, *op. cit.*

[42] Memorias inéditas de Carlos Basave y del Castillo Negrete, p. 33.

[43] Cortés Tamayo, *op. cit.*, pp. 105-106.

[44] Toda la evidencia apunta en esa dirección. Es probable que sólo una vez haya visitado el norte de México con ocasión de un viaje a Chihuahua en 1915. Véase De Santiago Gómez, *op. cit.* Respecto al sur, tampoco parece haber testimonios de que Molina lo haya conocido; él afirma que el general Cárdenas lo invitó a Yucatán, pero que declinó por motivos de salud. Véase Andrés Molina Enríquez, "La gloriosa cruzada del Mayab", en Molina, Félix F. Palavicini y Enrique González Aparicio, *El Ejido en Yucatán* (ed. México Nuevo, México, 1937), pp. 7-8.

artículo 27[45] y —cardenista converso— se enfrascaba en una polémica de tintes racistas con su amigo Cabrera para defender la política agraria de don Lázaro. Defensor de los indios y detractor de los españoles, recibía, en un peculiar acto de proclamación de la "segunda Independencia de México", el nombramiento de líder de la lucha contra "el pulpo colonial español" para lograr la emancipación económica del país (1933).[46] Era, en síntesis, un Molina que se alejaba definitivamente de su antigua admiración por la cultura hispánica y se acercaba al indigenismo.

Poco tiempo le quedaba de vida. Decía sentirse tranquilo por haber alcanzado a publicar los cinco tomos de su tercer y último libro, *Esbozo de la historia de los primeros diez años de la Revolución Agraria de México —de 1910 a 1920* (1932-1936). Por lo demás, sus servicios como pensador y luchador social habían sido hasta cierto punto reconocidos. Quería sin duda descansar el resto de sus días. Pero la burocracia —ésa a la que tanto sirvió— no halló en él méritos suficientes para otorgarle una jubilación. A punto de cumplir 70 años (1938), en respuesta a un mensaje que dirigió a su admirado Lázaro Cárdenas (y que seguramente nunca llegó a manos del Presidente) solicitando una pensión de 20 pesos diarios similar a la concedida a otros profesores, don Andrés recibió con nueve meses de retraso un oficio (ni siquiera dirigido a él) firmado por un funcionario de cuarta categoría en el que se le informaba con argumentos de la más pura cepa leguleya que su petición no procedía.[47] Más sabio, el gobernador de su tierra natal lo acogió como magistrado. De este modo, sin mayores aspavientos, volvió a su patria chica para cerrar el ciclo de su existencia. Fue, en palabras de Luis Cabrera, "como si él mismo hubiese querido, deliberadamente, morir en silencio".[48] El 1° de agosto de 1940, en Toluca, don Andrés Molina Enríquez se durmió para nunca más despertar.

b) *Su pensamiento mestizófilo en formación*

El primer opúsculo de Molina Enríquez se publicó en 1895. Su título es *El evangelio de una nueva reforma*, y a partir de él se inicia la génesis de su pensamiento mestizófilo. Propone la supresión de la herencia al identificarla

[45] Sobre sus alegatos en este sentido con Pastor Rouaix y José N. Macías, pueden verse sus comentarios en *El Universal* (México, 18 de abril de 1921 y 23 de septiembre de 1937). Cotejándolos es posible vislumbrar el cambio de actitud de Molina.

[46] Véase al respecto *El Reformador*, segunda época (México, 15 de julio de 1935), p. 3; la fecha del acto fue, significativamente, el 16 de septiembre. Por otro lado, cabe añadir que su admiración por Cárdenas fue muy grande y se manifestó desde que éste era candidato presidencial. Véanse Molina, "La gloriosa cruzada del Mayab", p. 31, donde don Andrés compara a don Lázaro con Hárun Al-Raschid, y el prólogo de Molina a F. Palomo Valencia, *Los ejidos de Yucatán y el henequén* (Librería de Pedro Robredo, México, 1934), p. 1, del que se desprende su temprana adhesión al General.

[47] La petición fue hecha en un "mensaje ordinario" (telegrama) fechado el 3 de febrero de 1938; el oficio fue dirigido al general Jenaro Amezcua, secretario general de la Unión Revolucionaria de Agraristas del Sur, por Víctor Rendón, subdirector de Crédito de la SHCP, el 19 de noviembre de 1938. AAME.

[48] Luis Cabrera, *op. cit.*, p. 409.

como "la causa de la injusta desigualdad que existe entre la condición de los capitalistas y la de los trabajadores", y muestra ante todo los ímpetus juveniles de un Molina idealista y soñador, seguro de que su doctrina "cambiará el rumbo de los destinos humanos" y de que la transformación por ella implicada será "la más grandiosa y benéfica, después de la llevada a cabo por el cristianismo". Mesiánico, el joven autor afirma sentirse "capaz de soportar todo el dolor humano y de morir en la cruz como Cristo, para hacer bien a la humanidad".[49] Pero lo más importante del folleto es que contiene ya, en ciernes, varias de las constantes de la obra moliniana: su positivismo, no exento de heteróclitos ribetes de una mística cristiana muy a lo Tolstoi; su anhelo de justicia social, que no obstante su tendencia a acentuarse rechaza la tentación marxista; su afán de reforma agraria, medio de reivindicaciones cuya relevancia lo disfraza de fin; y, desde luego, su mestizofilia, impregnada de una obsesión por la homogeneidad racial.

En el Molina positivista se vislumbran, a la vez, signos de avance ideológico y de indigestión doctrinal. Si bien prueba haber montado ya, sobre el andamiaje comtiano propio de la primera época del porfirismo, una elemental plataforma darwinista y spenceriana que le permite hablar de "selección" y de "evolución" —evidentemente la eliminación de la herencia tiene como propósito permitir que la lucha por la supervivencia se dé en un plano de igualdad—, también demuestra que es capaz de derribar el pedestal mismo de su propia argumentación evolucionista al afirmar que "la humanidad no está ahora menos mal que cuando vino Jesucristo a redimirla". En el Molina justiciero se aprecian tanto su indignación ante una sociedad que obliga a los desheredados "a apurar los sufrimientos de una lucha que de antemano están condenados a perder" y que les provoca "justísimos odios" contra los ricos, como su desprecio por las "estúpidas ideas socialistas y comunistas".[50] El Molina agrarista, por su parte, considera benéfico el hecho de que con su propuesta "la propiedad territorial se dividiría extremadamente". Y el Molina fundamental, el que desarrollaría sus demás ideas en torno a su mestizofilia, no oculta su deseo de sustituir el principio convencional de nacionalidad por "el principio de las nacionalidades etnográficas", y se aventura incluso a imaginar un futuro en el que "la humanidad entera forme un solo cuerpo".[51] Tras de todos ellos está ya, agazapado, el Molina profeta. El que avizora el "cercano cataclismo" que surgirá de la miseria del pueblo.[52]

La postura de Molina Enríquez frente a la cuestión internacional es aquí de primordial importancia. Catorce años antes de publicar *Los grandes problemas nacionales*, en el primer esbozo importante de su pensamiento, sienta ya la piedra angular de lo que sería su concepción mestizófila: el inescindible

[49] Andrés Molina Enríquez, *El evangelio de una nueva reforma* (Toluca, 1895), pp. 1-5, 16-17 y 41. La tesis de Molina es que el capital surge como resultado del instinto de conservación del individuo, quien lo forma con la ayuda de la sociedad; al morir aquél, ésta debe recibir ese capital a través del Estado, el cual a cambio de ello no debe imponer contribuciones a sus ciudadanos mientras vivan.

[50] *Ibid.*, pp. 1, 15-16 y 23.

[51] *Ibid.*, pp. 34-35.

[52] *Ibid.*, p. 21.

maridaje entre raza y nacionalidad. Su idea de la nacionalidad etnográfica —es decir, de la imposibilidad de constituir una nación multirracial— es el preludio de su futura tesis en pro del mestizaje. Y si bien dicha tesis aparece aquí relegada tácitamente por una tendencia al segregacionismo racial, pronto cristalizará en la obra de Molina como la única opción realista para México. Su sueño de un mundo sin fronteras es, de hecho, una precoz extrapolación de lo que pronto será su credo: la fusión de razas.

En 1898, un año después de publicar un folleto sobre don Porfirio en el que analiza la política del régimen y su posición frente a la doctrina Monroe[53], Molina Enríquez emprendió en Sultepec la breve edición de *La Hormiga*. El pequeño periódico, que presumía de ser el más barato del país (dos números sueltos por un centavo), tenía una sección minera (a veces en inglés), avisos de misas y ceremonias religiosas, un santoral, una sección de "correrías por los mercados" (con críticas al alto precio de las cebollas) y noticias que iban desde alguna riña callejera hasta la fuga de una señorita del pueblo con su novio. Mas a Molina, su "director y responsable", la publicación servía como tribuna para polemizar. En ella sostiene contra su amigo Francisco M. de Olaguíbel y en favor de Victoriano Salado Álvarez —quien había refutado la afirmación de Amado Nervo en el sentido de que la literatura no es hija del medio— que "el poeta es una harpa que la sociedad hace vibrar". O fustiga a los diarios "de la República" por menospreciar *La Hormiga*, argumentando que "no ha escrito una línea que no tenga interés local, patriótico y científico" y que "guardadas las proporciones (su periódico) vale más que todos sin excepción alguna".[54] Lo más relevante para la trayectoria del pensamiento de Molina, sin embargo, es que en sus páginas refrenda su compromiso social —"La mayor honradez se encuentra en la clase trabajadora que goza el mediano bienestar, que por cierto no es la más instruida"—, se rebela contra la xenofilia —habla con indignación de la impunidad con que un alemán injurió públicamente a los mexicanos— y, sobre todo, divide a la historia nacional en tres periodos —desintegración, transición e integración, que se inician respectivamente con la Primera República, el Plan de Ayutla y el de Tuxtepec— y argumenta que por "sus antecedentes de medio, de raza y de momento" el México independiente necesitaba

> una organización militar que procurara la agregación forzosa como preliminar de la voluntaria de todas las unidades sociales divididas por profundas diferencias de raza, dominando un medio físico naturalmente opuesto a esa agregación.

Esta unificación, agrega, se empezó en el segundo periodo y se afianzó en el tercero, y sólo resta que el general Díaz la consolide y se extienda a las demás "naciones hispanoamericanas" a fin de lograr un "equilibrio americano semejante al europeo".[55]

[53] *Notas sobre la política del señor General Díaz* (Sultepec, 1897).
[54] Véase *La Hormiga* (Sultepec, 11 y 14 de enero de 1898, t. I, núms. 7 y 10).
[55] *La Hormiga* (Sultepec, 4, 16 y 22 de enero de 1898, t. I., núms 2, 12 y 17).

Poco tiempo después, en 1900, Molina despliega toda su creatividad intelectual. En un fascinante ensayo publicado por el Instituto de Toluca —ya para entonces llamado Instituto "Porfirio Díaz"— separa la historia de la humanidad en cuatro etapas, marcadas por la preponderancia de un medio de expresión: la etapa de la pintura, que va de los egipcios a los griegos; la de la escultura, de los griegos a la Edad Media; la de la arquitectura, en la Edad Media; y la del libro, que surge con la burguesía en el Renacimiento para acabar con la teocracia y el feudalismo. Pero se avecina un nuevo cambio: "el trabajo va a matar al capital: los trabajadores van a matar a la burguesía: el fonógrafo va a matar a la imprenta", la cual tiene en sí los gérmenes de su descomposición. "Como los burgueses, los jornaleros llegarán a dominar el mundo" cuando gracias al fonógrafo —que les permitirá educarse sin aprender a leer— se difunda el "ideal unificador" de suprimir la herencia, obstáculo a la selección natural y por ende fuente de degeneración. El "nuevo Napoléon" que logre erradicar la herencia —quien seguramente saldrá de Estados Unidos— dominará al mundo. Cuando llegue la era del fonógrafo, la propiedad estará "mejor repartida que ahora", la ley natural de la oferta y la demanda triunfará, la gente se amará más y la música alcanzará su apogeo.[56]

Lo interesante de este ensayo es la revelación de las primeras influencias intelectuales de su autor. En alarde de ecleticismo, Molina Enríquez realiza un amasijo de Spencer, Marx y Smith, rematado por Tolstoi y Víctor Hugo, a quienes junto con Castelar considera los últimos grandes exponentes del reinado del libro. El escrito sugiere, antes que nada, que Molina conoció por esas fechas la teoría marxista, aunque quizá de fuentes secundarias. Pero también demuestra que únicamente tomó de ella una suerte de determinismo justiciero, sin renunciar en modo alguno a la propiedad privada y a las leyes del mercado. Sin duda su rudimentaria creencia en la lucha de clases fue siempre superada por su convicción de la lucha de razas, cosa que él mismo se encargaría de dejar en claro.

En un discurso pronunciado apenas un mes más tarde[57], en efecto, habla de la pugna racial como motor de la historia y, por vez primera, alude concretamente al enfrentamiento de grupos étnicos en México. Y a pesar de que por el momento el cartel lo forman nada más indios y criollos, con los mestizos implícitamente solapados tras de éstos, ambos grupos toman ya partido en la disquisición moliniana: los primeros como conservadores y los segundos como liberales. No obstante, a estas alturas Molina se muestra conciliador; defiende a los conservadores con el argumento de que en esa época no existía noción de patriotismo y hace hincapié en la hermandad de todos los mexicanos. No ha reprimido aún, por lo demás, su vena romántica, la que se manifiesta impetuosamente en algunas de sus intervenciones.[58] Pero de

[56] Andrés Molina Enríquez, "Esto matará a aquello", en el *Boletín del Instituto Científico y Literario "Porfirio Díaz"* (Toluca, 5 de marzo y 5 de abril de 1900, t. III, núms. 1 y 2), pp. 1-5 y 19-23, respectivamente; Molina tomó el título de su ensayo de Víctor Hugo.

[57] Andrés Molina Enríquez, "Discurso pronunciado el 5 de mayo de 1900", en *La Gaceta del Gobierno* (Toluca, 9 de mayo de 1900).

[58] Véase, por ejemplo, el "Discurso ante la tumba del poeta José Bustillos", en *La Gaceta del Gobierno* (Toluca, 20 de junio de 1901). Aquí cita, significativamente, a Miller.

todos modos Molina recibe el siglo XX con dos de los rasgos claves de su obra futura esencialmente definidos: su progresismo social y su concepción etnológica del devenir histórico.[59]

En 1902 Molina Enríquez da otro paso. Tras de haber reiterado en previa alocución su fe en "esa providencia inmensa y bienhechora como llama Spencer a la selección",[60] expone en su discurso de ingreso a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística su preocupación por "las diferencias de raza profundas como abismos" que existen en el país. Para entonces es evidente que el arrojado estudiante del Instituto de Toluca ha dado paso al abogado cuya experiencia profesional e intelectual se manifiesta en una mayor madurez. En el discurso reitera las ideas vertidas en *La Hormiga*, pero les da mayor claridad y coherencia. Así, apunta que al romperse con la Independencia el orden y la cohesión coloniales, la anarquía se adueñó de México. Afortunadamente, sin embargo,

> el desorden de estos tiempos hizo nacer la cuestión de razas que dividió a la población en dos partidos, cada uno de los cuales se organizó en defensa de sus intereses, lo que, por una parte, significaba un principio de integración, y por otra, un principio de lucha [...]. Al aparecer los dos partidos, la lucha era entre criollos e indígenas, mejor dicho, entre sangre indígena y sangre criolla: los de ésta en su carácter de producto étnico híbrido, como habían roto con una de las razas de que derivaban su existencia, rompían con la otra, es decir con la indígena, atacándola en su religión, mezcla de fanatismo y de idolatría, y en sus añejos intereses comunales: a los indígenas, por identidad de circunstancias, se unían los restos de los elementos virreinales, el clero y los privilegiados. El primero de esos partidos era el liberal, y el otro el religioso conservador. De su lucha resultó el triunfo del partido liberal, y a consecuencia de ese triunfo se formó en el país un poder superior a todas la voluntades. La integración, pues, había avanzado: el poder llegaba por fin a ser capaz de dominar las diferencias de raza.[61]

Con todo, el triunfo no era todavía definitivo. La raza vencida invocó la intervención francesa, y no fue sino hasta la derrota de ésta cuando "la patria quedó definitivamente constituida para lo porvenir". México entró así, con su problema político resuelto, al Porfiriato, que constituye el "periodo inte-

[59] Podría decirse que también la obsesión homogeneizante, otro de sus rasgos claves, empieza a tomar forma en los albores del siglo. Su rechazo al federalismo, al que con Fray Servando acusa de haber sido una imitación extralógica que fragmentó el todo mexicano, apunta en cierto modo en esa dirección. Véase al respecto Andrés Molina Enríquez, "Cuáles deben ser las bases de la legislación particular del Estado. Principios fundamentales de todo trabajo legislativo local", en el *Boletín del Instituto Científico y Literario "Porfirio Díaz"* (Toluca, diciembre de 1901, t. IV, núm. 10), pp. 289-292.

[60] Andrés Molina Enríquez, "Discurso pronunciado [...] en la solemne inauguración de las clases del Instituto Científico y Literario del Estado", en el *Boletín del Instituto Científico y Literario "Porfirio Díaz"* (Toluca, enero de 1901, t. III, núm. 11), p. 215. Esta revelación, como se verá más adelante, reviste una gran trascendencia.

[61] Andrés Molina Enríquez, *La cuestión del día: la agricultura nacional* (Imprenta La española, México, 1902), pp. 5-7.

gral" de la consolidación nacional. Resta, empero, solucionar una parte del problema económico —la cuestión agraria— lo cual ha menester de medidas de carácter técnico.[62]

Hasta este momento, Molina Enríquez no habla aún de la necesidad del mestizaje. Su análisis etnográfico de la historia parece conformarse con la existencia de un poder político concentrado, autoritario y dominador —otra de sus constantes—, capaz de controlar las fricciones entre los grupos raciales. No es aventurado colegir, además, que el hecho de asociar a los indígenas con los conservadores y el no distinguir entre mestizos y criollos son síntomas inequívocos de que Molina se siente a esas alturas más ligado a éstos. Ello hace comprensible que, pese a su compasión por el indígena, respete al criollo y no tome una posición drástica contra su feudo. Sin embargo, de su balbuceante concepción racial de la historia a la tesis del mestizaje sólo media un paso.

Ese paso y muchos más los da en 1906. Con motivo del centenario del natalicio de Benito Juárez se celebró en México un certamen en el que Molina participó con una obra cuyo título original fue *La Reforma y Juárez*, por la cual resultó premiado junto con Porfirio Parra y Ricardo García Granados.[63] En la obra, que es publicada por primera vez en ese mismo año y que constituye su primer libro propiamente dicho, Juárez y la Reforma son los pretextos para exponer toda una interpretación del acaecer histórico del país. De acuerdo con ella, "una vez que la Conquista puso en contacto íntimo a la raza española y a la raza indígena, no era posible que con ellas se formara una verdadera nacionalidad, sino a virtud de su cruzamiento". Y fue la férrea dominación española la que logró iniciar lo que parecía imposible: la fusión de dos razas antagónicas separadas por un abismo evolutivo. En todo caso, ésa era la mejor opción; ni los españoles solos hubieran podido desarrollarse en un medio ajeno, ni los indígenas hubiesen sido capaces de crear una civilización tan avanzada como la europea sin el concurso de los conquistadores. Si acaso, lo ideal hubiera sido que la conquista se retrasase algunos años, los suficientes para dar tiempo a que los aztecas unificaran en una raza y una cultura homogéneas los distintos grupos indígenas; de esta manera, la síntesis étnica y concomitantemente el surgimiento de una nueva nacionalidad se habrían facilitado.[64]

Para Molina Enríquez, sin embargo, dadas las circunstancias reales la actuación de los españoles fue muy sabia. Por un lado, reconocieron que la educación no puede sustituir a la evolución y actuaron en consecuencia, y por

[62] *Ibid.* p. 437. Cabe añadir que para Molina la otra mitad del problema económico se había solucionado con el arreglo de la deuda y con las reformas fiscales de la Reforma, por lo que dedica buena parte de su discurso a varias proposiciones concretas para resolver el problema agrícola en dos rubros: aguas y comunicaciones.

[63] El concurso fue convocado por la Comisión Nacional del Centenario del Natalicio de Juárez, integrada entre otras personalidades por Gabriel Mancera, Victoriano Salado Álvarez y Pablo Macedo, y se dividió en tres temas: biografía de Juárez, estudio sociológico de la Reforma y composición poética a Juárez; Molina recibió *accesit* en el segundo tema. Véase el prólogo a Porfirio Parra, *Sociología de la Reforma* (Empresas Editoriales, México, 1967), p. 7.

[64] Andrés Molina Enríquez, *Juárez y la Reforma* (Libro-Mex ditores, M xi , 1 61), pp. 47-72.

otro, dieron a los indígenas el marco legal adecuado, creando leyes ejemplares.[65] Molina Enríquez sostiene además que, a no ser por el mestizo Morelos, sólo un príncipe español hubiera podido organizar un gobierno ordenado y estable en el México independiente. Pero como nada de eso sucedió, surgió la anarquía de la etapa de "desintegración", en la que los criollos —herederos de la primacía española— lucharon entre sí desde sus dos trincheras: el clero y el gobierno. Posteriormente, en 1854, Juan Álvarez derrocó con el Plan de Ayutla a Santa Anna —encumbrado gracias al desgaste de los criollos— iniciando la etapa de "transición" en la que los mestizos se adueñaron del poder, en alianza con una facción de los criollos, para combatir el bastión de la otra facción criolla: la Iglesia. Y finalmente, en 1876, el general Díaz emprendió con su Plan de Tuxtepec la consolidación de los triunfos mestizos de la Reforma y la República, dando forma a la etapa "integral", la que perpetúa "el periodo de la nacionalidad".[66] En alegórica síntesis:

> El polluelo una vez formado necesita, para nacer y convertirse en ave, dejar el huevo que lo encierra. El elemento étnico llamado a hacer la nacionalidad mexicana, había sido formado por el cruzamiento del elemento étnico español y del elemento étnico indígena, y era el elemento mestizo. Éste, antes de surgir, tenía que romper los obstáculos que lo envolvían. La independencia quebró el cascarón. El periodo de la desintegración eliminó los fragmentos de él que estorbaban el nacimiento de la nacionalidad.[67]

No cabe duda, pues, de que el Plan de Ayutla es el verdadero parteaguas de la historia de México, el "punto de partida de nuestra nacionalidad".[68] Con él llegaron al poder los mestizos, gracias a la mayor energía que les proporcionaba la preponderancia de su sangre indígena, suspendida en pleno ascenso evolutivo por la decadente sangre española. Porque si por un lado los mestizos padecen de la desventura de los híbridos, al heredar "las locuras de Don Quijote sin el buen sentido de Sancho", por otro están destinados a desprenderse de sus razas de origen, a eliminar los defectos heredados y a mantener sus ventajas sobre indígenas y criollos. Esas ventajas son evidentes:

> Como los mestizos estaban unidos a la raza indígena por la sangre; como llevaban consigo una gran suma de energía; como no tenían tradiciones monárquicas; como no tenían tradiciones religiosas; como no tenían tradiciones aristocráticas; y como al preponderar dentro del país mejoraban de condición, podían decir con justicia que

[65] Véase Andrés Molina Enríquez, *Breves instrucciones de administración a los alcaldes o jueces auxiliares dependientes de los Ayuntamientos del Estado de México* (Casa Editorial La Idea del Siglo, México, 1903), p. 32. Cabe señalar que desde esta obra Molina adopta el orden jurídico colonial como punto de referencia, al emplear por primera vez el argumento de que la Independencia transmitió la potestad del rey de España a la nación mexicana.

[66] Molina, *Juárez*, pp. 73-97.

[67] *Ibid.*, p. 74.

[68] *Ibid.*, pp. 2 -24.

eran los verdaderos patriotas, los verdaderos fundadores de la nacionalidad, libre de toda dependencia civil, religiosa y tradicional.[69]

Ahora bien, si los mestizos gozaban de tales ventajas, ¿por qué tuvieron que aliarse a los criollos anticlericales en el periodo de transición? Molina no pierde mucho tiempo en la respuesta: porque por su inexperiencia los mestizos carecían aún de dotes de gobierno, y necesitaban "la ciencia administrativa de los criollos" que encabezó Comonfort. No obstante, la alianza en cuestión se deterioró seriamente cuando el poderoso Congreso Constituyente —que carecía de contrapeso étnico por ser de abrumadora mayoría mestiza— dio a la Constitución de 1857 un giro demasiado radical para el carácter moderado de los aliados criollos.[70] A esto se aunó el gran error que Miguel Lerdo de Tejada cometió al no distinguir en las leyes de desamortización entre la propiedad de las comunidades y la propiedad comunal, afectando junto con la Iglesia a los indígenas, a quienes se les fragmentó su tierra en parcelas individuales tan pequeñas que sólo vendiéndolas les podían ser productivas. De este modo, los criollos desertaron de la alianza y los indígenas perjudicados apoyaron a sus congéneres que se habían refugiado desde la Independencia en el bajo clero.[71]

En medio de tal aislamiento estalló la Guerra de los Tres Años. Con todo en su contra, los mestizos hubieran sido fácilmente derrotados de no ser por Juárez, quien enmendó el yerro de Lerdo de Tejada con las leyes de nacionalización, limitando su efecto a los bienes de la Iglesia y atrayendo el apoyo necesario para la victoria. La inquebrantable voluntad de Juárez llegó así, con las limitadas pero eficaces acciones militares de Degollado, al triunfo definitivo de Calpulalpan, mediante el cual se afianzó la nacionalidad mexicana en lo interior. Únicamente restaba demostrarla al mundo, lo que finalmente se logró derrotando al imperio de Maximiliano.[72]

Como se ve, la tesis mestizófila de Molina Enríquez está a punto de madurar. De hecho, sus avances con respecto a su obra precedente son muchos, y sus ideas esenciales están ya trazadas. Ya afirma, en este su primer libro, que el autoritarismo no es suficiente para ordenar la heterogénea sociedad mexicana, y que sólo erradicando las diferencias de raza se podrá constituir una nación viable. Por otro lado, además de definirse sin ambages como mestizo y de pretender desvincularse de indígenas y criollos[73], identifica sus fuentes primordiales de inspiración, desde Spencer y Gumplowicz, hasta Pimentel, Riva Palacio y Sierra. Habla ya de la "zona de los cereales" como centro geográfico estratégico y, en su proyección de mayor alcance, anticipa que "el mestizo se sentía llamado a ser, más o menos tarde, el dueño de América".[74]

[69] *Ibid.*, pp. 114-115.
[70] *Ibid.*, pp. 101-122. Los mestizos, según Molina, pretendían beneficiarse del reparto de los bienes del clero.
[71] *Ibid.*, pp. 123-146.
[72] Molina, *Juárez*, pp. 147-168.
[73] *Ibid.*, p. 123.
[74] *Ibid.*, pp. 31-46 y 113.

Incurre en una contradicción que no podrá nunca sacudirse de reconocer que no existe una separación absoluta entre razas y empeñarse al mismo tiempo en ajustar casuísticamente la realidad a sus rígidos estereotipos raciales. Y si bien en la tesis moliniana todavía no se define con claridad la cuestión agraria, el problema de la tenencia de la tierra ya está enfocado a través del prisma histórico de la lucha racial, y sólo resta correlacionarlo expresamente con los grupos étnicos.

No toma más de unos meses a Molina hacer esa relación. En la exposición de su proyecto de ley de aguas determina que la cuestión de raza, en el problema de la agricultura nacional, se resolvería al

> borrar las diferencias que existen, como último resto de las anteriores diferencias de raza que dividían la población nacional, entre las grandes propiedades rurales, las haciendas, las pequeñas de origen semejante al de las haciendas o provenientes del fraccionamiento de ellas, y las propiedades de origen comunal [...].[75]

Más claro ni el agua: los modos de propiedad de la tierra son reductos de los grupos raciales. Ahora está completo el bagaje ideológico de su mestizofilia, y sólo le hace falta profundizar, perfeccionar y desarrollar sus conceptos fundamentales en la obra totalizadora que habría de ser *Los grandes problemas nacionales*, que por entonces —anuncia— empieza a escribir y a publicar parcialmente en los folletines del diario *El Tiempo*.[76] Acaso sea el presentimiento de su célebre libro lo que lo hace sentir que ha realizado "el modelo de arcilla que deberá servir, para que un maestro vacíe en bronce la obra definitiva de la historia contemporánea nacional".[77] Y si la obra que vendría difícilmente habría de ser la definitiva, el maestro destinado a vaciarla era ya, sin discusión alguna, Andrés Molina Enríquez.

c) *Consolidación de su tesis promestizaje*

La efervescencia política y social en México era intensa. Corría el año de 1908 y de la publicación del libro *La Reforma y Juárez* a la fecha varios presagios de tormenta electrizaban el ambiente previo a la séptima reelección del general Díaz. Los aislados pero incisivos embates periodísticos de Ricardo Flores Magón y los "regeneracionistas", las sangrientas huelgas de Cananea y Río Blanco, el recrudecimiento de la pugna entre científicos y reyistas, la aglutinación del talento joven marginado por el régimen en núcleos intelectuales de oposición y la insólita entrevista Díaz-Creelman, todo había puesto en tela de duda la invulnerabilidad de la tan inveterada como mítica paz porfiriana. Mientras tanto, desde su trinchera del Museo Nacional, Molina

[75] Andrés Molina Enríquez, *Proyecto de Ley de Aguas Federales para los Estados Unidos Mexicanos* (Tip. Particular de la Sociedad Agrícola Mexicana, México, 1906), p. 24.

[76] *Ibid.*, p. 31. Tiempo después, en 1909, Molina volvería a publicar fragmentos de *Los grandes problemas nacionales* en el periódico *El Partido Democrático*.

[77] Molina, *Juárez*, pp. 169-170.

Enríquez rondaba el reyismo y acicalaba su obra cumbre, en la que habría de plasmar de una vez por todas su pensamiento mestizófilo.

Al fin, en abril de 1909, el autor firmó el prólogo de *Los grandes problemas nacionales*. El libro no podía ser más minucioso.[78] Para abrir boca, se establecen en él las bases de su análisis en un "apunte científico". Según Molina, el ser humano precisa del oxígeno y del carbono para vivir, puesto que de la combustión de ellos en su organismo emana la fuerza vital. Pero mientras que el primer elemento se encuentra en el aire, el segundo sólo existe en cantidad y división adecuadas en los cereales. De ahí que —como demostró Reclus— la producción agrícola determine la existencia de las sociedades y que la "zona fundamental" de la que depende cualquier civilización sea la de los cereales. En el caso de México, dicha zona comprende principalmente la mesa central de la altiplanicie interior. Esta región es la única capaz de producir cereales de alta calidad en cantidad superior al consumo de sus habitantes, lo que ha propiciado que sea la más poblada y poderosa del país. Ello tuvo una influencia tal en la vida de los indígenas, que las innumerables y disímiles tribus que llegaron a México del Norte adquirieron un mayor o menor grado evolutivo en la medida que controlaron la zona de los cereales.

La evolución, no obstante, fue relativa. Para medirla le basta a Molina analizar los derechos de propiedad, que constituyen un indicador muy aproximado del estado de desarrollo de una sociedad. Así, en una escala que va de la ausencia de toda noción de derecho territorial que ostentan las sociedades nómadas, a los derechos de propiedad privada que rigen a las sociedades más modernas, los indígenas mexicanos más avanzados, aquellos que poseían comunalmente la zona fundamental de los cereales, apenas superaban el punto intermedio en el momento en que fueron conquistados por uno de los pueblos más desarrollados del mundo. Siendo, pues, abismal la superioridad de la evolución española sobre la desintegración indígena, resulta lógico que haya sido el periodo colonial —y no el prehispánico— el que inició la integración del conglomerado humano en cuestión. En ello la tenencia de la tierra fue determinante. El gran instinto jurídico español, inferior sólo al romano, ideó y obtuvo la bula *Noverint Universi*, por medio de la cual legitimó la Conquista y dio a la Corona la propiedad de los nuevos territorios. De ahí se derivaron varios instrumentos legales para repartir la propiedad, generándose una nueva estructura social: los conquistadores y misioneros y sus sucesores institucionales acapararon la gran propiedad rural, a la que en vez de hacer producir sostuvieron como símbolo aristocrático con sus ingresos mineros y eclesiásticos; los inmigrantes, generalmente provenientes de la clase baja de España, se volvieron agricultores en pequeñas propiedades o rancherías; los mestizos, producto del cruzamiento que solía hacerse en el campo entre españoles e indias, permanecían en las rancherías cuando eran aceptados por el padre o se refugiaban en el bajo clero cuando eran rechazados; y los aborígenes, a pesar de ser relegados a las

[78] Los párrafos que siguen se limitan a proporcionar una síntesis de *Los grandes problemas nacionales*, evitando al máximo comentarios o juicios que no sean los del mismo Molina Enríquez.

peores tierras, recibieron el reconocimiento de su posesión comunal. En efecto: "todas las cuestiones sociológicas en que consisten los grandes problemas de nuestro progreso, toman su punto de partida en la época colonial, que fue para nosotros el periodo de formación."[79]

A todo esto, Molina considera necesario hacer otro de sus apuntes científicos para definir su concepto de raza. La influencia de las fuerzas del medio sobre lo que Haeckel denomina en su *Historia de la Creación* "fuerza formatriz interna" produce en el ser humano los grupos raciales. Éstos se ensanchan hasta donde las barreras geográficas se lo permiten, pasando entonces del incremento cuantitativo al cualitativo causado por lo que Darwin llama "selección". Una vez perfeccionadas, las razas tienden a expandirse más allá de sus límites naturales y a chocar con otras, de lo que se deriva el exterminio o la mezcla. De modo que existen de una parte Estados como el Imperio alemán, en donde prepondera la identidad de origen y la reincorporación de una raza, y de otros estados como la Gran Bretaña, en los que predominan los intereses que convergen en la fusión de distintas razas. En todo caso, por raza se entiende "un conjunto de hombres que por haber vivido largo tiempo en condiciones iguales de medio, han llegado a adquirir cierta uniformidad de organización señalada por cierta uniformidad de tipo".[80]

Una vez legitimado el mestizaje étnico, Molina emprende la exposición del proceso de ajustes étnico-sociales en México. De acuerdo con ésta, con el tiempo se suscitó una leve movilidad en la estructura social del Virreinato. Por un lado, los criollos y los inmigrantes que se hicieron rancheros tuvieron acceso limitado a la gran propiedad; por otro, el resto de los rancheros peninsulares, debido a la creciente mezcla racial en el campo, fueron transformándose paulatinamente en mestizos. La independencia de México consumó el desfasamiento de la estratificación novohispana. Con la expulsión de los españoles, los criollos monopolizaron el primer escalón, dividiéndose en "criollos señores" —aquellos que se apoderaron de las minas y de las tierras liberadas por la repatriación— y "criollos clero" —aquellos que reemplazaron en la Iglesia a los expulsados—; los primeros separados a su vez en "conservadores" y "políticos o moderados", mejoraron su posición económica y se convirtieron en gobernantes, y los segundos, compuestos por religiosos y por auxiliares laicos, formaron el partido reaccionario y pasaron de la clase eclesiástica media a la privilegiada. Por su parte, los mestizos se adueñaron de la propiedad agrícola y abandonaron el bajo clero para aprovechar las mejores opciones que se les abrieron como empleados, profesionales y "revolucionarios". Y los indígenas, para su fortuna, llenaron en el clero el vacío dejado por los mestizos o se volvieron soldados o permanecieron como propietarios comunales y jornaleros. A los grupos mencionados se añadieron, finalmente, los "criollos nuevos o liberales", producto de la inmigración europea no hispánica cuyo origen les dio orientación liberal.

Esos grupos raciales constituyeron el motor de la historia de México, la

[79] Andrés Molina Enríquez, *Los grandes problemas nacionales* (Era, México, 1981), pp. 73-99.
[80] *Ibid.*, pp. 102-104.

que Molina explica siguiendo las líneas trazadas en su estudio sobre la Reforma. Pero el mayor detalle conceptual que ya ha logrado le permite ahora precisar algunos puntos. Entre otros, el de que la alianza entre los criollos políticos y los mestizos para combatir a la Iglesia se basó en una coincidencia coyuntural de intereses: aquéllos, más regalistas que católicos, pretendían imponer su hegemonía mermando la riqueza del clero, la que quedaría en poder de éstos. El enlace entre ambos fue Comonfort, cuya posición intermedia de criollo nuevo le permitió atraer a los dos bandos. No obstante, el catolicismo y el carácter de los criollos moderados —representados por Lerdo— les hizo disfrazar su ataque al clero y beneficiarse con las tierras expropiadas a los criollos liberales, lo que perjudicó a los indígenas propietarios comunales y a los mestizos. La Iglesia aprovechó el descontento de los afectados y ayudada por los indígenas, soldados y clero y bajo la batuta de los criollos clero —tanto eclesiásticos como reaccionarios— contraatacó al gobierno al grado de ahuyentar a los criollos conservadores de la lucha y lograr la neutralidad de los criollos nuevos o liberales. Entonces Juárez, confundido con los mestizos, se hizo cargo del movimiento, pidió en la irreflexión de su apuro el apoyo de los Estados Unidos y encomendó al "inmensamente genial" Degollado la acción militar. Éste tuvo dos intervenciones decisivas; por un lado, comprendiendo como nadie que sólo es poderoso quien controla la zona de los cereales, impidió con su constante acecho que los reaccionarios consolidaran su dominio en la capital; por otro, viendo que los mestizos se apoderaban de los bienes del clero, instó a Juárez a que expidiera las leyes de nacionalización.

Todo lo anterior, si bien propició la victoria de la Reforma y con ello el primer gobierno formal de los mestizos como clase de intereses, no impidió la imposición del segundo Imperio. Mas la intervención, como demostró Sierra, estaba destinada al fracaso debido a su incapacidad de comprender el juego de los elementos de raza. Para triunfar hubiese sido necesario unificar a todos los grupos en contra de los mestizos, repudiando las reformas liberales y dañando con ello a sus primigenios beneficiarios, que eran los criollos nuevos, franceses en su mayoría. Ninguna de las dos cosas era aceptable para Francia, que decidió dejar derrumbarse a Maximiliano y a sus únicos aliados, los criollos conservadores, ya divorciados de los criollos reaccionarios. Así, el derrumbe del Imperio demostró al mundo "la firmeza del gobierno de los mestizos".[81]

El proceso histórico anteriomente descrito, que comprende los periodos de desintegración y de transición, es para Molina de capital importancia. Si la Colonia "tendía con sagaz atingencia a la fusión de todos los grupos",[82] la Independencia, al romper con la rígida estructura virreinal, aumentó el roce de los distintos elementos de raza y con ello se adelantó en el largo camino de su integración. Y es que "el mayor beneficio que debemos a la forma republicana es el de haber hecho la igualdad civil que ha favorecido mucho el con-

[81] Molina Enríquez, *Los grande problema nacionales* (de aquí en adelant citado como *LGPN*).
[82] *Ibid.*, p. 97.

tacto, la mezcla y la confusión de las razas, preparando la formación de una sola". Con todo, existe todavía una clara separación entre ellas que permite emplear, como se ha hecho, la clasificación "seguramente incompleta y defectuosa" pero válida de la relación entre los grupos raciales y las clases sociales.[83] Tal clasificación es, de hecho, la que prevalece en el periodo integral, con una mínima añadidura provocada por dos sucesos del Porfiriato. En el primero, el afianzamiento de los mestizos en el poder disolvió a los revolucionarios en "directores" —funcionarios públicos y jefes militares— y "ejército" —oficiales y rurales—; en el segundo, el desarrollo de los ferrocarriles y la industrialización trajo como consecuencia la inmigración temporal de extranjeros europeos y norteamericanos, y la aparición de obreros superiores e inferiores, reclutados respectivamente de los grupos mestizo e indígena. Tomando en cuenta lo anterior, la acomodación social de las razas es en 1909 como sigue:

- Clases altas o privilegiados
  - extranjeros
    - norteamericanos
    - europeos
  - criollos
    - nuevos
    - señores
      - moderados
      - conservadores
    - clero
  - mestizos
    - directores
    - profesionales
    - empleados
    - ejército
    - obreros superiores
  - indígenas
    - clero inferior
- Clases medias
  - mestizos
    - pequeños propietarios y rancheros
- Clases bajas
  - indígenas
    - soldados
    - obreros inferiores
    - propietarios comunales
    - jornaleros

[83] *Ibid.*, p. 105.

Esta estratificación presenta, según Molina, graves trastornos. Si existieran clases trabajadoras sólidas y clases medias amplias, ellas podrían resistir la opresión de las privilegiadas y "el equipo sería posible". Pero no es ése el caso, porque sólo unas cuantas clases trabajadoras, la mayoría indígenas, "soportan el peso colosal de doce clases superiores o privilegiadas". En consecuencia:

> Por ahora, nuestro cuerpo social es un cuerpo desproporcionado y contrahecho, del tórax hacia arriba es un gigante, del tórax hacia abajo, es un niño. El peso de la parte de arriba es tal, que el cuerpo en conjunto se sostiene difícilmente. Más aún, está en peligro de caer, sus pies se debilitan día por día.[84]

Ésa es precisamente una de las cuentas pendientes del periodo integral: contrarrestar los problemas económicos que dimanan de la construcción defectuosa de la sociedad mexicana. El acaparamiento de la riqueza por parte de una minoría, la iniquidad e ineficiencia de la gran propiedad territorial, la opresión de los agricultores y el estancamiento de la industria por falta de mercado interno son todas consecuencias de la heterogeneidad racial y su resultante socio-económica. Para solucionarlas es menester, pues, equilibrar el cuerpo social mediante la integración étnica y la concomitante justicia social.[85]

Lo expresado hasta ahora implica, de algún modo, la existencia de una caracterología de los grupos raciales. Y en efecto, Molina no duda en establecerla:

> El criollo es en lo general de alta sangre: se apellida Escandón, Iturbe, Cervantes, Landa, Cortina, Cuevas, de la Torre, Rincón, Pimentel, Rul, Terreros, Moncada, Pérez Gálvez, Icaza, etcétera. Es generalmente rubio, de un rubio meridional, o trigueño —"trigueño" según la Academia, es un color entre rubio y moreno— de ojos negros más bien que azules, de continente orgulloso, de aspecto más bien frívolo que serio y de conjunto a la vez delicado y fino. Es generalmente hombre de mundo, cortés, culto y refinado; en sus gustos se muestra elegante, le agradan las condecoraciones y tiene la afición de los honores cortesanos; pinta blasones en sus carruajes y se hace llamar "gente decente".[86]

En cambio, "los rasgos morales característicos de los indios de raza pura, en conjunto, eran y son todavía, su sumisión servil, hipócrita en los incorporados, sincera en los sometidos, y su cristianismo semiidolátrico". Del producto de ambas razas se puede decir lo siguiente:

[84] Molina Enríquez, *LGPN*, pp. 304-305. Molina no da mayores justificaciones a la secuencia de los grupos en la escala social presentada en el cuadro anterior.

[85] *Ibid.*, pp. 305-322.

[86] *Ibid.*, p. 106. Cabe señalar que el criollo aquí descrito es el criollo señor. Para el criollo nuevo, Molina tiene otros apellidos —Barrón, Robert, Dupont, Duret, Lanz, Henkel, Lancaster, Comonfort, y otros adjetivos "laborioso, sobrio, económico, previsor, calculador, 'altamente codicioso', instruido, sociable y prudente"—. Véase *op. cit.*, p. 112.

> El mestizo es plebeyo: se apellida Pérez, Hernández, Flores, etcétera. De color moreno, que en las mujeres se dice color apiñonado, es más moreno que el europeo meridional, aunque menos que el indígena puro, y en las costas es pinto; su cabello es en lo general negro y rebelde, su barba negra y escasa, su cuerpo tosco y robusto, su continente serio y grave, y su conjunto a la vez fuerte y dulce. El mestizo, que siempre ha sido pobre, es vulgar, rudo, desconfiado, inquieto e impetuoso; pero terco, fiel, generoso y sufrido. Nada puede identificarlo mejor que la palabra con que fue bautizado por la "gente decente": "chinaco", derivación de "chinacatl", o sea para no traducir literalmente esta última palabra, "desarrapado". En sus gustos, muestra inclinación a los placeres sensuales: cuando gasta no es elegante como los criollos señores, ni lujoso como los criollos que más adelante llamaremos "criollos nuevos", sino simplemente derrochador.[87]

No obstante ser resultado de la unión entre el criollo y el indígena, el mestizo anhela separarse y sobreponerse a esos grupos, con quienes tiene una aversión mutua. Y es que los mestizos sienten repugnancia tanto por el catolicismo y el "sentimiento de autoridad" de los criollos, como por la idolatría y la "abyección de raza servil" de los indígenas. Por ello, porque luchan con "una mezcla de furor antirreligioso, igualitario, vengador e iconoclasta" por liberarse de sus ataduras, se vuelven "liberales" y aspiran al bienestar que les permita mejorar su raza. Para Molina —huelga decirlo— todo esto es evidente. Como en otros casos, se puede asentar como algo "tan claro, tan cierto y de tan fácil comprobación histórica, que no necesita en este estudio una rigurosa y completa comprobación".[88]

Sin embargo, vale preguntarse: ¿qué ventajas tiene el mestizo para que Molina Enríquez lo considere el elemento llamado a formar la nueva nacionalidad mexicana? La respuesta está en su energía, que "estriba en su naturaleza antropológica y en su fuerza selectiva" y que le viene de herencia indígena, porque el mestizo no es una raza nueva, es la raza indígena, considerada como la totalidad de las razas indígenas de nuestro suelo, modificada por la sangre española". Riva Palacio observa atinadamente que los indígenas tienen un progreso corporal superior al de todas las razas, lo cual demuestra que "son de una antigüedad remotísima y están compuestos de unidades de una poderosísima fuerza racial". Más aún, esa fuerza los hace superar a los blancos, y prueba de ello es que se adaptaron perfectamente a las regiones más inhóspitas en las que sus conquistadores no se atrevieron a entrar; los españoles, en cambio, agotaron su energía en América y decayeron en Europa. Esto tiene un motivo: si bien la raza blanca es superior por su "acción", producto de su más adelantada evolución, la raza indígena es superior por su "resistencia", resultado de su más adelantada selección.

La peculiar distinción se aclara con un apunte científico. En realidad, toda evolución es consecuencia de la selección, pero ésta puede ser individual o colectiva. La primera asegura la supervivencia del individuo más apto dentro de un grupo —como en el caso de la ensimismada China— adaptándola

[87] *Ibid.*, p. 110.
[88] Molina Enríquez, *LGPN*.

a su medio, y la segunda la supervivencia del grupo más apto de entre varios grupos —como en el caso de la beligerante Francia— perfeccionando a sus individuos. Debido a su aislamiento geográfico, los indígenas mexicanos estuvieron en la primera situación, lo que los hizo adaptarse a su ambiente mejor que cualquier otro pueblo americano; así se explica el hecho de que no se distingan por su belleza ni por su cultura, pero también el de que tengan la fuerza para resistir enormes sacrificos físicos. Y esa fuerza pasa sin reservas al mestizo por derivarse del cruzamiento de pocos españoles y criollos con muchas indias y por continuar mezclándose los mestizos con éstas y no con aquéllos, absorbiendo gradualmente al indígena. Por eso y más es el mestizo el que prevalecerá e impondrá la nacionalidad mexicana.[89]

Todo lo anterior implica, según el esquema moliniano, que el mestizo ha estado siempre destinado a detentar el poder. El periodo de transición afianzó su predominio político con la ley fundamental de la nacionalización —redactada "con tan poca voluntad" por el criollo Lerdo de Tejada— pero falló en su intento de equilibrar la sociedad con una clase media de pequeños propietarios porque, además de permitir que los criollos e incluso los mestizos despojaran a los indígenas, no dividió la propiedad de la Iglesia. Si esto último, como quería el mestizo Ocampo, se hubiese realizado, "la paz porfiriana de que con tanto orgullo nos envanecemos sería ya tal vez la paz definitiva."[90] De todos modos, la paz surgió y con ello la figura de quien había de imponerla con su "inspirada, feliz y afortunada política": Porfirio Díaz, el gran mestizo, cuyo éxito estriba en haberse situado por encima de todos los partidos y los grupos raciales, concentrando el poder y ejerciéndolo mediante favores o con mano dura, según "la cantidad de acero que hay en las unidades de cada raza". Así, "profundo conocedor de todos los mestizos", les ha dado los puestos públicos, avalando su corrupción y saciándolos en el presupuesto. A sus amigos revolucionarios los ha llevado al gabinete, al senado o a la diplomacia, donde se codean con los criollos; a los empleados y profesionales los ha convertido en funcionarios y a los agricultores en militares; a los bandoleros los ha transformado en tropas rurales. Infortunadamente, ni el presupuesto ni la industria han podido soportar a todos los mestizos, y existen aún muchos de ellos que perturban la tranquilidad con sus apasionadas protestas en los periódicos "baratos y malos" en los que difunden sus "aspiraciones vagas, desordenadas y confusas". Y aunque el general Díaz, a pesar de todo, ve en ellos "a los suyos, a su raza, a la nacionalidad, al porvenir", también ve que es preciso favorecer a los criollos señores —cuya tribuna es el diario *El Tiempo*.—[91] y a los criollos clero —representados por el diario *El País*—, y castigar a todos los grupos con su perfidia a lo Luis XI y Richelieu cuando es necesario. De este modo, ha garantizado el orden de la política integral, la cual, bien vista, "no es sino la virreinal adaptada a las circunstancias". Y por ello, por integrar exitosamente bajo su gobierno a tantos y disím-

[89] *Ibid.*, pp. 333-354.

[90] Molina Enríquez, *op. cit.*, pp. 118-131.

[91] Vale recordar que en este diario "criollo" publicó Molina extractos de *Los grandes problemas nacionales*.

bolos grupos raciales, ha sido la suya una obra "sin precedente en la historia de la humanidad".[92]

No obstante, amigo de sus amigos, Porfirio Díaz protegió la gran propiedad de los criollos. Ése es el primer gran problema nacional que prevalece. Recorriendo en ferrocarril la zona de los cereales es fácil constatar las enormes extensiones de tierra que cubren —que no aprovechan— las haciendas. Apoyado en Orozco y en Jovellanos, Molina sostiene que la hacienda es una forma de "feudalismo rural" injusta e improductiva que se sostiene por la "vanidad y orgullo" de los terratenientes. En ella el déspota hacendado "manda, grita, pega, castiga, encarcela, viola mujeres y hasta mata", todo impunemente. Con ella se desperdicia la zona fundamental, que de estar ocupada por pequeñas propiedades produciría cereal suficiente para incrementar colosalmente la población. Y como siempre, las víctimas de los incontables males que produce la anacrónica gran propiedad son los indígenas y los mestizos, cuya posición social es la más desventajosa.

Frente a tal situación, pues, no queda más que la alternativa de fraccionar y vender la hacienda, para lo cual Molina propone la formulación de leyes que igualen la propiedad ante el impuesto y que estimulen la división voluntaria o, en última instancia, obliguen a la expropiación y partición forzosas en el momento de la herencia. Y quien juzgue que esto último atenta contra el derecho a la propiedad privada, debe recordar que

> en nuestro país, toda restricción de la propiedad privada que ayude a la formación, a la constitución y la consolidación de nuestra nacionalidad, en tanto no ahogue la propiedad privada, será constitucional y por lo mismo legítima.[93]

Pero para que la fragmentación de la gran propiedad sirva a ese propósito es indispensable que la tierra fragmentada vaya a parar a las manos de los mestizos. Cualquier otro resultado rompería el equilibrio racial logrado por el porfirismo y empeoraría la situación social porque "desalojaría del centro de gravedad de la nación" a quien la sostiene "por su adhesión al suelo, por su sentimiento de independencia y por su energía de acción".[94]

De aquí se deriva el segundo gran problema nacional. A fin de evitar que la clase privilegiada de los extranjeros y los criollos nuevos se apoderen con su dinero de las haciendas arrebatadas a los criollos señores, es imperativo dar a los mestizos el poder adquisitivo del que carecen. De lo contrario, el beneficio de la división de la gran propiedad sería "inmensamente contrapesado por el acrecentamiento de las clases altas, por el alejamiento de éstas con respecto a las bajas, y por la falta de lastre de las clases medias", desencadenando "el pauperismo" que es en la historia "la lepra que nos mata".[95] Luego entonces, es menester implantar el crédito territorial que dé a los mestizos acceso a las tierras en cuestión. A eso dedica Molina su análisis jurídico.

[92] *Ibid.*, pp. 132-147.
[93] Molina Enríquez, *LGPN*, p. 180.
[94] *Ibid.*, pp. 151-199.
[95] *Ibid.*, pp. 178-179.

Sin embargo —es lógico inferir—, de nada sirve la tierra sin el agua. Seguramente por eso y porque ésta no es un recurso seguro y abundante en todo el territorio mexicano, Molina incluye la irrigación en su estudio como el tercer gran problema nacional. Allí desempolva su vieja Ley de aguas para resolver, primordialmente, la cuestión del riego en la zona de los cereales —que por cierto podría llamarse, *stricto sensu*, "zona fundamental de los granos de la alimentación general en nuestro país", porque en ella se cultiva también el frijol.[96] —Así las cosas, con pequeña propiedad, crédito para adquirirla y agua para hacerla producir, el mestizo se adueñaría de la nación.

El cuarto problema nacional es el de la población. Molina Enríquez lo estudia con peculiar detalle, desde la forma en que los mexicanos sostienen la tortilla al comer hasta la manera en que la capacidad consumidora de cada uno de los grupos raciales del país crea una crisis crónica en su industria. Todo ello, aclara, determina a partir del hábitat nacional la distribución y la estructura de la población, que se refleja en el deforme cuerpo social prevaleciente. Pero la solución al problema no es "el absurdo criollo" de la inmigración que, a más de fomentar la injusta discriminación contra los mexicanos en su propia tierra, ha probado ser muy poco viable debido a la inadaptabilidad de otras razas a las difíciles condiciones de México. La población nacional existente tiene todo lo necesario no sólo para desarrollarse, sino también para defenderse y vencer —cuando el mestizaje sea total— en el inevitable choque racial con los vecinos norteamericanos. Y es que la vecina raza del Norte, que debe su prosperidad a que su territorio es propicio para una inmensa producción agrícola, es débil porque se compone únicamente de elementos de muy adelantada evolución, los cuales rechazan la mezcla con razas de avanzada selección. Cuando México produzca una gran población —en 50 años llegará a tener 50 000 000 de habitantes[97]— enviará a Estados Unidos una enorme cantidad de jornaleros que no se confundirán con la mayoría de los norteamericanos. Y cuando la síntesis del mestizaje culmine,

> como indudablemente sucederá, entonces, nuestra población compuesta de unidades superiores a las indígenas que ahora van a Estados Unidos, hará sentir con mayor intensidad en ellos su acción y su poder [...]. Lo porvenir nos guarda muchas sorpresas.[98]

El quinto y último gran problema nacional es el político. Y tan importante es que merece el apunte científico "más saliente de todos", en el que desarrolla varias de las ideas expresadas en los anteriores. Allí Molina pretende demostrar que la patria es una dilatación orgánica de la familia. Esa dilatación, debido a "la unidad de origen, de condiciones de vida, y de actividad", se traduce con el tiempo en la identidad del "tipo físico, las costumbres, la lengua, ciertas condiciones provenientes del estado evolutivo, y los

[96] Véase al respecto *op. cit.*, pp. 200-238 y 239-277.

[97] Molina Enríquez, *LGPN*, p. 356.

[98] *Ibid.*, pp. 352-353. Sobre este punto Molina hace un mayor abundamiento en *op. cit.*, pp. 278-356.

deseos, los propósitos y las tendencias generales", lo que a su vez genera "la unidad del ideal"; luego "la patria, pues, es, en resumen desde el punto de vista sociológico en que la venimos considerando, la unidad del ideal común". De ahí que la homogeneidad sea condición *sine qua non* de la existencia de una patria como tal, y que el encuentro de dos "agregados humanos" distintos no pueda constituir una patria sino hasta que éstos "se confundan en uno solo" que desarrolle su propia cohesión social".[99]

La definición de la patria como "el altar y el hogar" que da Justo Sierra es para Molina Enríquez "demasiado profunda" pero correcta: el altar simboliza el ideal común y el hogar la población y su territorio. En México se tiene un hogar endeble porque la propiedad comunal indígena no tiene las raíces firmes en la tierra como la propiedad individual, y la gran propiedad individual criolla los pierde por "la dilatación de los derechos que la forman". Pero lo más grave es que se carece por completo de altar, porque no hay unidad de origen, ni de religión, de tipo, de costumbres, de lengua o de desarrollo evolutivo, ni de deseos, propósitos y aspiraciones; porque no existe, en consecuencia, el ideal común. Como grupo en sí, los indígenas mismos padecen de una absoluta ausencia de unidad, mientras que los criollos tienen comunidad de ideales, pero la patria que sienten como suya no es la mexicana, sino la de sus antepasados. Los mestizos, en cambio, poseen unidad en todos sentidos, lo cual explica que históricamente nunca hayan sido traidores como los criollos sino siempre patriotas. Y para consolidar el hogar basta repartir la tierra de acuerdo con lo hasta ahora prescrito, es decir, imponiendo la pequeña propiedad e igualando las condiciones de vida. "Cuando así todos los habitantes de la República tengan hogar, necesariamente tendrán que defender ese hogar en caso de una guerra extranjera." La creación del altar, empero, presupone la unificación de los factores que forman el ideal, y para facilitarlo es preciso analizarlos uno por uno.[100]

Por principio de cuentas, sigue especulando Molina, la unidad de origen se logrará cuando los miembros "adoptivos" de la "familia" nacional —los criollos— se "disuelvan" y se "confundan" en ella. Ellos, naturalmente, intentarán evitarlo a toda costa, y para eso invocarán la ayuda de algunos "mestizos extraviados" y de los extranjeros, por lo cual la posibilidad de que México se convierta en otra Cuba o en otra Polonia es un grave peligro. A fin de eliminar ese riesgo, los mestizos deben neutralizar el carácter extranjerizante de los criollos —contra el cual ha de esgrimirse *The American Ideal* de Theodore Roosevelt— financiando la reforma agraria con capital extranjero e involucrando así poderosos intereses que los apoyen en sus esfuerzos por forjar la nacionalidad mexicana. En segundo lugar, en cuanto a la unidad de religión, sus bases están dadas y sólo hace falta fortalecerlas. Todos los grupos

[99] *Ibid.*, pp. 359-370. Cabe mencionar que, según Molina, el resultado del choque de dos "agregados sociales" depende del "coeficiente de cohesión social" de cada uno de ellos. Si uno o ambos se rompe(n) en la colisión, los fragmentos conservarán la cohesión que tenía su agregado y absorberán o serán absorbidos en función del mayor o menor coeficiente que posean.

[100] *Ibid.*, pp. 375-396.

raciales son, a su manera, católicos, por lo que no hay más que vencer los escrúpulos liberales de los mestizos para alcanzar la uniformidad religiosa. En tercer lugar está la unidad de tipo, la que se dará por añadidura cuando el mestizaje se generalice (aunque no saldrá sobrando convencer a los mestizos de que cuando obtengan su merecido bienestar, "su tipo se hermoseará y se afinará considerablemente"). En cuarto lugar, en lo tocante a la unidad de costumbres, habrá que contrarrestar la nefasta influencia extranjera —sobre todo norteamericana— que pretende sustituir con costumbres ajenas los valores familiares de México, así como su comida, vestido y habitación. Felizmente, como los mestizos valen mucho más que los invasores, no hay duda de que tarde o temprano se impondrán sus "puras y sanas" tradiciones.[101]

Por lo que se refiere al quinto punto —la unidad del lenguaje— basta decir que "nuestra hermosa lengua española" debe enseñarse a todos los indios y debe defenderse de la infiltración extranjera que asimismo padece. La unidad del estado evolutivo, que corresponde al sexto punto de la agenda de Molina, implica adelantar a los indígenas y a los mestizos y retrasar a los criollos. La indeclinable fusión de los grupos tendrá, en principio, la consecuencia infortunada de hacer desaparecer buena parte de la alta cultura, pero la homogeneidad que resultará de la unión acelerará a la postre el progreso. Ésta es la única opción; la creencia criolla en la educación como sustituto de la evolución es, como demuestra Élisée Reclus en *Les Primitifs*, un anacronismo ilusorio. Por último, la unidad de deseos, propósitos y aspiraciones emanará de la formación de un carácter único, que habrá de ser el mestizo. "El carácter criollo vale poco como factor de constitución de la nacionalidad porque no es muy firme", mientras que el carácter de los mestizos, que ya posee lo mejor del indígena, "no puede ser más firme ni más poderoso", como lo demuestra su ascenso al poder.[102] Por eso es imperativo "refundir" en el mestizo los criollos e indígenas restantes y "formar con toda la población, una verdadera nacionalidad, fuerte y poderosa, que tenga una vida y una sola alma".[103]

Para Molina Enríquez, como se ve, todos los factores de unificación que conducen a forjar el ideal común emanarán de la fusión étnica que haga posible que los grupos raciales en México "no sean más que uno solo". Esta fusión, a su vez, como "todo trabajo encaminado en lo futuro al bien del país", derivará de "la continuación de los mestizos como elemento étnico preponderante y como clase política directora de la población". ¿Por qué los mestizos? Porque son los más numerosos, los más fuertes y los más patriotas.[104] Una vez que el hogar y el altar estén así culminados, no habrá ya quien reniegue de lo propio e idolatre lo extraño, supuesto que la "noción del patriotismo" quedará bien clara:

[101] Molina Enríquez, *op. cit.*, pp. 396-409.

[102] Según Molina, "Apenas puede encontrarse un mestizo que no tenga grandes propósitos". *Ibid.*, p. 420.

[103] *Ibid.*, pp. 409-424.

[104] *Ibid.*, pp. 357-359.

> Todos como los hermanos de una familia, libres para el ejercicio de sus facultades de acción; pero unidos por la fraternidad del ideal común, y obligados a virtud de esa misma fraternidad por una parte, a distribuirse equitativamente el goce de la común heredad que los alimenta, y por otra, a tolerarse mutuamente las diferencias a que ese goce dé lugar.

Cuando todos piensen así, "cuando hayan desaparecido todas las diferencias de clase y de condición que ahora contraponen a los elementos componentes de la población nacional", cuando se haya alcanzado un sólido desarrollo con base en el esfuerzo interno para evitar las influencias extranjeras (como aconsejó Spencer y como hizo Japón), cuando, en síntesis, "los mestizos hayan consumado su obra", México será grande. "Entonces sí habrá patria mexicana."[105]

Ahora bien; esa patria debe preservarse y para ello ha de ser capaz de defenderse material y moralmente. A fin de resolver lo primero, Molina diseña finalmente todo un plan militar estratégico; por cuanto a lo segundo, propone mantener el desarrollo, la unidad y la "fuerza de espíritu" del amor a la patria.[106] En política exterior es igualmente preciso: en asuntos "extracontinentales", sostiene, lo más sensato es aceptar la doctrina Monroe y apoyar a Estados Unidos y al resto del continente; en asuntos "intracontinentales", la mejor fórmula es la no intervención. Aquí la situación geopolítica de México tiene la ventaja de ser "moralmente saludable", dado que permite comprender a un país débil como Guatemala mediante la propia relación con un país poderoso como Estados Unidos, y viceversa. La relación vecinal, por consiguiente, ha de ser de "amistad y generosidad" con los hermanos guatemaltecos y de "dignidad y amistad" con los colosos norteamericanos. De éstos, vale añadir, no hay por qué temer una agresión, ya que como toda nación poseen por encima de sus intereses materiales "un alma que está siempre de rodillas ante un ideal de justicia superior". Además, debido a su magnitud, México no significa ni significará una amenaza para su vecino del Norte.[107]

Tal es, en esencia, la compleja tesis mestizófila expuesta en *Los grandes problemas nacionales*. Para Andrés Molina Enríquez, las condiciones para la gran transformación están dadas:

> Tiempo es ya de que formemos una nación propiamente dicha, la nación mexicana, y de que hagamos a esa nación, soberana absoluta de sus destinos, y dueña y señora de su porvenir.[108]

La Revolución no lo dejaría mentir. La suerte estaba echada.

[105] Molina Enríquez, *LGPN*, pp. 424-427.
[106] *Ibid.*, pp. 428-431.
[107] *Ibid.*, pp. 434-448.
[108] *Ibid.*, p. 448.

d) *Su mestizofilia corregida y aumentada*

Los grandes problemas nacionales no fue precisamente un éxito editorial.[109] *La sucesión presidencial* de Madero tuvo indudablemente mayor influencia tanto en círculos intelectuales como en medios políticos. Pero Molina Enríquez se sentía satisfecho porque había logrado contribuir a "abrir el surco" que muy pronto —más de lo que él mismo esperaba— se convertiría en el cauce de una gran corriente renovadora: la Revolución mexicana. Su libro, además, resultó profético en más de un sentido. Por ello, el estallido revolucionario hizo crecer sus expectativas y, cuando creyó que el movimiento terminaba sin haber resuelto los grandes problemas nacionales, su desesperación lo llevó, como ya se dijo, a la insurrección y a la cárcel. Allí recibió de manos de su amigo Carlos Basave un folleto mediante el cual Wistano Luis Orozco, su inspirador y maestro, atacaba el proyecto de reforma agraria moliniano por considerarlo atentatorio contra la propiedad privada. Desde allí, pues, escribió una respuesta a las críticas de Orozco que tituló *Filosofía de mis ideas sobre reformas agrarias*, en la cual reitera tanto su posición "radical" de que "la propiedad existe para las sociedades, no las sociedades para la propiedad", como su móvil integrador. Esto último es, sin duda, lo más revelador del folleto de Molina, quien pese a estar envuelto en una polémica meramente agrarista —en la que, por cierto, declara haber basado sus propuestas en el proyecto para "germanizar" la Prusia polaca— no pierde de vista su objetivo primordial de "hacer la transformación social y económica del país, para crear una nacionalidad orgánica, grande y fuerte, rica y dichosa".[110]

La Revolución pospuso los escritos de Molina Enríquez por varios años. Aunque no abandonó por completo sus actividades periodísticas y académicas, la *praxis* burocrática absorbió mucho de su tiempo. Al fin, en 1920, salió del ostracismo editorial para publicar su *Clasificación de las ciencias fundamentales*, obra que vio la luz gracias a la "protección" del entonces "buen amigo" y "sabio Rector" de la Universidad Nacional de México, José Vasconcelos. En ella Molina refrenda su fe positivista mediante un recuento de las doctrinas de Comte y Spencer y sus clasificaciones científicas, y aporta su propia ordenación y nomenclatura de la ciencias básicas.[111] Por esas mismas fechas

[109] En esto coinciden los testimonios. En su discurso sobre la reconstitución de ejidos en la Cámara de Diputados (3 de diciembre de 1912), Cabrera habla de *Los grandes problemas nacionales* como "un libro que casi nadie ha leído", lo cual don Luis atribuye a que lo consideran "sumamente pesado" y a que no abundan en él citas de autores extranjeros. Existe también la versión de Cuadros Caldas en el sentido de que la obra fue retirada de la circulación por órdenes de Porfirio Díaz. Véanse Cabrera, "Discurso...", en *Obras completas, cit.*, t. I, p. 141, y Julio Cuadros Caldas, *México soviet* (Santiago Loyo Ed., Puebla, 1926), p. 9.

[110] Andrés Molina Enríquez, *Filosofía de mis ideas sobre reformas agrarias. Contestación al folleto del Sr. Lic. D. Wistano Luis Orozco* (firmado en la Penitenciaría de México el 30 de octubre de 1911; folleto impreso en Guadalajara), pp. 5, 10 y 15. "Las grandes transformaciones sociales", sostiene Molina, "no se hacen por la obra de un solo hombre. La principal es, como dice mi inteligente amigo el Sr. D. Carlos Basave, 'abrir el surco' que la corriente misma después, formará el cauce."

[111] Véase Andrés Molina Enríquez, *Clasificación de las ciencias fundamentales* (Antigua Imprenta de Murguía, México, 1920), pp. ss.

escribe también un artículo en el que reitera su rechazo a la inmigración y en el que deja entrever un signo de su próximo viraje, subrayando que "los mestizos no somos en realidad más que indios transformados" y refiriéndose a Cuauhtémoc como héroe y a Cortés como villano.[112] Y dos años después, en el inusitado boletín de la Secretaría de Gobernación que le regala Plutarco Elías Calles, expresa sin cortapisas oficiales sus ideas en un análisis jurídico de la Constitución de 1917. Entre artículos, cartas y entrevistas en los que él es la figura central, declara que la Carta Magna fue acertadamente impuesta por una minoría, y que si los españoles fueron los herederos del gran instinto jurídico romano entonces México, por ser "el pueblo más difícil de gobernar de toda la tierra", al tener en su población representantes de todo el espectro de la evolución humana, ha tenido que ser el heredero de España.[113]

En 1924, en un discurso con motivo del aniversario de la muerte de Zapata, se muestra consciente de una distinción "geoétnica" que, sin embargo, habría de pesar poco en su visión del país: reconoce que el norte de México es predominantemente criollo como el sur es indígena, y que el centro "vive en perpetua lucha de razas", por lo que más que de problemas nacionales cabría hablar de problemas regionales.[114]

Tras otro largo silencio, en 1929 publica un opúsculo en el que manifiesta los pródromos de su futura campaña en contra de la universidad, a la cual califica de institución anacrónica incapaz de sentir las "palpitaciones" del pueblo, y propone la creación de "escuelas de expresión" para la enseñanza primaria del lenguaje. Esta propuesta deja entrever una revaloración en su otrora bajo concepto de la educación a la que ahora parece ver como un buen vehículo para inculcar en los niños la conciencia de las diferencias de raza y de nacionalidad.[115]

No obstante, como puede apreciarse, la relativamente magra producción de Molina Enríquez en las dos décadas que siguen a la publicación de *Los grandes problemas nacionales* no añade prácticamente nada a la tesis mestizófila desarrollada en esa su obra cumbre. Dicha tesis, que con tanta minuciosidad fue presentada en 1909, no sufrió, pues, alteraciones sustanciales sino hasta que la década de los 30 presenció una ostensible polarización del pensamiento moliniano. La nueva versión de su mestizofilia empezó a plasmarse en el primer tomo del tercero y último libro de Molina, *La Revolución agraria*, publicado en el año del Maximato de 1932. He aquí algunas de sus nuevas ideas:

[112] Andrés Molina Enríquez, "El problema de la colonización nacional", en la *Revista de Economía Rural* (México, s. f.), pp. 27-38. Probablemente publicado en 1920.

[113] *Boletín de la Secretaría de Gobernación*, t. I, núm. 4 (Imprenta de la S. G., México, septiembre de 1922), pp. 12 y 83.

[114] Andrés Molina Enríquez, *Aspectos de la cuestión agraria* (Fragmentos del discurso oficial que pronunció en el Teatro Iris en nombre de la Confederación Nacional Agraria; México, 10 de abril de 1924). Aquí afirma Molina que por sus características étnicas los norteños se preocupan por problemas políticos mientras que los sureños lo hacen por problemas agrarios, en aparente alusión a Madero y a Zapata.

[115] Andrés Molina Enríquez, "La reforma urgente de la escuela primaria elemental, y un nuevo tipo de Universidad para los estados", en la revista (*Revista de Ciencias Económicas y Sociales* (México, 1929), pp. 13 y 5-9.

concibe al mundo dividido en dos culturas —oriental y occidental—, las cuales distingue por su escritura —visual y fonética—, y reafirma como causa de las diferencias entre ambos grupos raciales el tipo de selección —individual o colectiva— que hayan experimentado.[116] Argumenta que los indios mexicanos son de origen asiático, que América ha de lograr la fusión de Oriente y Occidente y, en una trascendental recapitulación, dice que no hay una "trayectoria común" ni una meta única de "civilización" para todos los pueblos, si bien insiste en que los españoles estaban "más adelantados" que sus conquistados.[117] Denigra a Cortés y a los conquistadores por aprovechar el carácter pacífico de la mayoría de los naturales para exterminarlos; habla de una indianización de los inmigrantes blancos causada por el ambiente, de la influencia negra y de la formación de las castas y, por último, afirma que el mestizaje resultante del "encuentro de las dos culturas" tiende a ser más indio que español, poniendo como ejemplos —entre los que no escasean las referencias a Jilotepec— el sistema de propiedad, la lengua, las artesanías, la pintura de Diego Rivera, la música de Julián Carrillo y la arquitectura diseñada por españoles pero interpretada y ejecutada a su manera por indios.[118]

En el segundo tomo, editado también en 1932, Molina emprende el análisis de la historia del México independiente apoyándose selectivamente en Pereyra y Bulnes. La Independencia debería celebrarse —y se celebrará cuando culmine el mestizaje— el 6 de noviembre, fecha (en 1813) en que la declaró el mestizo Morelos. Hidalgo, "criollo al fin" (aunque por momentos Molina duda de tal filiación porque no se fía mucho de la autenticidad de los retratos que del cura se hicieron), no quería separarse de España, y por ello y porque tuvo miedo de que las masas indias que formaban su ejército se adueñaran del país no atacó la ciudad de México, con el desenlace conocido. Otra habría sido la historia si la Independencia hubiese sido consumada por los mestizos e indios, apropiándose éstos de los bienes españoles y criollos para obtener "la fuerza económica que necesitaban para nutrir su raza" y formar con ella la nueva nacionalidad. Pero no se hizo caso a Morelos —quien a pesar de no renegar de la religión y el sistema político españoles propuso la redistribución de las tierras para dar el poder a los mestizos y fundir las castas— y el resultado fue el artículo 13 del Plan de Iguala; de este artículo, que prometía respetar a todas las personas y sus propiedades —españoles y criollos incluidos—, se derivan por consiguiente "todas las desgracias nacionales a partir de la Independencia".[119] En la desgracia correspondiente al capítulo más trágico de la historia de México, Molina no quiere detenerse demasiado: justifica la pérdida de la mitad del territorio nacional como inevitable y reitera su admiración por Estados Unidos, a cuya doctrina Monroe deben los mexicanos la protección contra Europa.[120] Por otra parte, se descubren en su

[116] Molina, *La Revolución agraria*, t. I, pp. 11-29
[117] *Ibid.*, pp. 31-60 y 74-75.
[118] *Ibid.*, pp. 61-81, 107-128 y 129-152.
[119] *Ibid.*, pp. 30-35 y 54-59.
[120] Molina Enríquez, *La Revolución* ..., pp. 89-106.

análisis de la Reforma y la Intervención francesa algunos cambios en su clasificación racial de los personajes históricos. Ahora hace alusión al "ejército criollo de Santa Anna", a Comonfort como mestizo y a los constituyentes de 1857 como criollos en su mayoría, explicando esto último el que la Constitución haya sido "individualista por excelencia".[121] Finalmente, rechaza el "matriarcado racial" que España pretende ejercer sobre "las naciones indohispánicas", y compara a los indios con una planta y a los españoles con la yema de un injerto. Con esto concluye que debe ser la planta la que absorba la vida de la yema para formar "las unidades de nueva raza, de nuevo corazón y de nueva cultura" de la nacionalidad mexicana.[122]

En el tercer tomo de la obra, aparecido en 1933, señala Molina (no sin antes citar la teoría del pacto social de Rousseau, a quien llama "filósofo francés a fines del siglo XVIII") que en Oriente el respeto a la libertad individual ha sido tan grande que nunca ha existido la esclavitud, por lo que no puede aplicarse allí un análisis clasista de la historia como en Occidente. Eso explica que los indios mexicanos, de origen oriental y en consecuencia amantes de la libertad, hayan sucumbido en gran número víctimas de los "actos de horrible violencia y de despiadada ferocidad" de los conquistadores, prefiriendo morir a ser esclavos.[123] Y si por un lado acepta que una minoría de aborígenes practicaba los sacrificios humanos y la antropofagia, por otro asevera que en su gran mayoría las prácticas religiosas prehispánicas eran "pacíficas y políticas" comparadas con el catolicismo "combativo, intransigente y feroz" que ejercieron los españoles.[124] Los indios no eran inferiores a los españoles, como por algún tiempo hizo creer una errónea interpretación de la teoría evolucionista que suponía "un camino común de desarrollo que forzosamente tenían que recorrer todos los grupos humanos". La teoría de la evolución es "fundamentalmente aceptada como cierta todavía" pero ya se sabe que no hay *una* trayectoria única hacia el progreso —ni siquiera en el plano económico— y que el "industrialismo" no es una etapa evolutiva superior, de lo cual se desprende que los conquistados tenían un proyecto propio de civilización tan válido como el de los conquistadores.[125] Y por último, con respecto al papel de los grupos raciales en la historia de México, insiste en que los criollos sólo han buscado someter a mestizos e indios, y que "dado lo escaso de su número" y su españolismo no puede el criollaje ser "de la nación lo principal". Porque tras de los criollos, en efecto, han estado siempre los españoles como "difusores de la perturbación"; fueron éstos los que prepararon entre otras cosas la invasión francesa, y a no ser por la protección de Estados Unidos —iniciada por Poinsett — su intromisión habría sido aún mayor.[126]

[121] *Ibid.*, pp. 107, 110 y 117-118. Dice también que los criollos hicieron "Leyes de clase" para su beneficio y en contra de mestizos e indios, como el Juicio de Amparo. Véase *op. cit.*, p. 146.

[122] *Ibid.*, pp. 147 y 154.

[123] *Ibid.*, t. III, pp. 16-24.

[124] *Ibid.*, pp. 64-66. Molina lamenta que no haya surgido en la Independencia una Iglesia nacional.

[125] *Ibid.*, pp. 34-36.

[126] Molina Enríquez, *La Revolución...*, pp. 44-53.

La anunciada historia de la Revolución agraria empieza por fin a aflorar en 1934, al ver la luz el cuarto volumen de la obra de marras. A estas alturas Molina realiza el balance del Porfiriato, cuyo saldo encuentra "favorable, y monumental". Porfirio Díaz encontró "la fórmula definitiva de los Gobiernos Nacionales" —es decir, un dictador "indio-mestizo" que congrega a ambos grupos—, extirpó los cacicazgos e hizo "poca política y mucha administración". Tuvo el acierto de "mantener la preponderancia de los mestizos" mediante atinados fraudes electorales, porque en elecciones libres "la minoría de los criollos hubiera ocupado todos los puestos públicos valiéndose de artimañas legales". La decadencia de Díaz se debió a que la nefanda influencia de los criollos —quienes lograron envolverlo en "la red de los encantos de una nueva Dalila", la criolla Carmelita— y su postrer decrepitud lo hicieron traicionar a los suyos con actos como la legislación de baldíos, el restablecimiento de la Universidad y el nombramiento del hispanófilo Justo Sierra como rector y la eliminación de Cajeme y los indios yaquis.[127] Esa traición desembocó en el exitoso bloqueo que los criollos nuevos, ahora convertidos en el grupo científico, hicieron a las aspiraciones presidenciales del general Bernardo Reyes, el candidato de los mestizos y "el más grande gobernador de estado de todos lo tiempos", y todo ello generó el estallido revolucionario. Los olvidados criollos señores quisieron entonces aprovechar la coyuntura para resurgir en el maderismo, el cual con el apoyo norteamericano provocado por las decisiones de don Porfirio de negarles la concesión de la bahía Magdalena y de proteger al presidente nicaragüense Zelaya, derrocó al dictador.[128] La secuela de la Revolución, empero, la dejaría Molina para el siguiente tomo, que tardaría dos años en publicarse. Por el momento se sentía satisfecho de que lo que llevaba de su obra hubiera podido ayudar a que

> los elementos componentes de nuestra nacionalidad, arrancando de su propia naturaleza la resolución de los problemas interiores de su organización común, puedan formar su nueva raza, henchir su nuevo corazón, y apresurar la cristalización de su propia cultura.[129]

En 1936, ya en pleno auge cardenista, Molina termina de esbozar su nueva cosmovisión en el quinto y último volumen de *La Revolución agraria*. Y para cerrar con broche de oro decide hacer "una sensacional confesión": reconoce explícitamente el error del evolucionismo —paralelo al de Marx— de creer en un camino único al progreso, y eleva la etnología al rango máximo de ciencia superior, muy por encima de la historia.[130] Acto seguido, da su ver-

[127] *Ibid.*, t. IV, pp. 12-24 y 177. Sobre los errores de Díaz y el inicio de la debacle de su régimen, véase *op. cit.*, pp. 63-127.

[128] Sobre el general Reyes, las causas de la animadversión de Estados Unidos y la transición del porfirismo al maderismo, véase *op. cit.*, pp. 45-49, 53-61 y 129-176.

[129] *Ibid.*, pp. 9-10. Es menester, agrega Molina, desechar "el insigne error de que somos un país español" y por ello latino, con el que pretendía arrastrar a México Limantour. Véase *op. cit.*, p. 133.

[130] De hecho, Molina dice haber hecho un "esbozo etnológico" escondido tras el carácter aparentemente histórico de la obra, la que por cierto quiso crear "para modelo universal". Véase *op. cit.*, t. V, pp. -12.

sión del desarrollo de "las dos grandes hegemonías del mundo occidental" —la inglesa y la norteamericana— y del surgimiento del imperialismo económico, citando a Lenin como "autor de mayor excepción" y exclamando que en el sentimiento de los pueblos "la idea de que en toda gran fortuna hay mucho de robo" es imborrable. En este maremágnum internacional —"ya no hay pueblos de soberanía absoluta", apunta— la nave de México ha llegado a su Revolución.[131] El criollo Francisco I. Madero la principió y creyó culminarla con el beneplácito yanqui, pero Pascual Orozco, representando sin saberlo los intereses indio-mestizos, desató un nuevo movimiento que irónicamente terminó en un cuartelazo de los criollos felicistas, inconformes con el rumbo que la reforma agraria empezaba a tomar con el maderismo. Afortunadamente, el golpe de Estado llevó al poder a Victoriano Huerta, indio huichol que nunca se acomplejó ante criollos ni extranjeros y que estuvo a punto de estructurar una dictadura aún mejor que la de Porfirio Díaz, pero que fue derribado por Estados Unidos a causa de su condición racial. El "mestizo triple" Emiliano Zapata enarboló a la sazón la bandera de los indio-mestizos junto con el mestizo Francisco Villa, quien era "un bello tipo de la contextura y la potencialidad de los hombres que van formando la nacionalidad mexicana" y quien pronto se convirtió en "el hombre más grande de la Revolución".[132] No obstante, el ganador fue Venustiano Carranza, reconocido por Woodrow Wilson por ser el único candidato blanco. Y su reforma agraria, pese a haber sido radicalizada por la presión de indios y mestizos, se quedó corta por estar en manos de hombres como Luis Cabrera, talentosos pero criollos al fin y al cabo, y como tales incapaces de sentir con la intensidad indomestiza la aversión al latifundio. Porque los campos estaban definidos: los criollos y los "criollo-mestizos" estaban en el carrancismo, mientras que los indios y los indomestizos engrosaban las filas del villismo y el zapatismo, y si bien es cierto que la influencia mestiza triunfó en el artículo 27 de la Constitución de 1917 al encontrar la síntesis de la propiedad privada occidental y la propiedad patriarcal del Oriente en la preeminencia de la nación sobre el individuo, no lo es menos que

> la Revolución [...] no ha llegado a su fin, porque los indios y los indio-mestizos, paralizados por un incomprensible complejo de inferioridad, no han acertado a liberarse de la aparente superioridad social y de la perversa acción política de los españoles, de los criollos y de los criollo-mestizos.[133]

Así, con un dejo de desilusión, concluye Molina su esbozo sobre la Revolución. Muy pronto, sin embargo, el cardenismo le devolvería la fe en los mestizos.

[131] Molina Enríquez, *La Revolución...*, pp. 13-61.

[132] Sobre el devenir revolucionario desde Madero hasta la Convención de Aguascalientes, véase *op. cit.*, pp. 63-153.

[133] Sobre el periodo carrancista, la Guerra Mundial y la conclusión final, véase *op. cit.*, pp. 155-193. Cabe hacer notar que Molina reconoce a Carranza el mérito de haber llevado una diestra política exterior, campo en el cual lo sitúa a la altura de Juárez.

La Revolución agraria no deja lugar para especulaciones. Tres cambios fundamentales con respecto al primer Molina Enríquez se aprecian a primera vista: el abandono del aparente equilibrio mestizófilo y la adopción de una mestizofilia hispanófoba, cuasiindigenista, la aparición en un primer plano del antes soslayado mestizaje cultural, y el rompimiento con el evolucionismo en favor de una concepción multilineal del progreso humano. Se perciben, además, dos modificaciones menores al esquema original: por un lado, el otrora monolítico grupo de los mestizos es partido en dos —indiomestizos y criollo-mestizos— en razón de la preponderancia de una u otra sangre en el híbrido; por otro, México es cabalmente inscrito en el contexto internacional al considerarse que las acciones extranjeras —elemento secundario en *Los grandes problemas nacionales*— son capaces de influir en el rumbo del país. Desde luego, estas variaciones no son aleatorias. Para desequilibrar la balanza hacia el lado de los indios (aunque bien podría argumentarse que el "equilibrio" anterior favorecía a los criollos) Molina necesitaba atacar la cultura hispánica y, consecuentemente, revalorar la prehispánica, así como desechar la escala de evolución eurocentrista. La división de los mestizos es una sutileza metodológica que sirve al mismo propósito y, para rematar, la inclusión de la variable extranacional permite la reaparición de la perversidad de los españoles en la escena y demuestra la universalidad de la lucha de razas. Con todo, lo esencial de la primigenia tesis mestizófila moliniana permanece. La culminación del mestizaje —ahora en su connotación íntegra— sigue siendo vista como la condición *sine qua non* para el surgimiento de la verdadera nación mexicana y el mestizo —así se le llame ahora indiomestizo— persiste como el único depositario de la mexicanidad.

La nueva tendencia de Molina se ahonda en el resto de su producción de la última década de su vida. En 1935, en su contribución al séptimo Congreso Científico Americano, confiesa no encontrar otro medio de liberar de la presión de la cultura occidental a los indios —que ya no indígenas, vocablo desechado aparentemente por ser de origen criollo— que el de que eleven "su influencia mental" lo necesario "para enfrentarse a la mentalidad blanca", y añade que en "la unificación mental de los indios" está "el nudo central del secreto de su salvación, y el punto de partida de la elaboración definitiva de una nueva cultura" que debe ser la mexicana "y posiblemente la continental". En el mismo documento sostiene que los indios americanos, por ser de origen asiático, piensan con la vista como los chinos y no con el oído como los europeos, y propone en consecuencia reemplazar la escritura indígena fonética con una visual basada en las raíces de los diversos signos figurativos de los grupos indígenas, para cuya elaboración pretende auxiliarse de un profesor japonés.[134] Aquí se refrenda claramente la nueva postura de Molina: el rescate de la cultura prehispánica —que tanto había menospreciado— en detrimento de la española, de la cual ya no acepta ni el nombre oficial de su idioma, que ahora pide llamar simplemente "lengua nacional". Y aún más

[134] Andrés Molina Enríquez, *Una nueva escritura común para los indios* (Talleres Gráficos de la Nación, México, 1935), pp. 9-11.

significativo es el epígrafe de su escrito, en el que reafirma con visos racistas su propia conciencia étnica: "Si no sois indio-mestizo de sangre, no toquéis a los indios; no los comprenderéis, y lo que por ellos pretendáis hacer, más que favorecerlos contribuirá a perjudicarlos."[135]

A mediados de ese mismo año Molina deja ver que el cambio en su valoración de las culturas hispánica e india no está desvinculada de una mutación en su propia autopercepción. En *La guerra del Pacífico*, compilación de la polémica internacionalista que 10 años atrás había sostenido con Rafael Nieto, publica un prólogo firmado en mayo de 1935 en el que define diáfanamente la nueva imagen que de sí mismo se ha forjado. "El indio que hay en mí", declara tras proclamarse otomí de ascendencia, "ha sido educado en la cultura occidental o europea, con todos los prejuicios brutales de esa cultura que ha hecho de la depredación un sistema, y de la violencia una religión." No obstante, por "atavismos infinitesimales", sus sentimientos apuntan a "las equilibradas, tranquilas y refinadas delicadezas de la cultura oriental". No en balde seguía desde joven la trayectoria del Japón, deseoso de que la fuerza de ese país salvara a los pueblos asiáticos de "los bárbaros imperialistas occidentales". Mas esa inclinación no le impide oscilar, como todo mestizo, entre las culturas occidental y oriental, vacilación que ha sido históricamente la fuente principal de "las desgracias nacionales". Por ello propone "una resultante":

> En otros términos, nosotros en lo personal, nuestro país como nación, y nuestro continente total, desde Alaska hasta la Tierra del Fuego, no somos ni debemos ser integrantes de la cultura occidental o europea, ni de la cultura oriental o asiática, sino que debemos formar nuestra cultura propia intermedia, una cultura nueva que deberá ser la cultura continental americana, de la que se elaboren en el Canadá, y en los Estados Unidos las fuerzas económicas y en México y en los países indolatinos que no se declaren españoles, las direcciones culturales.

Y justificando su sempiterno panamericanismo, explica que "no hay labor más funesta" que predicar la unión de América Latina bajo la hegemonía de España, la cual se propone apoyar a Inglaterra en sus designios contra Estados Unidos. Quienes eso pretenden no han comprendido que si los norteamericanos llegan a dominar económicamente a América, México los dominará a ellos por su fuerza cultural.[136]

La preocupación de Molina por la creación de una nueva cultura es tan novedosa como saliente. Pero sería erróneo inferir que su flamante mestizofilia cultural ha mermado su creencia en la primacía de lo étnico. Todo lo contrario. Ya se apreció en *La Revolución agraria* el reforzamiento de su enfoque racial, de lo que se puede deducir sin mayor riesgo que "la nueva cultura" de que habla es el corolario lógico de la constitución de la "nueva raza". De hecho, tal es el razonamiento que pone de manifiesto en su *Tratado*

[135] *Ibid.*, pp. 3-4.

[136] Andrés Molina Enríquez, *La guerra del Pacífico* (SEP-Talleres Gráficos de la Nación, México, 1927), pp. 5-7.

de etnología, obra inconclusa e inédita que probablemente redactó a mediados de los años 30. En ella sostiene —no sin antes rechazar la poligenesia, explicar la génesis racial y aventurar que el verdadero origen del hombre se debió al encuentro de su predecesor con los cereales, que le dieron fuerza para mantenerse erguido— que en una agrupación humana la unidad de raza implica una mentalidad común, la que a su vez genera "lazos de mutua conexión" que llevan a una nacionalidad propia, con sus correspondientes características culturales.[137] Y por si fuera poco, en "La gloriosa cruzada del Mayab", su crítica agrarista a Cabrera publicada en 1937 junto con escritos de Palavicini y González Aparicio, defiende al ejido (como forma de propiedad transitoria y previa a la pequeña propiedad, pero necesaria para destruir la hacienda) basado en que este sistema ha despertado las poderosas energías latentes en la sangre india, que tiende por imperativos atávicos a la tenencia comunal asiática.[138] Queda claro, así, que en el nuevo Molina lo cultural no es excluyente sino complementario y resultante de lo racial.

Finalmente, en lo que habría de ser el último jirón de su producción intelectual, Molina Enríquez revive el 1° de agosto de 1935 su vieja tribuna agrarista *El Reformador*, iniciando con un nuevo giro la "segunda época". Su propósito es tan claro como la tinta con que imprime, en cada número, la composición racial de México y la advertencia de que difunde sólo el punto de vista de los indios y los indio-mestizos, "que actualmente no tienen representación en la prensa del país". La tendencia del periódico, más que indigenista, raya en el racismo y es, por supuesto, furiosamente antihispanista: tilda de falsos a los indigenistas criollos "como nuestro amigo" Manuel Gamio; atribuye al prólogo del "Gran Indio" Altamirano la celebridad de "la mejor novela de todo el mundo y de todos los tiempos"; considera que "lo malo del monopolio del papel de San Rafael, no está tanto en que es un monopolio cuanto en que es español"; reproduce toda clase de ataques a los españoles, como un manifiesto que había prometido respetar la vida e intereses de todos los extranjeros menos los de los nacidos en España.[139] Otra orientación que Molina da al periódico es la de la campaña contra la universidad, institución "medieval" y "elitista" a la que acusa —en obvia alusión a Vasconcelos— de adoptar "un lema en que sentó, para la ideología de la juventud, la reincorporación racial de México a la dependencia española, suprimiendo la existencia de los elementos indios en todo el Continente".[140] En lo internacional, *El Reformador* pasa de un coqueteo con el fascismo a su rechazo por ser ideología extranjera, se mantiene moderadamente pro yanqui y se pronuncia en contra de Inglaterra —a la que califica de "enemigo número uno" mundial— y de su "vasalla" España, considerando que con la

[137] Véase Andrés Molina Enríquez, "Tratado de etnología", en Álvaro Molina Enríquez (prólogo y compilación), *Antología de Andrés Molina Enríquez*, *op cit.*, pp. 56-62.

[138] Molina, "La gloriosa cruzada del Mayab", pp. 14-22.

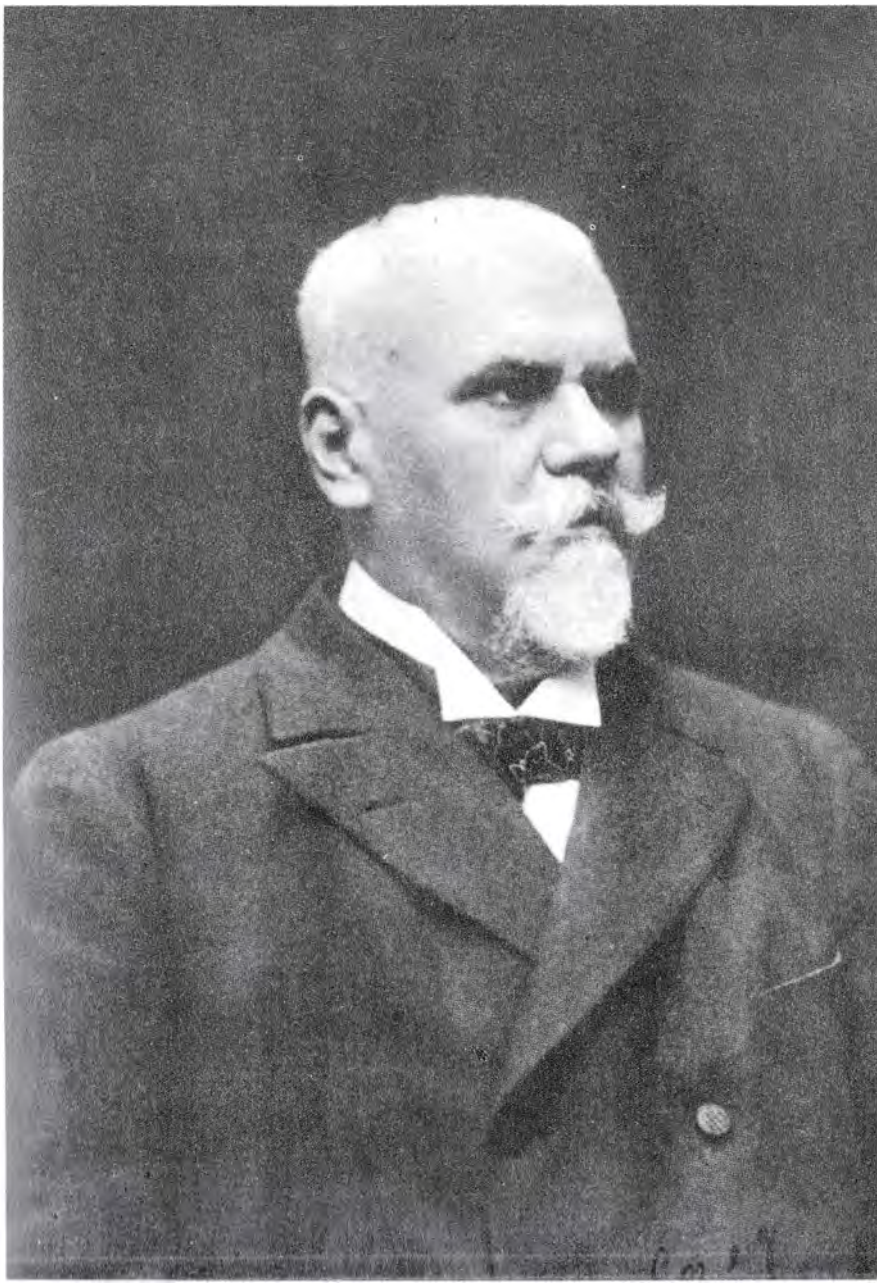
[139] Véanse los artículos y editoriales de *El Reformador* (México, 15 de julio y 15 de agosto de 1935, y 1° de marzo de 1937). La "mejor novela" para Molina es *María*, de Jorge Isaacs.

[140] Andrés Molina Enríquez, "La supresión de la Universidad", en *El Reformador* (México, 15 de agosto de 1935).

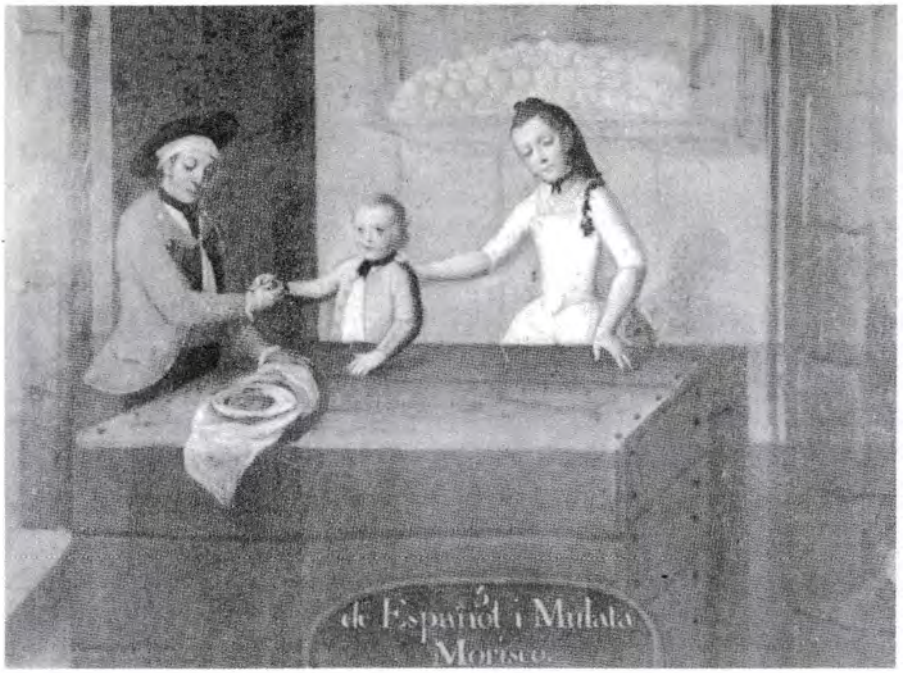
José Vasconcelos

De Varsino y Yndia
Campa mulato

De Yndio y Mestiza
Coyote



Justo Sierra


3
de Español i Mulata
Morisco

6
de Español y Morisca

Vicente Riva Palacio

de Castiza y Española
Español

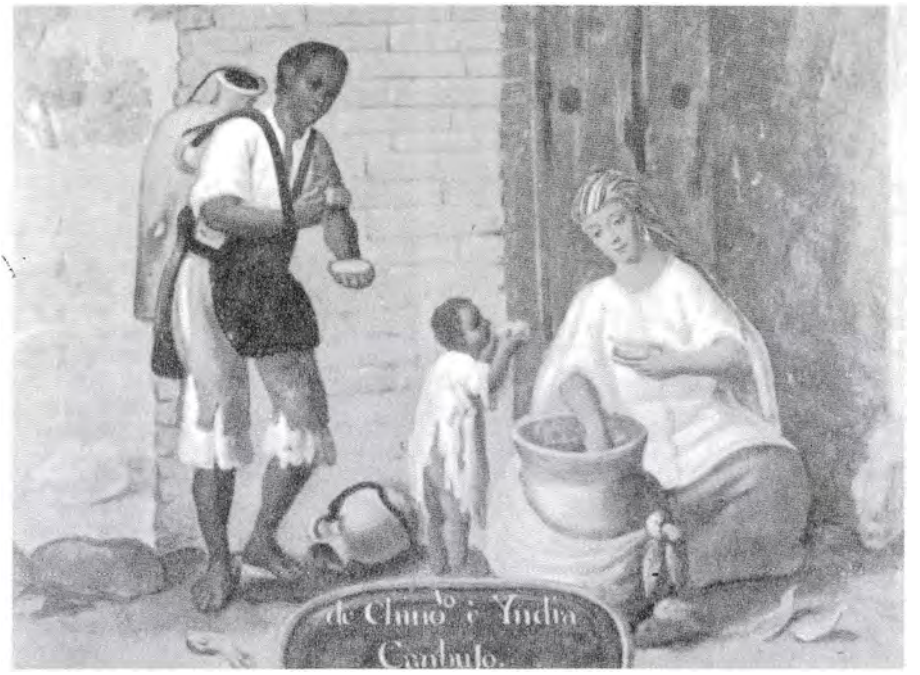
de Español y Negra

Francisco Pimentel

de Español y Alvina
Negro Torna atras

De Lobo y Negra
Chino.

Manuel Gamio


de Chino é Yndia
Cambujo

De Tente en el Aire
y Mulata, Albarrasad

Andrés Molina Enríquez

de Mestiza y Español

desaparición del imperialismo inglés "todos los demás problemas del mundo se resolverán por añadidura".[141]

Pese a su extremismo, Molina conserva en su nueva faceta de editor sus postulados más importantes, marcados con el ahora característico sesgo pro indio. Los epígrafes son más que elocuentes: *"NUEVA RAZA—NUEVO CORAZÓN—NUEVA CULTURA"* (con mayúsculas en el periódico): "A la larga, siempre podrá más el yunque de la sangre india que el martillo de la sangre española"; "la chispa no brota del eslabón que golpea, sino del pedernal que resiste". Por otra parte, su idea de que "la nacionalidad y la patria implican acomunamiento en un ideal por los hijos de un mismo país y cohesión en la defensa de sus propios intereses" es reiterada sin modificación sustancial.[142] Donde sí se percibe un contraste es en su aparente e inusitada tendencia a la segregación racista. Pero ese racismo es primordialmente una reacción contra la inequidad y por lo mismo tiene un propósito equilibrador. Molina Enríquez, que siempre comprendió la importancia de la igualdad social como catalizador de la mezcla racial, subordina ahora su prédica en favor del mestizaje a la redención de los indios por considerar absurda "la unión de españoles y mexicanos, a título racial", en tanto que no se nivele económicamente a "los que nada poseen, los mexicanos" y a "los que todo lo tienen por la perpetuación del despojo de la Conquista". Se trata, pues, de un viraje táctico. Pragmático, Molina decide echar toda la carne al asador de la redistribución de la riqueza en vez de seguir disertando sobre las bondades de la homogeneidad resultante. Más contra lo que *prima facie* pueda interpretarse, lejos de abandonar su tesis mestizófila, la refuerza negando que la inferioridad económica de indios y mestizos sea ingénita[143] y formando, para nivelarlos, la "Organización Nacional de los Indios de la República", cuyas "Bases Generales Constitutivas" consideran indios "exclusivamente a los indios de raza pura y a los indio-mestizos en que aparece de un modo claro, por su tipo físico o por su orientación mental, que en ellos domina la sangre india a la sangre española o a cualquier otra sangre extranjera".[144]

La ilusión redentora duró poco. En 1938, los indios y los indio-mestizos mexicanos se quedaron de nuevo sin representación en la prensa del país. Restaban solamente dos años de vida a Andrés Molina Enríquez, quien regresaba, acaso instintivamente, a morir en su patria chica. Creía poder descansar en paz. Su obra estaba ya completa, lista para guiar a quien se deci-

141 Véanse los artículos y notas de *El Reformador* (México, 15 de octubre de 1935 y 1° de marzo de 1937).

142 Andrés Molina Enríquez, "La mistificación del antiimperialismo con fines políticos", en *El Reformador* (México, 1° de noviembre de 1935).

143 Andrés Molina Enríquez, "Los causantes de la miseria", en *El Reformador* (México, 1° de septiembre de 1935).

144 Lo de la "orientación mental" como compensadora del "tipo físico" indio, como se verá más adelante, lleva autodedicatoria personal; véase la nota al respecto en *El Reformador* (México, 1° de enero de 1936). Cabe agregar, para ilustrar el apasionamiento con que Molina llevó su cruzada racial, que en la "tercera época" del periódico se ufanó de haber logrado que Lázaro Cárdenas declarara que su gobierno representaba "preferentemente a los indios y a los indio-mestizos"; véase *El Reformador* (México, 2 de abril de 1937).

diese a fraguar, de una vez por todas, la patria mestiza que albergara la única y verdadera nacionalidad mexicana.

II.2 Evaluación crítica: un problema de envoltura

a) *Encasillando su inencasillable pensamiento*

La aportación de Andrés Molina Enríquez a los anales ideológicos de la Revolución mexicana ha sido puesta de relieve por algunos autores. Frank Tannenbaum y Guillermo Bonfil Batalla consideraron *Los grandes problemas nacionales* como el estudio más importante y sólido que se ha realizado sobre los problemas sociales de México. Anita Brenner y Luis Chávez Orozco equipararon la trascendencia del mismo a la que *El contrato social* de Rousseau tuvo para la Revolución francesa. Con más tino, Luis Cabrera afirmó que "Molina Enríquez fue, para la Revolución agrarista, lo que don José María Luis Mora fue para la Revolución de la Reforma", y catalogó su libro como "el documento más importante como precursor de la Revolución, tanto en lo social como en lo económico". La obra en cuestión fue también señalada por Juan Comas como la más influyente en la era posrevolucionaria y por Agustín Cue Cánovas como "el estudio sociológico más notable" que se ha escrito en México, e incluso llegó a ser vista como "la biblia de la Revolución". Víctor Alba le dio a Molina el rango de "clarividente" y Arnaldo Córdova lo calificó, junto con Madero, como "el mayor ideólogo de la Revolución mexicana" por ser el creador de "la verdadera teoría política" de ese movimiento.[145] Y por si eso fuera poco, el reconocimiento a los méritos del mexiquense ha trascendi-

[145] Véanse Frank Tannenbaum, *Peace by revolution* (Columbia U. Press, N. Y., 1936), p. 118; Guillermo Bonfil Batalla, "Andrés Molina Enríquez y la Sociedad Indianista Mexicana. El Indigenismo en vísperas de la Revolución", en *Anales del I.N.A.H.* (México, XVIII, 1965), p. 228; Anita Brenner, *The wind that swept Mexico* (U. of Texas Press, Austin, 1971), p. 27; Luis Chávez Orozco, prólogo a *Los grandes problemas nacionales* (Problemas agrícolas e industriales de México, México, 1953), p. 5; Cabrera, "Andrés Molina Enríquez", *op. cit.*, p. 407, y "Veinte años después. El balance de la Revolución", en *Obras completas, cit*, t. III, p. 664; Juan Comas, "Razas, mestizaje y clases sociales en la obra de A. Molina Enríquez-1909", en sobretiro de *Cuadernos americanos* (México, 21 marzo-abril de 1966), p. 153; Agustín Cue Cánovas, prólogo a *Juárez y la Reforma, cit.*, p. 5; Víctor Alba, *Las ideas sociales contemporáneas en México* (Fondo de Cultura Económica, México, 1960), p. 119; Arnaldo Córdova, prólogo a *Los grandes problemas nacionales* (edición de 1981), pp. 23 y 58-59. Existen, además, multitud de artículos en la prensa de la ciudad de México que de un modo u otro exaltan la figura de Molina. Véanse, por ejemplo, Alfonso Favila, "Andrés Molina Enríquez, apóstol", en *El Universal Ilustrado* (9 de marzo de 1933); Humberto Tejera, "Nuestra cultura. Sociología mexicana", en *El Nacional* (3 de septiembre de 1939); Teodoro Hernández, "La muerte de un sociólogo mexicano", en *La Prensa* (9 de agosto de 1940); Enrique González Aparicio, "Don Andrés Molina Enríquez", en *El Nacional* (13 de agosto de 1940); Alfonso Taracena, "Molina Enríquez, artículo 27", en la revista *Hoy* (11 de septiembre de 1943); Lucio Mendieta y Nuñez, "Los antecedentes del artículo 27 constitucional", en *El Universal* (2 de ctubre de 1946); Jesús Romero Flores, "El Lic. Andrés Molina Enríquez, y el estudio de nuestros problemas", en el suplemento de *El Nacional* (13 de marzo de 1949); Salvador Ortiz Vidales, "Don Andrés Molina Enríquez", en *El Nacional* (13 de abril de 1953); Manuel González Ramírez, "Un precursor revolucionario", en *Novedades* (21 de agosto de 1953); Alfonso Francisco Ramírez, "A. Molina

do al ámbito intelectual, al menos en su patria chica: sus restos descansan en la Rotonda de los Hombres Ilustres de Toluca, tiene una estatua en la Cámara de Diputados local y un busto en su pueblo natal, el que hoy lleva por nombre oficial ni más ni menos que "Jilotepec de Molina Enríquez".[146]

Sin embargo, su obra —tan citada como poco leída— apenas se ha estudiado. Más aún, lo poco que sobre ella se ha escrito ha girado principalmente en torno a su carácter de precursor de la reforma agraria, por lo que ha sido llamado "el clásico entre los clásicos del agrarismo",[147] y sólo recientemente se ha apreciado en él una nueva faceta de ideólogo del autoritarismo, campo en el que ha sido situado en la categoría de "genio".[148] Pero como teórico del nacionalismo, es decir, de la mestizofilia como respuesta a la interrogante de la identidad nacional, Molina permanece aún sepultado bajo los escombros del olvido.[149] La cuestión es significativa: simboliza, a un tiempo, el éxito y el fracaso de Molina. Porque es innegable que sus ideas agrarias y presidencialistas trascendieron el ámbito intelectual, cristalizando en normas y hechos concretos, mientras que su tesis mestizófila continúa, en el mejor de los casos, en el éter de los mitos inconclusos. Que ésta se halle virtualmente inexplorada es quizá, a fin de cuentas, un síntoma del pragmatismo que anima por momentos a la historia de las ideas.

Enríquez", en *El Universal* (18 de septiembre de 1956); Andrés Henestrosa, "La nota cultural", en *El Nacional* (28 de noviembre de 1956); Roberto Calvo Ramírez, "La reforma liberal y don Benito Juárez", en *Excélsior* (20 de marzo de 1958); Román Badillo, "El padre de la reforma agraria", en *El Nacional* (3 de agosto de 1958); Salvador Azuela, "Una antología de Molina Enríquez", en *El Universal* (2 de diciembre de 1959); Raúl Lemus García, "Andrés Molina Enríquez", en *El Día* (14 de marzo de 1980). Cabe añadir, por último, que existe un testimonio de que José C. Valadés preparó un trabajo sobre el doctor Mora, Flores Magón y Molina, el cual quedó inédito; véase Abelardo Iparrea Salaia, *Mensajero de la Revolución* (IPN, México, 1982), p. 109.

146 El nombre anterior del pueblo, Jilotepec de Abasolo, fue cambiado a instancias del licenciado Antonio Huitrón. Véanse la *Proposición que dirige el C. Cronista municipal de Jilotepec, México [...]* (Gob. del Edo. de México, Jilotepec, 12 de julio de 1985) y el decreto número 106 por medio del cual la legislatura estatal oficializa el cambio en la *Gaceta del Gobierno* (periódico oficial del Gob. C. del Edo. de México, t. CXLII, núm. 35, Toluca, 18 de agosto de 1986). Cabe añadir, como dato curioso, que si bien es sabido que el Congreso Federal "congeló" en 1985 (al parecer por sus antecedentes huertistas) una iniciativa para inscribir el nombre de Molina con letras de oro en el recinto de la Cámara de Diputados, también lo es que el entonces presidente de México Miguel de la Madrid tituló un libro suyo *Los grandes problemas nacionales de hoy*, demostrando con ello el prestigio de que aún goza en el más alto nivel político la obra del jilotepequense.

147 Chávez Orozco, *loc. cit.*, Díaz Soto y Gama lo llamó "una autoridad en la materia" y Barba González el "gran paladín de la reforma agraria", mientras que González Navarro le otorga primerísimo lugar como ideólogo agrarista y Huitrón lo considera el sistematizador del derecho agrario. Véanse Antonio Díaz Soto y Gama, *La Revolución agraria del sur y Emiliano Zapata, su caudillo* (México, 1960), p. 57; Silvano Barba González, *La lucha por la tierra* (Ed. del Magisterio, México, 1963), p. 75; Moisés González Navarro, "La ideología de la Revolución Mexicana", en Historia Mexicana (México, t. X, abril-junio de 1961), p. 631, y Antonio Huitrón H., prólogo a *Andrés Molina Enríquez, precursor de la reforma agraria* UAEM, Toluca, 1959), p. 15.

148 Véase Córdova, *op. cit.*, pp. 52-54.

149 Existen dos breves excepciones: el capítulo dedicado a Molina en el libro de Moisés González Navarro, *Sociología e historia en México* (El Colegio de México, México, 1985), pp. 40-52, y el opúsculo sobre Molina y Vasconcelos de David Brading, "Social Darwinism and Romantic Idealism: Andrés Molina Enríquez and José Vasconcelos in the Mexican Revolution", en *Prophecy and Myth in Mexican history* (Centre of Latin American Studies, Cambridge, s. f.), pp. 63-80.

Molina Enríquez es mucho más que un ideólogo de la reforma agraria o del régimen presidencialista. En esos rubros lo anteceden Wistano Luis Orozco y los sociólogos y politólogos porfiristas. Su preocupación más profunda está en la conformación de una nacionalidad verdaderamente mexicana, única, que ponga fin a las divisiones internas, y en ese campo su aportación no ha sido superada. Para Molina el problema de la propiedad rural y la cuestión del liderazgo político son los medios transitorios para alcanzar el fin definitivo de la unificación de una patria mestiza. Difícilmente habría sido su agrarismo tan apasionado si hubiera encontrado a hacendados y peones convertidos en mestizos; y muy probablemente habría relegado a un plano secundario su prurito dictatorial si hubiese hallado las diferencias étnicas erradicadas por el mestizaje. Quería afianzar un gobierno leviatánico para mantener en el poder a los mestizos, y por medio de ellos a los indígenas, y poder así trocar la hacienda en pequeña propiedad. Pero si quería dar la tierra a los mestizos era para igualarlos ante los criollos y hacer posible la culminación del mestizaje. Y quería ese pueblo mestizo porque concebía la unificación racial como el demiurgo de toda homogeneidad necesaria en una nación cohesivamente equitativa, de la cual dimanaría una cultura propia. Quería, en suma, que surgiera la mexicanidad, un "nuevo corazón" que hiciera de México un país más justo, más fuerte y más grande.

Luis Cabrera, que fue sin duda quien mejor conoció y comprendió a Molina Enríquez, se percató muy bien de lo anterior. Y pese a que el Molina que más influyó en él fue el agrarista, al cual con toda autoridad declaró inspirador del Plan de Ayala, de la Ley del 6 de enero y del artículo 27 de la Constitución,[150] Cabrera no perdió de vista que tanto la reforma agraria como la Revolución representaban para su amigo únicamente un escalón rumbo a la meta de la gran nación mestiza:

> La idea fundamental alrededor de la cual giraba el espíritu y el corazón de Molina Enríquez, y a la que consagró su esfuerzo como pensador y su inteligencia como escritor, era la de que el engrandecimiento de México solamente podrá lograrse gracias a la fuerza vital del mestizo mexicano [...].[151]

Molina piensa, en efecto, que para engrandecer a México es preciso culminar el mestizaje. Por eso es menester acercar los grupos raciales: el indio no está muy lejos del mestizo y pronto será absorbido por él, mas entre el mestizo y el criollo existe un abismo social, económico y cultural que impide su roce y con ello su mezcla. Para salvarlo, el instrumento más eficaz es la reforma agraria, que dará la tierra a los mestizos y con ella su ascenso a la clase propietaria;[152] y para implantar esa reforma, como cualquiera otra que atente

[150] En la controversia sobre la influencia de Molina en la elaboración del artículo 27 —dicho sea de paso— se cuestiona su autoría, no su carácter de inspirador del espíritu del mismo. Una conciliación semejante puede verse en Gabriel Ferrer Mendiolea, *Historia del Congreso Constituyente de 1916-1917* (Biblioteca del INEHRM, México, 1957), pp. 135-136 y 143.

[151] Cabrera, "Andrés Molina Enríquez", *cit.*, pp. 408-409.

[152] Contra lo que algunos creen, Molina fue siempre, debido a su evolucionismo, férreo partidario de la pequeña propiedad. Incluso en su etapa cardenista, cuando defendió el ejido

contra los privilegios criollos, es imperativo tener una fuente de poder dictatorial. Agrarismo y autoritarismo son, así, dos requisitos básicos para forjar el México mestizo. He aquí la lógica de la mestizofilia moliniana.

Por otra parte, puede parecer exagerado, pero no sería sorprendente que más que su fondo haya sido su forma lo que ha contribuido a la falta de interiorización y al consecuente soslayo de la mestizofilia de Molina Enríquez. Porque si la dificultad para penetrar en sus escritos es de sobra conocida por todo el que se ha aventurado a leerlo, muy pocos han experimentado la sensación de triunfo que inevitablemente asalta a quien logra explicar en detalle su pensamiento. La complicación, no obstante lo que se cree, no estriba de manera exclusiva en su estilo literario. Si éste es, como advierte Jesús Silva Herzog, "profuso y a veces de difícil y tediosa lectura", o "execrable" y "francamente feo y con frecuencia pedantesco", como lo describen con menos contemplaciones David Brading y Arnaldo Córdova[153], se debe en gran parte a que Molina no logra interrelacionar todos los eslabones de su compleja tesis mestizófila. De ahí la expresión alambicada, redundante e inconexa, envuelta en una escritura que, a juzgar por los resultados, no profesa mucha simpatía por la sintaxis. Aunque las líneas generales de su tesis se aprecian sin mayor esfuerzo y los argumentos en que se apoya están allí, diseminados entre ellas, el lector debe suplir la carencia de deslindes y enlaces conceptuales, abrirse paso entre algunas vaguedades repetitivas y encadenar los pormenores de la argumentación global.[154] Pero por supuesto, todo ello no quita un adarme a la sustancia de su tesis. Molina sabe muy bien lo que quiere y si incurre en contradicciones —como a continuación se verá— no es por la manifestación desordenada de sus ideas sino por la inadecuación de su doctrina.

Ahora bien, ¿cuál es su doctrina? Andrés Molina Enríquez es, a no dudarlo, un positivista *sui generis*. Su positivismo, fuertemente enraizado en él desde sus épocas de estudiante en el Instituto de Toluca, transita de Comte a

defendió el ejido como instrumento útil para destruir la hacienda y necesario para el estadio de desarrollo de indios y mestizos, siguió considerando la pequeña propiedad familiar como la meta deseable a largo plazo. Sus referencias al respecto abundan; como ejemplos de diversas épocas de su vida, véanse Andrés Molina Enríquez, "El aspecto fiscal del problema agrario", en *El Independiente* (México, 17 de septiembre de 1913); "Si, la Revolución es la Revolución', 'la paz es la paz'", en *La Convención* (Aguascalientes, 28-30 de abril y 3-6 de mayo de 1915); la entrevista "Cómo se juzga el agrarismo en el país y cómo debe resolverse este problema", en *Excélsior* (México, 16 de septiembre de 1924); y el artículo escrito en 1937 "La gloriosa cruzada del Mayab", *cit.*, pp. 5-31. Por lo demás, sus principales influencias en materia agraria —Jovellanos y Orozco— fueron partidarios de la pequeña propiedad; al respecto pueden verse Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria* (Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1955), y Wistano Luis Orozco, *Legislación y jurisprudencia sobre terrenos baldíos* (Imp. de *El Tiempo*, México, 1895).

153 Jesús Silva Herzog, *El pensamiento económico, social y político de México: 1810-1964* (Fondo de Cultura Económica, México, 1974), p. 472; Córdova, *op. cit.*, p. 25; Brading, "Social Darwinism", *cit.*, p. 79.

154 Seguramente también por todo ello José López Portillo y Rojas (quien discrepaba del agrarismo moliniano) se refiere a "el famosísimo y aburridísimo Molina Enríquez", en una carta a su hija Blanca López Portillo de Basave (fechada el 13 de julio de 1913; BCN 5-2, 392).

Spencer, abrazando con éste el evolucionismo y el darwinismo social.[155] Es difícil dilucidar hasta qué punto se adentró en las obras de ambos pensadores —por momentos da la impresión de ignorar hechos tan elementales como el de que Spencer postuló el evolucionismo en su *Social Statics* una década antes de que apareciera *On the origin of the species*[156]—, mas no cabe duda de que los conocía bien, sobre todo la del segundo de ellos. Hombre de su época, Molina Enríquez encuentra la teoría spenceriana más acorde con su circunstancia política y se une así a la corriente predominante entre los positivistas mexicanos del Porfiriato. Como ellos, se acerca a Spencer en busca de una variante de su credo que, sin contradecirlo, legitime la necesidad de anteponer el orden a una libertad que en México sólo puede resultar de la coercitiva erradicación de la anarquía.[157] Porque en efecto, la tesis spenceriana, que divide la evolución de las sociedades en dos etapas, la militar y la industrial, considera que en los pueblos "bárbaros" prevalece una situación de conflicto endémico que deriva en un sentimiento de miedo y de reverencia por el poder. Dentro de semejantes agrupaciones humanas, en consecuencia, la única forma de lograr la cooperación necesaria para desarrollarse es la imposición de un centralismo rígidamente jerárquico, es decir, de una dictadura. Sólo cuando esa disciplina fructifica en progreso, cuando se deja atrás la etapa de la violencia anárquica para entrar de lleno a la industrialización —concluye el sociólogo inglés— es posible la cooperación voluntaria y, concomitantemente, el desvanecimiento del Estado y el reinado de la libertad individual.[158] Así pues, alejándose del "libertinaje" comtiano Molina se topa con lo que buscaba y más: encuentra una teoría que, con apego a los nuevos descubrimientos de Darwin, ofrece una explicación orgánica, "científica", de la evolución del hombre. Es evidente que para un hombre inmerso en el abrumadoramente "cientificista" ambiente finisecular el magnetismo de dicha teoría es imposible de resistir.

Con el reconfortante aval de Spencer y el apoyo local de Justo Sierra, como era de suponerse, Molina Enríquez no vacila en proclamar que "hasta en tanto no se constituya definitivamente nuestra patria" es indispensable contar con un gobierno autocrático.[159] Sólo así se puede conseguir que el abigarrado conjunto de grupos raciales antagónicos intrínsecamente inicuo y propenso a la confrontación que es México se unifique por medio de la fusión étnica. Por ello, porque dejados a su arbitrio los criollos marginan a mestizos e indios, amenazando desintegrar al país y obstaculizando el mestizaje, no existe otra alternativa que la dictadura. De ahí la justificación que

155 Estos dos términos se emplean habitualmente como sinónimos, aunque en rigor puede afirmarse que el primero se refiere a la doctrina spenceriana en general y el segundo a la parte de ella que establece la lucha por la supervivencia como el motor de las sociedades humanas.

156 Véase Molina, *Clasificación de las ciencias*, p. 62.

157 Sobre el spencerianismo mexicano, véase Leopoldo Zea, *El positivismo en México* (Fondo de Cultura Económica, México, 1984), pp. 303-309.

158 Una concisa explicación de este proceso se encuentra en David Wiltshire, *The social and political thought of Herbert Spencer* (Oxford U. Press, Oxford, 1978), esp. pp. 202-203, 211-213 y 248-249.

159 Molina, *LGPN*, p. 434.

don Andrés da al férreo régimen virreinal, y de ahí también la excelencia que atribuye al sistema porfirista, que al concentrar el poder en manos de un mestizo no sólo evita la desintegración sino que además propicia la mezcla racial.

Es precisamente en este punto donde embona la tesis de Spencer, que sirve para justificar la tiranía en una sociedad atrasada como la mexicana. Pero es también aquí donde se aprecia la selectividad de Molina Enríquez, quien toma de dicha tesis solamente lo que cree conveniente para sus propósitos mestizófilos. Porque ni acepta el corolario individualista de ésta,[160] ni aplica cabalmente su principio universal de la evolución del militarismo al industrialismo. En cuanto a lo primero, no cabe duda de que en su convicción respecto a la preeminencia (no transitoria) de la sociedad por sobre el individuo, Molina permanece más cerca del creciente control social previsto por Comte que del fanático respaldo al *laissez-faire* socioeconómico —que no al antropológico, al cual don Andrés se acoge sin reservas— ofrecido por Spencer.[161] Por lo que toca a lo segundo, podría decirse que en el análisis moliniano, los periodos de desintegración, de transición e integral que dividen la historia del México independiente — y que por cierto ignoran las épocas prehispánica y colonial— no corresponden propiamente a la dualidad evolutiva de marras (ni mucho menos a la trilogía comtiana, como se verá más adelante) desde el momento en que el criterio para medir el progreso es el triunfo de los agricultores mestizos y no el avance de la industrialización.

Como se ve, el cargo de sumisión doctrinal no puede achacársele a Molina Enríquez. Si bien en lo fundamental se le puede catalogar como spenceriano, no es posible sostener que lo sea incondicional ni exclusivamente.[162] Como buen positivista, nunca abandona por completo a Comte, prefiréndolo en ciertos aspectos —como en lo que se refiere a su clasificación de las ciencias— por encima del mismo Spencer.[163] Y es esa propensión ecléctica que se extiende mucho más allá del ámbito del positivismo la que mete a Molina en varios problemas. Como el que descubrió desde 1909 uno de sus primeros y más perspicaces críticos, el reeleccionista Esteva Ruiz, quien lo acusa de

[160] Esto lo aprecia con claridad Arnaldo Córdova, en Córdova *op. cit.*, p. 26. Cabe especular, sin embargo, que si como algunos afirman el evolucionismo lleva, contrariamente a lo que se propone, a contradecir el individualismo, entonces Molina entendió el spencerianismo mejor que el mismo Spencer. Véase Wiltshire, *op. cit.* pp. 2 y 256.

[161] Para un análisis comparativo de este aspecto de las posiciones ideológicas de Comte y Spencer, véase John C. Greene, "Biology and social theory in the nineteenth century: Auguste Comte and Herbert Spencer", en Marshall Clagett (comp.), *Critical Problems in the History of Science* (The U. of Wisconsin Press, Madison, 1959), pp. 428-431. Los respectivos argumentos de cada uno de ellos se pueden apreciar en Auguste Comte, *Cours de Philosophie Positive* (J. B. Baillière et Filis, París, 1864), t. IV, pp. 383-441, y Herbert Spencer, "Reasons for dissenting from the philosophy of M. Comte", en *The Classification of the Sciences* (Williams and Norgate, Londres, 1864). pp. 40-41. Vale añadir que Molina también estuvo más cerca de Comte en su concepción del amor —y no del interés— como base de la unidad social.

[162] De hecho, pocos de los seguidores del sociólogo inglés adoptaron la doctrina spenceriana en su totalidad. Véase Wiltshire, *op. cit.*, p. 256.

[163] Véase Molina, *Clasificación de las ciencias*, pp. 20-21.

desconocer "las leyes cósmicas".[164] La contradicción imputada está en que un evolucionista pretenda que la sociedad mexicana evolucione en dirección de la uniformidad étnica, lo cual implica una mutación de un estado de heterogeneidad a otro de homogeneidad. Porque efectivamente, según el principio quintaesencial de la teoría spenceriana —siempre biologizante— el avance se da en sentido inverso, de lo homogéneo a lo heterogéneo, y la diferenciación del organismo social no cesa sino cuando éste se aproxima a la decadencia.[165] Mas Spencer no se refiere a diferencias raciales y, según Molina, desconoce la realidad latinoamericana (en *Los grandes problemas nacionales* hay una implícita pero clarísima queja contra el maestro en ese sentido)[166] supuesto que sus inducciones parten de sociedades que nunca han padecido la diversidad étnica, por lo que don Andrés no se acongoja ante la discrepancia. Antes bien, parece aceptar sin contratiempos la justificación que Leopoldo Zea descubre en los spencerianos del Porfiriato, en el sentido de que México debe homogeneizarse antes de emprender la heterogeneidad del progreso.[167] El silencio de Molina al respecto, en todo caso, indica que no tiene la menor intención de descuidar el supremo quehacer del proselitisimo en favor del mestizaje para discutir nimiedades doctrinales; la diversificación vendrá a su debido tiempo y en los rubros adecuados. De manera que el escollo no es insalvable.

De lo anterior, sin embargo, se desprende un cuestionamiento obligado: ¿de dónde llega a Molina Enríquez la idea de que una nación precisa de homogeneidad racial, idea cuya inserción en el esquema evolucionista provoca la crítica a su eclecticismo? ¿Se trata, como en Pimentel o Riva Palacio, de la interpretación estereotipada del mapa étnico de Europa, o hay otra fuente doctrinal? La respuesta a ambas preguntas tiene nombre. Se llama Pasquale Stanislao Mancini y, por extraño que parezca, de él toma Molina lo que en 1901 traduce como "la teoría de las nacionalidades etnográficas"[168] Cómo obtiene el jilotepequense tan temprano acceso al oscuro Mancini es difícil de saber, puesto que si las ideas de Darwin, Spencer, Haeckel y compañía se difundían en México desde que Molina era niño,[169] no hay indicios de que ocurriera lo mismo con las del primero. No obstante, muestra conocerlas —y adoptarlas— esencialmente bien. Mancini, jurista italiano del siglo XIX, preconiza la nacionalidad como base del Derecho Internacional, argumentando que la nación es la sucesora política del imperio. Y como base de la nacionalidad incluye la unidad de territorio, de raza, de costumbres, de lengua y de religión, todo lo cual genera a su juicio la conciencia nacional.[170] Pero lo

[164] R. A. Esteva Ruiz, "El Progreso del retroceso: la homogeneidad de la población y la democracia", en *La reelección* (México, 16 de octubre de 1909).

[165] Véase Herbert Spencer, "The principles of Sociology", en *A system of synthetic Philosophy* (Williams and Norgate, Londres, 1876), t. IV-I, p. 468.

[166] Molina, *LGPN*, pp. 421-422.

[167] Zea, *op. cit.*, p. 305.

[168] Véase Molina, "Discurso pronunciado [...] en la solemne inauguración de clases", p. 215.

[169] Véase Roberto Moreno, *op. cit.*, pp. 18-22.

[170] Sobre la tesis de Mancini puede consultarse Giuseppe Carle, "Pasquale Stanislao Mancini e la teoria psicologica del sentimiento nazionale", en *Atti della R. Accademia dei Lincei*, serie quarta, volumo VI (Tipografia della R. A. L., Roma, 1889), pp. 548-567.

más interesante de ese autor es que al defender el derecho a la autodeterminación afirma que el estado perfecto de una nación es la *Etnarquía* y, previendo el encuentro de diferentes razas en un mismo territorio, sostiene que en tal caso sólo puede obtenerse una nacionalidad mediante la fusión de ellas que dé como resultado una nueva raza de carácter compuesto.[171] ¿Suena familiar? No debe, pues, extrañar el disgusto que Molina causa a los positivistas "puros", horrorizados al presentir la irrupción en su casto recinto científico del romanticismo alemán, del que está ostensiblemente imbuido el internacionalismo de don Pasquale.

Con todo, Mancini no es más que un punto de partida. Sirve a Molina Enríquez de catalizador y legitimador de su surgente mestizofilia, pero no lo acompaña en el resto del trayecto. Para su interpretación de la historia echa mano de otra fuente, una cuyo influjo, a diferencia del ejercido por el evolucionismo, se acrecienta en la última década de su vida: la teoría de la lucha de razas. Aunque solamente lo cita una vez para refutar su concepción de la historia como el resultado de la actuación de los grandes hombres, es probable que sea Ludwig Gumplowicz el principal responsable de transmitírsela.[172] Gumplowicz, sociólogo polaco, reduce el darwinismo social al plano étnico, aseverando que el inevitable conflicto entre razas se convierte con el tiempo en pugna de clases y partidos. Observador de la realidad europea y sustentador de la poligenesia, cree que todas las sociedades parten de la heterogeneidad racial y se unifican en la medida en que se desarrollan.[173] El principio cardinal de la tesis de Gumplowicz lo sintetiza él mismo:

> La lucha de razas por la dominación, por el poder, la lucha bajo todas sus formas, bajo una forma violenta o latente y apacible, es el principio propulsor, propiamente dicho, la fuerza motriz de la historia.[174]

Estas palabras, evidentemente, las pudo haber firmado Molina. De hecho, sólo suponiendo que éste conoce incompleta e indirectamente la obra en cuestión o que se niega a suscribir el resto de la misma por discrepar de la mencionada concepción histórica y del postulado poligenético en que se apoya puede explicarse el que no se haya escudado en ella para defenderse de los ataques puristas. Lo que sí está claro, en todo caso, es que el principio del conflicto racial como motor de la historia es piedra angular del pensamiento moliniano.

Lo de la influencia de Gumplowicz o de algún homólogo de éste tiene aún más relevancia de la que aparenta porque es el origen de una controversia en torno a una presunta filiación marxista de Molina Enríquez. Hay incluso

[171] Pasquàle Stanislao Mancini, *Della Nazionalità come fundamento del dritto dell genti* (Tipografia Eredi Botta, Turín, 1851), pp. 31-43.

[172] Véase Molina, *Juárez*, p. 24. Por alguna razón Molina, tan desusadamente explícito en lo que se refiere a sus influencias intelectuales, en ésta calla misteriosamente.

[173] Sobre Gumplowicz puede verse Harry E. Barnes y Howard Becker, *Social thought from lore to science* (D. C. Heath and Co., Estados Unidos de América, 1938), t. I, pp. 713-716.

[174] Ludwig Gumplowicz, *La lucha de razas* (Ed. Fas, Buenos Aires, 1944), p. 211.

quienes llegan a dedicar al asunto una prolongada e innecesaria discusión.[175] Ninguno de los prologuistas de *Los grandes problemas nacionales* evade la cuestión: Chávez Orozco considera que, cambiando la nomenclatura de raza a clase, la mano de Marx aparece incuestionablemente en ese libro; Hiriart aclara, por su parte, que el concepto de clase es anterior al marxismo; a ambos, sin embargo, se les escapa que la verdadera fuente del análisis histórico de Molina está, como descubre acertadamente Córdova, en la teoría de la lucha de razas.[176] Porque aunque no se le pueda encasillar —salvo por simplismo maniqueo— como un "típico liberal decimonónico",[177] no cabe duda de que Molina Enríquez dista mucho de ser consciente o inconscientemente marxista. Más aún, si bien con seguridad conoció desde su juventud las ideas básicas, es probable que su primer encuentro serio con los textos de Marx y sobre todo de Lenin no haya tenido lugar sino hasta la década de los 30, cuando además de citarlos demuestra en *La Revolución agraria* —donde sí está claro el cambio de terminología— haberse internado en ellos.[178] En esa obra recuerda que las doctrinas de Marx y Engels se leían en francés en el México porfirista y que había incluso "comunistas positivos", alegando haber recibido influencia socialista pero, a diferencia de sus obras anteriores, aportando elementos que dan credibilidad al aserto, como su queja de que "los mestizos ganan el poder con las revoluciones, y los criollos siempre se lo quieren quitar, con las elecciones". No obstante, ni su manejo de los conceptos de infra y superestructura ni su apreciación de Marx —a quien achaca el error de ignorar la preeminente cuestión étnica— muestran ascendencia alguna del socialismo científico, al que sigue rechazando con la misma determinación de sus anteriores escritos.[179] Ni siquiera el primero de ellos, en el que pugna por la abolición de la herencia, puede considerarse fruto de la propuesta que en ese sentido hace el difundido manifiesto comunista.[180] Pueden aducirse, eso sí, influjos socialistas indirectos y superficiales en toda la obra moliniana, no al estilo del popular y heterodoxo Henry George, sino tal vez provenientes de la teoría de la lucha de razas, en la medida en que se

[175] Véase James L. Hamon y Stephen R. Niblo, *Precursores de la Revolución agraria de México: las obras de Wimmstano Luis Orozco y Andrés Molina Enríquez* (SEP, México, 1975), pp. 110-119.

[176] Chávez Orozco, *op. cit.*, p. 6; Humberto Hiriart Urdanivia, prólogo a *Los grandes problemas nacionales* (INJUVE, México, 1964), p. 10; Córdova, *op. cit.*, 35-36. Véase también Gonzalo de la Cruz Reyna, *Trascendencia del pensamiento de don Andrés Molina Enríquez, en el proceso histórico del Derecho Agrario* (tesis de Lic. en Derecho, UNAM, 1963), pp. 27-28.

[177] Así lo clasifica James D. Cockcroft en *Intellectual precursors of the Mexican Revolution: 1900-1913* (U. of Texas Press, Austin, 1968), p. 76.

[178] Conviene recordar que en esa década el éxito de la Revolución soviética, del surgimiento del *New Deal* y, en México, la entronización del cardenismo, popularizaron las tesis marxistas y leninistas.

[179] Véase Molina, *La Revolución agraria*, esp. t. IV, pp. 30-55; t. V, p. 11, t. II, p. 43.

[180] Molina confiesa en *La Revolución agraria*, t. IV, p. 33, que la tesis de *El evangelio de una nueva reforma* —que, se puede inferir, no proviene de la propuesta estratégica que Carlos Marx y Federico Engels hacen en el *Manifiesto del Partido Comunista* (Grijalbo, México, 1970), p. 49— está inspirada en el "filósofo alemán" (sic) Nordau. Esta afirmación puede corroborarse consultando la argumentación spenceriana que en contra de la herencia hace el austrohúngaro Max Nordau en *Conventional of lies our civilization* (William Heinemann, Londres, 1895), pp. 244-255 (un libro que, por cierto, influyó también en Ricardo Flores Magón; véase Iparrea, *op. cit.*, p. 49).

pueda encontrar en ésta la huella marxista.[181] Pero de cualquier modo está claro que ambas teorías son mutuamente excluyentes, y Molina no rehúye nunca el deslinde de su terreno: contra el *homo economicus* tiene su propio y singular *homo ethnicus*.

En realidad, el problema es más profundo. Proviene de las entrañas mismas de la tesis mestizófila de Molina Enríquez, precisamente de ese *homo ethnicus* con cuyo concurso pretende fundar una raza mestiza y arrancar a partir de ella el desarrollo de la nueva sociedad mexicana. Porque resulta que esa raza no es otra cosa que un híbrido, de aquéllos a los que la ciencia de la época ha endilgado, entre otros denuestos, el de propender a la esterilidad. ¿Cómo encomendar a semejante engendro una patria que, antes que aspirar a otra cosa, debe multiplicar su población? Afortunadamente, el mestizo mexicano empieza a desmentir esa calumnia con su reproducción. Mas para acabar de disipar las dudas que esa vieja idea ha dejado, existe la posibilidad de recurrir a la moderna autoridad de Darwin, quien ya ha dado su bendición al hibridismo.[182] Y por si eso fuera poco, el híbrido recibe también el espaldarazo de Ernst Haeckel, divulgador alemán de Darwin, del cual Molina toma sus bases antropológicas, como las teorías del carbono y de la "fuerza formatriz".[183] Haeckel, quien presupone una continuidad entre la teoría de la descendencia de Lamarck y la teoría de la selección de Darwin, aclara que el hibridismo no sólo transmite fertilidad, sino que es una fuente del origen de nuevas especies distinta a la selección. Mas aquí Molina pierde más de lo que gana: Haeckel da el visto bueno a la mezcla de especies, pero por lo que se refiere al hombre ofrece una pésima impresión de las razas no caucásicas, entre las que están, por supuesto, los indígenas mexicanos y sus descendientes mestizos.[184] La ineluctable contradicción empieza a tomar forma. El tomar como inspiración a un precursor del racismo alemán explica en buena parte el gran dilema de Molina, quien cifra todas sus esperanzas en quienes él mismo se ve por momentos obligado a considerar de "raza inferior".[185]

Y es que el hecho de que el mestizo pueda reproducirse y formar una nueva raza dista mucho de eximirlo de estar "científicamente" condenado a la inferioridad. De hecho Spencer, quien incluso tenía dudas sobre la fertilidad del híbrido, afirma en forma categórica que las sociedades de raza mez-

[181] Irving L. Horowitz, en la introducción a Ludwig Gumplowicz, *Outlines of Sociology* (Paine-Whitman Publishers, Nueva York, 1963), pp. 39-44, afirma que Marx influyó en Gumplowicz. Sobre el socialismo en la tenencia de la tierra preconizado por George y diametralmente opuesto al agrarismo moliniano, puede verse Henry George, *Progress and poverty* (C. Keagan Paul & Co., Londres, 1881), pp. 295-386.

[182] Véase Charles Darwin, *On The origin of the species* (John Murray, Londres, 1860), pp. 276-277.

[183] Haeckel es considerado un defensor a ultranza de las ideas de Darwin. Véase Marvin Harris, *The rise of anthropological theory* (Routledge & Keagan Paul, Londres, 1969), p. 294. Las teorías adaptadas por Molina pueden verse en Ernst Haeckel, *The history of creation* (Henry S. King & Co., Londres, 1876), t. I, pp. 316-349.

[184] *Ibid.*, t. I, pp. 275, t. II, pp. 304-333. Sobre la conexión Lamarck-Darwin, véase *op. cit.*, t. II, p. 264.

[185] Véase Molina, *LGPN*, p. 110.

clada están destinadas a la anarquía debido a que no pueden ser organizadas adecuadamente. Y el sociólogo inglés toma como ejemplo de ello ni más ni menos que al mítico mestizo mexicano:

> The half-caste, inheriting from one line of ancestry proclivities adapted to one set of institutions, and from the other line of ancestry proclivities adapted to another set of institutions, is not fitted for either. He is a unit whose nature has not been moulded by any social type, and therefore cannot, with others like himself, evolve any social type. Modern Mexico and the South American Republics, with their perpetual revolutions, show us the result.[186]

Es harto difícil imaginar un drama intelectual de mayor intensidad que el de Molina Enríquez. Spencer destruye sin misericordia la plataforma de una tesis que se ampara en él. El adalid doctrinal de Molina es, irónicamente, su peor enemigo.

En el dilema moliniano las exageraciones salen sobrando. Aunque es verdad que no es el único mestizófilo en enfrentarlo,[187] quizá nadie se haya compenetrado tanto en la mestizofilia ni lo haya padecido en consecuencia tan profundamente como Molina Enríquez. Trátase, a todas luces, de un problema estructural: fundamentar la reivindicación de una raza de color en teorías diseñadas para legitimar el imperialismo de la raza blanca. Obviamente, el desprecio que Spencer siente por el mestizaje no se refiere a los europeos o a los norteamericanos, quienes según él provienen de la mezcla feliz de distintos grupos caucásicos, sino a los pueblos que han resultado de la unión de razas "ampliamente dispares" (léase de la contaminación de la sangre ibera con la indígena).[188] En su escala de evolución los mayas y los aztecas resultan muy agraciados al recibir, por sobre otros indios americanos, la etiqueta de "salvajes avanzados", a la altura del antiguo Egipto. ¿Cómo es posible que la sociedad híbrida producto de esas "tribus incivilizadas", que para evitar el caos debe estar permanentemente sujeta a la "cooperación compulsiva", sea capaz de evolucionar a la era industrial? [189] Y este menosprecio no se encuentra, por supuesto, únicamente en Spencer. El "antropogeógrafo" francés Élisée Reclus, en un libro que influye en buena medida en el criterio de Molina, resume de manera franca y elocuente la opinión prevaleciente entre los evolucionistas del Occidente decimonónico por lo que se refiere a los aborígenes norteamericanos:

[186] Spencer, "The principles of Sociology", *cit.*, p. 592.

[187] Todos los mestizófilos positivistas tuvieron el mismo problema, y no sólo en México. Hale sostiene que la autodenigración intelectual de América Latina llegó a su apogeo durante la era del positivismo, debido a la adopción de doctrinas discriminatorias. Véase Charles Hale, "Political and social ideas in Latin America, 1870-1930", en *The Cambridge history of Latin America* (Cambridge U. Press, Cambridge, 1986), t. v, p. 400.

[188] Se trata de la misma idea esgrimida por Le Bon que tanto molestó a Justo Sierra, esto es, que la mezcla de razas muy diferentes provoca degeneración. Véase Gustave Le Bon, *Les lois psychologiques de l'évolution des peuples* (Ancienne Librairie Germer Baillière et Cie., París, 1894), pp. 45-52.

[189] Véase Spencer, "The principles of Sociology", *cit.*, pp. 574-578.

> On les dédaigne comme n'etant que des peuples enfants, on les méprise comme n'ayant que les rudiments de l'intelligence et de la moralité.[190]

Si había un solo camino evolutivo que todos los pueblos tenían que recorrer, entonces esos pueblos podían ser comparados entre sí y clasificados como primitivos o civilizados, explotables o civilizadores (adivínese cuáles razas eran según ese criterio eurocentrista las destinadas a ser colonizadas y cuál la elegida para llevarles la bendición redentora). El razonamiento está casi completo. Un paso más y se entra de lleno en el racismo.

Conviene recordar, sin embargo, que el racismo no es hijo sino en cierto modo padre del siglo XIX. En ese sentido, tal vez sea preferible dar un paso menos. Porque ese periodo hereda una concepción básicamente estática, no evolucionista de la raza, cuyo representante más conspicuo es Cuvier y cuyo instrumento principal es la anatomía comparada; o sea, una tradición racista en la más estricta de sus connotaciones, la cual domina la primera mitad de la centuria y llega a su apogeo en los años 60.[191] Es en ese tiempo, en el que antropología y determinismo racial se han vuelto casi sinónimos, cuando el conde de Gobineau publica su famoso ensayo, una de las obras clásicas del racismo.[192] Pero a partir de entonces la tesis dieciochesca del determinismo ambiental —en la que se basaron Buffon y compañía— vuelve a tomar fuerza, modificando gradualmente la anterior corriente de pensamiento racista con la idea de que las razas, lejos de ser inmutables, son el producto de su medio. A esta tendencia, precisamente, pertenece por obvias razones Spencer, y con él Molina Enríquez, conscientes ambos de que bajo la premisa de la inmutabilidad racial no puede operar el evolucionismo.

No obstante, el hecho de que las razas sean susceptibles de modificación por efectos del medio no cancela la posiblilidad de expedir certificados de superioridad o inferioridad racial ni les da a éstos necesariamente validez temporal. Para Spencer las características de las razas, gracias a la genética, llegan a ser orgánicas con el paso de las generaciones.[193] Así que, aunque un tanto matizado por una especie de determinismo "etnoambiental", el marbete de racista no le viene tan mal a don Heberto. Y precisamente por ello, y preocupado porque la circunstancia ambiental de un pueblo suele ser constante, Molina se acoge como Sierra al postulado de los tres elementos que de acuerdo con Taine determinan a las sociedades humanas —la raza, el medio y el momento[194]—. Mas aun así su situación es asaz compli-

[190] J. J. Élisée Reclus, *Les primitifs* (G. Chamerot, París, 1885), p. 393. La importancia de Reclus en el pensamiento europeo puede verse en Barnes y Becker, *op. cit.*, t. II, pp. 819-820.

[191] Véase George W. Sotcking, Jr. *Race, culture, and evolution* (Collier-Macmillan, N. Y., 1968), esp. pp. 13-41.

[192] Véase Harris, *op. cit.*, pp. 103-105. Vale aclarar que aunque Gobineau cree en la monogenesia, considera que una vez creadas las razas por la acción del medio y de otros factores las diferencias étnicas se volvieron permanentes. Véase M. A. de Gobineau, *Esai sur l'inégalité des races humaines* (Librairie de Firmin Didor Frères, París, 1853), t. I, pp. 197-236.

[193] Herbert Spencer, *The Principles of Psichology* (Longman, Brown, Green, and Longmans, Londres, 1855), pp. 523-530. Véase también Spencer, "The principles of Sociology", *cit.*, pp. 590-591.

[194] V a e Hippolyte Taine, *Histoire de la littérature anglaise* (Librairie de L. Hachette et Cie., París, 186), t. I, pp. 22-

cada: sigue teniendo por primer guía a un contumaz mestizófobo que defiende a capa y espada la supremacía del blanco.[195]

La complicación, claro está, no tiene que ver solamente con Spencer. Toda la camada "cientificista" en la que abreva en mayor o menor medida el pensamiento moliniano —Gumplowicz, Haeckel, Reclus, etc.— fluye en dirección opuesta a la del mestizófilo mexicano, siguiendo el rumbo que asocia indisolublemente la barbarie con la piel oscura.[196] Molina Enríquez puede, y de hecho lo intenta, poner de cabeza esas teorías para fundamentar la suya, pero sin duda queda en una posición doctrinal mucho más endeble que la de, por ejemplo, sus homólogos yanquis. Porque mientras Molina hacía malabares eclécticos para adaptar esas doctrinas europeas a su México mestizo, en Estados Unidos, donde el racismo ya había sido invocado para mutilar el territorio mexicano, el darwinismo social caía como anillo al dedo blanco e imperialista de los Fiske y Strong y servía a las mil maravillas para justificar "científicamente" el "destino manifiesto" y el frenesí expansionista rooseveltiano.[197]

Huelga decir que no faltaban en Europa pensadores ajenos o incluso adversos al racismo. Desde los siglos XVII y XVIII, en efecto, en el menú de ideas europeas existían opciones humanistas. Al problema que la existencia del "salvaje" siempre ha representado para la mente occidental fue aplicada entonces, además de la receta discriminadora, la conocida idea del *bon savage*, el hombre puro y noble que no ha sido corrompido por la civilización y que es teóricamente útil como unidad de medida humana.[198] Molina Enríquez lo sabía. Y también sabía que en plena euforia evolucionista, en medio del ensanchado racismo decimonónico, se abrían paso defensores de la igualdad racial de la talla de Durkheim en Francia y de Mill —positivista por cierto— en Inglaterra, y se publicaba el clásico ensayo de Renan en el que se refutaba por obsoleto el criterio etnográfico para definir una nación.[199] Es más, ni siquiera tenía Molina necesidad de conocer esas ideas[200] puesto que al alcance de su mano estaba la obra de alguien que, sin hacerlo renegar de sus dogmas esenciales, podía proporcionarle un anda-

[195] La posición de Spencer frente al racismo y el determinismo ambiental puede consultarse en Wiltshire, *op. cit.*, pp. 209-213. Sobre la difusión de esas ideas en Europa, véase Harris, *op. cit.*, pp. 84 ss. y Pierre L. Van den Berghe, *Race and racism* (John Wiley & Sons, N. Y., 1967), esp. pp. 11-18.

[196] Véase al respecto Stocking, *op. cit.*, pp. 131-132.

[197] El darwinismo social sirvió de igual manera a los antiimperialistas yanquis que querían mantener la "pureza" de su raza. Véase Richard Hofstadter, *Social Darwinism in American thought, 1860-1915* (U. of Pennsylvania Press, Filadelfia, 1945), pp. 146-166.

[198] Véase John W. Burrow, *Evolution and society* (Cambridge U. Press, Cambridge, 1970), pp. 3-4.

[199] Sobre los igualitaristas raciales mencionados puede consultarse a Harris, *op. cit.*, pp. 101 y 464-470. El ensayo referido es, desde luego, la conferencia de Ernest Renan en La Sorbona titulada *Qu'est-ce qu'une nation?* (Calmann Lévy Editeur, París, 1882).

[200] La obra de Molina da señales contradictorias con respecto a la amplitud y variedad de sus lecturas. Valadés, no obstante, sugiere que el jilotepequense era un hombre "medio ilustrado"; véase José C. Valadés, *Historia general de la Revolución Mexicana* (SEP-Guernika, México, 1985), pp. 58 y 162-163. En todo caso, es evidente por sus fuentes que podía leer el francés y, con menor facilidad, el inglés.

miaje menos inadecuado para su mestizofilia que el spenceriano: el mismo Comte. A diferencia de Spencer, don Augusto no "biologiza" la sociología y puede, por tanto, evadir la tentación de explicar el progreso como el producto de conflictos individuales o raciales, hablar de una "hermandad universal" y prever la transformación de las especies en un solo "individuo".[201] Mas acaso la reticencia a aceptar en este aspecto a Comte o a alguien más por parte del jilotepequense se deba precisamente al profundo apego de éste a la idea con que Spencer, siguiendo más a Malthus que a Darwin, le dio fama al darwinismo social, es decir, la omnipresente y depuradora lucha de individuos y pueblos por la supervivencia.[202] Después de todo, la biología y la etnología son para Spencer y para Molina las ciencias por antonomasia, y quienes no se apoyan en ellas pierden el máximo valor de la era positivista: el rigor científico.

Así, no obstante incompatibilidades, Molina Enríquez se las ingenia para mantenerse fiel a la "ciencia", sorteando penosamente el embate spenceriano contra su mestizofilia. De una parte, no le queda más remedio que aceptar que los mestizos, "como todos los productos híbridos, reflejan los defectos y vicios de las razas primitivas", pero se tranquiliza confiado en que su próximo bienestar social e incluso la educación que tanto menosprecia les hará posible evolucionar favorablemente. De otra, refuta con habilidad la acusación de Spencer en el sentido de que la inestabilidad política es inherente al mestizo, argumentando que no hay razas ingénitamente revolucionarias y que la violencia del híbrido mexicano responde a su opresión social.[203] Pero ni con esa adaptación a su tesis se despeja todo el camino; permanecen todavía vallas doctrinales que saltar.

Una de ellas la percibe Humberto Hiriart, quien no entiende el que para un positivista "la religión sea la argamasa de la nacionalidad si ya ese estado ha sido superado".[204] Ciertamente, de acuerdo con la ley comtiana de los tres estados del progreso humano —el teológico, el metafísico y el positivo— la pretensión de Molina de que la unidad religiosa sea "la más importante de todas las que constituyen el ideal"[205] equivale, en cierto modo, a un retroceso del estado metafísico que México parece haber alcanzado al estado teológico. En el mejor de los casos, confiar la cohesión de la patria al catolicismo implica perpetuar el régimen monoteísta en una sociedad que, habiendo superado

[201] Véanse Greene, *op. cit.*, pp. 422-427, y Edward Evans-Pritchard, *A History of Anthropological thought* (Faber and Faber, Londres, 1981), pp. 51-52. Aunque Comte coincide con Spencer en cuanto a la influencia del medio y de la raza, su convicción de la igualdad esencial de los seres humanos es más profunda, y por ello le basta estudiar la trayectoria de las sociedades europeas hacia el estado positivo para definir el modelo que tarde o temprano beneficiará a toda la humanidad. Véase Auguste Comte, *Cours de Philosophie Positive* (Bachelier Imprimeur-Librairie, París, 1842), t. VI, pp. 872-873.

[202] Sobre la influencia de Malthus véase Burrow, *op. cit.*, p. 183. Hay que señalar también que Spencer coqueteó con la idea de la lucha de razas; al respecto, puede verse Greene, *op. cit.*, pp. 437-441.

[203] Molina, *LGPN*, pp. 109 y 420-4-21

[204] Hiriart, *op. cit.*, p. 31.

[205] Molina, *LGPN*, p. 400.

el politeísmo, debe pugnar por "la religión de la humanidad".[206] En este punto, evidentemente, Molina podría argumentar con razón que él no emplea en su análisis el criterio evolutivo de Comte. El problema es que en cuestión de religión todos los positivistas —comtianos, spencerianos y demás— están de acuerdo en que no es muy científico recurrir a ella. Y aunque Spencer acude insólita y momentáneamente al auxilio de Molina, contradiciendo a Comte y justificando la religiosidad como una tendencia innata en el ser humano, muy pronto ambos maestros se alían en contra de su alumno en una categórica condena de las religiones convencionales. Porque si Spencer refuta la posición comtiana por pretender retrógradamente la canalización del sentimiento religioso hacia un ente conocido y finito como la humanidad, también reconoce que los "sistemas de teología dogmática" constituyen un impedimento al desarrollo de la ciencia social.[207] Ante ello, Molina —¿católico "sublimado" al fin?[208]— opta por soslayar su postura contradictoria y se mantiene como siempre aparentemente imperturbable.

Pero su aparente imperturbabilidad es engañosa. Molina Enríquez está cada vez más consciente de sus incongruencias, acentuadas después de la publicación de *Los grandes problemas nacionales* con su conversión a una curiosa amalgama de evolucionismo revolucionario y, aunque tardíamente, encuentra en el último lustro de su vida la coyuntura para ponerles fin. El cambio que esto implica, consignado en páginas anteriores y de hecho inadvertido por los estudiosos de Molina[209], es verdaderamente radical y bien amerita la "sensacional confesión" que anuncia en el último tomo de *La Revolución agraria.* En síntesis, su nueva postura es en el sentido de que la industrialización de Europa y similares no es más que la versión occidental del progreso humano, y que no hay en el mundo sociedades adelantadas o atrasadas "sino pueblos diferentes que viven y luchan con arreglo a sus condiciones y a sus capacidades propias".[210] Aquí don Andrés no se anda con rodeos; mayor prueba de su rompimiento medular con Spencer y compañía no se puede pedir. A pesar de que cuatro décadas de profesar la fe spenceriana no pasan en vano (Molina insiste en refutar a Spencer con analogías "biorgánicas" que no niegan la cruz de su parroquia evolucionista)[211] y de que la inercia resultante lo arrastra a un contradictorio e inútil intento de conciliación, el giro es de 180 grados. Por más que quiera suavizarlo, el ataque a su antiguo maestro va a la yugular. Más aún, en esta nueva faceta de Molina Enríquez la

[206] Véase Auguste Comte, *Discours sur l'espirit positif* (Librairie philosophique J. Vrin, París, 1974), pp. 57-58.

[207] Spencer, "Reasons for dissenting", *cit.*, p. 41, y "Principles of Sociology", *cit.*, p. 294.

[208] Como se puede apreciar en la exposición de su obra, Molina recibió en su juventud una fuerte influencia del cristianismo tolstoiano; tal vez por eso deje entrever su propia versión "sublimada" del catolicismo. Véase Molina, *LGPN*, p. 402.

[209] Quizá el único que descubre este cambio es Abelardo Villegas en su artículo "Andrés Molina Enríquez, un científico del agrarismo", en *Ciencia* (México, vol. 31, núm. 3, septiembre de 1980), pp. 134 y 137-138. Villegas, sin embargo, no identifica la fuente del viraje.

[210] Molina, *La Revolución agraria*, t. V, p. 180.

[211] Véase *op. cit.*, t. III, p. 35. Como es sabido, las analogías orgánicas fueron el sello de la causa spenceriana.

otrora admirada disciplina se torna oprobiosa; si antes su único estigma era ser conservadores, ahora critica en retrospectiva a los criollos nuevos por justificar su arrogancia en "el lenguaje spenceriano de la época" y anatematiza solapadamente el positivismo al señalarlo con gesto condescendiente como una doctrina criolla que se acomoda muy bien a las "pretensiones de suficiencia científica" del neocriollaje.[212] El dilema moliniano ha terminado. Para llevar a buen recaudo la mestizofilia ya no hay que remar contra la corriente.

Resta precisar, empero, de dónde saca el nuevo Molina Enríquez estos argumentos que hacen a Spencer revolverse en su tumba. Afortunadamente, en contraste con la nebulosa procedencia del trasfondo racial de su tesis, aquí los indicios no dejan lugar a dudas. La paternidad correspondiente debe atribuirse sin reservas a Franz Boas, el antropólogo norteamericano por naturalización que fundó la doctrina del relativismo cultural.[213] Según ésta, la evolución humana no es unilineal sino multilineal, y no cabe por ende comparar el desempeño de las distintas razas para dictaminar sobre su superioridad o inferioridad. Los determinismos racistas, además, son falaces puesto que el desarrollo de cada pueblo no está condicionado por sus características étnicas sino por su historia. Enemigo del *a priori* biológico, Boas separa los conceptos de raza y cultura, liberando a la herencia cultural de toda carga genética. Sostiene asimismo que el ambiente ejerce sólo un efecto limitado sobre la cultura y, por todo lo anterior, rechaza tanto el "absolutismo" cultural de Tylor como el darwinismo social de Spencer.[214] Ahora bien; está claro que no todas estas ideas —que con toda seguridad Molina relee, tiempo después, en la serie de conferencias de Boas que publica entre 1911 y 1912 la Universidad Nacional de México[215]— son incorporadas al selectivo esquema moliniano. En realidad, de ellas no hace suyo sino el corolario de la evolución multilineal; adoptar también la idea de la irrelevancia de lo racial en cuestiones culturales y el concomitante menosprecio por la dimensión étnica del hombre implicaría asesinar a su entrañable *homo ethnicus*, que no sólo ha probado ser más fuerte que su convicción positivista sino que se ha prodigado y robustecido para llenar el vacío dejado por Spencer y sostener él solo la tesis mestizófila. Y eso no es posible. La nueva etapa del pensamiento moliniano exige una suerte de racismo al revés que pide a gritos la conservación de importantes residuos de darwinismo social. Aunque *stricto sensu* nunca abraza el indigenismo,[216] don Andrés lo corteja ahora y quiere dar al indio y

[212] *Ibid.*, t. IV, pp. 26-27.

[213] Hay quienes prefieren llamarla "particularismo histórico". Véase Harris, *op. cit.*, p. 250.

[214] Sobre Boas y su doctrina, véase Stocking, *op. cit.*, pp. 195-233 y 264. Las líneas generales del relativismo cultural están ya trazadas en un ensayo que data de 1896: Franz Boas, "The limitations of the comparative method of Antropology", en su libro *Race, language and culture* (The Macmillan Co.; N. Y., 1955), pp. 270-280.

[215] Franz Boas, *Curso de anthopología general* (folletos publicados por la Universidad Nacional de México, México, 1911-1912). En la segunda de estas conferencias se encuentra el pasaje que Molina cita para apoyar su determinismo ambiental (la mención que Boas hace de los cambios físicos que los inmigrantes sufren en Estados Unidos); véase Molina, *La Revolución agraria*, t. I, p. 53.

[216] Bonfil, *op. cit.*, pp. 228-229. Si el indigenismo es, como afirmaron Aguirre Beltrán y Barre, la políti a d los no-indios con respecto al trato especial que ha de darse a la población indígena

al indio-mestizo la oportunidad de desquitarse del criollo. Es el momento de ajustar cuentas. La lucha de razas no va a detenerse justo cuando los blancos están por primera vez en desventaja.

Pero por desgracia, la ruptura con Spencer llega demasiado tarde. Molina Enríquez no tiene a estas alturas tiempo ni ánimos de reconstruir su tesis mestizófila sobre el andamiaje boasiano, y opta por dejarla prácticamente intacta para la posteridad. Su recapitulación, de todos modos, es tan encomiable como radical. Y tal vez en ella tenga que ver, como más adelante se dirá, la propia personalidad de don Andrés. Lo cierto es que al tiempo que comprende que el evolucionismo es el medio menos idóneo para desarrollar su mestizofilia, Molina parece quitarse un peso de encima. Y es que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que pudo escribir sin tapujos sobre su "temperamento" y su "alma de poeta" ("yo como artista y poeta", exclama en un insólito artículo de 1909, "puedo decir sin énfasis de propia alabanza, que cual otro Rodin, siempre he estado loco").[217] Desde entonces su emotividad ha alimentado un idealismo clandestino, inconfesable a la luz de la ciencia pero visible en los momentos que su subconsciente lo traiciona, como al admitir en la más pura tradición rodoiana-arielista que prefiere la "hidalguía española" al pragmatismo anglosajón.[218] Por eso no debe sorprender su desahogo al librarse de ataduras "científicas"; contra lo que se cree, bajo la gruesa piel positivista de Molina Enríquez fluye una vigorosa sangre romántica. Díganlo si no su espiritualismo tosltoiano, su mitificación del mestizo y, especialmente, su sentimiento del honor patriótico, que le hace rebelarse contra el triunfo del más fuerte y gritar desde el más recóndito lugar de su ser que "si hemos de desaparecer, más vale que sea pronto":

> Si por acaso siempre lo llegamos a perder todo en definitiva, entonces erraremos a través de los siglos como los judíos, sin tierra y sin hogar; pero con el nombre de México siempre en los labios, y con el recuerdo de México, siempre en el alma.[219]

¿Quién si no un idealista romántico puede suscribir sin reservas la ideología del *my country, right or wrong* de Theodore Roosevelt? ¿Y quién que la suscriba puede soportar por mucho tiempo el calificativo de desequilibrado que le aplica Herbert Spencer?[220] No hay contradicción que dure cien años ni pensador que la aguante.

dentro del contexto nacional, entonces Molina no es indigenista ni cuando ve a los indios como un grupo más ni cuando, en su segunda etapa, intenta confundirse con ellos en contra de otros segmentos de la población. Véanse Aguirre Beltrán, "Un postulado de política indigenista", en *Obra polémica, cit.*, pp. 24-25, y Marie-Chantal Barre, *Ideologías indigenistas y movimientos indios* (S. XXI, México, 1985), pp. 19 y 23.

[217] Andrés Molina Enríquez, "Como te iba yo diciendo..." en *La Democracia* (Toluca, 20 de marzo de 1909). El artículo es una especie de carta de amor en la que Molina vincula colores y sentimientos (verde=odios, rojo=ambiciones, violeta=misticismos, azul=ideales, rosa=ensueños). Sobre sus afanes poéticos, véase también Andrés Molina Enríquez, "¡De rodillas!" en *La Gaceta del Gobierno* (Toluca, 16 de septiembre de 1893).

[218] Molina, *LGPN*, p. 407.

[219] *Ibid.*, pp. 432-433.

[220] Véase Spencer, *The study of sociology* (Henry S. King & Co., Londres, 1873), p. 204. La tesis

Aquí termina el laberinto intelectual de Andrés Molina Enríquez. De lo expuesto hasta ahora puede colegirse fácilmente el desatino de juzgar como "darwinista social ortodoxo" a quien como buen mestizófilo vive su mestizaje doctrinal al punto de convertirse en el eclecticismo encarnado.[221] Porque encasillar a un pensador que desafía todas las clasificaciones diciendo lisa y llanamente que no es más que un positivista en general y un spenceriano en particular es un reduccionismo inaceptable. Si algún calificativo soporta sin condicionamientos Molina Enríquez es sólo el de mestizófilo. Su mestizofilia es lo único que nunca mueve un ápice, manteniéndola admirablemente incólume en medio de mudanzas de instrumentos teóricos y vaivenes de autopercepción. Como en *Il Gattopardo,* Molina cambia para seguir igual, siempre en aras del mestizaje. En este sentido, don Andrés bien podría defenderse del cargo de incongruencia doctrinal arguyendo con Maquiavelo que, cuando se trata de fraguar una nación, el fin justifica los medios. Sólo restaría ver si los medios justifican el fin.

b) *Los entretelones de su mestizofilia*

¿Qué impulsa a un mexicano abrumadoramente influido por teorías que conducen de manera ineludible al desprecio del mestizo a elegir a éste como depositario exclusivo de la mexicanidad? El de Andrés Molina Enríquez no es el caso de ninguno de sus predecesores mestizófilos pero sin duda tiene, como descendiente en línea recta de la corriente de pensamiento a la que pertenecen, un poco de todos. Pimentel, Riva Palacio y Sierra son sus mentores en la idea de que México no podrá ser una verdadera nación mientras no termine de mestizarse, y de ello adquiere razones en favor de su proyecto; la estabilidad, la originalidad y la modernidad son, respectivamente, los resultados deseables del mestizaje que Molina Enríquez les suscribe. En el jilotepequense, sin embargo, se da con respecto a sus antecesores (y a sus sucesores) una situación singular: es él quien posee el instrumental analítico menos apropiado para defender la mestizofilia y, al mismo tiempo, es él quien la abraza más ardientemente y quien erige la tesis más refinada. ¿Por qué?

La respuesta está en el plano personal. Como habitante de un país en el que la mezcla racial es creciente y ostensiblemente generalizada, Molina responde al igual que los demás mestizófilos mexicanos a una realidad palpable. El punto de partida de la mestizofilia moliniana se explica teniendo en mente que si en esa realidad sólo una minoría cada vez más exigua de la población puede acreditar una estirpe indígena o un linaje español más o menos puros, y si por otra parte el proceso de mestizaje que ha dado origen a la mayoría de la población es irreversible, lo más lógico en el ambiente etnicista imperante es exaltar al mestizo como símbolo de la identidad nacional. Mas esa fría conclusión tiende a convertirse en un partidarismo apasionado

rooseveltiana que tanto entusiasma a Molina puede verse en Theodore Roosevelt, *American ideals and other essays* (G. P. Putnam's Son, N. Y., 1897), esp. pp. 14-37.

[221] V ase, entre quienes cometen explícitamente ese error, a Staab, *op. cit.*, p. 407.

desde el momento en que la inicua correlación entre raza y clase que Molina presencia durante su carrera notarial y judicial, agudizada en el entorno rural de la sociedad porfirista en que vive, lo hacen identificar las diferencias raciales como las causantes de la injusticia social. Es ese *apartheid* que margina a la mayoría de color el agravante étnico que lo irrita y acaba por sacarlo de quicio.

Hasta aquí el asunto es sencillo. Las complicaciones empiezan, no obstante, cuando se toma en cuenta que su irritación no le impide ver la realidad social de México a través del prisma de su venerado darwinismo social, lo que naturalmente invierte sus apreciaciones en beneficio del fuerte y apto criollo. Así se gesta la colisión. Y no es preciso escarbar mucho para descubir que, en el fondo de la misma, subyace un móvil más profundo: el cruento conflicto entre su *logos* y su *ethos*. Porque, por simplista que parezca, la lucha de razas que tanto obsesiona a Molina se libra en realidad dentro de él, entre su preferencia racional por el criollo y su inclinación sentimental por el indio; es decir, entre su educación spenceriana y sus afanes justicieros. De hecho, sus contradicciones no son sino el resultado de esa disputa en la que la razón positivista va gradualmente perdiendo terreno a manos de lo que su propio nieto describe como "un *ethos* altivamente reactivo",[222] y que Pastor Rouaix —quizá un tanto rigorista— atribuye al "temperamento pasional" de Molina, que

> lo hacía discurrir y obrar guiado por los prejuicios, simpatías o antipatías que llevaba arraigados en sí y que lo hacían desarrollar sus ideas, siempre subordinadas a esos sentimientos, acomodando los hechos y los sucesos a la comprobación de ellos.[223]

Y aunque en un principio "los hechos" se niegan a comprobar unos sentimientos entonces mesurada pero indudablemente conmovidos por el indio, éstos se imponen a la postre.[224] Por eso su mestizofilia, sin dejar jamás de serlo, comienza con una propensión al criollismo y termina ladeándose apasionadamente hacia el indígena.

Esto último merece mayor atención. ¿Por qué el apasionamiento que fanatiza, que ciega? Para comprenderlo hay que penetrar en los hondones de la conciencia moliniana. Y es que el problema de Molina Enríquez es el problema de su necesidad de afiliación, de su búsqueda de identidad personal, inextricablemente entreverada a su imperiosa búsqueda de identidad nacional. En tanto que *logos* y *ethos* chocan en su interior, él no puede evitar el poderoso influjo existencial que lo impele constantemente a tomar partido,

[222] Álvaro Molina Enríquez, *op. cit.*, p. 13.

[223] Pastor Rouaix, *Génesis de los artículos 27 y 123 de la Constitución Política de 1917* (PRI, México, 1984), p. 133.

[224] Como ejemplo elocuente de su temprana debilidad por el indio, véase la emotiva impugnación que hace a los gobiernos del México independiente por su discriminación en Molina, *LGPN*, pp. 206-207. Su inclinación definitiva hacia lo indio queda manifiesta en su memorándum al Museo Nacional (28 de noviembre de 1938) en el que propone "que se considere ya como dominante sobre el aspecto en conjunto de nuestra nacionalidad, el carácter indio sobre el español"; AAME.

reflejando siempre su percepción idealizada de México. Si en sus primeros folletos se siente más criollo que indio, a la larga su predisposición afectiva por el débil, avivada por una honda imaginería atávica, resulta vencedora. Cinco años antes de su muerte escribe:

> A pesar de que el color de la salud y la barba florida, dan a mi cara de perfiles mitad árabes y mitad judíos, cierta apariencia de tipo español, en el fondo de mi ser, por enlaces de mis antepasados aragoneses y andaluces con unidades indias (mi abuela materna era india de pura sangre), me siento indio de raza, indio de corazón e indio de cultura; soy uno de tantos indios otomíes como hay muchos en el lugar en que vi la primera luz (Jilotepec, Estado de México).[225]

Su apariencia física y su genealogía se tornan irrelevantes. Con o sin abuela otomí, Molina ha oscurecido su epidermis imaginaria para estar a tono con la de la mayoría de los mexicanos.[226]

¿Que por qué tarda tanto en nacer su autopercepción indio-mestiza? Por la sencilla razón de que la imagen del México de bronce no puede explayarse en él sin la consabida mutación doctrinal. La crónica de este nacimiento anunciado tiene tres actos: 1) con un bagaje evolucionista fuertemente atrojado en su mente, don Andrés se ve obligado a catalogar a los indios como seres inferiores, en congruencia con los cánones científicos de la época; 2) la compasión lo vuelve creativo y, en la imposibilidad dogmática de valorar la cultura indígena, se aferra a la cuestionable hipótesis de la superior "selección individual" de la raza roja; 3) ese endeble asidero resulta insuficiente para soportar su creciente carga emotiva —tal vez acicateada por el recuerdo de viejos agravios gachupines— por lo que se decide finalmente a hacer a un lado las trabas doctrinales que le impiden aquilatar y reconocer cabalmente a los indios. En suma, para sincronizar la pasión con la razón había que renunciar a la defensa del indio o al evolucionismo, y el hilo se rompió por lo más delgado. Boas apareció en el momento justo para facilitar la mimetización de Molina.

La susodicha enmienda boasiana, como lo sugieren la líneas precedentes, además de resolver la gran contradicción de Molina Enríquez le permite al fin revalorar la cultura indígena *vis-à-vis* la española. Pero en sus manos el espíritu armonizador del relativismo cultural adquiere un efecto revanchista. De ahí que en sus últimos escritos, lejos de reiterar su admiración por "la hermosa lengua española" proponga llamar al idioma hablado en México "lengua nacional" y se interese por primera vez en la escritura prehispánica. De ahí también que ya no hable del "gran instinto jurídico español" ni del derecho de reversión[227] sino que se refiera al "despojo de la Conquista" y

[225] Molina, prólogo a *La guerra del Pacífico*, p. 5.

[226] Las fotografías y los testimonios coinciden con su mencionado autorretrato criollo: adecuadamente ataviado, Molina podría pasar inadvertido en muchas partes de España. Los testimonios se obtuvieron en entrevistas realizadas en la ciudad de México con sus nietos Álvaro Molina Enríquez (19 de diciembre de 1986) y Luis Molina Enríquez (14 de abril de 1988), y con dos personas que lo conocieron personalmente: Blanca Basave (20 de diciembre de 1986) y Antonio Huitrón (29 de enero de 1987).

[227] abe señalar qu todavía en 1929 Molina se apoya jurídicamente en la facultad de revertir

resalte la influencia india en la arquitectura colonial. En este orden de ideas, el contraste entre *Los grandes problemas nacionales* y *La Revolución agraria* no podría ser más ilustrativo: en el primer libro la apología indiana se centra como la de Riva Palacio exclusivamente en las bondades de la constitución física indígena, mientras que en el segundo las manifestaciones culturales vernáculas, ni remotamente consideradas por el primer Molina, encuentran cabida como "la resultante" predominantemente india del encuentro de las dos culturas, anunciándose así el advenimiento del próximo giro en la corriente mestizófila.[228] Pero la mestizofilia cultural del segundo Molina, como su abandono del evolucionismo unilineal, es demasiado tardía. Acaso por ello y por las concomitantes reminiscencias que dificultan su adaptación a la nueva doctrina se muestra a veces renuente a apreciar la cultura indígena en su propio contexto, recurriendo al expediente de la filiación oriental de la población autóctona americana.[229] De cualquier manera, el factor cultural inclina el fiel de la balanza en favor del indio.

A pesar de la relevancia de los extremos, empero, al analizar la contraposición indio-criolla en que oscila la mente de Molina Enríquez no debe perderse de vista el papel central del mestizo. Él es la constante, el fruto conciliador del antagonismo entre sus dos progenitores, la imagen que, más allá de tonalidades, nunca deja de aparecer en el espejo del enigma moliniano. El mestizo representa la salida salomónica, la solución dialéctica del conflicto. De principio a fin, Molina descubre dos Méxicos antitéticamente magnéticos: el México melancólico del indio y el México triunfante del criollo. Mas como el primero demostró ser menos apto y el segundo es cruel y apátrida, vislumbra un tercero: el México ideal, sintético, del mestizo. En tan amplia concepción la funcionalidad del mestizaje puede pasar del vehículo de criollización de los indígenas tomado de Pimentel al instrumento de indigenización de los criollos proclamado en la segunda etapa de *El Reformador* sin desvirtuar el autorretrato mestizo.[230] Y si el péndulo no se detiene en el justo medio se debe a que, a diferencia del mestizo rivapalaciano, el de don Andrés no logra adueñarse de una personalidad propia y aparece finalmente como un indio modificado. En consecuencia, desde las primeras escaramuzas en *La Reforma y Juárez* hasta la exacerbación de la guerra racial en los escritos molinianos de los años 30, los mestizos lucen como unos mediadores parciales, que sufren junto al contingente indígena los embates de los criollos y que sólo al final empiezan a recuperarse. No debe, pues, extrañar que la obra de Molina sea

las concesiones que tenía en la Nueva España la Corona española. Andrés Molina Enríquez, *Condición jurídica del Hospital de Jesús* (documento dirigido al presidente de la República, México, octubre de 1929); AAME.

[228] Véase Molina, *La Revolución agraria*, t. I, pp. 129-152.

[229] Molina fue siempre admirador del mundo oriental. Véase Ma. del Carmen Reyes, *op. cit.*, p. 61.

[230] Aunque su concepto del buen mestizo varíe, Molina nunca deja de considerarse a sí mismo, como afirma en 1928, "el más fiel representativo del elemento mestizo" de México (entonces todavía pensaba y sentía "con el corazón y con el alma latina del injerto español"). Véase Andrés Molina Enríquez, "Los Estados Unidos, el artículo 27 y la guerra mundial del Pacífico", en *Excélsior* (México, 16 de enero de 1928).

en más de un sentido un campo de batalla en el que el supuesto vencedor queda en realidad muy mal parado. Porque después de leer la retahíla de improperios con que el autor, en su infructuoso afán de defenderlo, describe a su híbrido, casi se escucha al mestizo proferir un "no me ayudes, compadre".

Aquí vale la pena abrir un paréntesis. Cierto, se ha mostrado que los motivos personales de la mestizofilia de Molina Enríquez son tan atípicos como su tesis. Pero precisamente por ello, y en aras de una mejor perspectiva, es importante prevenir que la fascinación ante su subjetivismo psicológico haga perder de vista el contexto objetivo que propicia la preocupación central del jilotepequense y de los demás mestizófilos mexicanos. Y para lograrlo las comparaciones podrán ser odiosas pero resultan indispensables. Partiendo prácticamente de las mismas premisas que Molina —las ideas de Darwin, Spencer, Gumplowicz, etc.—, su contemporáneo argentino José Ingenieros (1877-1925), también sociólogo y luchador social, llega a conclusiones opuestas a las del mexicano. En un libro publicado un año después de *Los grandes problemas nacionales*, Ingenieros sostiene que la grandeza de Argentina estriba en que es un país blanco, "libre ya, o poco menos, de razas inferiores". Con una facilidad que, como a la de los imperialistas yanquis anteriormente mencionados, envidiaría cualquier mestizófilo spenceriano, don José lleva a sus consecuencias naturales las doctrinas que Molina Enríquez tiene que retorcer para mal lograr sus propósitos. "Un país donde lo corriente es el negro o el mestizo", afirma refiriéndose a Brasil, "no puede aspirar a la hegemonía sobre países donde el negro es un objeto de curiosidad" y en donde del indio sólo queda un "exiguo resto".[231]

Un representante del país aludido, en cambio, el periodista y escritor brasileño Euclides da Cunha (1866-1909), piensa de manera muy distinta. Igualmente coetáneo de Molina, con su misma carga doctrinal y sin haber tenido comunicación alguna con él,[232] Da Cunha concluye en un libro publicado tres años antes de *La Reforma y Juárez* y considerado "la biblia de la nacionalidad brasileña", que en un país de marcada diversidad racial como el suyo el mestizo es el grandioso núcleo de la nacionalidad. A diferencia del mexicano, sin embargo, y dada la mayor heterogeneidad étnica de Brasil, don Euclides tiene la posibilidad de escoger entre varios tipos de mestizos y de minimizar así su violación de los principios antihibridistas: acepta que las mezclas son generalmente perjudiciales —las de los negros en las costas lo prueban— pero proclama la síntesis indoeuropea del sertanejo como la excepción.[233]

[231] José Ingenieros, *La evolución sociológica argentina* (Librería J. Menéndez, Buenos Aires, 1910), p. 102 (véanse también pp. 21-52 y 85-105). Sobre las ideas de Ingenieros puede verse Ricaurte Soler, *El positivismo argentino* (Imprenta Nacional, Panamá, 1959), pp. 97-146.

[232] Durante el auge del positivismo en América Latina no hubo contacto entre los representantes del mismo en México, Brasil y Argentina. Véase Arturo Ardao, "Assimilation and transformation of positivism in Latin America", en *Journal of the History of Ideas* (Londres, t. XXIV, núm. 4, octubre-diciembre de 1963), p. 516.

[233] Euclides da Cunha, *Os Sertões* (Lambert & C. Editores, Río de Janeiro, 1903), pp. 615-616

Sobra aclarar que este análisis comparativo no se propone inducir la falacia de que para ser mestizófilo basta vivir en un país con mezcla racial. Evidentemente, ni el racismo es privativo de las sociedades con mayor uniformidad étnica ni éstas detentan el monopolio de la mestizofobia, y para comprobarlo no es necesario ir más allá de las fronteras de México. Si acaso, y para no dejar una impresión parcial del pensamiento etnosocial latinoamericano, cabe recordar brevemente dos ejemplos ilustrativos: primero, que en un país de población mixta como Bolivia se publica en 1909 la primera edición del conocido libro en el que Alcides Arguedas acusa al mestizaje de ser el único factor que explica el retraso boliviano; y segundo, que en Chile, cuya inmigración caucásica diluyó la limitada presencia india del norte de su territorio, Nicolás Palacios hace en 1904 la apología del mestizo "araucanogótico" como el representante por antonomasia de la raza chilena.[234]

No se trata, pues, de generalizar en ese sentido. Lo que se pretende es sugerir que las probabilidades de que un pensador enarbole la mestizofilia varían en proporción directa del nivel de disparidad de los grupos raciales originales y el grado de avance del mestizaje de éstos en su entorno social. O, para decirlo con la precisión de Perogrullo, que hay una receta sumamente eficaz para producir mestizófilos, la cual combina dos ingredientes: la aspiración subjetiva a la homogeneidad étnica total y la existencia objetiva de una heterogeneidad racial incontrastable (es decir, irreductible por medio de la segregación y/o el genocidio); receta que se vuelve virtualmente infalible, con fuerza para remontar cualquier adversidad intelectual, cuando se le añade un tercer ingrediente: la viabilidad histórica y palpable de la fusión. No parece entonces aventurado afirmar que la feracidad del campo mestizófilo en América Latina se deriva en buena medida de ese común motivador, único capaz de explicar el hecho de que personalidades tan disímiles como, por ejemplo, el brasileño Gilberto Freyre y el peruano José de la Riva Agüero coincidan en señalar que la esencia nacional de sus pueblos está en el mestizaje —*lo brasileiro* encarnado en el triple maridaje indio-negro-europeo y "la peruanidad" forjada por "el legítimo cruzamiento de lo español con lo indígena".[235] Y si ése es el caso de quienes responden a un proceso de mezcla racial hasta cierto punto tardío, con mayor razón puede presumirse tal motivación en Andrés Molina Enríquez, el máximo exponente de la corriente mestizófila en un país que es visto desde la zona preponderantemente indígena de Sudamérica como ejemplo de mestizaje exitoso.[236]

(véanse también pp. 65-214). Sobre las ideas de Da Cunha y el pensamiento racista brasileño puede verse Thomas E. Skidmore, *Black into white* (Oxford U. Press, N. Y., 1974), pp. 38-123.

234 Véanse Alcides Arguedas, *Pueblo enfermo* (Ed. Ercilla, Santiago de Chile, 1937), esp. 264, y Nicolás Palacios, *La raza chilena* (Imprenta y Litografía Alemana, Valparaíso, 1904), esp. pp. 1-12. Una concisa exposición del pensamiento racial latinoamericano en el periodo en cuestión se encuentra en Hale, "Political and social ideas", *cit.*, pp. 400-409.

235 Véanse Gilberto Freyre, *Interpretaçao do Brasil* (Livraria José Olimpo Editora, Río de Janeiro, 1947, esp. p. 226, y José de la Riva Agüero, "Rectificación necesaria: profesión de peruanismo integral", en *Obras completas* (Pontificia U. Católica del Perú, Lima, 1966), t. v, esp. p. 413.

236 Véase al peruano José María Arguedas, "El complejo cultural en el Perú", en *Formación de una cultura nacional indoamericana* (S. XXI, México, 1975), esp. pp. 1-8. El mayor avance del

Ahora bien; entre México y Perú existe, además del paralelismo histórico-demográfico y a pesar de diferencias entre la rapidez y la lentitud de sus respectivos mestizajes, una similitud fundamental: la correlación entre raza y clase. No es casualidad que en el país sudamericano los alegatos en favor de la justicia social también surjan transidos de un intenso sesgo étnico, como lo atestiguan las reivindicaciones indigenistas de González Prada y, principalmente, de Mariátegui y Haya de la Torre.[237] Discrepancias ideológicas aparte, en todos ellos se da, como en Sierra, Molina Enríquez y tantos otros mexicanos, la articulación de este binomio conceptual que en la historia de Mestizoamérica es difícilmente escindible. No obstante, por lo que respecta al jilotepequense, existe el riesgo de que la extrapolación de la prioridad que muchos de sus colegas mestizoamericanos otorgan al factor socioeconómico, así como la tentación de conferirle vigencia irrestricta al pensamiento moliniano, provoquen una interpretación errónea del mismo. Los estudiosos de su obra, por ejemplo, concuerdan consensualmente en señalar que Molina juega con los conceptos de raza y clase, y este razonamiento puede incitar la creencia de que en su esquema lo racial sólo sirve para disfrazar lo social. Y no es así. Cierto, si se desmonta la estructura etnológica de su tesis en pro del mestizaje y se realizan las adaptaciones convenientes queda, como en el caso de los peruanos, un análisis sociológico coherente. Don Andrés fue un luchador social —de hecho ésa es su faceta humana más digna de respeto— y dedicó gran parte de su vida y de su inteligencia a la empresa de erradicar las lacerantes injusticias de la sociedad mexicana, por lo que es lógico que sus escritos contengan un penetrante examen crítico de corte social. Pero afirmar que sus disquisiciones emplean una terminología racial para explicar fenómenos cuyo origen reconocen extrarracial es ir demasiado lejos. Lo inseparable no es necesariamente indiferenciable, y en este punto la tesis moliniana tiene bien delineadas las fronteras.

Molina Enríquez no quiere una sociedad sin clases, sino una nación sin castas. El que haya diferencias de clase como resultado natural de las diferencias de aptitudes está plenamente justificado por su darwinismo social; pero la arbitraria e inicua predestinación socioeconómica del indio y del mestizo sublevan su ser temperamental. Trátase, en cierto modo, de un ansia por la justicia racial más que por la justicia social. Su lucha es contra la inequidad de oportunidades, y su meta es trocar el fatalismo de la derrota indígena en el determinismo del triunfo mestizo. Y aunque esta postura liberal, apoyada en la correspondencia cuasi biunívoca entre los grupos raciales y las clases sociales que Molina encuentra en el "cuerpo social" de México, pudiera ser traducida del lenguaje "socioetnológico" —neologismo significativamente acuñado por él—[238] al estrictamente sociológico, dicha

proceso de mestizaje en México en comparación con Sudamérica fue documentado en la primera parte de este libro.

[237] Una visión global de ésta y otras corrientes del pensamiento sudamericano aludidas en este análisis puede verse en Alberto Zum Felde, *Índice crítico de la literatura hispanoamericana* (Ed. uarania, M xico, 1954), t. I, e p. pp. 241-360.

[2] M lina, *t. PN*, p. 22.

traducción se desvirtuaría bajo la consideración de que el glosario de términos obtenido de la concordancia raza-clase está destinado a desaparecer en el momento culminante en que los mestizos, convertidos en raza única, permeen todos los niveles sociales. Sin duda, don Andrés desea una sociedad justa, más equilibradamente estratificada, pero eso, al igual que otros resultados deseables como la cohesión y el patriotismo, será subproducto del surgimiento de la nación omnimestiza.

Donde hay que concentrar el esfuerzo es en el designio de la homogeneización étnica, porque las diferencias de clase son tolerables cuando no se combinan con diferencias raciales y no viceversa. Esto lo deja bien claro Molina:

> Ahora si la población nacional fuera homogénea, si de un mismo elemento de raza pudieran ser las personas que formaran el grupo dispensador de las gracias de la justicia, y las que tuvieran que sufrir los perjuicios de esa Justicia distribuida por la más desenfrenadas arbitrariedades, el mal no sería tan grave, porque todas las unidades de una misma raza se consideran de una misma familia, y entre ellas los sentimientos simpáticos, más o menos desviados, pero persistentes, se hacen sentir: unas y otras, esas unidades se tienen piedad; pero en nuestro país, donde las diferencias de raza establecen antagonismos feroces, existe una marcada animadversión de los criollos contra los mestizos y los indígenas, y de los mestizos y de los indígenas, contra los criollos, y como por su mayor cultura los criollos forman el ambiente en que viven nuestros gobiernos, resulta que tan pronto un Gobierno se establece, se forma entre los criollos, el grupo superior dispensador de la justicia, como un azote terrible contra los indígenas y mestizos.[239]

Y si bien de todo lo anterior puede tranquilamente colegirse que la lucha de razas no es la única causa de la existencia de las clases sociales —la lucha individual por la supervivencia también cuenta— de igual manera puede inferirse de ello y de las habituales referencias a "los impulsos de la sangre" de que está plagada la obra moliniana que mientras un país sea étnicamente heterogéneo los instintos raciales conforman en lo intranacional el principal factor que prohija la estructura socioeconómica y determina la ideología.[240]

Con todo, el asunto no es tan sencillo como parece. En la tesis de Molina Enríquez las relaciones de causalidad, siempre nebulosas, se multiplican y entrelazan. Por principio de cuentas, podría decirse que el tan anhelado objetivo de la culminación del mestizaje no es en rigor un fin en sí mismo: lo que Molina persigue en última instancia no es evidentemente una especie de estética de la uniformidad étnica sino la edificación de una nación moderna y desarrollada mediante la "energía étnica" desencadenada por la fusión.[241] En ese sentido su plan de reforma agraria —que por cierto se inspira en el pro-

[239] Andrés Molina Enríquez, "El programa de paz y justicia", en *El Imparcial* (México, 28 de junio de 1913).

[240] Véanse también los artículos (citados) de Molina, "Lo que significa el reyismo", "La fórmula de solución momentánea del conflicto político actual", y "La finalidad del gobierno del Sr. Gral. Huerta"

[241] Sobre su idea de la "energía étnica" como impulsora del cambio social, véase Andrés Molina Enríquez, "Cuadro-programa de las necesidades y aspiraciones del país y del modo de satisfacer unas y otras", en *México Nuevo* (México, 21 de septiembre de 1909).

yecto para germanizar la Prusia polaca que a Bismarck le resultó contraproducente—[242] es un medio de lograr el fin de mestizar el reducto criollo, el cual a su vez constituye un medio de obtener el fin de la estabilidad política que, a la postre, engendrará el país de sus sueños.[243] Sin embargo, aun en esta lectura de la tesis moliniana salta a la vista la obsesiva presencia del factor racial, de esa "macana azteca" que agudamente distingue Luis Cabrera en la polémica agrarista que ambos sostienen y que, más allá de ironías, significa la corroboración de la fijación etnicista de don Andrés por parte del hombre que mejor lo conoció.[244] Es verdad que ante la imposibilidad de medir los ángulos faciales o de constatar la melanina de sus personajes históricos Molina recurre en ocasiones a criterios culturales para realizar distinciones étnicas, pero no lo es menos que su fuente prioritaria de discernimiento es la apariencia física; de ahí su desmesurado interés en el retrato de Morelos y la profusa inclusión de fotografías de héroes en la edición original de *La Revolución agraria*.

Desde cualquier punto de vista, pues, la cuestión racial ocupa un lugar preeminente en el pensamiento de Molina. Más aún, con excepción de algún *lapsus* insignificante, sus alusiones a la raza son consistentemente congruentes con su definición antropológica del término, incluso en la estrecha vinculación que le encuentra con la patria. También aquí, pese a admitir que "la patria y la raza casi se confunden", tiene clara la idea de esta última:

> Por el mismo proceso evolutivo por el que una familia al dilatarse se convierte en una patria, se convierte en una raza: en el proceso, la raza es el resultado material; la patria el resultado —llamémosle así— moral.[245]

Lo que sucede es que para él la patria no puede existir sin la raza, dado que la unificación racial genera la cohesión comunitaria — el altar— que con el territorio —el hogar— conforma la patria. Lo indefinido aquí es la patria, no la raza. La mestizofilia moliniana puede confundir muchas cosas pero no su quintaesencial variable étnica.

Donde Molina Enríquez sí se mete en problemas es en sus generalizaciones raciales. Por decreto establece que

> todos los indígenas son pasivos, impasibles y taciturnos; que todos los mestizos son enérgicos, perseverantes y serios; y que todos los criollos son audaces, impetuosos y frívolos.[246]

Y pese a reconocer la dificultad de distinguir razas tan mezcladas y la inutili-

[242] Sobre el proyecto que inspiró a Molina y sus tristes resultados, puede consultarse Norman Davis, *God's playground* (Clarendon Press, Oxford, 1981), t. II, pp. 112-138.

[243] Véase Andrés Molina Enríquez, "El aspecto jurídico del problema agrario", en *El Independiente* (México, 9 de septiembre de 1913).

[244] Véase Luis Cabrera, "Tu Quoque, Brutus", en *Obras completas, cit.*, t. IV, pp. 160-166.

[245] Molina *LGPN*, p. 370. Aquí Molina refrenda su concepción de la raza como la "agrupación de unidades humanas de idénticos caracteres morfológicos derivados de la igualdad y d la ontinuidad de las condiciones generales de vida".

[246] M lina *L PN*, p. 418.

dad de separar grupos que en última instancia han de formar uno solo, se atreve a aventurar un censo racial que su enemigo político Olaguíbel desmiente con facilidad.[247] No contento con ello, dedica largas páginas a su caracterología étnica, en cuya sutil minuciosidad llega a clasificar geográficamente al mestizo como "alzado" en el Norte, "echador o papero" en las costas y "ladino" en la zona de los cereales. En ella sufre mútiples tropiezos que van desde ligerezas como la de hacer a los criollos en los que prepondera el origen francés "rubios septentrionales", hasta verdaderos problemas como el de tener que justificar que "si nuestros indios, por lo general, son feos, ello se debe a que viven en condiciones muy miserables".[248] Tras de todos esos curiosos enredos, por supuesto, está la desventurada insistencia en ensalzar al mestizo con una doctrina que no puede más que denigrarlo. Sólo a la luz de semejante obstinación se entiende que aun creyendo que el mestizo supera al criollo única y exclusivamente en "energías de voluntad", teniendo este último "mayores capacidades de percepción, mayores aptitudes de comprensión, mayores fuerzas de raciocinio, mayores facultades de expresión, y mayores seguridades de suficiencia", Molina proclame que confiar el destino nacional a quien no sea mestizo "es poco menos que hacer traición a la patria".[249]

Desde luego, las manifestaciones de esa contradicción tienen su historia. En su desesperada búsqueda de virtudes mestizas, Molina Enríquez se convence con la ayuda de Riva Palacio de que el único resquicio evolucionista por donde puede infiltrar la supremacía de su híbrido —indígena modificado al fin— está en la "resistencia" de su raza ancestral. A ella atribuye, por misteriosas razones, el "firme, ardiente y resuelto amor patrio" del homogéneo producto de su mezcla, [250] y a ambos factores se aferra como a un clavo al rojo vivo. Así, armado de fuerza y patriotismo, el mestizo recibe la bendición de don Andrés para enfrentarse al criollo, cuyo carácter refinado y europeizante (no hay que olvidar que Molina vive en la sociedad porfirista) le vuelve débil y apátrida. Pero en la refriega entran inesperadamente en juego otras armas, como la inteligencia, la cultura e incluso la belleza, con lo que la lucha se torna desigual. Es entonces cuando surge la agigantada figura del criollo vendepatrias y malévolo, presto a victimar al patriota pero insignificante mestizo. Pese a su inminente derrota, Molina decide solidariamente permanecer al lado del mestizo hasta las últimas consecuencias, salpicando el escenario de la pugna de contrasentidos.

Mas el espíritu mestizófilo no se rinde con facilidad. En su determinación de salvar al mestizo, Molina Enríquez echa mano del análisis histórico de personalidades sobresalientes. Y aunque niega concebir la historia como el resultado de las acciones de los grandes hombres, sucumbe por momentos ante la tentación de una "épica heroica"[251] a lo Carlyle e incluso llega a soñar

[247] *Ibid.*, pp. 344, 358-359 y 427. La crítica de Francisco Olaguíbel puede verse en *La Reelección* (México, 2 de octubre de 1909).

[248] *Ibid.*, pp. 112, 405 y 419.

[249] *Ibid.*, pp. 395 y 416.

[250] *Ibid.*, pp. 393 y 419

[251] Así describe su nieto la "atmósfera" que Molina asigna a la historia. Véase Álvaro Molina Enríquez, *op. cit.*, p. 17.

al final de su vida en un superhombre un tanto niestzcheano.[252] La tendencia de Molina hacia esa corriente se manifiesta en forma diáfana en su ulterior concepción de la "verdadera universidad", a la que imagina como el lugar

> donde meritísimos profesores dedicados por completo al estudio, y a la meditación, tracen nuestro futuro destino nacional, como trazaban el curso de los astros, en siglos remotos, los sacerdotes y los magos, desde lo alto de sus torres a cuyo pie venían a estrellarse los embates furiosos de las frenéticas agitaciones de las multitudes.[253]

Quizá con esa idea en mente, don Andrés se dispone a trazar el excelso destino de los mestizos desde lo alto de su torre etnográfica, formulando para ello su interpretación de la historia de México. Y fiel a la teoría de la lucha de razas, reivindica al vapuleado mestizo asignándole el papel de liberal y dejándole a su contrincante criollo el de conservador; el indígena, como siempre, hace las veces de comodín pasivo, inclinado por naturaleza a su hermano liberal. Si la sociología sólo sirvió para hundir al mestizo, la historia lo salvará.

El análisis casuístico es contundente. Mestizos fueron nada menos que Morelos, Guerrero, Gómez Farías, Ocampo, Degollado, González Ortega, Escobedo, Corona, Riva Palacio, Díaz "y otros muchos a quienes poco faltó para alcanzar la alta estatura histórica de los anteriores". Los traidores a la patria fueron, por supuesto, criollos.

Molina Enríquez hace evaluaciones étnicas *ex cathedra*, pero se vale hasta de la prosodia cuando lo juzga necesario, como en el caso de don Porfirio, cuya filiación mestiza reafirma mediante la forma en que el dictador pronunciaba "máiz" y "páis".[254] En general, sin embargo, parecen bastarle los retratos y su insólito don para determinar con exactitud la composición sanguínea de las personas, del cual hace alarde con su afirmación de que Zapata poseía "un quince por ciento de sangre negra".[255]

Por otra parte, anticipando la crítica de Esteva Ruiz, quien le haría notar que ha habido en la historia de México hombres buenos y malos en los tres bandos, [256] Molina pretende asegurar sus generalizaciones curándose en salud: convierte al indígena Juárez en mestizo *de facto* y, ante la imposibilidad de hacer lo mismo con el criollo Lerdo de Tejada, lo acusa de traición a la causa liberal.[257] Con el tiempo, cuando su radicalización lo empuja hacia los indio-mestizos, no tiene empacho en exculpar al "mestizante" Zavala de su "desnacionalización" y en hacer un panegírico del indígena Victoriano Huer-

[252] Véase Molina, *Juárez*, pp. 24-25, y "Desde muy alto", en *El Reformador* (México, 2 de abril de 1937).

[253] Molina, *La reforma urgente*, p. 14.

[254] Molina, *LGPN*, pp. 133 y 423.

[255] Molina, *La Revolución agraria*, t. v, p. 147.

[256] Véase, R. A. Esteva Ruiz, "El progreso del retroceso: el programa étnico de la unificación de origen", en *La Reelección* (México, 2 de octubre de 1909).

[257] Molina, *Juárez*, pp. 116 y 152.

ta.[258] Con esas adaptaciones, y salvo *pecata minuta* como la de ensalzar al criollo Limantour, [259] confirma sus estereotipos raciales.

Desde luego, al realizar la evaluación de personalidades Molina Enríquez cuida meticulosamente su metodología. Y la vuelve tan versátil que ni el criollo Calero se salva, previa traducción de algunas palabrejas —"jacobinos" por "mestizos", *v. gr.*—, de utilizarla inconscientemente.[260] Además, frente a la ineludible porosidad de su esquema, elabora la subdivisión del grupo criollo de manera que la presencia de caucásicos inconfundibles dentro de las filas liberales no manche sus conclusiones. Así, el hecho de que Comonfort y los Lerdo sean conspicuos forjadores de la Reforma se explica por las necesarias pero temporales alianzas que los mestizos entablan no con los criollos, sino con los criollos nuevos y los criollos señores moderados, facciones menos deleznables que las de los criollos clero y los criollos señores conservadores. Mas como esta clasificación no resulta suficientemente flexible, Molina acaba ideando una menos elaborada pero más práctica: la de dividir al grupo mestizo en indio-mestizos —a donde van a parar los mestizos buenos— y criollo-mestizos —en donde caen los malos—. De este modo pone el corolario final a su omnipresente disquisición étnica sobre el comportamiento de los personajes de la historia de México, dejando al lector con la sensación de que, en este punto, don Andrés omite el "apunte científico" más importante de su obra. Porque a fin de cuentas ni zonas de cereales ni selecciones individuales explican qué clase de influjo cromosómico impulsa al hombre a enfrascarse en una encarnizada lucha de razas que, por sobre todas las cosas, ha de determinar su vida.

Nada de eso, sin embargo, impide a Molina Enríquez coronar su teoría nacionalista con su disertación sobre la patria, ésa sí con el apunte de rigor. Mediante una peculiar amalgama teórica de Haeckel, Spencer, Schopenhauer y Sieyés con el Derecho Romano y el Padre Nuestro, y sin ocultar su concepción hobbesiana de la naturaleza del hombre ni su noción patriarcal de los sexos, determina llanamente que la patria es la dilatación de la familia.[261] Lo que nunca queda muy claro es si la constitución de esa patria es en realidad para Molina la predicción que deriva de un determinismo histórico, o es más bien el propósito que nace de un voluntarismo justiciero. Tampoco es fácil discernir aquí las causas de los efectos, particularmente en el caso de la unificación del ideal, en la que la homogeneidad étnica aparece en ocasiones condicionada a la presencia de los factores de cohesión que ha de generar. Por otro lado, tras haber reiterado hasta el cansancio que raza implica nacionalidad y luego de confirmarlo con su aserto de que el advenimiento de una raza trae aparejado el surgimiento de los sentimientos patrióticos, invierte la ecuación y sostiene que "pueden desaparecer esos sentimientos, desaparecer

[258] Molina, *La Revolución agraria*, t. III, pp. 104-108 y t. V, pp. 140-142. Vale señalar que su análisis histórico se basa, curiosamente, en el libro de un autor hispanófilo y conservador: Carlos Pereyra, *Breve historia de América* (M. Aguilar, Madrid, 1930).

[259] Molina, *LGPN*, p. 142.

[260] Véase *op. cit.*, pp. 385-390.

[261] *Ibid.*, pp. 359-370.

la patria, y persistir los caracteres del tipo físico".[262] Todavía una fuente más de desconcierto se encuentra en su participación del proceso formativo de la patria en la bipolaridad de altar y hogar, cuando en realidad el ideal se origina inescindiblemente en la repartición del territorio que, como bien observa Córdova, es en última instancia el único gran problema nacional.[263] Y en una postrera contribución a la ya de por sí considerable confusión conceptual, Molina olvida integrar por completo a su obra el último capítulo de *Los grandes problemas nacionales* —evidentemente redactado al margen de los demás—, dejando al arbitrio del lector la conexión de conceptos tan relevantes como "nacionalidad" y "patria".

Tales son las limitaciones de la tesis mestizófila de Molina Enríquez. Una tesis que envuelve un anhelo coherente y claro en una justificación contradictoria y nebulosa. Un conflicto entre fines y medios irreconciliables que se resuelve parcial y tardíamente, sin superar jamás la deturpadora obsesión racial. Un problema de envoltura que impide a su autor, por lo demás, escaparse de sus dos mundos reales para encontrar el edén onírico del que nunca acierta a construir la maqueta, dejando a sus lectores sin posibilidad de juzgar qué tan hipotéticamente deseable sería el paraíso mestizo y, en dado caso, cómo se evitaría el retorno de la heterogeneidad étnica. En esto, como en muchas otras cosas, el interesado debe llenar las líneas en blanco.

c) *El germen y el fruto de su legado*

La aportación de la mestizofilia de Andrés Molina Enríquez a la historia de las ideas en México, ciertamente, brillaría con más intensidad sin su fardo doctrinal. De hecho, al terminar de leer su obra cuesta trabajo dejar de lamentarse de que el jilotepequense haya vivido en la era positivista. En todo caso, así sea parcialmente, el que un hombre tan arraigado a su circunstancia como él se haya sobrepuesto a los sesenta y tantos años de edad a un credo que le había sido inculcado como sustrato de la verdad bien puede contarse como un primer punto en su favor. Además, en no pocos aspectos su contribución llega a ser más que sobresaliente sin necesidad de maquillaje, y la coyuntura temporal que le toca vivir y que provoca su desasosiego intelectual es también, paradójicamente, fuente de aciertos. Porque Molina Enríquez personifica inigualablemente la transición del Porfiriato a la Revolución Mexicana. El hecho de haber realizado, como sugiere Córdova,[264] la primera crítica al porfirismo en el propio idioma científico de los porfiristas, es el más ostensible síntoma de su incómodo entreveramiento en la metamorfosis. Con un pie atado al México porfiriano y otro aferrado al México revolucionario, Molina padece como nadie el acrecentamiento de la grieta histórica. Pero es él quien decide abrirla y, pese a su difícil posición,

[262] *Ibid.*, p. 371.
[263] Véase Córdova, *op. cit.*, p. 25.
[264] Véase Arnaldo Córdova, *La ideología de la Revolución mexicana* (Era, México, 1984), p. 125.

soporta estoicamente el vértigo del tiempo. Y es ésa su condición de puente entre dos épocas —ante la cual, por cierto, no puede menos que admirarse la extraordinaria continuidad de sus ideas durante tantos y tan difíciles años— la que le permite erguirse por encima de ambas. De ese modo, el pensador imbricado en su presente puede tornarse agorero del futuro, no sólo el de la Revolución sino también, hasta cierto punto, el de la posrevolución.[265]

En su postulación de un patriotismo introspectivo, no xenófobo, detonador de las "energías orgánicas interiores" de la raza, en su rechazo final (aunque en esto muestra primero algunos titubeos) a la inversión extranjera, [266] y, por supuesto, en su preconización de un poder supremo capaz de conciliar los conflictos "socioetnológicos", don Andrés prevé la proclividad de los primeros gobiernos posrevolucionarios a fomentar la mística nacionalista como fuerza propulsora del desarrollo endógeno y, como ya se ha dicho, se anticipa al establecimiento del presidencialismo como pilar del sistema político mexicano. Obviamente, es difícil precisar hasta qué punto influye en los constructores del nuevo orden político la tesis mestizófila moliniana. Mas de lo que no cabe duda es que, al menos en la fundación del Partido Nacional Revolucionario, varias ideas con el inconfundible sello racial de Molina hacen acto de presencia.[267]

El Molina profeta, empero, alcanza su máximo esplendor en el campo de la cultura. Independientemente de la cristalización de su pensamiento en el ámbito del Estado —cuyo análisis rebasa los límites de este libro—[268] su obra prefigura como ninguna otra el llamado nacionalismo cultural revolucionario. Con su mestizofilia, Molina Enríquez fundamenta el imperativo de que México deje de mirar a otros horizontes y se vuelque sobre sí mismo, proveyendo a la Revolución del andamiaje teórico del ensimismamiento en el que se inspira el movimiento artístico de mayores alcances que se haya visto jamás en estas latitudes y mitificando, como dice Villoro, al mestizo[269] (quien a su vez mitifica al indio). Así, escuelas de la envergadura de la muralista elevan a alturas insospechadas las artes plásticas mexicanas, impulsadas por

[265] Véase Brading, "Social Darwinism", *cit.*, p. 71. Su condición de profeta, dicho sea de paso, es también reconocida en un desafortunado juicio peyorativo por parte de un detractor de Molina y de la Revolución mexicana; véase Daniel Cazés, *Los revolucionarios* (Grijalbo, México, 1973), pp. 34-40.

[266] La predilección de Molina por el desarrollo endógeno, cuasi aislacionista, se manifiesta en la exaltación que hace del Japón; su rechazo a la xenofobia lo rubrica considerando antipatriótico "asesinar extranjeros"; véase Molina, *LGPN*, pp. 424-427. Su oposición a la inversión extranjera se manifiesta en Andrés Molina Enríquez, "La capitalización interior", en el *Boletín de la Secretaría de Gobernación* (México, t. I, septiembre-diciembre de 1922), pp. 385-386.

[267] Sobre la inclusión de los documentos constitutivos del PNR de frases como "fortalecer la conciencia de la nacionalidad a partir de factores étnicos e históricos" o de la recomendación de profundizar en los conceptos de "raza" y de "medio" puede verse Luis Javier Garrido, *El Partido de la Revolución institucionalizada* (SEP-Siglo XXI, México, 1986), pp. 100-115. La influencia de Molina en el nuevo partido se corrobora tomando en cuenta la cercanía del jilotepequense a Calles.

[268] Con excepción, como se acaba de ver, de lo que podría denominarse cultura política.

[269] Véase Villoro, *op. cit.*, p. 182.

el afán de originalidad y atraídas por el mito del indio-mestizo. En su rechazo a la dependencia de la cultura mexicana, Molina lo advierte proféticamente en 1909:

> Si nuestros pintores en lugar de pintar tipos exóticos [...] pintaran nuestros tipos propios [...] es seguro que alcanzarían mayor originalidad, que lograrían mayores provechos y que contribuirían a fijar bien los rasgos hermosos de nuestro tipo general.[270]

Pero su lucha, que adquiere un tono inusitadamente fuerte, es contra toda una invasión de culturas:

> Hay imbéciles que siendo mexicanos afectan no usar el idioma nacional, sino algún otro extraño mal aprendido en el extranjero. Abandonan los criollos en esta capital a los mestizos los teatros en que despunta el florecimiento de nuestra cultura propia, y llenan a reventar cualquier otro teatro en que una compañía de mérito dudoso, representa en italiano, en francés o en inglés.[271]

Apenas asoma la idea de desarrollar una "cultura propia". Pero aunque no esté todavía claro lo que ésta implica, *Los grandes problemas nacionales* puede ya considerarse una proclamación de la independencia cultural de México.

Empecinado pues con la emancipación de la cultura mexicana, Molina Enríquez se adelanta a los acontecimientos y plasma en ideas una tendencia que habría de manifestarse de muchas otras formas. Su tesis no sólo se materializa en la escuela mexicana de pintura: su preocupación de que los escritores nacionales "pierden la originalidad que pudieran alcanzar del desenvolvimiento libre de sus facultades, en hacer serviles imitaciones de producciones extranjeras"[272] pronto es atendida por la novela de la Revolución. Algo similar sucede con la música. Y por si fuera poco, su ulterior deseo de que México escarbe dentro de sí mismo para encontrar su "nuevo corazón" empieza a verse colmado por las reflexiones sobre la mexicanidad que se emprenden en la era posrevolucionaria. Más aún, precisamente en lo que se refiere al complejo de inferioridad que atraería el interés de varios de los exponentes de esa nueva corriente, Molina puede ser considerado un iniciador. Al respecto, primero sanciona la realidad:

> El hecho es que la opinión plenamente admitida en nuestro propio país acerca de este punto es la de que somos un pueblo de unidades sociales que saben menos, pueden menos, que hacen menos y que merecen menos que las unidades de los demás pueblos de la tierra.[273]

Después encuentra los orígenes del malinchismo en el aislamiento colonial[274]

[270] Molina, *LGPN*, p. 404.
[271] *Ibid.*, p. 409.
[272] *Ibid.*, p. 410.
[27] *Ibid.*, p. 315.
[274] Molina: *La Revolución agraria*, t. III, pp. 140-141. Véase también *op. cit.*, t. IV, p. 85.

y finalmente, sin dejar de considerarlo un resultado del problema étnico, lo juzga como "la maldición de toda nuestra historia de independientes".[275]

¿Dónde terminan las profecías de Molina Enríquez y dónde empieza su papel de ideólogo? No es posible determinarlo a ciencia cierta. Pero si se recuerda su amistad con Diego Rivera y sus muy probables diálogos con Manuel M. Ponce y otros artistas, así como la celebridad nacional que en los años 20 y 30 alcanzó su obra, no parece arriesgado afirmar que en algo se le debe el auge cultural revolucionario. Cierto, el movimiento precede y trasciende el pensamiento moliniano; mas en todo caso es suyo el mérito de haber explicado racionalmente algo que para muchos era un impulso indescifrable, lo cual en cierto modo lo convierte en precursor. El no haber dejado discípulos directos de renombre no supone esterilidad en su labor docente o intelectual. Las ideas de Molina influyeron más de lo que se cree, incluyendo entre otras personalidades a José Vasconcelos,[276] quien por ser el más independiente de los mestizófilos mexicanos hacía suponer una ruptura en la corriente. Y no hay que olvidar que Vasconcelos fue el mecenas del muralismo y uno de los más conspicuos forjadores de todo el movimiento cultural de la Revolución. De manera que, en mayor o menor grado, la ascendencia de la mestizofilia de don Andrés en el renacimiento de la cultura mexicana es innegable.

Pero la respuesta del párrafo anterior, lejos de agotar la cuestión de su influencia, genera otra interrogante: ¿la repercusión del pensamiento de Molina Enríquez se agotó en el movimiento cultural en cuestión o trascendió su tiempo? La pregunta es pertinente porque existen indicios capciosos que pueden llevar a un equívoco. El hecho de que muy poco se haya escrito acerca de su obra no quiere decir que ésta no haya influido en muchos de los estudiosos de México, especialmente extranjeros. Es más, al decir de Brading, ese influjo llega hasta autores contemporáneos como Eric Wolf, François Chevalier y Enrique Florescano.[277] Y lo que es más importante, la huella que *Los grandes problemas nacionales* ha dejado no sólo es patente en su vertiente agrarista sino también en lo que respecta a su tesis mestizófila. Tal es el caso, por ejemplo, de académicos extranjeros de distintas épocas como Ernest Gruening, Nathan L. Whetten y, en mayor medida, Charles C. Cumberland.[278] Mas por encima de todos ellos, las ideas del jilotepequense tuvieron un receptor determinante que propició su difusión allende los confines mexicanos y al que no sería aventurado responsabilizar de divulgarlas, acaso más que el mismo Molina, aquende los mismos. Se trata, por supuesto, de Frank Tannembaum, cuyo enorme ascendiente sobre todo tipo de analistas del Mé-

[275] *Ibid.*, t. v, p. 142.

[276] En su polémica con Cráter en 1919, Vasconcelos "cita a Molina Enríquez en una actitud de acatamiento" en relación con la tesis mestizófila de éste. Véase Salvador Azuela, "Una antología de Molina Enríquez", en Huitrón, *Andrés Molina Enríquez, cit.*, p. 224.

[277] Brading, "Social Darwinism", *cit.*, p. 64.

[278] Véanse Ernest Gruening, *Mexico and its heritage* (Stanley Paul & Co. Londres, 1928), esp. pp. 111-167, Nathan L. Whetten, *Rural Mexico* (Th U. of Chicago Pr , Chicago, 1964), esp. p. 114, y harles . umberland, *Mexican Revolution: genesis under Madero* (. of Texa Pr ss, Au tin, 1974), p. pp. -29.

xico posrevolucionario es de sobra conocido. Lo que no es tan conocido es que Tannenbaum, profundo admirador de don Andrés, fue también uno de los primeros conversos de su mestizofilia. En *Mexico: The struggle for peace and bread* hay páginas que fueron virtualmente arrancadas de los escritos molinianos en que se profetiza la supremacía del mestizo.[279] Y si bien el "anonimismo" del historiador norteamericano le impide reconocer el liderazgo intelectual del Molina revolucionario,[280] nada hay que le vede adoptar la guía del Molina mestizófilo. Así, gracias a la incubadora tannembaumiana, la tesis del mexicano prolonga por algún tiempo su vida teórica.

No deja de ser irónico, por otra parte, que un hombre tan retraídamente inmerso en su país haya visto más reconocida su obra en el extranjero. Porque, en verdad, Molina Enríquez no es muy afecto a las variables exógenas en su análisis del devenir intranacional. En su cosmovisión —sobre todo en la de su primera etapa— los factores internacionales no tienen mayor peso en la conformacion de la patria mestiza. Vaya, ni siquiera parece afectarla la periferia mexicana. Para él México —la república— es México —el estado y la ciudad— y un poco más; la suya es algo así como una visión de Anáhuac cinco siglos después. Del mundo exterior hay que conocer su historia y extraer quizá algunas moralejas y, en este aspecto, un hecho pinta a Molina de cuerpo entero: no sólo no vivió nunca fuera del país, sino que propuso impedir legalmente que otros mexicanos lo hicieran.[281] Ciertamente, esta percepción aislacionista del escenario mundial cambió de manera radical con el tiempo hasta caer, por los años 30, en un conspiracionismo que atribuye todos los males de la humanidad a Inglaterra y a España. Pero aun en esa época presenta a los grupos étnicos de México como arquitectos de su propio destino. Jamás, desde luego, descarta la posibilidad de una invasión provocada por los inevitables choques raciales; mas escéptico como es de las injerencias externas, asocia el peligro a la acción maligna de ciertas fracciones criollas, cuya fusión

> ha creado el Scyla y el Charibdis entre los cuales boga la nave nacional, que si escapó del peligro del Scyla europeo de la intervención no escapa todavía del peligro del Charibdis americano.[282]

Y aunque en su odisea "la nave nacional" tiene todavía que escapar de un monstruo no previsto en la mitología griega —el de la invasión asiática— nada hay que temer si se cuenta con la solidaridad continental.[283]

Es aquí donde se halla, si bien ensombrecida por una contradicción, otra de las aportaciones de la mestizofilia moliniana, la que a más de poseer plena

[279] "The mestizo has arisen from the strife between European and Indian to rule the present scene", resumé Tannenbaum. Véase Frank Tannenbaum, *Mexico: the struggle for peace and bread* (Jonathan Cape, Londres, 1965), esp. p. 15. La influencia de la mestizofilia moliniana también se percibe en Tannenbaum, *Peace by Revolution*, *cit.*, pp. 3-33.

[280] Véase *op. cit.*, p. 118.

[281] Véase Molina, "Cuadro-programa".

[282] Molina, *LGPN*, p. 385.

[283] Véase Molina, "La doctrina Monroe de Occidente", en *La guerra del Pacífico*, pp. 28-29.

vigencia proyecta un potencial sumamente atractivo. Conviene antes que nada desterrar las sombras. Ferviente panamericanista, Molina sintió por los Estados Unidos una admiración que fue siempre en ascenso. Ese sentimiento, mezclado con la realidad de la desventura geopolítica de los mexicanos, lo hace enredarse en su postura ante el poderoso vecino. En 1909 se muestra voluble: primero predice una conflagración étnica, e incluso vaticina que el México mestizo "no sólo resistirá el inevitable choque con la raza americana del Norte, sino que en ese choque la vencerá"; después teme una invasión militar total, y hasta vislumbra la bandera enemiga ondeando en el Palacio Nacional; finalmente se desdice por lo que toca al enfrentamiento, arguyendo lo inofensivo que la nación mexicana siempre será para la norteamericana y confiando en la nobleza que, según él, caracteriza la política exterior yanqui.[284] Posteriormente, en la polémica que sostiene con Nieto en 1925, afirma que si los criollos se inclinan hacia el Occidente y los indios hacia el Oriente, los mestizos lo hacen hacia el Norte por la gratitud que guardan a la "nación poderosa y benévola" que los ha ayudado "en todas sus revoluciones libertarias"; agrega además que son potencias latinas —Francia y España— las que han agredido a la América supuestamente Latina, opta por la amnesia en cuanto al despojo de 1847 y propone que sea México el que formule la "doctrina Monroe de Occidente" para que todo el continente apoye a Estados Unidos en una eventual guerra contra Asia.[285] Y por último, en 1932 refrenda su simpatía por el gigante de Norteamérica y, echando la culpa a los criollos, lo absuelve darwinistamente de su pecado expansionista.[286] Los comentarios, por supuesto, salen sobrando.

Lo que de ninguna manera sobra es dar una explicación de la actitud de Molina Enríquez. Retrocédase para ello en el tiempo; imagínese en 1898 a un joven intelectual de 30 años de edad, profundamente enraizado en la entonces "científica" creencia en ese *laissez-faire* antropológico cuya mano invisible debía transformar la lucha por la supervivencia en el perfeccionamiento de la humanidad, presenciando atónito el impresionante despliegue del poderío estadounidense que corta las barbas de los vecinos de México. Como todo darwinista social que se respeta, ese joven debe admirar —aunque le pese— a quien logra imponer su férula sobre los demás. Y eso es lo que al parecer le sucede a Molina. Pero aquí, en contraste con su mezcla de admiración y resentimiento por la dualidad triunfadora-explotadora de los criollos, la *realpolitik* inclina la balanza en favor del primer sentimiento. Por lo demás, la tradición liberal de la que él es a su manera un incuestionable heredero dista mucho de inculcarle prejuicios antiyanquis. Así, el hito expansionista del 98 —uno de los pocos acontecimientos internacionales que lo afectan, sin duda más relevante para él que la primera Guerra Mundial e incluso que la Revolución rusa— lo lleva a exaltar al primer Roosevelt y a proponer una política exterior pro norteamericana.

[284] Molina, *LGPN*, pp. 352, 432, y 446.
[285] Molina, "La doctrina Monroe de Occidente", pp. 32-37.
[286] Molina, *La Revolución agraria*, t. II, pp. 89-95.

Mas lo valioso del caso, la aportación mencionada, es que su extravío no impide a don Andrés adelantarse a su contexto etnomestizófilo y plantear el surgimiento en México de una nueva cultura síntesis destinada a ser "la bandera verdadera de todo el continente".[287] La idea, lejos de implicar imperialismo cultural, es integracionista y muy sugerente:

> El continente americano parece haber sido colocado sobre la Tierra para resolver, en una resultante de nueva orientación y de nuevos procedimientos, el conflicto de la divergencia de las dos grandes culturas ya formadas, o sea el conflicto de la incomprensión de la cultura oriental y de la cultura occidental.[288]

No se trata, pues, de una embozada sujeción de Mestizoamérica a la superpotencia, puesto que es en aquélla y no en ésta donde surgirá la nueva cultura: "Porque los Estados Unidos, país esencialmente occidental, no podrán crear una cultura; pero nosotros que con la cultura occidental, llevamos las orientaciones orientales, sí podemos crearla."[289] Y como para descalificar a quien conserve alguna duda de su patriotismo, Molina deja el interesante vaticinio de que la venganza mexicana contra los cercenadores del territorio nacional la lograrán los inmigrantes mestizos en Estados Unidos, quienes por su unidad racial "minarán la solidez de ese país".[290]

A estas alturas es necesario hacer una breve digresión. La recién acotada proposición de la síntesis cultural, así como las demás ideas de Molina Enríquez que son aquí consideradas el legado vivo, el germen y el fruto del pensador, están circunscritas por obvias razones al ámbito de su tesis mestizófila. Pero no está de más aclarar que se ha excluido de este análisis el resto de su contribución intelectual por imperativos de especialización académica y no por restarle mérito alguno. Porque —dicho sea de paso— además de las alabanzas previamente citadas que estudiosos de otros aspectos de su obra le han hecho, Molina merece reconocimiento por su incursión, no pocas veces atinada, en diversas materias. Existen artículos suyos nada desdeñables sobre temas económicos,[291] así como testimonios de uno de sus amigos en el sentido de que el jilotepequense anticipó "por instinto", en su intento de arruinar a los grandes terratenientes, la estrategia "monetarista" empleada por Lenin con propósitos similares.[292] También quedan pruebas de que su

[287] *Ibid.*, t. IV, p. 10.

[288] *Ibid.*, t. I, p. 32.

[289] Molina, prólogo a *La guerra del Pacífico*, pp. 6-7.

[290] Molina, *LGPN*, p. 353.

[291] Véanse por ejemplo, Andrés Molina Enríquez, "Valor económico de la función legislativa", "Hay que restablecer la normalidad de la tributación", "El peso mexicano como moneda de circulación universal" y "Las disidencias de la Conferencia de Londres y la estructura peculiar de los pueblos", en *El Economista* (México, 18 de agosto, 3 de noviembre y 1° de diciembre de 1932, y 1° de septiembre de 1933), pp. 3-4, 180, 260 y 850, respectivamente. Por otra parte, su interesante posición intermedia en este campo, que resulta de rechazar el marxismo pero predecir la desaparición del sistema capitalista, puede verse en Andrés Molina Enríquez, " onferen ia ante la Confederación de Cámaras Industriales", en *La Raza* (México, 20 y 24 de may d 1922).

[292] · trata d · arlos Basave, *Memorias*, *cit.*, p. 31.

interés creativo abarcó cosas tan disímbolas como el turismo y la ciencia política, lo cual se aprecia, por una parte, en su intensión de crear un banco para fomentar el desarrollo turístico y, por otra, en su disquisición en torno a las bondades de una cuádruple separación de poderes inspirada en el consejo de Estado de Napoleón.[293] Y desde luego, queda abundante evidencia de la más encomiable de sus preocupaciones, la que lo sitúa en un plano muy superior a la mayoría de los mestizófilos de su época que, como Francisco Escudero y otros miembros de la Sociedad Indianista Mexicana, seguían empeñados en mantener el *statu quo:* su sincera preocupación por los desprotegidos, que lo llevó a convertirse en los últimos años de su vida en una especie de gestor de los de abajo.[294] Esa sola faceta, la del Molina solidario, sería suficiente para enaltecer su memoria.

Pero no es el activista sino el pensador lo que interesa en este libro. Y, más concretamente, su mestizofilia. Por eso es preciso cerrar este repaso de cuanto hay de fructífero en la tesis mestizófila de Molina Enríquez con una evaluación *gestáltica* de la tesis misma. Más allá de las contradicciones doctrinales que la fragmentan y descomponen, tomada en su conjunto, ¿qué queda de ella? Es indudable que hoy en día su insistencia en lo racial suena anacrónica, mas no es menos cierto que la variable étnica, no obstante su actual desprestigio, ha sido y sigue siendo imprescindible en los análisis históricos y sociológicos de México. El hecho de que las atrocidades cometidas en nombre de la antropología racista sobre todo en este siglo hayan convertido en tabú toda consideración etnográfica no debe impedir que sin caer en estériles rigideces taxonómicas se reconozca la importancia de la correlación raza-clase que aún existe en el país. Si se pasa por alto su determinismo racial y su inflexibilidad "cientificista", el esquema moliniano retiene elementos válidos y útiles para un examen de la sociedad mexicana contemporánea. Nadie puede negar que la marcada heterogeneidad y los prejuicios raciales, si bien en mucha menor medida que antes, obstaculizan todavía la movilidad social en México. Y aunque ya se sabe que debemos eliminar no tanto la heterogeneidad cuanto los prejuicios, el minucioso dictamen que Molina hace de la realidad étnica nacional constituye, a la fecha, una consulta obligada para quien desee entenderla. Porque los resabios segregacionistas de la trilogía racial mexicana, aunque en realidad obedezcan a factores de índole sociocultural, se manifiestan con frecuencia en un antagonismo estético que mantiene infor-

[293] Véase Andrés Molina Enríquez, "El camino de la paz", en *El Independiente* (México, 19 de mayo de 1913). La creación del banco de turismo la propone en un memorándum sin fecha ni aparente destinatario; AAME.

[294] Para apreciar el contraste entre Molina y los miembros de la Sociedad Indianista, es útil consultar a Bonfil, "Andrés Molina Enríquez y la Sociedad Indianista Mexicana", *cit.*, pp. 218-221. La labor de gestoría de Molina se manifiesta en las cartas que envió a Cárdenas, en las que le pedía la aplicación de medidas en favor de los desprotegidos (en una de ellas le propone la creación del "Departamento Indio", y en una carta que recibe de un preso que le pide su intercesión. Véanse las cartas de Andrés Molina Enríquez a Lázaro Cárdenas (México, 23 de noviembre de 1934) y a Luis L. Rodríguez, secretario particular del General (México, 14 de diciembre de 1934), y la carta de Ireo Amador R y s a Molina (Jiltepec, 4 de noviembre de 1934); (Archivo General de la Nación) Expdiente 444, 1/1 y 545, 7/119.

tunadamente viva la clasificación racista colonial. Por lo demás, ¿cuántos mexicanos, intelectuales o no, discreparían en la actualidad de la idea nodal de don Andrés de que México es y debe ser un país mestizo? Muy pocos, ciertamente.[295]

Por otro lado, apreciada desde el punto de vista cultural que él mismo adopta en la última etapa de su obra, la tesis de Molina Enríquez adquiere una vigencia inusitada. La lucha de culturas se dio y se sigue dando en México, por más que la occidental dominante oculte en ocasiones los ingredientes extraoccidentales, que han logrado sobrevivir admirablemente a más de cuatro siglos y medio de opresión. Ahí sí, la batalla de lo indio-mestizo por resistir los embates criollistas ha sido y es real, no una mascarada "socioetnológica". Y por último, en cuanto a este tan socorrido trasfondo social del enfoque étnico de Molina, puede decirse que, en efecto, el sedimento estrictamente sociológico que se encuentra una vez desbrozada su mestizofilia es de gran valor para la cabal comprensión de la sociedad porfirista y también valioso para combatir, apoyándose en su principio de la preeminencia de lo social sobre lo individual en una nación subdesarrollada, los desequilibrios que aún padece la sociedad mexicana actual. Si aquí "desracializar" la tesis moliniana es desvirtuarla, don Andrés sabrá perdonar el atrevimiento. Después de todo él sabe bien que las ideas, una vez nacidas, tienen vida propia.

Eso y más puede extraerse puliendo el contenido de la rica veta de la mestizofilia moliniana. Riqueza que emana, en buena medida, de la condición de hombre encrucijada de Molina Enríquez; de ese estar parado en el vértice del tiempo, de ese absorber la confluencia de dos épocas que lo convierte en "autor desconcertante"[296] pero fecundo. Y es que Molina no fue ni el típico porfirista ni el típico revolucionario. Evolucionista, pero con suficiente dosis de inconformidad social, no se sintió a gusto —ni a disgusto— en ninguna de las dos eras que le tocó vivir. Lo único que le preocupaba, en el fondo, era que se llevaran a cabo las transformaciones necesarias para dar paso al nuevo México mestizo. Nuevamente es Luis Cabrera quien lo comprende:

> Habría sido porfirista, si el General Díaz hubiera podido darse cuenta de los problemas de la tierra en los últimos días de su poder; y habría sido huertista, si en el régimen de Huerta hubiera encontrado un propósito de renovación [...].[297]

Esto, al contrario de lo que una apreciación superficial podría hacer pensar, dista mucho de implicar oportunismo o traición. Quienes eso concluyan no saben lo que dicen; si algo deja bien claro don Andrés es su honestidad intelectual y su profundo amor a México. Por eso fue revolucionario, porque comprendió que no había otra forma de cambiar al país. Y por eso mismo se

[295] Más adelante se analiza la situación actual de la mestizofilia en México.
[296] La frase es de González Ramírez, *op. cit.*, p. 137.
[297] Cabrera, "Andrés Molina Enríquez", *cit.*, p. 409.

situó por arriba de facciones y de pugnas entre caudillos. Y precisamente por eso pudo producir una tesis mestizófila contradictoria pero rica y fascinante que, a muchos pasos antropológicos de distancia, es más que rescatable.

Quizá fue también esa posición coyuntural la que le permitió vislumbrar, desde 1911, el destino dual de su obra. En octubre de ese año, en la soledad de su celda, Molina pudo descifrar simultáneamente su pasado y su futuro:

> Confieso sin rubor, que en la mayor parte de las batallas que he librado, el derrotado he sido yo, pero así y todo he logrado llamar la atención general hacia los problemas que la repetida transformación entraña y enfrentar resueltamente al país con esos problemas. Si otros méritos no logro hacer para merecer de mis conciudadanos el título de patriota, creo que ése cuando menos me deberá ser reconocido en justicia. Y no aspiro a más porque creo que yo, como Degollado, no recibiré de mis contemporáneos mientras viva otra recompensa que la prisión que ya sufro, y que la indiferencia y el olvido que más adelante sufriré.[298]

Presintió su triunfo, pues supo que por encima de contradicciones doctrinales su mestizofilia habría de mantener viva la llama del sueño mestizo. Y presintió su fracaso, pues previó estos largos años en que el triste maridaje de raza y clase contra el que tanto luchó habría de prevalecer en buena medida en el país. Pero quien piense que éste es un caso perdido haría bien en recordar ese don profético que sólo el Varón de Jilotepec y un puñado de hombres de su laya han tenido. Porque con toda seguridad, armado de su fe criolla y de su paciencia indígena, don Andrés Molina Enríquez aún está esperando ver a México encarnar el mito del mestizo para retirarse a descansar en paz.

[298] Molina, "Filosofía de mis ideas", p. 6

III. EL DESENLACE ACTUAL DE LA MESTIZOFILIA

1. El México revolucionario: la mestizofilia en su apogeo[1]

Andrés Molina Enríquez inauguró lo que bien puede considerarse la época de oro de la mestizofilia. En efecto, a partir de *Los grandes problemas nacionales*, y gracias al influjo revolucionario, la vinculación mestizaje-nacionalidad se enfiló rumbo a su entronización definitiva. El carácter introspectivo de la Revolución mexicana minó poderosamente la obsesión por buscar modelos extranjeros y acabó sepultando la quimera del México criollo. Ahora sólo quedaban en teoría dos opciones: un México indio o un México mestizo. Y pese a que la euforia indigenista creó por momentos la ilusión del retorno a un prehispanismo idílico, la realidad se impuso de nuevo. Los tres siglos de dominación española habían calado tan hondo como los que precedieron a la Conquista, y a esas alturas toda visión unilateral era ostensiblemente estéril.[2] La historia estaba allí, desafiando con todo su peso a quienes se negaban a aceptar el sincretismo mexicano. El alud revolucionario empezaba a lapidarlos.

En esas circunstancias, era lógico que la cuestión étnica preocupara a los ideólogos de la Revolución. Ya en *La sucesión presidencial de 1910* Madero había dedicado algunas páginas a deplorar las brutalidades del porfirismo en contra de los yaquis, proclamando a los indios "raza hermana".[3] En adelante, pocos rehuirían el tema. Ocho días antes de la fecha estipulada para el estallido de la lucha armada, con motivo del linchamiento de un mexicano en Estados Unidos, Ricardo Flores Magón fustigaba en *Regeneración* al capitalismo norteamericano por fomentar los odios raciales. Y aunque en su denuncia se declara "emancipado de los principios de raza", no puede ocultar su indignación ante lo que describe como "una turba de salvajes blancos lanzándose furiosos sobre un humilde mexicano".[4] Poco después, en su célebre

[1] De entre la extensa bibliografía general sobre la Revolución mexicana se sugieren dos obras que, por su solidez académica y por su actualización, pueden situar esta sección en su contexto histórico. Ellas son la colección *Historia de la Revolución Mexicana* (el Colegio de México, México, 1981-1982) y el libro de Alan Knight, *The Mexican Revolution* (Cambridge U. Press, Cambridge, 1986).

[2] Hubo, desde luego, indigenistas mestizófobos y remisos del racismo más anacrónico, pero ambos fueron minorías. Como ejemplos véanse, respectivamente, a Pedro Lamicq *(Cráter)*, "Criollos, indios y mestizos", en *Madero por uno de sus íntimos* (Of. Ed. Azteca, México. s.f.), esp. pp. 16-113 (probablemente publicado entre 1914 y 1915) y a Alberto M. Carreño, "El peligro negro" (discurso ante la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 28 de abril de 1910).

[3] Francisco I. Madero, *La sucesión presidencial en 1910* (Ed. Época, México, 1985), pp. 200-201, 261 y 349.

[4] Ricardo Flores Magón, "La repercusión de un linchamiento", en *Regeneración 1900-1918* (Era, México, 1985), pp. 252-256. Artículo publicado el 12 de noviembre de 1910.

artículo dirigido a Madero, Luis Cabrera afirma que las causas del malestar no son "exclusivamente de raza", pero señala al "extranjerismo" como uno de los principales motivos del descontento del pueblo.[5]

Sin duda, la introversión era cada vez mayor. El rechazo a lo ajeno iba de la mano del desdén por lo antipopular, y en ambos casos el enemigo era típicamente blanco. Lo propio y lo popular eran lo indígena y, cada vez más, lo mestizo, que como tal ejercía un magnetismo irresistible al cual sucumbían muchos de los intelectuales del momento y, mediante los nuevos educadores, del futuro.[6]

La celebración de la convención de Aguascalientes fue, en ese sentido, la apoteosis. Un conspicuo observador de la época llega a juzgarla "más representativa nacional [...] que todos los Congresos que hemos tenido de la Independencia a la fecha" por el hecho de que "sus componentes reflejan mejor la ética y la ideología del mestizaje".[7] Y a pesar de que no faltó en ella quien diera la nota disonante —Antonio Díaz Soto y Gama estuvo a punto de ser acribillado por hacer alarde de internacionalismo y faltarle al respeto a la bandera nacional— el espíritu reinante era de patriotismo y de búsqueda y apego a las tradiciones populares mexicanas.

Lo anterior, obviamente, no quiere decir que la Revolución haya estado exenta de residuos de ideología criollista. En plena era convencionista y preconstitucional se publicó un libro que, reclamando credenciales revolucionarias, excluye lo indígena de "lo nacional" y reniega del mestizaje por ser el "producto forzado del beso fisiológico, sin amor", de razas antagónicas.[8] Y para esas fechas el criollismo había ganado como adepto nada menos que a Martín Luis Guzmán, quien no tuvo inconveniente en hacer suya la causa retardataria:

> La masa indígena es para México un lastre o un estorbo, pero sólo hipócritamente puede acusársela de ser elemento dinámico determinante. En la vida pacífica y normal, lo mismo que en la anormal y turbulenta, el indio no puede tener sino una función única, la de perro fiel que sigue ciegamente los designios de su amo.

Aun así, Guzmán al menos incluye al mestizo, junto con el "amo" criollo, entre las clases "socialmente determinadoras".[9] Y es que para entonces ya eran muy pocos los que al antiindigenismo aunaban la mestizofobia; los hispanistas, tanto como los indigenistas, se las ingeniaban para ver al mestizo como uno de los suyos.

[5] Luis Cabrera, "La solución del conflicto", en *Obras completas, cit.*, t. III, pp. 205-233. Artículo publicado el 18-19 de abril de 1911.

[6] Sobre los primeros educadores indigenistas y mestizófilos, véase Josefina Zoraida Vázquez, *Nacionalismo y educación en México* (El Colegio de México, México, 1979), pp. 143-146.

[7] Carlos Basave del Castillo Negrete, *Notas para la historia de la Convención Revolucionaria (1914-1915)* (México, 1947), p. 26.

[8] Se trata de Carlos Trejo Lerdo de Tejada, *La Revolución y el nacionalismo: todo para todos* (Imp. y papelería La Estrella, La Habana, 1916), esp. pp. 229-231.

[9] Martín Luis Guzmán, *La querella de México —A orillas del Hudson— Otras páginas* (Cía. General de Ediciones, México, 1959), p. 20. La primera obra —de la cual proviene la cita— fue publicada originalmente en 1915. [*Obras completas*, Fondo de Cultura Económica].

En ese orden de ideas es interesante notar que hasta los "latinistas" —los que insistían en ver la "latinidad" como esencia de lo mexicano— aceptaban el mestizaje. Un curioso folleto de la época, por ejemplo, dice que los indígenas están "degenerados por la embriaguez, estúpidos en una inercia de idiotas", y tras de espetar semejantes epítetos su autor se extraña ante la desconfianza del indio y se pregunta: "¿quién sabe cuál hado siniestro se interpone y lo aleja, como si temiera un contubernio infamante con nosotros?" Y uno no acierta a responder. Pero así y todo, desafiando al "hado siniestro", el autor del folleto autoriza a los miembros de esa "raza simpática" a "que vengan con nosotros a sentarse al convite de la civilización" no sin antes aceptar que corre por las venas del mexicano "sangre ibera e india" y enorgullecerse de que ello le confiera "el espíritu del Cid y el de Cuauhtémoc".[10] Como se ve, aunque el indio sigue siendo subestimado, ya ni siquiera desde el punto de vista de los neocriollófilos sale mal librado el mestizo.

Así, independientemente de algunos remisos del sueño criollo, la mestizofilia avanzaba a pasos agigantados. El fracaso del Porfiriato, el poderoso flujo de movimientos populares como el zapatismo y el villismo, compuestos preponderantemente de campesinos indígenas y mestizos, el hálito justiciero y reivindicador de la Revolución, todo conspiraba en favor de la corriente mestizófila. Se trataba de una singular amalgama de romanticismo redentor y realismo progresista que impelía a desgarrar las máscaras y a mostrar orgullosamente al mundo el verdadero rostro, cualquiera que éste fuera. Era una ruptura de viejos clichés que permitía develar la cara oculta de México y dejaba al desnudo, por vez primera, la fisonomía completa del país. Y era la determinación de un pueblo de verse a sí mismo sin distorsiones miméticas.

El muralismo, la novela de la Revolución y la música nacionalista no fueron más que el reflejo artístico de ese despertar de la conciencia colectiva, del sacudirse complejos inhibidores de la autenticidad. Como antítesis del siglo XIX mexicano, la eclosión revolucionaria dio un viraje de 180 grados, trasladando la obsesión de la intelectualidad a la búsqueda de las propias raíces (ejemplificada insuperablemente por la pretensión de Diego Rivera de elaborar su pintura a partir de la savia del maguey).[11] Y aunque "lo propio" se identificó con "lo popular", con las preponderantemente indígenas clases mayoritarias, el resultado fue, desde luego, un movimiento cultural sincrético. Los pintores pintaron indios con técnicas europeas, los juristas rescataron la legislación española de las Indias, los músicos, en fin, hicieron música "mestiza". México fue cubierto por un aluvión de creatividad simbiótica. "Si la Revolución poseía un programa", sostiene el observador extranjero, "era para crear una nación".[12] Una nación mestiza, cabría agregar.

[10] Véase José Cantú Corro, *Patria y raza* (Escuela Tip. Salesiana, México, 1924), pp. 27-51. El contenido del folleto es un discurso que el autor, sacerdote mexicano, pronunció el 12 de octubre de 1919.

[11] Sobre el movimiento cultural nacionalista en la posrevolución, véase Carlos Monsiváis, "Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX", en *Historia General de México* (El Colegio de México, México, 1981), t. II, pp. 1377-1548.

[12] Frank Tannenbaum, "Algunas reflexiones sobre la Revolución Mexicana", en Stanley

Las circunstancias, pues, eran idóneas para el auge del pensamiento mestizófilo. La situación interna y las influencias intelectuales provenientes del exterior —el creciente humanismo antirracista— allanaban el camino. Salvo alguna saliente excepción internacionalista,[13] las publicaciones de la época destilaban fervor patriótico. Pero a diferencia de las oleadas de patriotismo en la Independencia, el despojo de 1847 o la Intervención francesa, surgidas como reacción contra las intromisiones extranjeras, el sentimiento revolucionario era de introversión. A falta de un enemigo externo frente al cual cerrar filas y aparentar una unidad nacional tan heterogénea como abstracta, la nueva *intelligentsia* se preocupó por definir los factores de cohesión que una vez plasmados en la ideología de la Revolución habrían de unificar al país. El momento histórico exigía dar una expresión concreta a lo mexicano, y dada la efervescencia popular y la fijación de homogeneidad prevaleciente, el factor de identidad étnica no podía ser otro que el mestizaje. Siguiendo a Molina Enríquez, Luis Cabrera lo refrendó en 1931:

> Yo estoy enteramente de acuerdo en que la unificación debe procurarse alrededor del elemento mestizo, que es el tipo más numeroso y homogéneo y de condiciones de procreación y resistencia más adecuadas al clima para el crecimiento de la población.[14]

Cabrera, sin embargo, representaba la última manifestación de la mestizofilia de origen evolucionista, que no había podido aprovechar las ventajas de las doctrinas relativistas que acompañaron al proceso revolucionario. Y es que, a no dudarlo, el surgimiento de escuelas antropológicas más *ad hoc* para la apología del mestizaje así como el derrumbe del positivismo a manos del Ateneo de la Juventud facilitaron la tarea a los próximos exponentes de la corriente. Si ésta fue capaz de germinar aun a contrapelo del pensamiento racista decimonónico, con mucha mayor razón florecería ahora que encontraba un andamiaje teórico propicio. Y daría frutos. De ello se encargarían Manuel Gamio y José Vasconcelos.

2. Manuel Gamio: la reencarnación del indio

De ascendencia navarra y padre acaudalado, el antropólogo y sociólogo capitalino Manuel Gamio (1883-1960) inició su larga carrera académica con una esmerada educación en colegios privados. Después de realizar estudios en la Preparatoria Nacional ingresó a la Escuela de Minería, pero al poco tiempo la abandonó y se marchó a trabajar en la finca de su padre en Veracruz, donde

Ross, comp. *¿Ha muerto la Revolución Mexicana?* (Premiá Ed. La red de Jonás, Tlahuapan, Pue., 1981), p. 190.

[13] Se trata de Rafael Nieto, *Mas allá de la patria* (Andrés Botas e Hijo, México, 1922). El internacionalismo de Nieto, de extracción marxista, se basa en un análisis primordialmente económico.

[14] Luis Cabrera, "El balance de la Revolución", en *Obras completas*, *cit.*, t. III, p. 678.

el contacto con los naturales despertó su interés por la cuestión indígena. Tras la ruina de los negocios paternos obtuvo admisión primero en el Museo Nacional para estudiar arqueología y posteriormente en la Universidad de Columbia en Nueva York, en la que recibió los títulos de maestría y doctorado en antropología bajo la supervisión del célebre Franz Boas. Su trayectoria profesional estuvo ligada a varios gobiernos revolucionarios: fue sucesivamente inspector general de monumentos arqueológicos y director de antropología durante el carrancismo, subsecretario de Educación Pública con Calles —puesto del cual fue cesado a causa de sus actividades contra la corrupción del equipo de Puig Casauranc— y director del Instituto Indigenista Interamericano desde el último año de la administración cardenista hasta su muerte. Dirigió asimismo la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas y la revista *Ethnos,* que él mismo fundó y en la que colaboraron Miguel Othón de Mendizábal, Lucio de Mendieta y Núñez y otros. Aunque escribió cuentos y sus intereses se extendieron desde la criminología hasta la física, sus obras más importantes fueron *La población del valle de Teotihuacán* (1920), magno estudio antropológico que constituyó su tesis doctoral, y *Forjando patria* (1916), su análisis sociológico de México que habría de convertirse en un clásico de su género. Trató también con éxito el problema de la emigración de mexicanos hacia Estados Unidos y publicó un segundo volumen sobre su pensamiento sociológico, *Hacia un México nuevo* (1935). Fue miembro de asociaciones científicas de diversos países de América y Europa y recibió doctorados *Honoris Causa* de Columbia y la UNAM. Se le considera el padre de la antropología moderna en México.[15]

El interés de Gamio por el mestizaje está íntimamente ligado a su obsesión por la homogeneidad. Para él, la mayoría de los países latinoamericanos no son propiamente naciones porque, a diferencia de Alemania, Francia o Japón, carecen de unidad étnica y de identidad cultural. México es, en realidad, un heterogéneo conjunto de "patrias" en el cual los indígenas son marginados por la raza blanca. Por ello y porque lo antropológico es preeminente, la "avanzada y feliz fusión de razas, constituye la primera y más sólida base del nacionalismo".[16] Para conformar la nación mexicana es entonces fundamental redimir a "la clase indígena, a fin de que esté en posibilidad de mezclarse con la población blanca". Porque, en efecto, no hay razas superiores ni inferiores, y los indios, pese a vivir "con un retraso de 400 años", poseen "aptitudes intelectuales comparables a cualquier raza". El problema estriba en que los políticos de México han gobernado para el grupo social dominante, preponderantemente caucásico, sin atender a la antropología y la sociología. En consecuencia, las leyes que han regido al país han sido resultado de imitaciones extralógicas que se olvidan del elemento indígena y que, como la Constitución de 1867, han sido "de carácter extranjero en origen, forma y fondo". Lo que se necesita es entender al indio y, sobre todo, sacarlo de su

[15] Sus datos biográficos pueden verse en Ángeles González Gamio, *Manuel Gamio: una lucha sin final* (UNAM, México, 1988).

[16] Manuel Gamio, *Forjando patria* (Porrúa, México, 1960), pp. 7-13.

miseria, acercándolo al nivel del criollo. Lo demás vendrá por añadidura, puesto que "el transcurso del tiempo y el mejoramiento económico de la clase indígena contribuirán a la fusión étnica de la población", y con ello y la integración cultural surgirá una verdadera patria mexicana.[17]

Como se ve, en el sentido estricto del término, Gamio es el primer indigenista dentro de la corriente mestizófila. A diferencia de sus predecesores, el interés por el bienestar del indio —*vis-à-vis* el del criollo o el de la nación en su conjunto— ocupa un lugar preeminente en su cruzada en favor del mestizaje. Cierto, pugna por la desaparición de los indígenas, pero lo hace precisamente porque presiente que su suerte como tales no puede ser más negra; en ese sentido puede afirmarse que, más que su desaparición, Gamio quiere su reencarnación en mestizos. Y no sería muy aventurado pensar que su fijación homogeneizante sea efecto y no causa de una visión de la desigualdad étnica como fuente de entuertos. Es esta visión de injusticia la que le inquieta.

Ahora bien; no cabe duda de que bajo el prurito unificador del indigenista revolucionario subsiste una peculiar amalgama de compasión orgullosa por la porción desventurada de la mixtura mexicana:

> ¡Pobre y doliente raza! En tu seno se hallan refundidas la pujanza del bronco tarahumara que descuaja cedros en la montaña, el exquisitismo ático del divino teotihuacano, la sagacidad de la familia de Tlaxcallan, el indómito valor del sangriento mexica. ¿Por qué no te yergues altiva, orgullosa de tu leyenda, y muestras al mundo ese tu indiano abolengo?[18]

Más allá de afanes retóricos, está claro que se trata de una preocupación tan auténtica como desesperanzada. Contrapuntualmente romántico y pragmático, Gamio llega por último a la conclusión de que el "indiano abolengo" no desembarazará a sus detentadores de su secular carga de infortunio. Tras la máscara mestiza, en cambio, el indio puede colarse al banquete de la modernidad, el del México urbano e industrial que empieza a gestarse en la Revolución. Así, el objetivo del mestizaje ha dejado de ser la eliminación de la amenaza roja, como quería Pimentel, o la prevención de la traición blanca, como pretendía Molina Enríquez, para convertirse en el acceso de los indígenas a la nueva sociedad.[19]

Pero a Gamio debe atribuírsele otra aportación, acaso más importante que la anterior. Tres lustros antes de la postrer introducción que Molina hace de la variable cultural en su mestizofilia, don Manuel erige las manifestaciones artísticas en piedra angular de sus análisis. Partiendo del postulado de que "ante el arte no hay pueblos excluidos ni pueblos predilectos", sostiene que

[17] *Ibid.*, pp. 18-39. A esa fusión étnica coadyuvará también la fusión cultural.

[18] Gamio, *op. cit.*, pp. 21-22. El párrafo fue escrito originalmente para un artículo de Gamio en la revista *Modern Mexico* publicado en 1907.

[19] Huelga decir que en tal escenario también los criollos han de desaparecer, tanto por la lógica del crisol como a fin de evitar que la existencia de dos razas perpetúe la dualidad sujeto explotador-objeto explotado.

> cuando la clase media y la indígena tengan el mismo criterio en materia de arte, estaremos culturalmente redimidos, existirá el arte nacional, que es una de las grandes bases del nacionalismo.

El arte prehispánico no tiene nada que envidiar al español, y la unificación de criterios no ha de ser, como antaño, la entronización de los paradigmas estéticos occidentales, sino un verdadero maridaje producto del acercamiento del uno hacia el otro.[20] Y en este esfuerzo es el criollo, por obvias razones, quien debe tomar la iniciativa: en vez de europeizar al indio, exclama Gamio, "*indianicémonos* nosotros un tanto para presentarle, ya diluida con la suya, nuestra civilización [...]." Con la excepción del idioma —el español debe ser, sin menoscabo de la riqueza lingüística regional, la lengua nacional—,[21] la meta es una "cultura intermedia", la cual "acabará por imponerse cuando la población, siendo étnicamente homogénea, la comprenda". Mientras tanto, y por lo que se refiere a la más necesitada de las dos partes, es menester seguir una serie de criterios mediante los cuales el indígena conservará su arte a cambio de adoptar la ciencia occidental.[22]

La relación raza-cultura es fundamental para comprender cabalmente la tesis de Manuel Gamio. Si bien su pensamiento se inscribe en la tradición etnocentrista que proclama la primacía de la mezcla racial, a partir de él la corriente mestizófila entra en un recodo irreversible: por primera vez se propone sin ambages el mestizaje cultural. Más aún, éste se plantea, a un tiempo, como un importante catalizador de la fusión étnica y como su imprescindible producto. Por más que los genes sigan constituyendo el demiurgo de la homogeneización, y desigual o no, el intercambio se da ahora en la esfera cultural. Y es que la civilización indígena ha producido grandes manifestaciones artísticas, pero

> está retrasada con respecto a la civilización contemporánea, ya que ésta, por ser en parte de carácter científico, conduce actualmente a mejores resultados prácticos, contribuyendo con mayor eficacia a producir bienestar material e intelectual, tendencia principal de las actividades humanas.[23]

Tiene el arte, pero le falta la ciencia. He ahí el meollo de su desdicha. Su situación no es síntoma de inferioridad racial, sino resultado de un desequilibrio cultural que existe en todos los pueblos y que impide a cada uno, por virtud de una "ley de compensación", llegar al "perfeccionamiento integral."[24] Con ese argumento, Gamio aclara las bondades del mestizaje y, de

[20] *Ibid.*, pp. 39-41.

[21] *Ibid.*, pp. 109-111. Podría añadirse como salvedad la religión, aunque no queda muy claro si el sincretismo religioso de los "católicos-paganos" ha de prevalecer (véanse también pp. 85-92).

[22] *Ibid.*, pp. 96-98. Sobre los criterios "científicos" y "comerciales", véase el artículo de "América Indígena" (octubre de 1942) incluido en el apéndice de la citada edición de *Forjando patria*, pp. 192-201.

[23] Gamio, *op. cit.*, p. 96.

[24] *Ibid.*, pp. 104-105.

paso, resuelve sus dos contradicciones cardinales. Por un lado, concilia su romanticismo un tanto cuanto herderiano con su pragmatismo de corte anglosajón. Por otro, y acaso en forma paralela, satisface simultáneamente sus dos influencias primordiales: el relativismo cultural que aprendió de su maestro Boas y los resabios del evolucionismo que en su juventud le inculcaron los educadores positivistas del Porfiriato.

Aunque ambos contrastes se aprecian virtualmente en todas sus obras, su imagen más nítida se obtiene cotejando *Forjando patria* y *Hacia un México nuevo*. Si en la primera una postura de optimismo relativista inyecta el ánimo del autor, en la segunda es un pesimismo evolucionista —acaso fruto de su decepción del callismo— el que lleva la voz cantante. Mientras que en una Gamio ve al mestizo aparecer "con prístina pureza" como el "primer producto armonioso" de la Conquista,[25] en otra considera que el mestizaje "estuvo muy lejos de ser eugénico" y que por ello su producto "surgió defectuosa y lentamente".[26] Y pese a que en casi todos sus escritos es posible encontrar la influencia del darwinismo social, llama la atención el hecho de que ésta, en vez de disminuir, aumente con el tiempo. En el segundo libro mencionado, publicado casi dos décadas después del primero, el uso de conceptos como los de "selección" y "adaptación", así como la referencia a "la ley inevitable de la evolución", es mucho más patente. Sin embargo, hay que tener presente que la inferioridad evolutiva que atribuye a los indios no es racial. (Paradójicamente, Gamio cree tanto en la imposibilidad del mestizaje cultural sin la base de homogeneidad racial como en la igualdad esencial de las razas.[27]) Es la cultura la que provoca su hundimiento socioeconómico:

> El indio defendió y aún defiende su herencia cultural, siendo esto lo que en realidad lo mantiene en los estratos sociales inferiores, pues esa cultura, por pintoresca o interesante que sea, resulta anticuada e ineficiente para competir en la pugna social con la cultura de tipo europeo.[28]

Por ello, el nivel cultural del mexicano "está en razón inversa de la proporción de sangre indígena" que posea.[29] Y la solución de ese problema —Gamio es siempre más propositivo que especulativo— es la fusión racial y la concomitante síntesis de la cultura moderna con "las características utilizables de la decadente cultura indígena".[30]

El desencanto en esta etapa del pensamiento de Gamio es ostensible. La exaltación del arte prehispánico ha cedido el paso a la insistencia en lo anacrónico de la ciencia y la tecnología indígenas. Ahora propone la inmi-

[25] *Ibid.*, p. 66.

[26] Manuel Gamio, *Hacia un México nuevo* (INI, México, 1987), p. 34.

[27] Ésta es la impresión que deja la lectura de su obra, aunque él afirme en un breve pasaje que llegar al mestizaje cultural sin pasar por el racial no es imposible sino muy difícil y tardado. Véase *op. cit.*, p. 46.

[28] *Ibid.*, p. 147.

[29] *Ibid.*, p. 134.

[30] *Ibid.*, p. 228.

gración de razas europeas "afines" como catalizador del progreso cultural[31] e insiste en el rezago de las indígenas. ¿Cómo armonizar esta posición evolucionista con el relativismo boasiano? Muy sencillo: el conocimiento científico y tecnológico, que es el que genera el bienestar material, evoluciona unilineal y ascensionalmente y, por ende, aquí sí puede hablarse de sociedades atrasadas o adelantadas; en cambio, la producción artística, así como las manifestaciones religiosas, éticas o políticas, son el resultado de actividades "meramente convencionales, emotivas y sentimentales" que observan ciclos de florecimiento y decadencia.[32] Aunque Gamio no hace explícita esta distinción, es evidente que en ella se apoya para construir su tesis. No obstante, el discípulo de Boas se cuida de dejar bien claro que no existen pueblos superiores, reitera su rechazo a la "tiranía estética" de los poderosos que pretendan imponer sus cánones de belleza[33] e incluso llega a avizorar, en su siguiente libro, su propia raza cósmica.[34] Y es interesante hacer notar que aunque en esta nueva obra corona su campaña por la modernización indígena sugiriendo la implantación de un "taylorismo rural", la amenazadora presencia de la segunda Guerra Mundial impulsa el péndulo gamiano hacia su lado romántico, desde el cual formula su deseo de que las "viejas culturas indígenas vuelvan a surgir" en consorcio con la occidental.[35] La repugnancia a la explosión de racismo en Europa, al parecer, le devuelve la vehemencia indigenista y con ella el aliento para defender la causa autóctona y, como Herder, proponer el respeto y la valoración del folklore de cada nación.[36]

Hay algo, empero, en lo que la posición de Manuel Gamio nunca fluctúa: su aversión por la imitación extralógica y su afán de originalidad. En este rubro puede considerársele, después de Molina Enríquez, como el precursor del nacionalismo cultural de la Revolución mexicana. Al igual que Molina, Gamio fustiga ardientemente a los "extranjeristas ridículos" y su "cultura cismática", a la que juzga "patrimonio de pedantes y de imbéciles", exaltando el muralismo y la música "indoeuropea" de Manuel M. Ponce y exhortando a la creación de una literatura nacional.[37] De hecho, la actitud mesurada, "centrista", que caracteriza la resolución de la tendencia contrapuntual de don Manuel —quien incluso prefiere ser considerado "mexicanista" antes que indigenista[38] pasa a segundo término cuando de la cultura nacional se trata.

[31] *Ibid.*, pp. 44-46. Después especificaría que ibéricos, balcánicos, italianos e incluso siriolibaneses serían bienvenidos. Véase Manuel Gamio, *Consideraciones sobre el problema indígena* (Instituto Indigenista Interamericano, México, 1966), pp. 167-169. Este libro fue publicado originalmente en 1948.

[32] Gamio, *México nuevo*, p. 61.

[33] *Ibid.*, p. 183.

[34] Gamio, *Consideraciones*, p. 152.

[35] *Ibid.*, pp. 84-86 y 193.

[36] *Ibid.*, p. 229 Cabe añadir que no obstante su propuesta de armonía mundial, Gamio no altera su anterior oposición a formar parte de "una federación internacional", en la que —considera— los poderosos sojuzgarían a los débiles. Véase Gamio, *México nuevo*, p. 22.

[37] Gamio, *Forjando patria*, pp. 48-52, 97-99 y 113-118. Véase también Gamio, *México nuevo*, pp. 184-185.

[38] Gamio, *Forjando patria*, p. 153. El prurito de Gamio por el equilibrio y la armonía se advierte no sólo en su mestizofilia sino también en su rechazo al socialismo y al capitalismo, en

Como buen clasemediero —él también establece, aunque con menor minuciosidad que Molina, una correlación entre raza y clase— otorga a los estratos mestizos intermedios la exclusiva del arte mexicano,[39] y culpa a los desequilibrios étnicos, sociales y culturales causados por la dominación española de la ausencia de una verdadera identidad nacional. Felizmente, añade, tanto en el aspecto cultural como en lo demás, la Revolución ha enmendado el rumbo.[40] Y si bien queda mucho por hacer para forjar "una patria poderosa y una nacionalidad coherente y definida", Manuel Gamio ha cumplido su cometido proporcionando un programa de acción. "Fusión de razas, convergencia y fusión de manifestaciones culturales, unificación lingüística y equilibrio económico de los elemento sociales" son, en ese orden, las piezas del rompecabezas llamado México.[41] En la magna empresa de armarlo no excluye a nadie: criollo, asigna un papel determinante a los blancos; indigenista, hace a los indios objeto de redención. Ambos, sin embargo, habrán de desaparecer. En el México posrevolucionario —pronto en toda América Latina— no parece haber lugar más que para el mestizo.

3. José Vasconcelos: ¡mestizos de América, uníos!

El encargado de enarbolar la bandera de la unificación mestizoamericana fue José Vasconcelos (1882-1959), el controvertido filósofo y educador oaxaqueño que tantas mentes, en favor y en contra, ha logrado ofuscar. Nacido en el seno de una familia criolla de clase media, Vasconcelos vivió su infancia bajo la influencia del espiritualismo religioso de su madre en la población fronteriza de Piedras Negras, sede temporal del trabajo de su padre, quien fungía como agente aduanal. Realizó sus primeros estudios en Eagle Pass, donde resintió la discriminación contra el mexicano, y continuó su educación en los distintos lugares de México en que la familia tuvo que vivir. Se recibió finalmente de abogado, y ejerció la profesión en distintas etapas de su vida. Fundó, con Antonio Caso, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña el famoso Ateneo de la Juventud, y creó la Universidad Popular. La Revolución lo hizo abandonar por un tiempo sus proyectos académicos y afiliarse al maderismo, logrando en él una importante participación como ideólogo del Partido Antirreeleccionista. Pasó fugazmente por la dirección de la Escuela Nacional Preparatoria, de la que fue cesado por Carranza, para ser más tarde nombrado ministro de Instrucción Pública del gobierno convencionista de Eulalio Gutiérrez. Exiliado, viajó por Estados Unidos y Europa, y a su regreso asumió la rectoría de la Universidad Nacional —a la que legó escudo y lema— durante el interinato de De la Huerta. Obregón lo nombró poco después secretario de Educación Pública, puesto en el cual realizó la labor más fructífera

su método de educación integral y hasta en su concepción de la "mujer ideal". Véase *op. cit.*, pp. 119, 141 y 159-161.

[39] Véase *op. cit.*, pp. 93-101.

[40] *Ibid.*, pp. 167-170.

[41] *Ibid.*, p. 183. Con mayúsculas en el texto.

que en ese ramo se haya visto en México, creando escuelas, alfabetizando, difundiendo la cultura y encarnando el mecenazgo del muralismo y el movimiento cultural nacionalista en general. Al final de la administración obregonista, opuesto a la candidatura de Calles, renunció al gabinete para buscar inútilmente la gubernatura de Oaxaca. Tras de algunos viajes por Europa y Sudamérica y mucha actividad periodística y literaria, aceptó su postulación como candidato a la presidencia y se enfrentó al callismo en la histórica campaña del 29. Amargado por su derrota, se convirtió en uno de los más acérrimos críticos conservadores del sistema político mexicano, se dedicó a escribir y terminó sus días como director de la Biblioteca México. Su producción intelectual fue principalmente filosófica, entre la cual destaca su *Estética* (1935), aunque se le conoce más por sus libros autobiográficos, especialmente su *Ulises criollo* (1935) —considerado por algunos la mejor novela de la Revolución—, y por sus ensayos *La raza cósmica* (1925) e *Indología* (1926). Escribió asimismo cuentos e historia. Fue proclamado "maestro de la juventud" en Centro y Sudamérica, ingresó como miembro fundador al Colegio Nacional y a la Academia Mexicana de la Lengua y ocupó la vicepresidencia de la Federación Internacional de Sociedades Filosóficas. Contó entre sus amigos (y enemigos) a lo más granado de la intelectualidad latinoamericana y española y mantuvo una excelente relación con Romain Rolland.[42]

La mestizofilia de Vasconcelos empieza a manifestarse en sus *Estudios indostánicos*.Aquí sostiene, si bien con algunos titubeos, que sólo las razas mestizas producen grandes civilizaciones, y pone como ejemplo la mezcla de arios y drávidas en la India. Además, vaticina que en la zona ecuatorial —concretamente en la India y en el Brasil— florecerán grandes creaciones artísticas que harán palidecer el arte europeo contemporáneo: "Porque no es el frío, sino el calor, la condición del verdadero progreso homogéneo de todas las potencias humanas."[43]

Pero es en *La raza cósmica* donde la tesis vasconceliana del mismo nombre se desarrolla a plenitud. En esa obra afirma que "las distintas razas del mundo tienden a mezclarse cada vez más, hasta formar un nuevo tipo humano, compuesto por la selección de cada uno de los pueblos existentes" y que, por supuesto, la sede de semejante síntesis racial será Iberoamérica. Negros, rojos, amarillos y blancos formarán aquí "una quinta raza universal,

[42] No deja de ser sorprendente que la mejor biografía de Vasconcelos siga siendo su propia autobiografía, pese a tratarse, como bien señala Enrique Krauze en "El regreso de Ulises", en *Caras de la historia* (J. Mortiz, México, 1983), p. 108 de "el mexicano más 'biografiable' del siglo". Lo que sobre don José se ha escrito, salvo honrosas excepciones, no contiene sino refritos de los argumentos autoglorificantes o autodenigrantes del mismo biografiado. Como ejemplo pueden verse los extremos del espectro: la emotiva apología de Joaquín Cárdenas Noriega, *José Vasconcelos, guía y profeta* (Ed. PAC, México, 1985), la desafortunada parodia de la vida y obra vasconcelianas de José Joaquín Blanco, *Se llamaba Vasconcelos* (Fondo de Cultura Económica, México, 1983).

[43] José Vasconcelos, "Estudios indostánicos", en *Obras Completas*, t. III, (LIMUSA, México, 19 9), pp. 98-99. Publi ado originalmente en 1919.

fruto de las anteriores y superación de todo lo pasado".[44] A diferencia de Estados Unidos, América Latina no se limitará a repetir el modelo exclusivista de su metrópoli, sino que creará una civilización "hecha con el genio y con la sangre de todos los pueblos y, por lo mismo, más capaz de verdadera fraternidad y de visión realmente universal". La capital de la nueva zona será "Universópolis" y estará situada cerca del río Amazonas, en el corazón de la región intertropical. Si el blanco triunfó contra el frío, su misma ciencia triunfará también contra el calor, y entonces "la humanidad entera se derramará sobre el trópico". Porque "las grandes civilizaciones se iniciaron entre trópicos y la civilización final volverá al trópico".[45]

Vasconcelos apoya su profecía en dos premisas teóricas. Una de ellas es su "Ley de los tres estados sociales", la cual sostiene que la evolución de la humanidad se divide en tres periodos: "el material o guerrero, el intelectual o político y el espiritual o estético". Según esta ley, el ser humano se libra gradualmente de la necesidad como motivación primordial hasta llegar a sustituirla por el gusto. Así, en la tercera etapa, que es en la que se forjará la raza cósmica, el hombre ya no se guiará por móviles materiales o intelectuales sino por instinto espiritual y se reproducirá de acuerdo con una "eugénica misteriosa del gusto estético" que hará desaparecer a feos y tontos. La civilización final, pues, estará constituida por una raza superior que se habrá formado mediante una "selección por el gusto", y de este modo "la vida fundada en el amor llegará a expresarse en formas de belleza".[46] La otra premisa es la interpretación de la historia reciente de Europa y América como resultado de la pugna entre la "latinidad" y el "sajonismo". España, que tras la desaparición del Imperio romano se erigió en el bastión de la cultura latina, empezó a ser rebasada por Inglaterra desde la derrota de su Armada Invencible. Y ahora que el conflicto ha cruzado el océano Atlántico, los latinoamericanos continúan cediendo terreno ante los yanquis debido a su desunión:

> La raza que había soñado con el imperio del mundo, los supuestos descendientes de la gloria romana, cayeron en la pueril satisfacción de crear nacioncitas y soberanías de principado, alentadas por almas que en cada cordillera veían un muro y no una cúspide.

Para triunfar contra el sajonismo es imperativo unir la América Latina. Y aunque los sajones son muy capaces y llevan una amplia ventaja, cometieron el error de exterminar a la raza roja. Los latinos, en cambio, la asimilaron, y eso les permite recibir la "misión divina" de realizar "el fin ulterior de la Historia, que es lograr la fusión de los pueblos y las culturas".[47]

Como las de algunos de sus antecesores, la mestizofilia de Vasconcelos también es relativa. Ni en su mejor época —la de antes de 1929— oculta su

[44] José Vasconcelos, "La raza cósmica", en *Obras Completas*, t. II (LIMUSA, México, 1958), pp. 903 y 909.
[45] *Ibid.*, pp. 921-926.
[46] *Ibid.*, pp. 926-936.
[47] *Ibid.*, pp. 909-912 y 916-919.

tendencia al hispanismo. De hecho, su concepto del mundo prehispánico es tan bajo que tiene que recurrir al mito de la Atlántida para no denigrar a los indios. Incapaz de poner en un plano de igualdad a conquistadores y conquistados, presenta a la población autóctona como los restos de los fabulosos atlantes, quienes degeneraron en "los menguados imperios azteca e inca, indignos totalmente de la antigua y superior cultura".[48] De ese modo justifica el ingreso de los "rojos" en la raza cósmica no por lo que son sino por lo que fueron, aceptándolos como una suerte de aristócratas de la raza venidos a menos:

> Dígase lo que se quiera, los rojos, los ilustres atlantes de quienes viene el indio, se durmieron hace millares de años para no despertar. En la historia no hay retornos, porque toda ella es transformación y novedad. Ninguna raza vuelve; cada una plantea su misión, la cumple y se va.

Y para dar coherencia a su tesis, anuncia el próximo declive de los blancos:

> Los días de los blancos puros, los vencedores de hoy, están tan contados como lo estuvieron los de sus antecesores. Al cumplir su destino de mecanizar al mundo, ellos mismos han puesto, sin saberlo, las bases de un periodo nuevo, el periodo de la fusión y la mezcla de todos los pueblos.[49]

Sin embargo, además de dejar a los negros ayunos de misión histórica, don José no pone en claro a qué raza le corresponde la nueva tarea del mestizaje, puesto que tanto los rojos como los blancos cumplieron ya la suya. En realidad, se trata más bien de una "subraza", la caucásico-latina, que al ser marginada de la empresa científica por sus hermanos nórdicos tiene pendiente su aportación. Por eso los indios no enfrentan otro camino al futuro que el de la civilización latina, que es la destinada a llevarlos a la tierra prometida.

La mezcla vasconceliana, como se ve, no es muy equitativa. Por mediterráneo que sea, es el blanco el que impone sus condiciones en ella. Sin miramientos, Vasconcelos afirma que Latinoamérica "debe lo que es al europeo blanco" y presiente que en la raza final predominarán los caracteres caucásicos.[50] Es obvio que en este ensayo don José se esfuerza por armonizar su hispanofilia con la idea del mestizaje. Pero el precario equilibrio que de ello resulta se hace pedazos cuando el resentimiento del político fustrado amarga, a partir de los años 30, la segunda parte de su obra. Para entonces *La raza cósmica* pasa a ser "un ensayito miserable" y la elegida América un "continente moroso" habitado por "razas de segunda". El antiindigenismo aflora por todas partes: sin "lo español" México sería "una colección de tribus incapaces de gobierno propio"; el único legado del indio es el salvajismo; Molina Enríquez y Gamio son títeres del Smithsonian y la Carnegie.[51] La asombrosa

[48] *Ibid.*, pp. 907-909.
[49] *Ibid.*, p. 917.
[50] *Ibid.*, pp. 926-927.
[51] Véase José Vasconcelos, "La tormenta", en *Memorias* (Fondo de Cultura Económica, Méxi , 1983), esp. pp. 531, 626, 674 y 795. Publicado originalmente en 1937.

capacidad para la diatriba del flamante Ulises arrasa todo a su paso, haciendo evidente que su nuevo proyecto de nación se inscribe nítidamente en la más rancia tradición criolla, la que desgraciadamente no logró "convertir a la Nueva España en una España mejor que la de la península, pero con su sangre, con nuestra sangre". La marginación de los no-blancos, el otrora pecado capital de Estados Unidos, es ahora un acierto que México debió haber imitado.[52] Del Vasconcelos pro mestizo apenas quedan rastros. Es, sin duda, una verdadera lástima que la mestizofilia haya perdido de esa forma a una de las mentes más brillantes que ha dado México.

De todo lo anterior se desprende una pregunta obligada: ¿qué lleva entonces a José Vasconcelos a formular la tesis del mestizaje universal? No es el miedo a los levantamientos indios de Pimentel, ni el afán de diferenciación de Riva Palacio, ni el deseo de fortalecer a una clase social de Sierra, ni el anhelo de cohesión y justicia de Molina Enríquez, ni el ansia de redimir al indígena y homogeneizar a México de Gamio. Es, sí, un poderoso argumento que ayuda a persuadir a todos y cada uno de los miembros de la corriente mestizófila: la avasalladora e irreversible realidad del mestizaje. Este común denominador, que en mayor o menor medida influye en sus predecesores, adquiere en Vasconcelos un relieve tan preeminente como explícito. En ese sentido se revela en él, como para desmentir su fama de romántico, un insólito pragmatismo. Porque, afirma en su *Indología*,

> es demasiado tarde para que nosotros quisiésemos intentar un cambio de prácticas; no nos queda más recurso que seguir valientemente por la aventura del mestizaje, fortaleciendo nuestro intento con todos los poderes de la reflexión y del saber, dejándole entero el sentido todavía insondable de su misión.[53]

En otras palabras, hay que sacarle provecho a lo ineludible. El Vasconcelos que esto escribe, por supuesto, no se ha convertido todavía en "Ulises criollo" y puede, pues, lamentar el no tener sangre negra y enorgullecerse de poseer "una corta porción de sangre indígena".[54] Su inteligencia no se ha obnubilado aún. Pero ése es el Vasconcelos que interesa aquí: el que acepta la presencia mayoritaria del mestizo e intenta convertirlo en el eje mítico de la integración latinoamericana. Porque en efecto, el propósito de la profecía vasconceliana es hacer de la raza cósmica un mito y de éste un imán unificador. Su elaboración teórica encubría un grito de acción: ¡mestizos de América, uníos!

Las influencias intelectuales de Vasconcelos, por otra parte, tan complejas en su obra filosófica, son en su tesis del mestizaje relativamente sencillas.

[52] José Vasconcelos, "Breve historia de México", en *Obras Completas*, t. IV (LIMUSA, México, 1961), pp. 1487-1489. Publicado originalmente en 1938.

[53] José Vasconcelos, "Indología", en *Obras Completas*, t. II, *cit.*, p. 1188. Véase la misma idea en el libro del que es coautor con Gamio: *Aspects of Mexican civilization* (The University of Chicago Press, Chicago, 1926), p. 89. En este último, por cierto, se nota la influencia de Gamio y Molina Enríquez en Vasconcelos (véase esp. 89-93 y 96-97).

[54] Vasconcelos, "Indología", *op. cit.*, p. 1089.

Aunque para respaldar sus supuestos científicos cite a Mendel o a Leclerc du Sablon, y aunque intente con denuedo demostrar que Spencer y Darwin no tiene nada que ver en ella, es evidente que en su formulación intervienen reminiscencias de un positivismo preateneísta. Su ley de los tres estados sociales, si bien por su espiritualismo difiere sustancialmente de la de Comte, ostenta la misma variedad de progresismo unilineal que la del pensador francés. Y su imagen del hombre cósmico huele a la bestia rubia de Nietzsche, por más que el mexicano aclare que el suyo será un "totinem" distinto al superhombre nietzscheano.[55] La quinta raza, en todo caso, se formará por selección; así sea ésta estética y amorosa, los individuos inferiores desaparecerán para dar paso al perfeccionamiento de la especie. ¿No se escuchan por ahí los discretos pasos de Darwin y Spencer?

Desde luego, esto no quiere decir que la tesis en cuestión sea de corte primordialmente evolucionista. El influjo de los demás maestros de Vasconcelos, con Bergson a la cabeza, está asimismo patente: la idea del gusto como guía del comportamiento es claramente intuicionista, como lo son muchas de las argumentaciones que de ella se derivan. Lo que pasa es que, como en muchos de sus coetáneos, el estudiante porfiriano no se desvanece del todo en el pensador revolucionario. A pesar de su neoplatonismo plotínico y de su cruzada contra el positivismo, el joven filósofo no ha logrado sacudirse por completo las bases de su educación barrediana.

Con todo, su contribución a la corriente mestizófila no se devalúa un ardite. Aun cuando la tesis de la raza cósmica, al aparecer desprovista del propósito de justicia social, significa un retroceso con respecto a Molina Enríquez y Gamio, José Vasconcelos da un paso adelante elevando al mestizo a rango universal. Los híbridos nacionales —la nación para él es América Latina— no sólo ya no tienen que sufrir para ponerse al tú por tú con los extranjeros "puros", sino que ahora son el ejemplo a seguir.[56] La pretensión eurocentrista de trasplantar el modelo europeo al "nuevo" continente queda invertida, ya que "para un objetivo tan menguado no se quedó en reserva cinco mil años la América".[57] El tono profético va, aquí y en otras partes, aparejado al anticolonialismo. Y es que el Vasconcelos de antes del 29 es ante todo un "filoneísta", un ideólogo de la emancipación cultural latinoamericana. Éste es su otro gran mérito: la exhortación a innovar no sólo en materia de arte sino en todos los ámbitos del conocimiento. "Precisamente", recalca, "en las diferencias encontramos el camino; si nomás imitamos, perdemos; si descubrimos, si creamos, triunfaremos." Y añade: "Cada raza que se levanta necesita construir su propia filosofía, el *deus ex machina* de su éxito."[58] Su lucha es contra el colonialismo mental, contra la imitación de doctrinas que en Mestizoamérica sólo pueden traducirse en autodepreciación. El caso de México es elocuente:

[55] *Ibid.*, p. 1190.

[56] Como Gamio, Vasconcelos supedita el "internacionalismo" a la integración nacional (en este caso subcontinental) por considerar que aquél serviría para consumar el triunfo de los poderosos. Véase Vasconcelos, "La raza cósmica", *op. cit.*, p. 912.

[57] *Ibid.*, p. 919.

[8] *Ibid.*, pp. 918-935.

su historia no es más que la sucesiva superposición de capas culturales que no se mezclan.[59] De ahí el imperativo de originalidad que da a luz la idea de la síntesis universal.

La tesis de la raza cósmica puede sonar hoy descabellada, pero en su momento representó el esfuerzo racional de uno de los intelectuales latinoamericanos más creativos por inaugurar una tradición cultural propia. De nuevo, es de lamentarse que su frustración política y las incontables polémicas que ella provocó lo hayan impulsado a abrazar el más autodenigrante antiindigenismo, y que la urgencia de armas para el debate ideológico lo haya orillado a abandonar la creación de su propio arsenal y a parapetarse en la trinchera del conservadurismo más anacrónico. Pero es de felicitarse que, a pesar de su hispanismo, su circunstancia le haya permitido engrosar las filas de la mestizofilia. Después de todo, su ulterior extravío no tiene por qué ensombrecer su genio original.

4. El México posrevolucionario: el mexicano bajo la lupa

La raza cósmica constituyó el colofón de la era etnocentrista de la corriente mestizófila mexicana, de alguna manera preludiado por la creciente presencia de la variable cultural en las obras de Molina Enríquez y de Gamio. En ello, ciertamente, tuvo mucho que ver la decadencia del pensamiento racista occidental, el cual pronto habría de explotar en el absurdo nazi para exhalar con el fin de la hecatombre bélica su último aliento amenazante. Pero la responsable directa del deceso de la mestizofilia racial en México fue una nueva escuela filosófico-psicológica creada por el influjo introspectivo de la Revolución y su eclosión creativa. En efecto, además de presenciar el surgimiento de las multicitadas tendencias pictórica, literaria y musical, la época posrevolucionaria vio florecer un movimiento de indagación sobre lo mexicano que pretendía descubrir sus características distintivas y, en particular, la razón de su subdesarrollo. Este aspecto del vuelco de los mexicanos sobre sí mismos —no hay que olvidar que la autoauscultación no se quedó en cenáculos intelectuales, sino que llegó a manifestarse en el cine y en la música popular— fue, sin duda, uno de los frutos menos perecederos de la guerra civil de 1910. Desde entonces se han derramado verdaderos ríos de tinta que buscan el cauce de la mexicanidad, entre los cuales corre un afluente de la corriente mestizófila que engrosa la renovada búsqueda de la polifacética identidad nacional. En este nuevo movimiento, sin embargo, el mestizaje racial ha perdido su anterior importancia al dejar de ser considerado como meta por alcanzar y convertirse en hecho histórico, irrelevante salvo por sus implicaciones estéticas. Y si bien ya Ezequiel Chávez —mestizófilo por cierto— había teorizado sobre el carácter del mexicano,[60] es precisamente

[59] Vasconcelos, *Aspects*, *cit.*, p. 5.

[60] Ezequiel A. Chávez, "Ensayo sobre los rasgos distintivos de la sensibilidad como factor del carácter mexicano", en *Revista Positiva* (México, 1° de marzo de 1901) pp. 84-89. Chávez

un filósofo con inclinaciones psicológicas quien inaugura propiamente la nueva era.

Samuel Ramos, discípulo de Caso y Vasconcelos, publica en 1934 *El perfil del hombre y la cultura en México* y desata la inquietud. Siguiendo a Adler, sostiene que el mexicano padece un complejo de inferioridad que deriva de su condición de impotencia pueril frente a la magna presencia de Europa. Mas independientemente de esta tesis, lo importante aquí es notar que las reflexiones sobre la mexicanidad se inician con un paso hacia atrás (aunque quizá para dar después dos hacia adelante). Ramos, en efecto, es un europeísta que nada tiene que decir en favor de la cultura indígena. Ve a los indios como seres ingénitamente pasivos e indiferentes. Peor aún, rechaza el mestizaje cultural afirmando que la parte autóctona fue destruida por los conquistadores y que, en todo caso, "el sedimento criollo de cultura representa la porción más rígida del carácter mexicano".[61] Su posición es diáfana a cual más:

> Debemos aceptar que nuestras perspectivas de cultura están encerradas dentro del marco europeo [...] Tenemos sangre europea, nuestra habla es europea, son también europeas nuestras costumbres, nuestra moral, y la totalidad de nuestros vicios y virtudes nos fueron legados por la raza española.[62]

Ni una huella dejaron los indios. Ni siquiera en los genes, puesto que Ramos, quien coquetea con la versión de la lucha de razas de Spengler y llega a admitir la existencia de "razas superiores", se afilia colectivamente a "la raza hispánica, a la que nosotros pertenecemos". Y aunque por momentos él mismo oscurece su epidermis y habla de los mexicanos "como hombres de color" —¿influencia morisca, tal vez?— queda claro que "nuestra raza es una ramificación de una raza europea".[63] Ciertamente, el hecho de escribir todavía bajo los efectos de las últimas ideas racistas contribuye a que don Samuel llegue a la desoladora conclusión de que la cultura mexicana no puede ser original y que debe derivar de Europa. "Para volver la espalda a Europa —exclama agudamente— México se ha acogido al nacionalismo... que es una idea europea."[64] No hay, pues, salvación.

El gran legado de Samuel Ramos, no obstante, fue el haber despertado vocaciones mexicanistas y el haber desencadenado una sumamente fecunda controversia. A raíz de su libro y su cátedra, así como de la de José Gaos, surgió en 1949 el grupo filosófico Hiperión, que designó a México y lo mexicano como objeto de su estudio. Y exactamente bajo ese nombre, "México y lo mexicano", se publicó una colección de obras dirigidas por Leopoldo Zea en la

sostiene allí la necesidad de que la disímil población mexicana sea "machacada por el mortero de la historia" a fin de culminar el mestizaje.

[61] Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México* (Espasa Calpe, col. Austral, México, 1938), pp. 28-36.

[62] *Ibid.*, pp. 68-69.

[63] *Ibid.*, pp. 106-10 13 .

[64] *Ibid.*, pp. 8 y 94-96.

cual participaron, además de Alfonso Reyes y el mismo Zea, pensadores de la talla de Jorge Carrión, Emilio Uranga, José Moreno Villa y Salvador Reyes Nevárez.[65] Otros intelectuales continuaron por diversos caminos la pesquisa. El enfoque filosófico-psicológico de estas reflexiones permitió superar venturosamente y en forma definitiva la obsesión étnica y sustituirla por el prisma de la cultura.

Mas a pesar de lo anterior, el mestizaje cultural se adoptó, con pesimismo u optimismo, como algo ineluctable o a punto de consumarse y, por ende, la nueva corriente mestizófila perdió el sesgo propositivo de sus antecesores. Ya no se juzgó necesario elaborar proyectos para culminar la síntesis final. Para algunos, el origen mestizo se volvió un hecho tan presente como pasado, algo que el mexicano recuerda para olvidar. Éste es el caso de Octavio Paz, quien en su célebre ensayo de 1950 piensa que

> la extraña permanencia de Cortés y de la Malinche en la imaginación y en la sensibilidad de los mexicanos actuales revela que son algo más que figuras históricas: son símbolos de un conflicto secreto, que aún no hemos resuelto.

Pero según Paz, pese a la evidente dualidad de su progenie el mexicano reniega de su hibridismo:

> El mexicano no quiere ser indio ni español. Tampoco quiere descender de ellos. Los niega. Y no se afirma en tanto que mestizo, sino como abstracción: es un hombre. Se vuelve hijo de la nada.[66]

Su voluntaria orfandad se convierte así en una crisis de identidad cuyo desenlace, sin embargo, queda en suspenso.

Leopoldo Zea abandera tres años después otro punto de vista. Su visión del mestizaje cultural es optimista, dado que considera que su avance ha sido y será, para bien de México, inexorable. En contraste con la imagen negativa que ofrece Ramos, Zea asegura que "el espíritu mestizo ha dado lugar a un nuevo sentimiento de seguridad, superioridad y eficacia". Y si bien el mexicano sigue recibiendo la influencia de la cultura occidental, su actitud ha dejado de ser mimética. "Lo occidental", reitera, "hasta ayer postizo y falso, se va transformando en parte esencial y, por esencial, propio de nuestra cultura." Ello se debe en buena medida a la aceptación de la raíz indígena que sutilmente alimenta la cultura mexicana. Y es que aunque en mezcla desigual, esta cultura es híbrida:

> La cultura mestiza que ahora empieza a perfilarse es occidental, ni qué negarlo, pero a pesar de ello, distinta, inconfundible. Esta distinción se la da esa parte que el indígena ha aportado, así como también se la da ese espíritu o modo de sentir la

[65] La editorial fue Porrúa y Obregón.

[66] Octavio Paz, *El laberinto de la soledad* (Fondo de Cultura Económica, México, 1987), pp. 78-79.

vida que, hemos visto, es propio del mestizo, del hijo del blanco y de la india que un accidente hizo surgir.[67]

Si Paz no repara en la solución al sincretismo mexicano, Zea no encuentra en él ningún problema. No sólo ve en la mezcla cultural un proceso deseable, sino que no halla obstáculos en su camino. Que el mestizaje resulte de dosis asimétricas no es tampoco un inconveniente. Los partidarios del México mestizo pueden descansar: el advenimiento de la patria por la que tanto lucharon es inminente.

Para Santiago Ramírez, en cambio, el asunto es más complicado. Como buen psicólogo —freudiano para más señas— descubre la fuente de los complejos del mexicano en su relación con sus padres. Y como el mexicano es mestizo, es decir originalmente vástago de padre español y madre india, busca las causas de su desequilibrio en los sentimientos encontrados que le invaden a fuer de prisionero atrapado entre el mundo maternal indígena, pasivo y estigmatizante, y el mundo paternal español, violento e inalcanzable. Pero Ramírez tampoco propone una terapia de mestizotropismo; la patología habrá de superarse, si acaso, por otros medios.[68]

Algo similar sucede con dos de los más recientes estudios sobre el mexicano, los que vale la pena citar para completar este somero repaso de algunos de los más representativos. Uno de ellos —por marxista atípico— no se conforma con soslayar el mestizaje, sino que rechaza incluso la existencia del "mexicano típico", la que interpreta como "un problema completamente falso, que sólo tiene interés como parte del proceso de constitución de la cultura política dominante" cuyo fin es legitimar la explotación. Según esta tesis (que aunque exagerada sirve para moderar en forma dialéctica los excesos en que ha incurrido la literatura de la mexicanidad), el remedio de México está exclusivamente en el plano socioeconómico, y en esto "el famoso anfibio del mestizaje" no tiene más función que la de una metáfora provocadora.[69] El otro estudio, por último, sí asigna al mestizaje un papel fundamental —de hecho es la obra actual que más importancia otorga al mestizaje— pero comparte el optimismo de quienes piensan que la síntesis cultural mexicana "camina hacia su cabal maduración", erradicando a su paso mimetismos y complejos de inferioridad. "El mestizaje, hecho consumado", afirma atinadamente su autor, "es también un proceso por cumplir". Mas todo indica que ese proceso cristalizará sin mayores contratiempos.[70]

En suma, la incipiente neomestizofilia mexicana introduce dos variantes esenciales. La primera es el afianzamiento del enfoque cultural del mestizaje

[67] Leopoldo Zea, *Conciencia y posibilidad del mexicano/El Occidente y la conciencia en México/Dos ensayos sobre México y lo mexicano* (Porrúa, México, 1974), pp. 96-99. Las citas son de la segunda obra.

[68] Santiago Ramírez, *El mexicano psicología de sus motivaciones* (Enlace-Grijalbo, México, 1986), pp. 48-65.

[69] Roger Bartra, *La jaula de la melancolía* (Enlace-Grijalbo, México, 1987), pp. 21-22 y 29-32.

[70] Agustín Basave Fernández del Valle, *Vocación y estilo de México* (LIMUSA, México, 1989), pp. 96, 414 y 5-557.

a costa de la antigua preocupación por lo racial. La segunda es la percepción del sincretismo cultural como algo tan ostensible como irremediable o bien como un proceso bienhechor que se enfila por sí solo a su culminación, y la concomitante pérdida del carácter prescriptivo de los etnomestizófilos. Esto último puede ser hasta cierto punto comprensible: a los estudiosos de la mexicanidad les tocó observar desde un mejor ángulo histórico la arrasadora marcha del proceso de mezcla racial. Pero es evidente que la fusión cultural no avanzó como lo hizo la étnica. En ese orden de ideas se explica la confianza en la inercia del mestizaje racial, pero no se justifica la expectativa de progreso en lo que al mestizaje cultural se refiere. Y por otra parte, queda por dilucidar la relegación del tema del mestizaje a un plano secundario en la obra de los pensadores mexicanos contemporáneos. Porque al menos en la producción intelectual de Molina Enríquez, Gamio y Vasconcelos ese tema ocupó un lugar primordial, mientras que ahora apenas arranca unos cuantos párrafos a la caracterología del mexicano. ¿Será esto síntoma de que la discusión ha sido superada y de que el choque de los dos mundos ha engendrado finalmente una nación distinta a la suma de sus predecesores, definida y armónica? ¿O será más bien que la obstinada renuencia de una verdadera síntesis ha abrumado a los intelectuales mexicanos, quienes han optado por considerar resuelto el conflicto y escudarse tras el misterio del Jano de México?

CONCLUSIONES

Internarse en la corriente mestizófila mexicana es asombrarse de su abigarrada coherencia. Pensadores de las más disímiles tendencias coinciden —y en algunos casos es de hecho su único común denominador— en la mestizofilia. Criollos y mestizos, liberales y racistas, positivistas y románticos llegan a idéntica conclusión: el mestizaje es la esencia de la mexicanidad. Y cuando desde tan diversos puntos de partida se arriba al mismo punto de llegada es imposible desechar la idea de que antes de emprender el camino se tiene una meta preconcebida. En otras palabras, que la conclusión es también premisa.

¿Qué hace a esos intelectuales europeizados elegir de antemano la mezcla racial, tan menospreciada en su admirada Europa? Gonzalo Aguirre Beltrán resume elocuentemente la respuesta. Mientras los europeos se preocupaban por unirse en torno a la "pureza" de su linaje, apunta,

> la innovación mexicana residía precisamente en la búsqueda contraria; la única unicidad que le era posible, la unicidad en la mezcla.[1]

Y es que más allá de cualquier obsesión personal, estaba claro que alguna otra característica en común habrían de tener quienes vivían entre el Bravo y el Suchiate para llamarse mexicanos.

A lo anterior, no obstante, hay que agregar el catalizador que representó el surgimiento de la autopercepción mestiza en la intelectualidad mexicana. Así concientizado, el modelador se convirtió en su propio modelo o, al decir de Luis Villoro, el mestizo resultó "el impulso y el fin". Y fue ciertamente el indio quien hizo las veces de la otredad:

> El mestizo, al volver sobre él su atención, ve reflejado en los ojos del indio su propio proyecto. Sólo porque el indígena está ahí, separado, en su radical aislamiento y diversidad, se le hace consciente al mestizo su propio ideal. Al buscar la salvación del indígena, el mestizo se encuentra a sí mismo.[2]

De ese modo, además de ser su único destinatario posible, el mestizo es también el remitente de la misiva de la "unicidad" mexicana. Algo así como juez y parte de una causa justa. A la racionalidad objetiva de la mestizofilia mexicana se aunó, pues, el apasionamiento subjetivo del pensador que de una u otra forma se siente mestizo.

El caso más fascinante es sin duda el de Molina Enríquez. Nadie como él

[1] Aguirre Beltrán, "Oposición de raza y cultura en el pensamiento antropológico mexicano", en *Obra polémica*, *cit.*, p. 44.

[2] Villoro, *op. cit.*, pp. 11-18.

tuvo que soportar una carga doctrinal aplastantemente adversa y, sin embargo, nadie llevó a mayores alturas intelectuales la mestizofilia. Porque a pesar de sus contradicciones, la tesis mestizófila moliniana es un portento de sofisticación que logra integrar en un sistema globalizador la "socioetnología", la historia, la política y el derecho. Teórico "conflictista" al estilo de Marx, Spencer y Gumplowicz,[3] Molina no se conformó con la simple preconización del mestizaje sino que, si bien con bases inadecuadas, erigió una estructura conceptual propia. Una estructura que —cabe añadir— puede ser admirada hoy sin necesidad de cerrar los ojos a su sustrato étnico o de pretender que éste es tan sólo un camuflaje sociológico. Nada de extraño tiene que alguien que vivió inmerso en una era biologizante haya creído en la preeminencia de lo racial, y nada impide tampoco que se le valore en su contexto histórico. Por lo demás, ya se sabe que en México todo analista de la realidad social que se precie de serlo debe incluir en su repertorio las categorías étnicas.

No se requiere, en verdad, ser un dechado de perspicacia para percatarse de que la correlación entre raza y clase impugnada por Molina Enríquez y compañía persiste en buena medida en la sociedad mexicana contemporánea. Es cierto que la Revolución menguó tabúes racistas y propició el ascenso social de los no-criollos, como también lo es que una precisión estadística de la correlación de marras sería tan poco confiable como innecesaria.[4] Pero más allá de rigideces taxonómicas, no cabe duda de que la presencia de rasgos indígenas en la población de México es todavía inversamente proporcional a su nivel socioeconómico. Y esa composición étnica de las clases representa un "sedimento racista" que, en palabras de Abelardo Villegas, "influye mucho en los juicios estético-eróticos".[5] Huelga decir en perjuicio de quién.

He aquí la cuenta pendiente de la mestizofilia mexicana. La obsesión biologizante, por fortuna, ha sido superada, en primer lugar porque ahora se sabe que la variable étnica no es capaz de explicar los fenómenos humanos, y en segundo porque la dinámica de la mezcla racial ha demostrado que no necesita de gestores. Mas en buena medida debido al triste maridaje raza-clase, el mestizaje cultural no pudo en la época racista progresar paralelamente y por eso mismo se siguen difundiendo en México, a contrapelo de una educación oficial cuasi indigenista, paradigmas estéticos que denigran a la gran mayoría de la población. Más que eso: la ausencia de una verdadera síntesis de culturas, que ha redundado en la entronización de una cultura occidental dominante y la marginación de una subcultura indígena clandestina, es en gran parte responsable de que aún hoy en día el concepto "indio" evoque (al menos en el medio urbano) una connotación peyorativa.[6] ¿No es

[3] Como ellos, Molina interpreta el devenir humano como resultado de un conflicto —de razas, en su caso— que ha de cesar con el advenimiento de la sociedad ideal.

[4] Existe, con todo, un interesante estudio que dice sustentar la correlación raza-clase de México en estadísticas. Véase José E. Iturriaga, *La estructura social y cultural de México* (Fondo de Cultura Económica, México, 1951), pp. 123-124.

[5] Villegas, *op. cit.*, p. 135.

[6] Sobre este punto puede verse Aguirre Beltrán, "Los símbolos étnicos de la identidad nacional", *cit.*, pp. 119-120.

absurdo que en un pueblo abrumadora y conscientemente mestizo[7] rija la inercia social de arquetipos culturales que deprecian su insoslayable raíz indígena?

Los escrutadores de la mexicanidad afirman que, para bien o para mal, el mestizaje cultural está virtualmente consumado. Pero ¿puede llamarse mestizaje a una inicua superposición de culturas? ¿No sería más exacto decir que en ese campo el estrato indio, lejos de permear a los demás, se ha mantenido heroicamente vivo bajo el aluvión de hispanismo, afrancesamiento y ayanquización que ha cubierto a México? En efecto, en muchos sentidos la cultura mexicana es ostensiblemente occidental y subrepticiamente indígena. O, para expresarlo con la bella imagen de Alfonso Reyes,

> el espíritu mexicano está en el color que el agua latina, tal como ella llegó hasta nosotros, adquirió aquí, en nuestra casa, al correr durante tres siglos lamiendo las arcillas rojas de nuestro suelo.[8]

Cierto. Aunque rojiza, el agua sigue siendo primordialmente latina. Español salpicado de aztequismos. Cristianismo con tenue olor a copal. Barroco que esconde grecas furtivas. Tiempo que fluye rectilíneo sobre esporádicas cabriolas cíclicas. Individualismo pragmático que aplasta asomos de colectividad. Tal es —irreversible en algunos casos, compensable en su conjunto— la asimetría del sincretismo mexicano.

Con todo, la vitalidad del sustrato prehispánico es admirable. Pisoteados durante siglos, asfixiados por las capas sobrepuestas, los restos de la cultura indígena sobreviven agazapados tras la submodernidad, aflorando por momentos con la vorágine de lo largamente contenido. Es el "México profundo" de que habla Guillermo Bonfil Batalla. El México irreductible que hace que, también en el ámbito cultural, el purismo criollo no sea más que una quimera. Pues se ha demostrado hasta la saciedad que desde el momento en que España y el Anáhuac emprendieron un sino de convivencia, la cultura mexicana no pudo ser ya, como la de Estados Unidos, un trasplante europeo a América. Así, en el Sur el futuro se presentó en un escorzo mucho más complicado: había que crear la mexicanidad a partir del agua y de la arcilla.

¿Qué hacer entonces? Es obvio que una civilización truncada en el siglo XVI no puede ser plenamente incorporada al siglo XX. Y tampoco se trata de inventar una nueva cultura por prurito de extravagancia. Pero si se aprendió la lección histórica y se reconoce que lejos de blanquear la raza lo necesario es mestizar la cultura,[9] nada impide iluminar la cara oculta de México y

[7] En la actualidad es común que el "mexicano corriente", como señala acertadamente Aguirre Beltrán, se considere a sí mismo mestizo. Véase *op. cit.*, p. 118.

[8] Alfonso Reyes, *La x en la frente* (Porrúa y Obregón, México, 1952), p. 92 [también, *Obras completas*, Fondo de Cultura Económica].

[9] Esto no quiere decir que la cultura deba adecuarse a la raza, sino que una cultura impositivamente asimétrica es, además de injusta, incapaz de generar una sólida conciencia nacional. Por lo demás, no sale sobrando apuntar una sugerente coincidencia: también en el plano económico, la asimetría —la ausencia de un desarrollo armónico que provoca profundos desequilibrios sociales— es la principal característica del subdesarrollo.

enriquecer con ella algunos aspectos de su actual cosmovisión. Se trata, ante todo, de avanzar hacia el máximo imperativo de la justicia social mediante un lance impostergable: el rescate del rostro indio de la clandestinidad y su reivindicación ante los ojos de propios y extraños, para lo cual es preciso modificar los patrones estético-culturales de origen occidental que provocan complejos de inferioridad. Pero también se trata de dar solución a la crisis de identidad del mexicano y de dar simetría al mestizaje a fin de renovar una cultura que, a decir verdad, no se ha adaptado a la realidad mexicana ni se ha distinguido por su creatividad. De ver, como quiere Bonfil Batalla, a Occidente desde México y no viceversa. Y para lograrlo

> la única salida posible, ardua y difícil sin duda, pero la única, es sacar del México profundo la voluntad histórica para formular y emprender nuestro propio proyecto civilizatorio.[10]

El resultado, sin embargo, no sería una "nación pluricultural" (eso es lo que México ha sido, así sea en dosis desproporcionadas, desde la Conquista). La nación resultante sería —y eso es lo que sin darse cuenta propone Bonfil—[11] una nación única, nueva, distinta a la suma de sus predecesoras.

Rehabilitar lo indígena no es resucitar formas de vida anacrónicas. No es tampoco atentar contra lo occidental, ni caer en folklorismos. Es, simplemente, desenterrar la vertiente extraoccidental de lo mexicano y entreverar lo mejor de ella a su contraparte en un plano de igualdad que permita una auténtica síntesis cultural y que dé al mexicano seguridad en sí mismo. Y es volver los ojos a la herencia olvidada para hacer de ella fuente de inspiración en la conformación de una nueva cultura que retribuya al resto de la humanidad —aportando, ya no adoptando— lo mucho que México ha tomado. Trátase, pues, de digerir el pasado para estar en posibilidad de entender el presente y así encarar el futuro. Sin tradición no suele haber creación, y el salto al mañana tiene que darse desde una plataforma cultural sólidamente asentada en la historia, sin dualidades desequilibradoras. Porque el Jano del mestizaje asimétrico puede ver hacia los lados, mas nunca hacia el frente.

México es el germen de una nueva revelación humana. Más que una patria, es una filia, un hijo que ha padecido los devaneos de quienes se empeñan en ser sus hijos, en dar menos que en recibir. Su historia es una azarosa búsqueda de identidad nacional: una Independencia que a fuer de emancipadora confunde el espejo con la ventana; una Reforma cuyo exhausto residuo no acierta sino a cambiar de grilletes; una Revolución que, al fin, trueca imitación en originalidad e inicia el peregrinaje ascensional del mexicano hacia el encuentro consigo mismo.

Pero la cúspide apenas se vislumbra. Entre ella y la realidad actual media el reconocimiento de que existen tantos modelos de modernidad como pue-

[10] Guillermo Bonfil Batalla, *México profundo* (SEP/CIESAS, México, 1987), p. 223.

[11] Lo que Bonfil objeta en realidad no es el mestizaje cultural sino su injusta asimetría. Véase *op. cit.*, pp. 73-96 y 229-237.

blos capaces de concebirlos; es decir, media toda una cruzada por la creatividad. Porque ante el embate de la modernidad occidental como historicidio, México tiene tres opciones: el tradicionalismo, el mimetismo o el filoneísmo. La primera —cerrazón a ultranza— es impensable en un mundo con la capilaridad del actual; la segunda —imitación indiscriminada se ensayó en el siglo pasado y sus tristes resultados están a la vista; la tercera, en cambio, consiste en una apertura recíprocamente enriquecedora, condicionada al compromiso de producir algo mejor. Por ello, asimilar los orígenes indohispánicos de la nación no es más que el primer paso; el resto se dará a golpes de libertad y de creación, puesto que únicamente quienes conciben su propia cima de grandeza pueden aspirar a escalarla.

Por fortuna, de cara a la pendiente una paradoja esperanzadora presagia el éxito: el mexicano reconoce que desconoce su identidad, y la indaga con ahínco. Y esa conciencia de la inconciencia suele ser fecunda. Quizá gracias a ella y a la esencia bondadosa del tiempo logrará consumar la fusión de lo que parecía inamalgamable, forjará una cultura propia y construirá al fin una sociedad libre y justa. Inserto en el contexto mestizoamericano, podrá entonces pensar en la instauración de un orden metanacional entre iguales que reemplace la actual subordinación internacional de los desiguales. Y podrá ver cara a cara a la humanidad. Porque sólo entonces habrá germinado una nueva versión de lo humano: la del alma sublimada de este México mestizo.

BIBLIOGRAFÍA

AUTORES

Aguirre Beltrán, Gonzalo. *La población negra de México. Estudio etnohistórico* (Fondo de Cultura Económica, México, 1972).

———. "Oposición de raza y cultura en el pensamiento antropológico mexicano"; "Un postulado de política indigenista"; "Los símbolos étnicos de la identidad nacional", en *Obra polémica* (SEP-INAH, México, 1975).

Akzin, Benjamín. *Estado y nación* (Fondo de Cultura Económica, México, 1983).

Alamán, Lucas. *Historia de Méjico desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en 1803, hasta la época presente* (Jus, México, 1968).

Altamirano, Ignacio M. "Biografía de Ignacio Ramírez", en Ignacio Ramírez, *Obras* (Ed. Nacional, México, 1966).

Alba, Víctor. *Las ideas sociales contemporáneas en México* (Fondo de Cultura Económica, México, 1960).

Anderson, Benedict. *Imagined communities* (Verso Editions and NLB, Londres, 1985).

Ardao, Arturo. "Assimilation and transformation of positivism in Latin America", en *Journal of the history of ideas* (t. XXIV, núm. 4, Londres, octubre-diciembre de 1963).

Arguedas, Alcides. *Pueblo enfermo* (Ed. Ercilla, Santiago de Chile, 1937).

Arguedas, José Ma. "El complejo cultural en el Perú" en *Formación de una cultura nacional indoamericana* (Siglo XXI, México, 1975).

Azuela, Salvador. "Una antología de Molina Enríquez", en *El Universal* (México, 2 de diciembre de 1959).

Badillo, Román. "El padre de la reforma agraria", en *El Nacional* (México, 3 de agosto de 1958).

Barba González, Silvano. *La lucha por la tierra* (Ed. del Magisterio, México, 1963).

Barnes, Harry E., y Howard, Becker. *Social thought from lore to science* (D. C. Heath and Co., Estados Unidos de América, 1938).

Barreda, Gabino. "Carta que este ilustre filósofo dirigió al C. Gobernador del Estado de México, Mariano Riva Palacio, explicando el plan de estudios de la Escuela Nacional Preparatoria" (Tipografía económica, México, 1909).

Barre, Marie-Chantal. *Ideologías indigenistas y movimientos indios* (Siglo XXI, México, 1985).

Bartra, Roger. *La jaula de la melancolía* (Enlace-Grijalbo, México, 1983).

Basave del Castillo Negrete, Carlos. *Notas para la historia de la Convención Revolucionaria (1914-1915)* (México, 1947).
Basave Fernández del Valle, Agustín. *Vocación y estilo de México* (LIMUSA, México, 1989).
Benítez, Fernando. *Los primeros mexicanos* (Era, México, 1984).
Bidegaín de Urán, Ana Ma. *Nacionalismo, militarismo y dominación en América Latina* (Ed. Universidad de los Andes, Bogotá, 1983).
Blanco, José Joaquín. *Se llamaba Vasconcelos* (Fondo de Cultura Económica, México, 1977).
Boas, Franz. *Curso de antropología general* (Folletos de la Universidad Nacional de México, 1911-1912).
———."The limitations of the comparative method of anthropology", en *Race, Language and Culture* (The Macmillan Co., Nueva York, 1955).
Bonfil Batalla, Guillermo. "Andrés Molina Enríquez y la sociedad indianista mexicana. El indigenismo en vísperas de la Revolución", en *Anales del INAH* (México, vol. XVIII, 1965).
———. *México profundo* (SEP-CIESAS, México, 1987).
Brading, David. *Los orígenes del nacionalismo mexicano* (Era, México, 1983).
———. *Prophecy and myth in Mexican history* (Centre of Latin American Studies, Cambridge, s. f.).
Brenner, Anita. *The wind that swept Mexico* (University of Texas Press, Austin, 1971).
Breully, John. *Nationalism and the State* (Manchester University Press, Manchester, 1985).
Bulnes, Francisco. *El porvenir de las naciones latinoamericanas* (El pensamiento vivo de América, México, s. f.).
Burrow, John W. *Evolution and Society* (Cambridge University Press, Cambridge, 1978).
Cabrera, Luis. "Veinte años después. El balance de la Revolución", "Andrés Molina Enríquez"; "Tu quoque, Brutus"; "Discurso..."; en *Obras completas* (Ed. Oasis, México, 1975).
Calvo Ramírez. "La Reforma Liberal y don Benito Juárez", en *Excélsior* (México, 20 de marzo de 1958).
Cantú Corro, José. *Patria y raza* (Esc. Tip. Salesiana, México, 1924).
Cárdenas Noriega, Joaquín. *José Vasconcelos, guía y profeta* (Ed. Pac, México, 1985).
Carle, Giuseppe. "Pasquale Stanislao Mancini e la teoria psicologica del sentimiento nazionale", en *Atti della R. Accademia dei Lincei* (Serie quarta, vol. VI, tipografía della R.A.L., Roma, 1889).
Carreño, Alberto M. *El peligro negro* (Discurso ante la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, México, 28 de abril de 1910).
Casasola, Agustín. *Historia gráfica de la Revolución, 1900-1940* (México, 1940).
Casas, Bartolomé de las. "Memorial de remedios para las indias", en *Obras escogidas* (Biblioteca de Autores Españoles, Ed. Atlas, Madrid, 1958).
Cazés, Daniel. *Los revolucionarios* (Grijalbo, México, 1973).
Clavijero, Francisco J. *Historia antigua de México* (Porrúa, México, 1958).

Cockcroft, James D. *Intellectual precursors of the Mexican Revolution: 1900-1913* (University of Texas Press, Austin, 1968).

Comas, Juan. "Razas, mestizaje y clases sociales en la obra de Andrés Molina Enríquez—1909", en *Cuadernos Americanos* (México, núm 2, marzo-abril, 1966).

Comte, Auguste. *Cours de Philosophie Positive* (Bachelier Imprimeur-Librairie, París, 1842).

———. *Discours sur l'esprit positif* (Librairie Philosophique J. Vrin, París, 1974).

Córdova, Arnaldo. Prólogo a Andrés Molina Enríquez, *Los grandes problemas nacionales* (México, 1981).

———. *La ideología de la Revolución Mexicana* (Era, México, 1984).

Cortés Tamayo, Ricardo. "Un sencillo recordatorio de don Andrés Molina Enríquez", en *Andrés Molina Enríquez* (Colección Testimonios del Estado de México, Toluca, 1979).

Cosmes, Francisco G. *La dominación española y la patria mexicana* (Imp. del Partido Liberal, México, 1896).

Cosío Villegas, Daniel. "El Porfiriato —Vida política interior", en *Historia moderna de México* (Ed. Hermes, México, 1970).

Costa Pinto, L. A. *Nacionalismo y militarismo* (Siglo XXI, México, 1974).

Cruz Reyna, Gonzalo de la. *Trascendencia del pensamiento de don Andrés Molina Enríquez en el proceso histórico del derecho agrario* (tesis de la licenciatura en derecho-UNAM, México, 1968).

Cunha, Euclides da. Os *Sertões* (Laemmert & C. Ed., Río de Janeiro, 1903).

Cue Cánovas, Agustín. Prólogo a Andrés Molina Enríquez, *Juárez y la Reforma* (Libro Méx., Ed., México, 1961).

Cuadros Caldas, Julio. *México Soviet* (Santiago Loyo Ed., Puebla, 1926).

Cumberland, Charles, C. *Mexican Revolution; genesis under Madero* (University of Texas Press, Austin, 1974).

Chávez, Ezequiel A. "Ensayo sobre los rasgos distintivos de la sensibilidad como factor del carácter del mexicano", en *Revista Positiva* (México, 1° de marzo de 1901).

Chávez Orozco, Luis. Prólogo a Andrés Molina Enríquez, *Los grandes problemas nacionales* (Problemas Agrícolas e Industriales de México, México, 1953).

Darwin, Charles. *On the origin of the species* (John Murray, Londres, 1860).

Davis, Horace B. *Toward a Marxist theory of nationalism* (Monthly Review Press, Nueva York, 1978).

Davis, Norman. *God's playground* (Clarendon Press, Oxford, 1981).

De la Riva Agüero, José. "Rectificación necesaria: profesión de peruanismo integral", en *Obras completas* (Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1966).

De Santiago Gómez, Raúl. "Teórico del nacionalismo mexicano: Andrés Molina Enríquez", en *El Sol del Centro* (Aguascalientes, 23 de marzo y 8 de junio de 1986).

Deutsch, Karl W. *Nationalism and social communication* (The Technology Press of the MIT. John Wiley & Sons and Capman & Itall, Nueva York, 1953).

Díaz y de Ovando, Clementina. "Prólogo", en Vicente Riva Palacio, *Los cuentos del general* (Porrúa, México, 1968).

Díaz Soto y Gama, Antonio. *La Revolución agraria del sur y Emiliano Zapata, su caudillo* (México, 1960).

Esteva Ruiz, R. A. "El progreso del retroceso: el programa étnico de la unificación de origen" y "El progreso del retroceso: la homogeneidad de la población y la democracia", en *La Reelección* (México, 2 y 16 de octubre de 1909).

Evans-Pritchard, Edward. *A history of anthropological thought* (Faber & Faber, Londres, 1981).

Fabila, Alfonso. "Andrés Molina Enríquez: Apóstol", en *El Universal Ilustrado* (México, 9 de marzo de 1933).

Fernández de Lizardi, José Joaquín. *El indio y la india del pueblo de Actopan* (Oficina de D. José Ma. Betancourt, México, 1820).

Ferrer Mendiolea, Gabriel. *Historia del Congreso Constituyente de 1916-1917* (Biblioteca del INHERM, México, 1957).

Florescano, Enrique. *Memoria Mexicana* (J. Mortiz, México, 1987).

Flores Magón, Ricardo. "La repercusión de un linchamiento", en *Regeneración 1900-1918* (Era, México, 1985).

Freyre, Gilberto. *Interpretaçao do Brasil* (Livraria José Olympio Editora, Río de Janeiro, 1947).

Gamio, Manuel. *Forjando patria* (Porrúa, México, 1960).

———. *Consideraciones sobre el problema indígena* (Instituto Indigenista Interamericano, México, 1966).

———. *Hacia un México nuevo* (INI, México, 1987).

Garrido, Luis Javier. *El partido de la Revolución institucionalizada* (SEP-Siglo XXI. México, 1986).

Gellner, Ernest. *Nations and nationalism* (Basil Blackwell, Oxford, 1984).

George, Henry. *Progress and poverty* (C. Kegan Paul & Co., Londres, 1881).

Gobineau, M. A. de. *Essai sur l'inegalité des races humaines* (Librairie de Firmin Didot Frères, París, 1853).

Gómez Quiñones, Juan. *Porfirio Díaz, los intelectuales y la Revolución* (Ed. El Caballito, México, 1981).

González Aparicio, Enrique. "Don Andrés Molina Enríquez", en *El Nacional* (México, 13 de agosto de 1940).

González Gamio, Ángeles. *Manuel Gamio: una lucha sin final* (UNAM, México, 1988).

González Navarro, Moisés. "El Porfiriato-vida social", en *Historia Moderna de México* (Ed. Hermes, México, 1957).

———. "La ideología de la Revolución Mexicana", en *Historia Mexicana* (México, t. X, abril-junio de 1961).

———. "El mestizaje mexicano en el periodo nacional", en *Revista de Sociología* (México, año XXX, vol. XXX, núm. 1, enero-marzo de 1968).

———. *Sociología e historia de México* (El Colegio de México, México, 1985).

González Ramírez, Manuel. "Un precursor revolucionario", en *Novedades* (México, 21 de agosto de 1953).

González Ramírez, Manuel. *La Revolución social de México* (Fondo de Cultura Económica, México, 1960).

Gruening, Ernest. *Mexico and its heritage* (Stanley Paul & Co., Londres, 1929).

Green, John C. "Biology and social theory in the nineteenth century: Auguste Comte and Herbert Spencer", en Clagett, Marshal (comps.), *Critical problems in the history of science* (The University of Wisconsin Press, Madison, 1959).

Gumplowics, Ludwig. *La lucha de razas* (Ed. Fas. Buenos Aires, 1944).

Guzmán, Martín Luis. *La querella de México —A orillas del Hudson— Otras páginas* (Cía. General de Ediciones, México, 1959). [*Obras completas*, Fondo de Cultura Económica, 1984].

Haeckel, Ernst. *The history of Creation* (Henry S. King & Co., Londres, 1876).

Hale, Charles. *El liberalismo mexicano en la época de Mora* (Siglo XXI, México, 1985).

———. "Political and social ideas in Latin America: 1870-1930", en *The Cambridge history of Latin America* (Cambridge University Press, Cambridge, 1986).

Hammon, James L., y Stephen R. Niblo. *Precursores de la Revolución Agraria en México: las obras de Wistano Luis Orozco y Andrés Molina Enríquez* (SEP, México, 1975).

Hayes Carlton, J. H. *Nationalism—a religion* (Macmillan, Nueva York, 1960).

Harris, Marvin. *The rise of anthropological theory* (Routledge & Kegan Paul, Londres, 1969).

Heliodoro Valle, Rafael. "Andrés Molina Enríquez", en Varios autores, *Andrés Molina Enríquez.*

Henestrosa, Andrés. "La nota cultural", en *El Nacional* (México, 28 de noviembre de 1956).

Hernández, Teodoro. "La muerte de un sociólogo mexicano", en *La Prensa* (México, 9 de agosto de 1940).

Hiriart Urdanivia, Humberto. Prólogo a Andrés Molina Enríquez, *Los grandes problemas nacionales* (INJUVE, México, 1964).

"Historiador Indiano" (seud.). *Pensamiento y obra de Andrés Molina Enríquez* (SEP, México, 1969).

Hofstadter, Richard. *Social Darwinism in American Thought: 1860-1915* (University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 1945).

Horowitz, Irving L. Introducción a Ludwig Gumplowicz, *Outlines of Sociology* (Paine-Whitman Pub., Nueva York, 1963).

Huitrón, Antonio. Prólogo a *Andrés Molina Enríquez, precursor de la reforma agraria* (UAEM, Toluca, 1959).

———. *Proposición que dirige el C. Cronista Municipal de Jilotepec, México...* (Gobierno del Estado de México, 12 de julio de 1985).

———. "Lic. Andrés Molina Enríquez: 1868-1940", en *Lecturas... de Cronistas municipales* (ed. especial, Toluca, 1° de agosto de 1986).

———. *Jilotepec* (H. Ayuntamiento de Jilotepec de Molina Enríquez, Estado de México, 1987).

Huitrón, Antonio (comp.). *Andrés Molina Enríquez: la propiedad agraria en México* (Gobierno del Estado de México, Toluca, 1987).
Ingenieros, José. *La evolución sociológica argentina* (Librería J. Menéndez, Buenos Aires, 1910).
Iparrea Salaia, Abelardo. *Mensajero de la Revolución* (IPN, México, 1982).
Iturriaga, José F. *La estructura social y cultural de México* (Fondo de Cultura Económica, México, 1951).
Jovellanos, Melchor Gaspar de. *Informe sobre la Ley Agraria* (Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1955).
Kaplan, Marcos. "El nacionalismo en América Latina: vicisitudes y perspectivas en *El nacionalismo en América Latina* (UNAM, México, 1984).
Kedourie, Elie. *Nationalism* (Hutchinson, Londres, 1985).
Knight, Alan. *The Mexican Revolution* (Cambridge University Press, Cambridge, 1986).
Kohn, Hans. *Nationalism—its meaning and history* (D. Van Nostrand, Nueva York, 1971).
Konetzke, Richard. "La legislación española y el mestizaje en América", en *El mestizaje en la historia de Iberoamérica* (Instuto Panamericano de Geografía e Historia, 1961).
Krauze, Enrique. *Caras de la historia* (J. Mortiz, México, 1983).
Labastida Muñoz, Horacio. Prólogo a Andrés Molina Enríquez, *La Revolución agraria en México: 1910-1912* (UNAM-Porrúa, México, 1986).
Lafaye, Jacques. *Quetzalcóatl y Guadalupe* (Fondo de Cultura Económica, México, 1983).
Lamicq, Pedro *(Cráter)*. "Criollos, indios y mestizos", en *Madero, por uno de sus íntimos* (Of. Ed. Azteca, México, s. f.).
Le Bon, Gustave, *Les lois psychologiques de l'évolution des peuples* (Ancienne Librairie Germer Bailliére et Lie, París, 1894).
Lemus García, Raúl. "Andrés Molina Enríquez", en *El Día* (México, 14 de marzo de 1980).
León Portilla, Miguel. *Visión de los vencidos* (UNAM, México, 1984).
Limantour, José Ives. "La institución del Homestead", en *Revista Positiva* (México, 1° de febrero de 1901).
López Cámara, Francisco. *La génesis de la conciencia liberal en México* (UNAM, México, 1977).
Maclachlan, Colin M., y Jaime E. Rodríguez. *The Forging of the cosmic race* (University of California Press., Los Angeles, 1980).
Madero, Francisco I. *La sucesión presidencial en 1910* (Ed. Época, México, 1985).
Magaña, Gildardo. *Emiliano Zapata y el agrarismo en México* (Ed. Ruta, México, 1951).
Mancini, Pasquale Stanislao. *Della nazionalité come fondamento dei diritto dell genti* (Tipografia Eredi Botta, Turín, 1851).
Marx, Carlos, y Federico Engels. *Manifiesto del Partido Comunista* (Grijalbo, México, 1970).
Mendieta y Núñez, Lucio. "Los antecedentes del artículo 27 constitucional" en *El Universal*, (México, 2 de octubre de 1946).

Molina Enríquez, Álvaro (comp.). *Antología de Andrés Molina Enríquez* (Ed. Oasis, México, 1969).

Molina Enríquez, Andrés. "¡De Rodillas!", en la *Gaceta del Gobierno* (Toluca, 16 de septiembre de 1893).

———. *El evangelio de una nueva reforma* (Toluca, 1985).

———. *Notas sobre la política del Sr. General Díaz* (Sultepec, 1897).

———. Editoriales de *La Hormiga* (Sultepec, 4, 11, 14, 16 y 22 de enero de 1898).

———. "Esto matará a aquello", en el *Boletín del Instituto Científico y Literario "Porfirio Díaz"* (Toluca, 5 de marzo y 5 de abril de 1900).

———. "Discurso pronunciado el 5 de mayo de 1900"; "Discurso ante la tumba del poeta José Bustillos", en la *Gaceta del Gobierno* (9 de mayo de 1900 y 20 de junio de 1901).

———. "Cuáles deben ser las bases de la legislación particular del Estado", en el *Boletín del Instituto Científico y Literario "Porfirio Díaz"* (Toluca, diciembre de 1901).

———. "Discurso pronunciado [...] en la solemne inauguración de las clases del Instituto Científico y Literario del Estado", en el *Boletín del Instituto Científico y Literario "Porfirio Díaz"* (Toluca, enero de 1901).

———. *La cuestión del día: la agricultura nacional* (Imprenta Española, México, 1902).

———. *Breves instrucciones de administración a los alcades o jueces auxiliares dependientes de los ayuntamientos del Estado de México* (Casa Editorial la Idea del Siglo, México, 1903).

———. *Proyecto de Ley de Aguas Federales para los Estados Unidos Mexicanos* (Tip. particular de la Sociedad Agrícola Mexicana, México, 1906).

———. "Como te iba yo diciendo", en *La Democracia* (Toluca, 20 de marzo de 1909).

———. "Lo que significó el reyismo"; La fórmula de solución momentánea del conflicto político actual", en *México Nuevo* (México, 21 de septiembre y 20 de noviembre de 1909).

———. "Un buen consejo a los reyistas"; "La solución del conflicto revolucionario"; "Lo que Madero debería pedir"; "Convocatoria para la formación del Partido Renovador Evolucionista", en *El Tiempo* (México, 9 de marzo de 1910, 31 de marzo, 27 de abril y 20 de mayo de 1911).

———. *Dos leyes que expedirá el Sr. Lic. Andrés Molina Enríquez, si es electo gobernador del Estado de México* (Toluca, junio de 1911).

———. "La Revolución", en *El imparcial* (México, 23, 26 y 30 de agosto de 1911).

———. *Filosofía de mis ideas sobre reformas agrarias. Contestación al folleto del Sr. Lic. D. Wistano Luis Orozco* (Imp. en Guadalajara, 30 de octubre de 1911).

———. "El pacto de la Ciudadela"; "La finalidad del gobierno del Sr. Gral. Huerta", "El programa de paz y justicia", en *El Imparcial* (México, 21, 24 y 28 de junio y 2 de julio de 1913).

———. "El aspecto fiscal del problema agrario", en *El independiente* (México, 17 de septiembre de 1913).

Molina Enríquez, Andrés. "Manifiesto de los señores gral. ing. David de la Fuente y Andrés Molina Enríquez exponiendo su programa en demanda de votos en las próximas elecciones" (México, octubre de 1913).
———. "Si 'la Revolución es la Revolución', 'la paz es la paz'", en *La Convención* (Aguascalientes 28 y 30 de abril y 3 y 6 de mayo de 1915).
———. *Clasificación de las ciencias fundamentales* (Antigua Imp. de Murguía, México, 1920).
———. "La capitalización interior", en *Boletín de la Secretaría de Gobernación* (Imp. de la Secretaría de Gobernación, México, t. I, núm. 4, septiembre-diciembre de 1922).
———. "Dictamen acerca de la legalidad de las fuerzas zapatistas" (México, s. f.).
———. "Aspectos de la cuestión agraria", discurso oficial pronunciado en nombre de la Confederación Nacional Agraria (México, abril de 1924).
———. Entrevista en *Excélsior* (México, 16 de septiembre de 1924).
———. "El Partido Nacional Agrarista ha hecho al agrarismo más daño que los mismos latifundistas", en *El Demócrata* (México, 26 de marzo de 1925).
———. "Los E. U., el artículo 27 y la guerra mundial del Pacífico", en *Excélsior* (México, 16 de enero de 1928).
———. "Condición jurídica del Hospital de Jesús", documento dirigido al Presidente de la República (México, octubre de 1929).
———. La reforma urgente de la escuela primaria elemental y un nuevo tipo de universidad para los estados", en la *Revista de Ciencias Económicas y Sociales* (México, 1929).
———. Prólogo a F. Palomo Valencia, *Los ejidos de Yucatán y el henequén* (Libreria de P. Robredo, México, 1934).
———. "La supresión de la universidad"; "Los causantes de la miseria", "La mistificación del antiimperialismo con fines políticos", en *El Reformador* (México, 15 de agosto, 1° de septiembre y 1° de noviembre de 1935).
———. *Una nueva escritura común para los indios* (Talleres Gráficos de la Nación, México, 1935).
———. Editoriales en *El Reformador* (México, 15 de julio, 15 de agosto y 15 de octubre de 1935; 1° de enero de 1936; 1° de marzo y 2 de abril de 1937).
———. Editoriales en *El Universal* (México, 18 de abril de 1921 y 23 de septiembre de 1937).
———. "La gloriosa cruzada del Mayab", en A. M. E., Félix F. Palavicini y Enrique González Aparicio, *El ejido en Yucatán* (Ed. México Nuevo, México, 1937).
———. "La doctrina Monroe de Occidente", en *La guerra del Pacífico* (SEP-TGN, México, 1937).
———. Memorándum al Museo Nacional (México, 28 de noviembre de 1938).
———. *Juárez y la Reforma* (Libro-Mex. Ed. México, 1961).
———. "Tratado de etnología", en Álvaro Molina Enríquez (comp.), *Antología de Andrés Molina Enríquez* (Ed. Oasis, México, 1969).
———. *Los grandes problemas nacionales* (Era, México, 1981).

Molina Enríquez, Andrés. *La Revolución agraria en México:* 1910-1920 (UNAM-Porrúa, México, 1986).

———. "El problema de la colonización nacional", en *Revista de Economía Rural* (México, s. f.).

Molina Enríquez, Andrés N. (hijo). *El agrarismo de la revolución: exégesis, crítica y reencauzamiento* (México, 1953).

Molina Enríquez, Renato. "Conciencia de México: Andrés Molina Enríquez", en *Boletín Bibliográfico* (SHCP, México, 15 de agosto de 1955).

Monsiváis, Carlos. "Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX", en *Historia General de México* (El Colegio de México, México, 1981).

Montalvo, Enrique. *El nacionalismo contra la nación* (Grijalbo, México, 1986).

Mora, José Ma. Luis. *México y sus revoluciones* (Porrúa, México, 1965).

———. *La gestión diplomática del Dr. Mora* (SRE, México, 1931).

Moreno, Roberto. *La polémica del darwinismo en México-Siglo XIX* (UNAM, México, 1984).

Mörner, Magnus. *Race mixture in the history of Latin America* (Little, Brown, and Co., Boston, 1967).

Nieto, Rafael. *Más allá de la patria* (Andrés Botas e Hijos, México, 1922).

Nordau, Max. *Conventional lies of our civilization* (William Heinemann, Londres, 1895).

Olaguíbel, Francisco. Editorial en *La Reelección* (México, 2 de octubre de 1909).

Orozco, Wistano Luis. *Legislación y jurisprudencia sobre terrenos baldíos* (Imp. de El Tiempo, México, 1895).

Ortiz Vidales, Salvador. "Don Andrés Molina Enríquez", en *El Nacional* (México, 13 de abril de 1953).

Otero, Mariano. "Consideraciones sobre la situación política y social de la República Mexicana en el año de 1847", en *Obras* (Porrúa, México, 1967).

Palacios, Nicolás. *La raza chilena* (Imp. y Litografía Alemana, Valparaíso, 1904).

Parra, Porfirio. *Sociología de la Reforma* (Empresas Editoriales, México, 1967).

Paz, Octavio. *El laberinto de la soledad* (Fondo de Cultura Económica, México, 1987).

Pereyra, Carlos. *Breve historia de América* (M. Aguilar, Madrid, 1930).

Pimentel, Francisco. *Memorias sobre las causas que han originado la situación actual de la raza indígena de México y medios de remediarlo* (Imp. de Andrade y Escalante, México, 1864).

Portes Gil, Emilio. "Andrés Molina Enríquez", en Varios autores, *Andrés Molina Enríquez.*

Prieto, Guillermo. "Zacatecas-VI Toltecas", en *Guillermo Prieto* (Club de Periodistas de México, México, 1962).

Raat, William D. *El positivismo durante el Porfiriato* (SEP, México, 1975).

Ramírez, Alfonso Francisco. "Andrés Molina Enríquez", en *El Universal* (México, 18 de septiembre de 1956).

Ramírez, Ignacio. *Obras* (Ed. Nacional, México, 1966).

Ramírez, Santiago. *El mexicano—psicología de sus motivaciones* (Enlace-Grijalbo, México, 1986).

Ramos, Samuel. *El perfil del hombre y la cultura en México* (E. C.- Austral, México, 1985).
Reclus, J. J. Élisée. *Les Primitifs* (G. Chameroti, París, 1885).
Renan, Ernest. *Qu'est-ce qu'une nation?* (Calmann Levy Editeur, París, 1882).
Reyes, Alfonso. *La x en la frente* (Porrúa y Obregón, México, 1952).
Reyes Heroles, Jesús. *El liberalismo mexicano* (Fondo de Cultura Económica, México, 1982).
Reyes, Ma. del Carmen. "Detalles sobre la vida y obra de Andrés Molina Enríquez", en el *Boletín del Archivo General del Estado de México* (Toluca, núm. 9, septiembre-octubre de 1981).
Riva Palacio, Vicente. "El Virreynato, historia de la dominación española en México desde 1521 a 1808", en *México a través de los siglos* (Ballescá y Cía., México, 1884).
Robinson, Cyril E. *A History of Greece* (Methuen Educational, Londres, 1983).
Rodríguez, Juan. *Discurso [...] sosteniendo el dictamen de que se aplique al colegio de San Gregorio los Bienes del Hospital que fue de Naturales* (Imp. del Supremo Gobierno Mex., México, 1924).
Romero Flores, Jesús. "El Lic. Andrés Molina Enríquez y el estudio de nuestros problemas", en el suplemento de *El Nacional* (México, 13 de marzo de 1949).
Roosevelt, Theodore. *American ideals and other essays* (G. P. Putnam's Son, Nueva York, 1897).
Rosenblat, Ángel. *La población indígena y el mestizaje en América* (Ed. Nava, Buenos Aires, 1954).
Rouaix, Pastor, *Génesis de los artículos 27 y 123 de la Constitución Política de 1917* (PRI, México, 1984).
Sánchez Vega, Baltasar, "El pensamiento agrario del Lic. Andrés Molina Enríquez" (tesis de licenciatura en Derecho, UNAM, México, 1950).
Segovia, Rafael. "El nacionalismo mexicano: los programas políticos revolucionarios (1929-1964)", en *Lecturas de Política Mexicana* (El Colegio de México, México, 1981).
Seton-Watson, Hugh. *Nations and States* (Methuen, Londres, 1982).
Sierra, Justo. "México social y político", en *Obras completas* (UNAM, México, 1977).
Silva Herzog, Jesús. *El pensamiento económico, social y político de México: 1810-1964* (Fondo de Cultura Económica, México, 1974).
Skidmore, Thomas E. *Black into white* (Oxford University Press, Nueva York, 1974).
Smith, Anthony D. *Theories of nationalism* (Duckworth, Londres, 1983).
Snyder, Louis L. *The meaning of nationalism* (Greenwood Press, Westport, 1977).
Soler, Ricaurte. *El positivismo argentino* (Imp. Nacional, Panorama, 1959).
Sosa, Francisco. "Noticia preliminar—Vida y escritos de Francisco Pimentel", en Francisco Pimentel, *Obras Completas* (Tipografía Económica, México, 1903).
Sosa, Ignacio. "De la patria del criollo a la idea de nación hispanoamericana", en *El Nacionalismo en América Latina* (UNAM, México, 1984).

Spencer, Herbert. *The principles of Psychology* (Longman, Brown, Green and Longmans, Londres, 1855).
———. "Reasons for dissenting from the philosophy of M. Comte", en H. S. *The Classification of the Sciences* (Williams and Norgate, Londres, 1869).
———. *The study of Sociology* (Henry S. King & Co., Londres, 1873).
———. "The principles of Sociology", en *A system of synthetic Philosophy* (Williams and Norgate, Londres, 1876).
Stabb, Martin S. "Indigenism and racism in Mexican thought: 1857-1911", en *Journal of Inter-American Studies* (Washington, I, enero de 1959).
Stocking Jr., George W. *Race, culture and evolution* (Collier-Macmillan, Nueva York, 1968).
Taine, Hippolyte. *Histoire de la Littérature Anglaise* (Librairie de L. Hachette et Cie, París, 1863).
Tannenbaum, Frank. *Mexico: The struggle for peace and bread* (Jonathan Cape, Londres, 1965).
———. *Peace by Revolution* (Columbia University Press, Nueva York, 1966).
———. "Algunas reflexiones sobre la Revolución Mexicana", en Stanley Ross, *¿Ha muerto la Revolución Mexicana?* (Premiá editora—la Red de Jonás, Tlahuapan, Pue., 1981).
Taracena, Alfonso. "Molina Enríquez: Artículo 27", en Varios autores, *Andrés Molina Enríquez.*
Tejera, Humberto. "Nuestra cultura, sociología mexicana", en *El Nacional* (México, 3 de septiembre de 1939).
Trejo Lerdo de Tejada, Carlos. *La Revolución y el nacionalismo: todo para todos* (Imp. y Pap. La Estrella, La Habana, 1916).
Turner, Frederick C. *The dynamic of Mexican nationalism* (The University of N. Carolina Press, Chapel Hill, 1968).
Valadés, José C. *Historia general de la Revolución Mexicana* (SEP-Guernika, México, 1985).
Van den Berghe, Pierre L. *Race and racism* (John Wiley & Sons, Nueva York, 1967).
Varios autores. *Andrés Molina Enríquez* (Colección Testimonios del Estado de México, Toluca, 1979).
———. *Historia de la Revolución Mexicana* (El Colegio de México, México, 1981-1982).
Vasconcelos, José. "La raza cósmica"; "Indología"; "Estudios indostánicos"; Breve historia de México, en *Obras completas* (LIMUSA, México, 1961).
———. "La tormenta", en *Memorias* (Fondo de Cultura Económica, México, 1983).
——— y Manuel Gamio. *Aspects of Mexican civilization* (The University of Chicago Press, Chicago, 1926).
Vázquez, Josefina Zoraida. *Nacionalismo y educación en México* (El Colegio de México, México, 1979).
Villegas, Abelardo. "Andrés Molina Enríquez: un científico del agrarismo", en *iencia* (México, vol. 31, núm. 3, septiembre de 1980).

Villoro, Luis. *Los grandes momentos del indigenismo en México* (Ed. de la Casa Chata, México, 1979).
Whetten, Nathan L. *Rural Mexico* (The University of Chicago Press, Chicago, 1964).
Whitaker, Arthur P. *Nationalism in Latin America* (Greenwood Press, Westport, 1976).
Wiltshire, David. *The social and political thought of Herbert Spencer* (Oxford University Press, Oxford, 1971).
Yáñez, Agustín. "Don Justo Sierra: su vida, sus ideas y su obra", en Justo Sierra, *Obras completas* (UNAM, México, 1977).
Zavala, Lorenzo de. "Ensayo histórico de las revoluciones de México", en *Obras* (Porrúa, México, 1969).
Zea, Leopoldo. *El positivismo en México* (Fondo de Cultura Económica, México, 1984).
———. *Conciencia y posibilidad de lo mexicano. El Occidente y la conciencia en México. Dos ensayos sobre México y lo mexicano* (Porrúa, México, 1974).
Zum Felde, Alberto. *Índice crítico de la literatura hispanoamericana* (Ed. Guaranía, México, 1954).

Revistas

América Indígena (México)
Anales del INAH (México)
Anales del Museo Nacional (México)
Atti della R. Accademica dei Lincei (Roma, Italia)
Boletín del Archivo General del Estado de México (México)
Boletín Bibliográfico (México)
Boletín de la Secretaría de Gobernación (México)
Boletín del Instituto Científico y Literario "Porfirio Díaz" (Toluca, México)
Ciencia (México)
Cuadernos Americanos (México)
Historia Mexicana (México)
Hoy (México)
Journal of Interamerican Studies (Washington, D. C., Estados Unidos de América)
Journal of the History of Ideas (Londres, Reino Unido)
La Gaceta del Gobierno (Toluca, México)
Lecturas de Cronistas Municipales (México)
Revista de Economía Rural (México)
Revista Mexicana de Sociología (México)
Revista Positiva (México)

Periódicos

El Demócrata (México)
El Día (México)
El Economista (México)
El Imparcial (México)
El Independiente (México)
El Nacional (México)
El Sol del Centro (Aguascalientes, México)
El Partido Democrático (México)
El Reformador (México)
El Tiempo (México)
El Universal (México)
El Universal Ilustrado (México)
Excélsior (México)
La Democracia (Toluca, México)
La Convención (Aguascalientes, México)
La Hormiga (Sultepec, México)
La Prensa (México)
La Raza (México)
La Reelección (México)
México Nuevo (México)
Novedades (México)

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Abad y Queipo, Manuel, 36
Adler, Alfred, 137
Aguirre Beltrán, Gonzalo, 17n, 97n, 141, 141n, 142n, 143n
Akzin, Benjamín, 14, 14n
Alamán, Lucas, 21, 21n, 28
Alba, Víctor, 82, 82n
Alejandro Magno, 17, 17n
Al-Raschid, Harún, 51n
Altamirano, Ignacio Manuel, 24, 25, 33, 37, 44, 44n, 80
Alva Ixtlilxóchitl, Fernando de, 20
Alvarado Tezozómoc, Fernando, 20
Álvarez, Juan, 57
Amezcua, Jenaro, 51n
Anderson, Benedict, 14n
Aragón, Agustín, 38
Ardao, Arturo, 103n
Arguedas, Alcides, 104, 104n
Arguedas, José María, 104n
Arteaga, José María, 29
Azuela, Salvador, 83n, 114n

Badillo, Román, 83n
Barba González, Silvano, 83n
Barnes, Harry E., 89n, 93n
Barre, Marie-Chantal, 97n, 98n
Barreda, Gabino, 24, 25n, 37, 38
Bartra, Roger, 139n
Basave del Castillo Negrete, Carlos, 39, 45n, 47n, 48n, 50, 50n, 72, 72n, 117n, 122n
Basave Fernández del Valle, Agustín, 139n
Basave López Portillo, Blanca, 101n
Bassols, Narciso, 49
Batalla, Diódoro, 39
Becker, Howard, 89n, 93n
Benítez, Fernando, 20n
Bergson, Henri, 135
Bidegaín de Urán, Ana María, 14n
Bismark, Otto Von, 107
Blanco, José Joaquín, 131n
Blanquet, Aureliano, 48
Boas, Franz, 97, 97n, 101, 125, 128, 129
Bonaparte, Napoleón, 118
Bonfil Batalla, Guillermo, 82, 82n, 97n, 118n, 143, 144, 144n
Bonilla, Manuel, 46
Brading, David, 19n, 83n, 85, 85n, 112n, 114, 114n
Brenner, Anita, 32, 82n
Breuilly, John, 15n
Buffon, George-Louis Leclerc, Conde de, 19, 35, 93
Bulnes, Francisco, 39, 40, 40n, 74
Burrow, John W., 94n, 95n
Bustillos, José, 54n

Cabrera, Luis, 44, 44n, 45n, 47, 51, 51n, 72n, 77, 80, 82, 82n, 84, 84n, 107, 107n, 119, 119n, 122, 124, 124n
Cabrera, Sra. de la, 42n
Calderón de la Barca, Marquesa, 50
Calero, Manuel, 48, 110
Calles, Plutarco Elías, 73, 112n, 125, 131
Calvo Ramírez, Roberto, 83n
Cantú Corro, José, 123n
Cárdenas, Lázaro, 51, 51n, 81n, 118n
Cárdenas Noriega, Joaquín, 131n
Carle, Giuseppe, 88n
Carlyle, Thomas, 108
Carranza, Venustiano, 77, 77n, 130
Carreño, Alberto, 121n
Carrillo, Julián, 74
Carrión, Jorge, 138
Casas, Bartolomé de las, 18, 18n
Casasola, Agustín, 46
Caso, Antonio, 130, 137
Castillo Ledón, Luis, 50n
Cazés, Daniel, 112n
Clagett, Marshall, 87n
Clavijero, Francisco Javier, 20, 20n, 21, 28
Cockcroft, James D., 90n
Colón, Cristóbal, 17
Colón, Diego, 17
Comas, Juan, 82, 82n
Comonfort, Ignacio, 58, 75, 110
Comte, Auguste, 37, 72, 85, 87, 87n, 95, 95n, 96, 96n, 135
Córdova, Arnaldo, 82, 82n, 83n, 85, 87n, 90, 111, 111n
Corona, Ramón, 109
Corral, Ramón, 45
Cortés, Antonio, 48n
Cortés, Hernán, 18, 38, 73, 74, 138

Cortés, Martín, 18
Cortés Tamayo, Ricardo, 43n, 50, 50n
Cosío Villegas, Daniel, 39n
Cosmes, Francisco G., 33, 38, 39, 39n
Costa Pinto, L. A., 14n
Creelman, James, 59
Cristo, 52
Cruz Reyna, Gonzalo de la, 90n
Cuadros Caldas, Julio, 72n
Cuauhtémoc, 29, 32, 38, 39, 73, 123
Cue Cánovas, Agustín, 82, 82n
Cumberland, Charles, C., 114, 114n
Cuvier, Georges, 93

Chávez, Ezequiel A., 39, 136, 136n
Chávez Orozco, Luis, 83n, 90, 90n
Chevalier, François, 114

Da Cunha, Euclides, 103, 103n, 104n
Darwin, Charles, 31, 61, 86, 88, 91, 91n, 95, 103, 135
Davis, Horace B., 15n
Davis, Norman, 107n
Degollado, Santos, 109
Deutsch, Karl W., 15n
Díaz, Porfirio, 28, 38, 45, 53, 57, 59, 66, 67, 72n, 76, 76n, 77, 109, 119
Díaz soto y Gama, Antonio, 83n, 122
Díaz y de Ovando, Clementina, 29n
Durkheim, Émile, 94

Engels, Federico, 90, 90n
Enríquez, Juan Ignacio, 42n
Escobedo, Mariano, 109
Escudero, Francisco, 118
Esteva Ruiz, R. A., 87, 88n, 109, 109n
Evans-Pritchard, Edward, 95n

Favila, Alfonso, 82n
Fernando el Católico, 17
Fernández de Lizardi, José Joaquín, 21, 21n
Ferrer Mendiolea, Gabriel, 84n
Fiske, John, 94
Flores Magón, Jesús, 48
Flores Magón, Ricardo, 59, 83n, 90n, 121, 121n
Florescano, Enrique, 20n, 114
Freyre, Gilberto, 104, 104n
Fuente, David de la, 48, 48n

Gamboa, Federico, 48
Gamio, Manuel, 16, 80, 124, 125, 125n, 126, 126n, 127, 127n, 128, 128n, 129, 129n, 130, 133, 134, 134n, 135, 135n, 136, 140
Gaos, José, 137
García, Asunción, 44n
García, Genaro, 45
García Grandos, Ricardo, 56
García, Telésforo, 33, 39
Garrido, Luis Javier, 112n
Gellner, Ernest, 14, 14n
George, Henry, 90, 91n
Gobineau, M. A. Conde de, 93, 93n
Gómez Farías, Valentín, 109
Gómez, Marte R., 49n
Gómez Quiñones, Juan, 37n, 40n
González Aparicio, Enrique, 50n, 80, 82n
González Gamio, Ángeles, 125n
González, Manuel, 29
González Navarro, Moisés, 22n, 23n, 37n, 83n
González Ortega, Jesús, 29, 109
González Prada, Manuel, 105
González Ramírez, Manuel, 48n, 82n, 119n
Greene, John C., 87n, 95n
Gruening, Ernest, 114, 114n
Guerrero, Gonzalo, 18
Guerrero, Vicente, 23, 29, 32, 109
Gumplowicz, Ludwig, 58, 89, 89n, 91n, 94, 103, 142
Gutiérrez, Eulalio, 130
Guzmán, Martín Luis, 122, 122n

Haeckel, Ernst, 31, 61, 88, 91, 91n, 94, 110
Hale, Charles A., 23n, 24n, 92n
Hamon, James L., 90n
Harris, Marvin, 91n, 93n, 97n
Haya de la Torre, Víctor Raúl, 105
Hayes, Carton J. H., 14, 14n
Heliodoro Valle, Rafael, 43n
Henestrosa, Andrés, 83n
Henríquez Ureña, Pedro, 130
Herder, Johan Gottfried, 129
Hernández, Teodoro, 82n
Hidalgo, Miguel, 24, 74
Hiriart, Humberto, 90, 90n, 95, 95n
Hofstadter, Richard, 94n
Horowitz, Irving L., 91n
Hoz, Manuel F. de la, 45n
Huerta, Adolfo de la, 45n
Huerta, Victoriano, 47, 47n, 48, 77, 109-110
Hugo, Víctor, 34, 54
Huitrón, Antonio, 43n, 83, 47n, 101n
Humboldt, Alejandro de, 28, 50

Iglesias, José María, 29
Ingenieros, José, 103, 103n
Iparrea Salaia, Abelardo, 83n
Isaacs, Jorge, 80n
Iturriaga, José E., 142n

Jiménez de Cisneros, Cardenal Francisco, 18
Jovellanos, Gaspar Melchor de, 67, 85n
Juárez, Benito, 24, 29, 56, 56n, 58, 62, 77n, 109

Kaplan, Marcos, 15n
Kedourie, Elie, 14, 14n
Knight, Alan, 121n
Kohn, Hans, 14, 14n
Konetzke, Richard, 18n
Krauze, Enrique, 131n

Labastida Muñoz, Horacio, 45n
Lafaye, Jacques, 19n, 20n
Lamarck, Jean-Baptiste de Monet de, 91, 91n
Lamicq, Pedro, *(Crâter)*, 114, 121n
Lawrence, D. H., 13n
Le Bon, Gustave, 35, 92n
Leclerc Du Sablen, 135
Lemus García, Raúl, 83n
Lenin, Vladimir Ilich, 77, 90, 117
León de la Barra, Francisco, 45
León Portilla, Miguel, 20n
Lerdo de Tejada, Miguel, 58
Lerdo de Tejada, Sebastián, 29, 62, 66, 109, 110
Limantour, José Ives, 38, 38n, 76n, 110
López Cámara, Francisco, 21n
López de Santa Anna, Antonio, 57, 75
López Portillo y Rojas, José, 85n
Luis XI, 66

Macedo, Miguel, 38n
Macedo, Pablo, 56n
Macías, José Natividad, 51n
Maclachlan, Colín M., 18n
Madero, Francisco I., 45, 45n, 72, 73n, 77, 82, 121, 121n, 122
Madrid, Miguel de la, 83n
Magaña, Gildardo, 46n, 49n
Malinche, 18, 138
Malthus, Thomas Robert, 95, 95n
Mancera, Gabriel, 56n
Mancini, Pasquale Stanislao, 88, 88n, 89n
Maquiavelo, Nicolás, 99
Mariátegui, José Carlos, 105
Martínez, Paulino, 46
Marx, Karl, 54, 76, 90, 90n, 142
Maximiliano de Habsburgo, Fernando, 37, 58, 62
Mendel, Gregor Johann, 135
Méndez, Santiago, 33
Mendieta y Núñez, Lucio de, 82n, 125
Mendizábal, Miguel Otón de, 45n, 125
Mier Noriega y Guerra, Fr. José Servando Teresa de, 19, 21, 55
Mill, John Stuart, 36, 94
Molina, Agapito, 42
Molina Enríquez, Agustín, 43
Molina Enríquez, Álvaro, 16n, 42, 49n, 80, 100n, 108n
Molina Enríquez, Anastasio, 42
Molina Enríquez, Andrés, 13, 15, 16, 41, 42, 42n, 43, 44, 45, 45n, 46, 46n, 47, 47n, 48, 48n, 49, 50, 50n, 51, 52, 52n, 53, 54, 54n, 55, 55n, 56, 56n, 57n, 58, 59, 59n, 60, 60n, 61, 61n, 62, 62n, 64, 64n, 65, 65n, 66n, 67, 68, 68n, 69, 69n, 70, 70n, 71, 71n 72, 72n, 73, 73n, 74, 74n, 75, 75n, 76, 77, 77n, 78, 78n, 79, 79n, 80, 80n, 81, 81n, 82, 83, 83n, 84, 84n, 85, 85n, 86, 86n, 87, 87n, 88, 88n, 89, 89n, 90, 90n, 91, 91n, 92, 93, 94, 94n, 95, 95n, 96, 96n, 97, 98, 98n, 99, 99n, 100, 101, 101n, 102, 102n, 103, 104, 105, 105n, 106, 106n, 107, 107n, 108, 109, 109n, 110, 110n, 111, 112, 112n, 113, 113n, 114, 115, 115n, 116, 116n, 117, 117n, 118, 118n, 119, 120, 121, 124, 126, 129, 130, 133, 134, 134n, 135, 136, 140, 141, 142, 142n
Molina Enríquez, Andrés A. N., 44, 46n
Molina Enríquez, Cristina, 43
Molina Enríquez, Elodia, 43
Molina Enríquez, Everardo, 43
Molina Enríquez, Francisca, 42
Molina Enríquez, Gabina, 44n
Molina Enríquez, Luis, 101n
Molina Enríquez, Renato, 44, 46n
Molina Enríquez, Víctor, 44n
Monroe, James, 53, 71, 74, 116
Monsiváis, Carlos, 123n
Montalvo, Enrique, 15n
Mora, José María Luis, 22, 22n, 23, 24n, 82, 83n
Morelos, José María, 35, 57, 74, 107, 109
Moreno, Roberto, 38n, 88n
Moreno Villa, José, 138
Mörner, Magnus, 17n, 18n

Napoleón III, 37
Nervo, Amado, 53
Niblo, Stephen R., 90n
Nieto, Rafael, 79, 124n
Nietzsche, Federico, 135
Nordau, Max, 90n

Obregón, Álvaro, 49, 130
Ocampo, Melchor, 24, 66, 109
Olaguíbel, Francisco, 44, 53, 108, 108n
Orozco, Luis Chávez, 82, 82n
Orozco, Pacual, 47n, 77
Orozco, Wistano Luis, 47, 67, 72, 84, 85n
Ortiz Vidales, Salvador, 82n
Otero, Mariano, 22, 22n
Ovando, Nicolás de, 17

Palacios, Nicolás, 104, 104n
Palavicini, Félix F., 50n, 80
Parra, Porfirio, 56, 56n
Paw De, 19

Payno, Manuel, 33
Paz, Octavio, 138, 138n, 139
Pelayo, Don, 32
Pereyra, Carlos, 74, 110n
Piedra, Epigmenio de la, 22
Pimentel, Francisco, 16, 25, 26, 26n, 27, 28, 29, 31, 34, 58, 88, 99, 102, 126, 134
Pineda, Rosendo, 45n
Poinsett, Joel Roberts, 75
Ponce, Manuel M., 114, 129
Portes Gil, Emilio, 49, 49n
Priestley, J. B., 50n
Prieto, Guillermo, 24, 24n, 33
Puig Casauranc, Manuel, 125

Quetzalcóatl, 19

Raat, William D., 38n
Ramírez, Alfonso Francisco, 82n
Ramírez, Ignacio, 24, 25n, 26, 33, 44n
Ramírez, Santiago, 139, 139n
Ramos, Manuel, 38n
Ramos, Samuel, 137, 137n, 138
Rascón, Eugenio, 48
Reclus, Élisée, 60, 70, 92, 93n, 94
Renan, Ernest, 31, 94, 94n
Rendón, Víctor, 51n
Reyes, Alfonso, 130, 138, 143, 143n
Reyes Amador, 118n
Reyes, Bernardo, 45, 45n, 76, 76n
Reyes Heroles, Jesús, 22n, 23n
Reyes, Ma. del Carmen, 43n, 102n
Reyes Nevares, Salvador, 138
Ricardo, David, 36
Richelieu, Armand-Jean du Plessis de, 66
Riva Agüero, José de la, 104, 104n
Riva Palacio, Mariano, 25n
Riva Palacio, Vicente, 16, 29, 29n, 30, 30n, 31, 32, 33, 34, 58, 65, 88, 99, 102, 108, 109, 134
Rivera, Diego, 49, 74, 114, 123
Robertson, William, 19
Robinson, Cyril E., 17n
Rodea Miranda, Eloísa, 44
Rodin, Auguste, 98
Rodríguez, Jaime E., 18n
Rodríguez, Juan, 21n
Rodríguez, Luis I., 118n
Rodríguez Puebla, Juan, 21
Rolland, Romain, 131
Romero Flores, Jesús, 82n
Romero Rubio, Carmen, 76
Roosevelt, Theodore, 69, 98, 99n, 116
Rosenblat, Ángel, 18n, 19n
Ross, Stanley, 124n
Rouaix, Pastor, 100, 100n
Rousseau, Juan Jacobo, 75

Salado Álvarez, Victoriano, 53, 56n
Sánchez Vega, Baltasar, 50n
San Felipe de Jesús, 32
Santiago Gómez, Raúl Gustavo de, 44n, 50n
Santo Tomás, 19
Santos Zelaya, José, 76
Schiller, Friedrich Von, 54
Schopenhauer, Arthur, 110
Segovia, Rafael, 15n
Seton-Watson, Hugh, 15n
Sierra, Justo, 33, 34, 34n, 35, 36, 36n, 39, 40, 58, 62, 76, 86, 92n, 99, 134
Sierra O'Reilly, Justo, 23, 33
Sierra, Santiago, 33
Siéyes, Emmanuel Joseph, 110
Sigüenza y Góngora, Carlos de, 19, 32-33
Silva Herzog, Jesús, 85, 85n
Skidmore, Thomas, E., 104n
Smith, Anthony D., 14n, 54
Snyder, Louis L., 14
Soler, Ricaurte, 103n
Sosa, Francisco, 26n
Sosa, Ignacio, 15n
Spencer, Herbert, 31, 36, 37, 39, 54, 55, 58, 72, 86, 87, 87n, 88, 88n, 91, 92, 92n, 93, 93n, 94, 94n, 95, 95n, 96, 96n, 97, 98, 98n, 103, 105, 110, 135, 142
Spengler, Oswald, 137
Stabb, Martín S., 37n
Stocking, George W. Jr., 93n, 94n, 97n
Strong, William O., 94

Taine, Hippolyte, 93, 93n
Tannembaum, Frank, 82, 82n, 114, 115, 115n, 124n
Taracena, Alfonso, 47n, 82n
Tejera, Humberto, 82n
Tepisteco, Carlos, 22
Tolstoi, León, 54
Tonantzin, 19
Trejo Lerdo de Tejada, Carlos, 110, 122n
Turner, Frederick C., 15n
Tylor, Sir Edward Burnett, 99

Unamuno, Miguel de, 34
Uranga, Emilio, 138
Urueta, Jesús, 44n

Valdés, José C., 83n 94n
Valencia, F. Palomo, 51n
Van den Berghe, Pierre L., 94n
Vasconcelos, José 16, 72, 80, 83n, 114, 114n, 124, 130, 131, 131n, 132, 132n, 133, 133n, 134, 134n, 135, 135n, 136n, 137, 140
Vázquez Gómez, Emilio, 45n, 46, 46n
Vázquez, Josefina Z., 122n

Vera Estañol, Jorge, 44n
Vigil, José María, *
Villa, Francisco, 44, 77
Villegas, Abelardo, 96n, 142, 142n
Villoro, Luis, 13n, 112, 112n, 141, 141n

Whetten, Nathan L., 114, 114n
Whitaker, Arthur P., 14n
Wilson, Woodrow, 77
Wiltshire, David, 86n, 87n, 94n
Wolf, Eric, 114

Yáñez, Agustín, 34

Zapata, Emiliano, 46, 46n, 47n, 73, 73n, 77, 109
Zaragoza, Ignacio, 29
Zavala, Lorenzo de, 22, 22n, 44, 109
Zea, Leopoldo, 38n, 86n 88, 88n 137, 138, 139, 139n
Zuloaga, Félix, 29
Zum Felde, Alberto, 105n

NDICE GENERAL

Agradecimientos 11
Introducción 13

I. *Los orígenes de la corriente mestizófila* 17
I.1. El México colonial: el mestizaje a contrapelo 17
I.2. El México liberal: un buen indio es un indio invisible 21
I.3. Francisco Pimentel: el genocidio humanitario 25
I.4 Vicente Riva Palacio: el contrato racial 29
I.5. Justo Sierra: el mestizo se vuelve burgués. 33
I.6. El México positivista: la teoría vs. la praxis 37

II. *Andrés Molina Enríquez o la mitificación del mestizo* 42
II.1. Vida y obra; génesis de una obsesión 42
a) Nota biográfica, 42; b) Su pensamiento mestizófilo en formación, 51; c) Consolidación de su tesis promestizaje, 59; d) Su mestizofilia corregida y aumentada, 72
II.2. Evaluación crítica: un problema de envoltura 82
a) Encasillando su inencasillable pensamiento, 82; b) Los entretelones de su mestizofilia, 92; c) El germen y el fruto de su legado, 111

III. *El desenlace actual de la mestizofilia* 121
1. El México revolucionario: la mestizofilia en su apogeo 121
2. Manuel Gamio: la reencarnación del indio 124
3. José Vasconcelos: ¡Mestizos de América, Unios! 1 0
4. El México posrevolucionario: el mexicano bajo la lupa 136

Conclusiones 141
Bibliografía 147
Índice onomástico 161

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en el mes de septiembre de 1993 en Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), Calz. de San Lorenzo, 244; 09830 México, D. F. Se tiraron 2000 ejemplares.

La tipografía de este libro se elaboró en la Subgerencia de Composición Electrónica bajo el cuidado editorial de la Subgerencia de Producción Editorial del FCE

(Viene de la primera solapa)

Vasconcelos, Leopoldo Zea y Octavio Paz lo han definido.

Agustín Francisco Basave Benítez nació en Monterrey, Nuevo León, el 21 de septiembre de 1958. Obtuvo sus títulos de licenciatura en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, de maestría en la Universidad de Purdue, Estados Unidos, y de doctorado en la Universidad de Oxford, Inglaterra. Ha sido profesor en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y en la Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública de la Universidad Autónoma de Nuevo León, así como investigador en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.

OTROS TÍTULOS DEL FCE

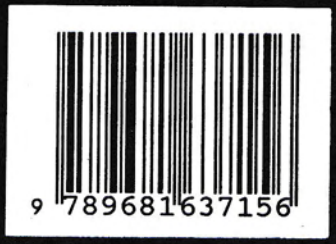
Octavio Paz
EL LABERINTO
DE LA SOLEDAD

•

José Vasconcelos
MEMORIAS

•

Leopoldo Zea
EL POSITIVISMO
EN MÉXICO

En la portada, *El primer mestizo mexicano* de Raúl Anguiano

Fondo de
Cultura
Económica